



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS
EMPRESARIALES Y SOCIALES

Patrocinada por la Asociación Dirigentes de Empresa

PRECARIEDAD LABORAL Y CRISIS DE LA MASCULINIDAD. IMPACTO SOBRE LAS RELACIONES DE GENERO

MABEL BURIN, MARIA LUCERO JIMENEZ GUZMAN, IRENE MELER
(compiladoras)

Autores

Victoria Barrutia

Roxana Boso

Mabel Burin

Laura Collin Harguindeguy

Marco Augusto Gómez Solórzano

Gabriela Iglesias

María Lucero Jiménez Guzmán

Mercedes López

Irene Meler

Sebastián Plut

Débora Tajer

Olivia Tena Guerrero

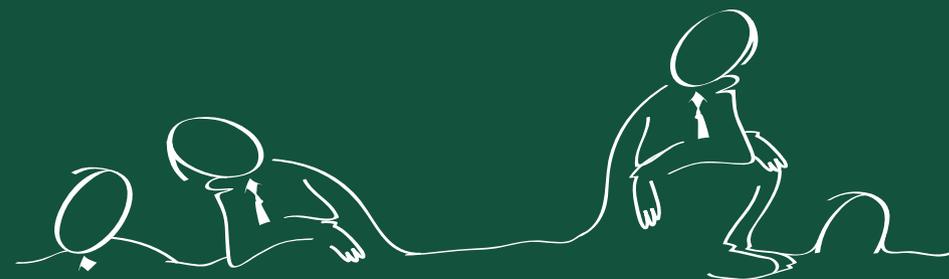
Alejandro Marcelo Villa

PRECARIEDAD LABORAL Y CRISIS DE LA MASCULINIDAD.
IMPACTO SOBRE LAS RELACIONES DE GENERO



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS
EMPRESARIALES Y SOCIALES

Paraguay 1338 (C1057AAV), Ciudad de Buenos Aires
Teléfonos: (054-11) 4815-3290. Fax: 4814-5775
informes@uces.edu.ar





UNIVERSIDAD DE CIENCIAS
EMPRESARIALES Y SOCIALES

**PRECARIEDAD LABORAL Y
CRISIS DE LA MASCULINIDAD.
IMPACTO SOBRE LAS
RELACIONES DE GENERO**

MABEL BURIN, MARIA LUCERO JIMENEZ GUZMAN, IRENE MELER
(compiladoras)

Autores

Victoria Barrutia

Roxana Boso

Mabel Burin

Laura Collin Harguindeguy

Marco Augusto Gómez Solórzano

Gabriela Iglesias

María Lucero Jiménez Guzmán

Mercedes López

Irene Meler

Sebastián Plut

Débora Tajer

Olivia Tena Guerrero

Alejandro Marcelo Villa



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS
EMPRESARIALES Y SOCIALES

AUTORIDADES UCES

Rector

Dr. Horacio A. O'Donnell

Vicerrector General

Dr. Juan Carlos Gómez Barinaga
Vicerrector Evaluación Universitaria

Lic. Ricardo D. Beylis

Secretaria General Académica

Lic. María Laura Pérsico

Secretario Académico de Posgrado

Lic. José Fliguer

Secretario General Administrativo

Sr. Antonio Petrullo

Prosecretario Administrativo

Cdor. Claudio Mastbaum

Prosecretarías Académicas

Lic. Teresa Gontá

Lic. Viviana Dopchiz

Lic. Christian del Carril

SUPERIOR CONSEJO ACADEMICO

Presidente

Prof. Dr. Luis N. Ferreira

CONSEJO DE ADMINISTRACION

Presidente: **Sr. Manuel Cao Corral**

FACULTAD DE CIENCIAS JURIDICAS Y SOCIALES

Decano: Lic. Eduardo Said

Carrera de Abogacía

Directora: Dra. Alejandra Mizzau

Licenciatura en Ciencias del Gobierno

Coordinador Académico: Dr. Mariano A. Caucino

Licenciatura en Filosofía

Director: Dr. Ricardo Maliandi

Licenciatura en Psicología

Director: Lic. Eduardo Said

Coordinadora Académica: Lic. Paulina Spinoso

Licenciatura en Sociología

Coordinadora Académica: Lic. María Cecilia Arizaga

Profesorado de Educación Inicial

Coordinadora Académica: Lic. Silvia Díaz

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA SALUD

Decano: Prof. Dr. Luis N. Ferreira

Vicedecano: Prof. Dr. Fortunato Benaim

Carrera de Medicina

Director: Prof. Dr. Luis N. Ferreira

Coordinadora Académica: Dra. Carmen Fernández

Licenciatura en Administración de Servicios de Salud

Directora: Dra. Alicia Corinfeld

Licenciatura en Kinesiología y Fisiatría

Director: Prof. Dr. Guillermo M. Scaglione

Licenciatura en Nutrición

Directora: Lic. María Cristina Lanzellotta

Licenciatura en Fonoaudiología

Directora: Lic. Teresa Herrera

FACULTAD DE CIENCIAS EMPRESARIALES

Decano Interino: Dr. Juan Carlos Gómez Barinaga

Licenciatura en Marketing

Director: Lic. Fernando Martínez Cuerda

Coordinadora Académica: Lic. Anastasia Boschkowitsch

Licenciatura en Marketing Internacional

Director: Dr. Enrique Costa Lieste

Coordinadora Académica: Lic. Marisa Bircher

Licenciatura en Comercio Exterior

Vicedirectora: Dra. Alejandra Gersich

Coordinador Académico: Lic. Sebastián Laino

Licenciatura en Gerenciamiento Ambiental

Directora: Ing. Graciela Conesa

Licenciatura en Dirección de Negocios

Vicedirector: Lic. Gustavo Adamovsky

Carrera de Programación de Sistemas

Coordinador Académico: Prof. Ariel Kanelson

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA COMUNICACION

Decano: Dr. Enrique Costa Lieste

Licenciatura en Periodismo

Director: Dr. Carlos Campolongo

Licenciatura en Publicidad

Director: Lic. Fernando Roig

Licenciatura en Comunicación Social

Directora: Lic. Adriana Amado Suárez

Licenciatura en Cinematografía

Coordinadora Académica: Sra. Cecilia Quiuán

Licenciatura en Administración de Bienes Culturales

Coordinadora Académica: Lic. Silvia Torres

Licenciatura en Diseño Gráfico y Comunicación Visual

Coordinadora Académica: D.G. Alina Montanaro

Licenciatura en Relaciones Públicas

Coordinadora Académica: Lic. Carolina Carbone

Carrera de Locución

Director: Prof. Daniel Fernandes Joao

Carrera de Dirección Integral de Televisión

Coordinadora Académica: D.I.yS. Ana Rubio

FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS

Decano: Dr. José A. Basso

Licenciatura en Administración de Empresas

Director: Dr. José A. Basso

Vicedirectora: Lic. Karina Baigros

Licenciatura en Economía

Coordinador Académico: Lic. Fernando Agra

Licenciatura en Recursos Humanos

Vicedirector: Lic. Horacio E. Scaffidi

Coordinadora Académica: Lic. Liliana Guarnaccia

Carrera de Contador Público

Vicedirector: Dr. Eduardo Ghersi

Coordinador Académico: Dr. Carlos Villaverde

INSTITUTOS

De Estudios e Investigaciones Ambientales (IEIA)

Directora: Prof. María del Carmen Galloni

De Altos Estudios en Psicología y Ciencias Sociales (IAEPCIS)

Director: Dr. David Maldavsky

De Estudios de la Comunicación Institucional (ICOMI)

Directora: Lic. Daniela Blanco

De Estudios Sociales y Políticos (IESP)

Director: Dr. Mariano A. Caucino

De Estudios Agropecuarios (INSEA)

Directores: Dr. Miguel Saredi y Dip. Nac. María del Carmen Alarcón

De Economía Aplicada (INSECAP)

Director: Dr. Miguel Socas

Coordinación de Institutos: **Dr. Mariano A. Caucino**

DEPARTAMENTOS

De Desarrollo y Práctica Profesional

Sra. Ivana Tekavec

De Relaciones Internacionales

Dr. Mariano A. Caucino

De Investigaciones

Lic. Gabriela Iglesias

De Relaciones Institucionales

Lic. Rubén Martínez de Carlos

De Capacitación Docente

Lic. María Laura Pérsico

De Biblioteca

Lic. Silvia Torres

De Deportes

Sr. Antonio Petrullo

De Capacitación Empresarial

Sr. Jorge Alonso

De Tesorería

Cdor. Miguel Castro

ProdUCES

Sr. Osvaldo Sorgetti

CondUCES

Lic. Ernesto Firmenich Bianchi

CATEDRAS

Cátedra España

Sr. Manuel Cao Corral

Cátedra Italia

Sr. Aldo R. Bonacina

Cátedra Asia Pacífico

Prof. Horacio Taró Seno Díaz

Cátedra Nórdica

Prof. Gustavo Stadius

Cátedra Emilio Perina

Dr. Natalio Konstantinovsky

Cátedra Estados Unidos

Emb. Diego R. Guelar

INDICE

Prólogo	11
Primera parte	
Reflexiones teóricas	
La precariedad siempre existente	33
Marco Augusto Gómez Solórzano	
Trabajo y género: la producción de inequidades	45
Mercedes López	
El significado del trabajo a partir de la década del 90. Hombres y mujeres frente a los cambios estructurales que afectan las condiciones de empleo	69
Gabriela Iglesias	
Segunda Parte	
Género masculino: voces de varones argentinos y mexicanos	
Precariedad laboral, masculinidad, paternidad	87
Mabel Burin	
La construcción personal de la masculinidad: su relación con la precariedad de la inserción laboral	121
Irene Meler	
Algunos malestares de varones mexicanos ante el desempleo y el deterioro laboral. Estudios de caso	148
María Lucero Jiménez Guzmán y Olivia Tena Guerrero	
Cambios en las representaciones culturales genéricas motivadas por el desempleo	174
Laura Collin Harguindeguy	

Tercera Parte

Los varones observados: nuevas investigaciones, diversos enfoques

Decisiones reproductivas, paternidad y trabajo doméstico: equidades e inequidades entre varones y mujeres jóvenes	199
Alejandro Marcelo Villa	
El trabajo desde la perspectiva psicoanalítica	230
Sebastián Plut	
Varones, subjetividad, trabajo y enfermedad coronaria. Construcción de la vulnerabilidad en varones adultos medios	250
Débora Tajer	
Los varones en un contexto de crisis del empleo en Argentina. Un estudio exploratorio psicosocial sobre varones profesionales con carga familiar	260
Roxana Boso	
Desempleo: una mirada clínica	282
Victoria Barrutia	
Resumen curricular de las/los autoras/es	317

PROLOGO

MABEL BURIN, MARIA LUCERO JIMENEZ GUZMAN, IRENE MELER

I. Introducción

Este libro es el producto de una inquietud compartida. Un grupo de académicos de distintas disciplinas, instituciones y países coincidió en indagar acerca del palpable deterioro en el empleo y en las condiciones de trabajo, en el contexto internacional así como en América latina.

Nos hemos interrogado acerca de las repercusiones de esta situación en la vida de las personas, en la interacción al interior de los grupos sociales, y en las relaciones entre los géneros. Los varones han sido especialmente vulnerables a esta transformación del mercado de trabajo, debido a que la masculinidad se ha construido, a partir de los comienzos de la modernidad, sobre la base de la función social de provisión económica de las necesidades familiares.

Nos planteamos diversos interrogantes, no solo vinculados con los aspectos económicos, sino también aquellos relacionados con las transformaciones en los significados, los roles sociales y las valoraciones acerca de lo que implica “ser hombre”. La construcción contemporánea de la subjetividad masculina también ha sido afectada de modos que requieren una exploración.

Se presentan en este volumen los resultados de la conjunción de esfuerzos de investigadores argentinos y mexicanos que han mostrado su interés en el proyecto inicialmente denominado: “Crisis de masculinidad y crisis de empleo, los casos de México y Argentina”. Este proyecto se denominó en Argentina: “Inserciones laborales endebles y la construcción de las masculinidades. Un estudio en la Ciudad de Buenos Aires y el Conurbano” y se llevó a cabo en la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES). Los aportes de otros investigadores que han desarrollado estudios sobre este campo de problemas y que fueron debatidos en un Seminario Internacional, contribuyen a la multiplicidad de perspectivas teóricas y metodológicas que enriquecen el análisis.

La coordinación en UCES (Argentina) es llevada a cabo por la Dra. Mabel Burin, con la colaboración de la Lic. Irene Meler, quienes integran el Programa de Estudios de Género y Subjetividad de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES) en calidad de directora y coordinadora docente, respectivamente. En México, la dirección del estudio está a cargo de la Dra. María Lucero Jiménez Guzmán,

del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), junto con las doctoras Laura Collin Harguindeguy, Olivia Tena Guerrero y el maestro Marco Gómez Solórzano, provenientes de diversas instituciones académicas mexicanas. El estudio conjunto se ha llevado a cabo en el contexto de un convenio establecido entre ambas universidades, UNAM (México) y UCES (Argentina).

Del proyecto iniciado en México ya surgió un primer libro denominado *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*, publicado recientemente (2007) por el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la Universidad Nacional Autónoma de México. Esa compilación fue el producto de varios Seminarios Internacionales, uno de ellos realizado en Argentina, en la Universidad Católica Argentina (UCA) en 2005, y otros dos en México, en la sede del CRIM. A estos seminarios acudieron, para abordar temáticas relacionadas con el proyecto de investigación mexicano, distinguidos académicos y profesionales provenientes de diversas disciplinas. Esos Seminarios de Investigación fueron convocados bajo la temática de “Desempleo, familia y masculinidad”.

El libro que ahora presentamos es resultado de los trabajos debatidos en un encuentro académico realizado por el Programa de Estudios de Género y Subjetividad de UCES, en conjunto con el CRIM de la UNAM, en la sede de esta universidad argentina. Se trató del Seminario Internacional “Nuevos escenarios laborales. Crisis del trabajo: su impacto sobre los varones y sobre las relaciones entre los géneros”, realizado el 3 y 4 de noviembre de 2006 en Buenos Aires.

En ese ínterin, el Programa de Promoción de la Universidad Argentina del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación realizó una convocatoria para la presentación de proyectos que involucraran a universidades argentinas y del exterior¹. UCES presentó una propuesta titulada “Intercambios sobre género y subjetividad. Una propuesta basada en la investigación y la formación de posgrado”, que -entre otras actividades conjuntas con el CRIM de la UNAM- proponía la publicación de este libro. La Resolución SPU N° 56 del 19 de febrero de 2007 aprobó la iniciativa conjunta otorgándose los fondos para solventar la publicación.

Como antecedente de esta indagación en la Argentina, el Programa de Estudios de Género y Subjetividad de UCES llevó a cabo una investigación sobre “Género, Trabajo y Familia”. Consistió en un estudio cualitativo, en el cual se entrevistó de modo individual a los integrantes de 20 parejas conyugales. Se indagó acerca de

¹ Dicha convocatoria se llevó a cabo por Resolución SPU N° 208 de fecha 28 de diciembre de 2006.

temas relativos a la relación de pareja, la sexualidad, la comunicación y los conflictos predominantes; los vínculos familiares, y el ejercicio de la maternidad y la paternidad. Estos temas vinculados con el ámbito de las relaciones emocionales de intimidad fueron confrontados con datos referidos a la formación educativa y a la inserción laboral de los sujetos entrevistados. De este modo se intentó hacer visible el nexo existente entre el trabajo, el dinero y el poder de cada integrante de la pareja, y el vínculo que han establecido como cónyuges y como progenitores. En el contexto de ese estudio resultó visible la relación que existe entre la masculinidad social y el desarrollo laboral. Fue posible explorar el desempeño laboral de los varones y el de las mujeres (Burin, M., 2004), y advertir sus características diferenciales, que están tanto en concordancia con las funciones que cada cual desempeña al interior de la familia, como con las relaciones de poder entre los géneros. Entre los varones estudiados pudo apreciarse el nexo existente entre el éxito o las dificultades laborales y factores tales como el nivel de instrucción, el vínculo con el padre, ciertos rasgos de personalidad y el estado de salud mental de cada sujeto (Meler, I., 2004). Los hallazgos de ese estudio fueron publicados en la Revista del Instituto de Altos Estudios en Psicología y Ciencias Sociales de UCES, *Subjetividad y Procesos Cognitivos*, N° 5, que lleva el título de “Género, trabajo y familia”.

El tema de la investigación conjunta que nos hemos propuesto y que se planteó desde la presentación inicial del proyecto en México, en el año 2003, se relaciona con un fenómeno denominado “crisis de la masculinidad”. Este concepto, creado por Elizabeth Badinter (1993), se refiere a una serie de replanteos tanto sociales como subjetivos, acerca de las funciones públicas y privadas de los sujetos varones. En estos períodos críticos se cuestionan los papeles tradicionales asignados a los hombres, que han dado lugar a estereotipos sobre la masculinidad. Esta puesta en crisis se relaciona, de modo inevitable, con transformaciones en los roles sociales y en las representaciones y valores vigentes acerca de la feminidad. El sistema de género, tal como su nombre lo indica, es de carácter relacional, por lo que estos cambios derivan también de transformaciones en la vida de las mujeres y se afectan de modo recíproco.

Estas demandas y estereotipos de género masculino resultan particularmente penosos en una época en la que el ser proveedor no depende exclusivamente de las capacidades y de la formación profesional de los varones, sino también de las mutaciones del mercado laboral. Estas transformaciones, a su vez, se relacionan con un cambio del paradigma económico dominante, que se ha orientado hacia el libre mercado y la desestatización, situación que caracteriza a las economías latinoamericanas actuales. Surge como un tema relevante la relación que la crisis laboral tiene con la crisis de la masculinidad. Resulta de interés explorar las diversas formas en que los varones

experimentan esta crisis, se resisten o se adaptan, tanto al interior de sus familias como en el ámbito productivo, y sus posibles reestructuraciones en el futuro.

La crisis laboral que se padece en países como Argentina y México, aunque con sus particularidades y grados de complejidad y deterioro económico, se vincula con diversas cuestiones. Una de ellas consiste en la instauración de un modelo de desarrollo neoliberal caracterizado por una economía abierta, competitiva y regulada por el mercado, con una participación decreciente del Estado en sus funciones económicas. Otro aspecto relevante se relaciona con transformaciones tecnológicas y organizacionales que buscan la reducción de costos mediante la disminución de la planta laboral y el deterioro de las condiciones de empleo. A esto se agregan las quiebras de empresas incapaces de ajustarse a las nuevas condiciones de competencia desigual y del incremento de las importaciones por la globalización de la economía, así como la privatización de industrias estatales y servicios públicos.

Tanto a nivel de la opinión pública como en el medio académico se reconoce la existencia de un nuevo paradigma económico conceptualizado en términos de neoliberalismo y de globalización (Barquin, D., 1991; Calva, J.L., 2001, 2002), al cual se adjudica el trastocamiento de las condiciones de empleo a un punto tal que algunos autores hablan del fin del trabajo (Rifkin, J., 1996).

No podemos suscribir esta hipótesis, ya que la escasez está lejos de haber sido superada. Más allá de que adquiera la forma del empleo o se trate de trabajo autogestionado, existe mucho trabajo por realizar, y tal vez la exigencia de trabajo sea una constante para nuestra especie. Las dificultades actuales pasan porque la denominada “revolución tecnológica” ha tornado superfluos muchos puestos de trabajo, y el mercado laboral debe realizar una profunda reestructuración. En este proceso, es necesario atender no solo a la lógica del mayor rédito para el capital concentrado, que ha sido el criterio hegemónico, sino también a la salud de las poblaciones, que a partir de la modernidad han sido consideradas como parte integrante de la riqueza de las naciones (Foucault, M., 1980).

La transformación del mercado laboral es motivo de diversos análisis (Gómez, M. A., 1992). Muchos autores señalan como responsables de la reducción en la demanda de empleo a los procesos de automatización y robotización (Freyssenet, M., 1997; Arjona, L., 1996), a la utilización de tecnología de punta (Colon, A., 2000), al adelgazamiento del sector público consecuente con las políticas de ajuste, reducción del déficit y el retiro del gobierno en la conducción o intervención en la economía y las políticas de privatización de empresas del sector público (Mackinlay, H., 1999), que operaban con la lógica de la generación de empleo público.

Asimismo se visualiza una transformación en la estructura de las empresas (“empresas posfordistas”, Lipietz, A., 1996) derivada de los procesos de fusión y concentración, la desaparición de empresas no competitivas (Frenkel, R. y Gonzalez, M., 2001; Coriat, B., 1995) y los llamados procesos de tercerización de funciones, que antes eran parte constitutiva de las empresas integradas. Estos procesos están acompañados en materia legislativa con medidas de desregulación del mercado laboral y la pérdida de incidencia de las estructuras corporativas, en especial el sindicalismo (Neffa, J., 1994; Fernández, A., 1996) en la relación obrero-patronal.

Los cambios en la estructura laboral, el cierre de fuentes de empleo y la desregulación llevan a algunos autores a calificar al modelo globalizador como excluyente (Jacquard, A., 1995), ya que expulsa del mercado laboral y, por tanto, del consumo a grandes contingentes de población.

Por otra parte, estos procesos afectan de manera diferencial a los países y regiones (Aguilar, A. y Rodríguez, F., 1997; Alba, C., 1998; Díaz Cayero, A., 1995). Paralelamente a estos procesos se observa la creciente informalización de los procesos productivos y de servicios, tanto por el llamado trabajo en negro en empresas del sector formal, como la expansión del propio mercado informal (Charmes, J., 1998; Bayon, C., Roberts, B. y Saravi, G., 1998) caracterizado como aquel que se desarrolla al margen de las regulaciones existentes.

La transformación del mercado laboral presenta supuestas alternativas en la expansión del sector servicios, el surgimiento de nuevos roles laborales, en los servicios personales. La tercerización antes mencionada, al descentralizar actividades antes concentradas en las empresas, provoca la emergencia de empresas periféricas de servicios. También se observa la proliferación de los llamados “nichos de mercado” destinados a sectores minoritarios o exclusivos, que ofrecen como alternativa laboral el desarrollo de microempresas o actividades asociativas que realizan un trabajo artesanal, así como modelos de desarrollo a partir de las microempresas y empresas sociales, tal como el que se produjo en Italia.

A nivel fenomenológico, los cambios aparecen como aterradores. Las expectativas de los trabajadores (Arrospide, M., 1998) se sustentan en una cultura productiva que valorizó el trabajo estable, regulado y en relación de dependencia, en el que existen derechos laborales, existen prestaciones sociales y se espera un retiro digno. Contrariamente, el nuevo mercado laboral apela a la mentalidad emprendedora, el trabajo *free lance*, en un mercado libre, desregulado, con mínimas prestaciones y mínimas garantías para el futuro.

En diversos estudios realizados en México y Argentina se ha documentado una mayor propensión de las esposas e hijos a trabajar, como estrategia de supervivencia, cuando los jefes de familia han dejado de percibir ingresos o cuando estos disminuyen (García, B., y Pacheco, E., 2000; García, B., y de Oliveira, O., 1998, Geldstein, R., 2004). Es importante explorar, no solo los procesos económicos sino también el significado de la disminución o pérdida de ingresos en los varones que antes habían sido reconocidos como jefes económicos de la familia. A las transformaciones en su autopercepción como varón, se suman los cambios familiares ante esta nueva situación. Se plantea una posible redefinición de los papeles o funciones sociales reconocidas para varones y mujeres, así como posibles conflictos entre los valores normativos tradicionales y los emergentes.

Consideramos que los estudios presentados en este volumen constituyen una aportación importante para avanzar en el conocimiento y comprensión de esta problemática que vincula el trabajo y su actual precariedad con la crisis contemporánea de la masculinidad. Entendemos por masculinidad una representación colectiva construida de modos diversos según el período histórico por el que atraviesen las sociedades humanas. Intentamos hacer visible esta problemática evitando enfoques que culpabilicen a los sujetos de su propio malestar. Esto habitualmente se produce mediante un proceso de subjetivización espuria del mismo. Se trata de superar los enfoques psicologistas, que atribuyen de modo unilateral las problemáticas padecidas a factores individuales. Tratamos de abordar su comprensión a la luz de factores de carácter estructural, económico y de cambio global, aunque también existen en este volumen trabajos que asignan gran importancia a los factores propios de la historia personal de cada sujeto, pero que los ubican en su contexto social e histórico.

En resumen, partimos del hecho de que, ante el cambio de paradigma económico y la imposición del modelo neoliberal así como la imposición de políticas de ajuste estructural, se ha registrado en América Latina de manera creciente un proceso de adelgazamiento del Estado, desaparición y fusiones de empresas, privatizaciones y tercerización, todo lo cual ha repercutido de manera importante en el número de personas empleadas, en el perfil y carácter del empleo, dándose un proceso también creciente denominado “mercado laboral desregulado”.

Consideramos que todos estos procesos y cambios han tenido repercusiones importantes en el lugar que las personas ocupan en el mercado laboral y que, de manera especial, han afectado el papel del varón como proveedor. Asimismo, todas estas transformaciones profundas en la vida de las personas han impactado todas las relaciones sociales y particularmente las relaciones entre los géneros. Es aquí donde el estudio de los aspectos subjetivos adquiere relevancia, ya que las relaciones de

género se sustentan tanto en desarrollos afectivos como en las relaciones de poder entre varones y mujeres. El sentido que los sujetos inmersos en esta transformación contemporánea de las relaciones laborales y familiares asignan a los cambios en los roles tradicionales de género, incide de modo significativo en las estrategias de afrontamiento de los nuevos problemas, en los conflictos y en sus posibles resoluciones.

II. La metodología de los estudios

Los estudios derivados del proyecto conjunto UCES-UNAM son de tipo cualitativo, realizados mediante la aplicación de entrevistas en profundidad, semidirigidas. Se busca comprender la situación de precariedad laboral en los términos en los cuales los sujetos inmersos en las mismas les han asignado sentido.

En la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES) de Buenos Aires, se aplicó inicialmente un cuestionario a 20 hombres que habían experimentado una crisis laboral en el período 2000-2005. En segundo lugar, se seleccionaron 10 de esos hombres para proceder a realizar con ellos una entrevista en profundidad, semidirigida. Son varones entre 30 y 60 años, pertenecientes a sectores medios urbanos, residentes en Buenos Aires o conurbano, casados o con responsabilidades familiares, que se desempeñan o se han desempeñado como jefes de hogar, y que atraviesan o hayan atravesado recientemente por un período de precarización laboral. La muestra fue intencional, integrada con casos típicos de diversas situaciones (laborales, familiares y etarias).

Se diseñó una pauta para la entrevista, que indagó en temas laborales, relaciones de pareja, ejercicio de la paternidad, y salud física y mental. Al finalizar cada entrevista, se aplicó el *test* de “Persona bajo la lluvia”, cuyo objetivo es captar los recursos subjetivos del entrevistado ante situaciones de riesgo o desamparo.

El discurso de los entrevistados fue evaluado a través de los ejes de análisis que se utilizaron para organizar la pauta de entrevista.

En el estudio mexicano se presentan testimonios de 10 jefes de familia del Distrito Federal, del estado de México, y de Cuernavaca, Morelos, que al momento de la entrevista hubieran vivido o estuvieran viviendo una experiencia de desempleo. Todos ellos pertenecen a la clase media-alta y alta, y han cursado estudios de licenciatura o posgrado. Más que atender a la edad de los informantes, se priorizó su función como proveedores únicos o principales del hogar desde la conformación de este; sus edades estuvieron en un rango de 43 a 69 años.

Al estar enmarcado este estudio dentro de los parámetros de la investigación cualitativa, cuyos fines consisten en la profundización más que en la generalización de los hallazgos, se empleó como metodología la trayectoria de vida, la cual permitió explorar los relatos de vida de los informantes. Esta es una vía de acceso a la subjetividad, y a la vez proporciona una lectura de lo social a través de la reconstrucción de su propia historia que los sujetos llevan a cabo.

III. Los artículos

En el artículo escrito por Gabriela Iglesias, “El significado del trabajo a partir de la década del 90”, la autora señala que los cambios acaecidos en el mercado de trabajo en Argentina a lo largo de la década del 90 han sido ampliamente descriptos. Plantea que, a partir de esos frondosos análisis, no quedan dudas de que las condiciones actuales en las que los trabajadores se insertan laboralmente tienen consecuencias sociales e individuales. Es por ello que se propone caracterizar el modo en que los hombres y las mujeres enfrentan las nuevas formas que asume el trabajo, desde un abordaje macro social, sin obviar la relevancia de las estrategias de vida para la reproducción de las condiciones que aseguran la continuidad del sistema productivo vigente.

Reflexiona acerca de la vigencia del trabajo como eje integrador de la vida social y del impacto que el significado del trabajo tiene para varones y mujeres.

El artículo de Gabriela Iglesias resultó de interés, ya que abrió el debate acerca de si en el mundo actual el trabajo puede aún ser considerado como un eje organizador del proyecto de vida y de los modos de subjetivación de varones y de mujeres. Ha aportado datos recientes respecto de la inserción laboral de varones y de mujeres en la Argentina.

El artículo titulado “La precariedad siempre existente”, escrito por Marco Augusto Gómez Solórzano, examina la noción de precariedad en sus aspectos sociales, conectada desde sus orígenes con los mecanismos del “libre” mercado, atemperada por los controles estatales establecidos a fines del siglo XIX y vuelta a renacer con el desmoronamiento del “Estado social” que comienza a finales de los años 60. Se examinan aspectos de la precariedad social que afectan a los trabajadores en dos casos, el de Francia y el de México.

R. Geldstein, en sus comentarios, destacó que el trabajo escrito por Marco A. Gómez Solórzano constituye un intento de recuperar las capacidades explicativas de las Grandes Teorías de los autores clásicos que analizaron los fundamentos del desarrollo capitalista y sus consecuencias sobre las condiciones de vida de las clases trabajadoras, en los países de industrialización temprana. En este sentido, señaló

que una importante contribución del autor es ilustrarnos acerca de las continuidades del modo de desarrollo capitalista, por contraposición a una visión más limitada que interpreta la precariedad laboral como una discontinuidad o ruptura, como un fenómeno posmoderno, como un aspecto de una crisis y, en esa medida, también como algo inesperado o como una consecuencia no buscada del libre desarrollo de las fuerzas del mercado.

Mercedes López escribe un capítulo sobre “Trabajo y género: la producción de inequidades”, presentando consideraciones en torno de la inequidad de género en el trabajo y su vinculación con las injusticias sociales y las estrategias biopolíticas que la hacen posible. También analiza los procesos de inclusión/exclusión en el mercado de trabajo, especialmente referidos a la exclusión de empleos de buena calidad, la exclusión de puestos de trabajo asignados por estereotipos de género y los mecanismos de discriminación en el trabajo, basados en dichos estereotipos. Posteriormente considera la relación entre las mujeres y los varones en los escenarios laboral y familiar, utilizando el término “brechas en tensión” para referirse a la inequidad existente en las condiciones actuales.

En relación con este artículo, Sebastián Plut se refiere a cómo la autora plantea el problema de la inequidad y las desigualdades sociales en el trabajo a partir de dos ejes: por un lado, la globalización, el cambio de papel del Estado y las políticas neoliberales. Por otro lado, cómo en este contexto la situación de las mujeres en el mercado de trabajo es desventajosa respecto de los varones. O sea, por una parte, alude al incremento de la informalidad y la precariedad laboral y, por otra, al impacto desigual de tales transformaciones en varones y mujeres. Otro aspecto de este trabajo que destaca en su comentario se refiere a los mecanismos de invisibilización, en que la autora plantea que hay dos componentes sustanciales de esta situación que quedan invisibilizados: los comportamientos de dominación ligados con el género, y los mecanismos económicos, políticos e institucionales.

El artículo “Varones, subjetividad, trabajo y enfermedad coronaria”, escrito por Débora Tajer, plantea el modo en el cual las características de la construcción de las subjetividades o modos de subjetivación de género de los varones con cardiopatía isquémica puede ayudar a explicar la construcción de la vulnerabilidad en varones adultos de sectores medios urbanos. Presenta los aspectos relativos a la construcción de la vulnerabilidad específica de varones de dos grupos sociales (bajo/medio-bajo y medio/medio-alto) de la Ciudad de Buenos Aires. Cabe destacar que aun cuando la Tesis de Doctorado, de la cual este capítulo es un recorte, presenta un abordaje que incluye vastos aspectos de la vida cotidiana que tienen impacto en la vulnerabilización, en este caso se presentan solo los relativos al área laboral.

Sebastián Plut comentó, en relación con este trabajo, que los varones estudiados fueron subjetivados incluyendo algunos rasgos y valores tradicionales tales como ser “honestos, trabajadores y responsables”. A partir de ello, se pone de manifiesto lo que se presentaría como un conflicto de valores entre la modernidad y la posmodernidad. Destacó la percepción de Tajer acerca de que, para el enfermo coronario, el otro no tiene cabida más que como rival a ser eliminado, o como ayudante a ser utilizado. A su vez, cuando un trabajador se coloca en la posición subjetiva de ser un filtro en la relación laboral de un empleado ante el gerente, o como coraza de protección ante ciertos estímulos para su empleador, se expone a que luego de ser así utilizado sea desechado, en un contexto laboral descalificatorio.

Victoria Barrutia, en su trabajo “Desempleo: dimensión social y problemática clínica”, desarrolla algunos de los resultados obtenidos en una investigación de carácter exploratorio-descriptivo, cuyos principales objetivos consistieron en indagar los principales trastornos y afecciones psíquicas atribuibles a la pérdida de empleo. Relaciona los distintos tipos de conflictos y la intensidad de los mismos con la valoración que el sujeto tenía acerca de su empleo. Pesquisa las diferencias de género, y diferencia entre los efectos producto de la carencia económica y los efectos simbólicos, concibiendo al desempleo como un proceso en el que se pueden visualizar distintas etapas. Las principales hipótesis ligan los efectos registrados a la concepción de que esa pérdida, en la población y el contexto en los que la estudia, posee las características de un trauma psíquico, donde el sujeto queda avasallado y sin posibilidad de respuesta simbólica ante lo sucedido.

La autora no ha encontrado, pese a sus supuestos iniciales, diferencias entre varones y mujeres respecto de las actitudes ante el desempleo. Relaciona este hallazgo con el hecho de que las mujeres seleccionadas eran jefas de hogar. Por ese motivo, sus posturas subjetivas se asemejaron a las observadas entre los hombres. En los comentarios posteriores a esta ponencia, el debate sugirió que las diferencias de sexo no dan cuenta, por sí mismas, de la subjetividad. En las mujeres que han adoptado un posicionamiento innovador en su género, las actitudes ante el trabajo se asemejan a las que acostumbramos a percibir entre los varones.

Respecto de esta ponencia, Sebastián Plut destaca tres cuestiones: a) el propósito de indagar los efectos psíquicos de la pérdida de empleo; b) el valor del trabajo en los procesos identificatorios y como productor de subjetividad, y c) la consideración de las hipótesis explicativas ligadas con la noción de trauma y de duelo. Considera que uno de los problemas sobre el que pivotan muchas observaciones, se refiere al tipo de duelo que promueve el desempleo. El comentarista se pregunta, en el marco de las dificultades del mundo laboral, acerca de la naturaleza de lo perdido. Señala que,

en el caso de las llamadas “reestructuraciones”, cuando muchos de quienes trabajan “quedan en la calle” pero al menos por un tiempo no ha sido afectado el propio sujeto, suelen entrar en pugna intensos sentimientos de culpa e identificación con quienes han quedado desempleados, junto con las investiduras narcisistas y egoístas que permiten sustraerse del destino de lo perdido.

“El trabajo desde la perspectiva psicoanalítica” es el capítulo escrito por Sebastián Plut, quien plantea la concepción psicoanalítica del trabajo, y luego propone algunas nociones para pensar problemas tales como el estrés, el *burn out* y el desempleo. Desarrolla, como aporte original, el concepto de *pulsión laboral*, a la que describe según la teoría pulsional freudiana, destacando de modo especial la noción de pulsión social.

Finalmente, expone una síntesis de su tesis doctoral sobre los efectos del “corralito”² -entendido como un trauma social- en los empleados bancarios.

Irene Meler destacó en su comentario de esta ponencia la importancia de la auto-conservación como motivación para el trabajo, en relación con el planteo del autor, para quien el motor inicial del mismo se relaciona con la sexualidad. Considera que la motivación inaugural se refiere a la necesidad. En referencia a la “autonomía orgullosa” respecto de los padres, que S. Plut señala como un motivo poderoso para trabajar, destacó que este motivo coexiste con otro: el deseo de cumplir con las aspiraciones delegadas por los padres con el fin de reparar los efectos reales o fantaseados de la hostilidad hacia los mismos.

En cuanto al eje referido al trauma social que estudia S. Plut, el comentario de I. Meler propone la inclusión de una perspectiva de género. El sentido del trabajo no es igual para mujeres y varones, debido a la impronta subjetiva de la división sexual del trabajo. La dominación social masculina promovió que los numerosos trabajos que las mujeres siempre han realizado se consideraran como parte de su dotación biológica, y hasta como una extensión de su rol maternal. Como resultado de este proceso, el trabajo femenino fue naturalizado y, en consecuencia desvalorizado, en tanto solo el trabajo masculino fue considerado como verdadera obra cultural. Ante la precarización laboral, las mujeres verían menos lesionada la estima de sí mismas por la pérdida del rol productivo, ya que sus roles familiares y domésticos como fuente de satisfacción

² Tal fue la denominación informal, pero instituida socialmente, del conjunto de medidas económicas implementadas en Argentina a partir del 3 de diciembre de 2001. Esas medidas impusieron a los ciudadanos la prohibición de extraer el dinero que tuvieran depositado en los bancos. Ello generó efectos devastadores no solo en la economía, sino también en lo político (motivó la renuncia de quien era en ese momento presidente de la Nación) y en la sociedad en general.

narcisista continúan vigentes. En cuanto al embarazo en las mujeres estudiadas, que en algunos casos se observó como respuesta a la precariedad laboral, se trataría de una forma de obtener beneficios eróticos y narcisistas, a través del desempeño de un rol social valorizado para las mujeres tradicionales, que así intentan compensar en parte las carencias económicas, aunque de hecho generen nuevas necesidades e incrementen el desamparo.

Según I. Meler, la relación que hace S. Plut entre desamparo y sacrificio, resulta ilustrativa para comprender la posición femenina. El sacrificio constituye una parte significativa del ideal maternal de la modernidad. Esta circunstancia permite establecer un nexo entre los estados depresivos, más frecuentes hasta ahora entre las mujeres, con la pérdida o carencia de poder para transformar la realidad de modo activo, cualquiera sea el sexo del sujeto. De modo que se habría producido un proceso de “feminización” de los trabajadores al enfrentar con este recurso la precariedad laboral.

El capítulo llamado “Precariedad laboral, masculinidad, paternidad”, escrito por Mabel Burin, plantea que en las clásicas familias nucleares de los sectores medios urbanos en Buenos Aires, la figura materna tradicional era definida en términos emocionales en el vínculo con el resto de la familia, detentando un liderazgo afectivo denominado “el poder de los afectos”, mientras que la figura del padre tradicional se construía sobre la base de la distancia emocional, desplegando el liderazgo económico. Este modelo clásico de familia nuclear entra en crisis a partir de las últimas décadas, lo que se acentúa aún más en aquellos países con fuertes crisis económicas, como las sucedidas en México y en Argentina.

La autora desarrolla el concepto de crisis en su doble acepción: como situación de riesgo para padecer una condición catastrófica, o como oportunidad para cambiar condiciones de vida displacenteras, tanto en el plano laboral como familiar. Propone algunas características del vínculo paterno-filial que serían más adecuadas para que la precariedad del empleo masculino devenga en una oportunidad de transformación subjetiva y familiar en los varones afectados por su inserción laboral endeble. Para ello sugiere, desde una perspectiva psicoanalítica articulada con el análisis de los estereotipos de género masculinos tradicionales, la recomposición de sus movimientos pulsional-deseantes, así como la puesta en marcha del juicio crítico y de sus posiciones subjetivas en sus vínculos identificatorios con sus hijos.

Irene Meler relaciona el artículo de Mabel Burin con el de S. Plut en cuanto a la figurabilidad del sentimiento de injusticia, antes desarrollada por M. Burin respecto de las mujeres y desplegado en este artículo en referencia a los varones cuya inserción social ha sido fragilizada por el desempleo. I. Meler destaca que la autora aporta

una herramienta que puede ser útil como estrategia terapéutica, vinculada con el desarrollo del juicio crítico que permita desatribuir cualidades antes existentes a contextos laborales que se han tornado tóxicos. Destaca el hallazgo del concepto “contextos laborales tóxicos” y su relación con lo descrito por S. Plut respecto de su estudio del ambiente bancario en el período analizado.

En cuanto a los nuevos modelos de paternidad, I. Meler señala el recorrido que, según M. Burin, adquiere en el psiquismo masculino el ejercicio de la paternidad y el vínculo con un hijo desde la perspectiva psicoanalítica. El modelo histórico social propuesto por M. Burin, que clasifica a los sujetos sobre el eje de tradicionalismo-innovación en lo que se refiere a su posicionamiento en el género, se revela nuevamente como muy útil. Ciertos emblemas de autoridad no debieran considerarse como conservadores, sino orientadores, y conviene sostenerlos entre los padres de la posmodernidad. La comentarista sugiere que los límites son funciones paternas que acompañan a la provisión de cuidados primarios. Surge la figura social de un nuevo padre, que se acercaría a la paridad social entre los géneros.

El artículo denominado “Cambios en las representaciones culturales genéricas, motivadas por el desempleo”, escrito por Laura Collin Harguindeguy, plantea el problema de los estereotipos acerca del significado de ser varón, que constituyen normas que plasman las valoraciones sobre la conducta masculina. Una demanda relevante consiste en asumir funciones de proveedor de la familia. Sin embargo, esta es una época en la que el ser proveedor no depende exclusivamente de las capacidades y formación profesional de los individuos afectados por dicha norma, sino de los movimientos del mercado laboral. Surgen, entonces, como temas relevantes el modo en que la crisis laboral afecta la imagen de la masculinidad y las formas en que los varones experimentan el desajuste. La autora analiza cómo el desfase entre la percepción del empleo digno y las oportunidades de “mercado” genera en los sujetos situaciones de frustración, depresión, impotencia, tensiones y conflictos familiares, rupturas de lazos y redes sociales.

También estudia los modos de ejercicio de la paternidad y los contenidos que se asignan al concepto, y sostiene que estos presentan variaciones de acuerdo con el contexto. Considera que existe en Argentina, al menos en el seno de determinados grupos sociales, un proceso o pauta de relación respecto del cuidado de los hijos, y la participación en las tareas del hogar, que se diferencia de la construcción nacional de la masculinidad existente en algunos sectores en México, donde tales actividades están vedadas a los varones, o son descalificadas si las cumplen. Presenta modos diferenciales de asumir la relación conyugal que denomina paternización y paternalización.

El artículo “Los varones en un contexto de crisis del empleo en la Argentina”, escrito por Roxana Boso, se funda en datos provenientes de una investigación cuali-cuantitativa que se inició hacia fines del año 2001. Se refiere al modo en que la crisis del empleo en la Argentina de las últimas décadas impactó en la vida cotidiana, provocando modificaciones en las dinámicas familiares y dañando la autoestima de los sujetos afectados. También motivó cuestionamientos sobre los ideales y valores que se transmitieron como válidos a través de sucesivas generaciones.

Este trabajo contribuye a comprender los cambios que se están produciendo en el campo de las significaciones subjetivas y en los comportamientos de varones profesionales, particularmente en sus modos de subjetivación según su ubicación en el género masculino.

El capítulo escrito por Alejandro Marcelo Villa, “Decisiones reproductivas, paternidad y trabajo doméstico: equidades e inequidades entre varones y mujeres jóvenes”, presenta los hallazgos de un estudio de casos, donde realiza un análisis cualitativo en profundidad. Ha entrevistado a 60 jóvenes de ambos sexos, que residen en la Ciudad de Buenos Aires y el Conurbano bonaerense, utilizando la entrevista semiestructurada como técnica de recolección de datos.

En el análisis de los resultados relativiza el rol de proveedor masculino como variable independiente en el análisis de las relaciones de género en la formación de familias, y en particular como explicación de la reproducción intergeneracional de la pobreza. El autor considera que los significados sociales y personales, que puede adquirir el rol de proveedor masculino (tanto para varones como para mujeres), dependen de trayectorias laborales en relación con y en tensión con tres dimensiones en las relaciones de género en las parejas: a) El proceso de toma de decisiones reproductivas, b) La distribución del trabajo parental, y c) La distribución del trabajo doméstico.

En referencia a las ponencias de Laura Collin, Roxana Boso y Alejandro Villa, los comentarios de Eduardo Gosende han girado en torno a una reflexión respecto de las nuevas tendencias sociales hacia una parentalidad compartida y las políticas sociales que se van creando para alentar este proceso. Puso como ejemplo la situación de Suecia y la forma en que las políticas acerca de los cuidados parentales compartidos se han ido modificando a la luz de la experiencia social adquirida. Observó que los padres varones experimentan dificultades en hacer uso de la licencia por paternidad, debido a que interfiere en sus desarrollos de carrera. El recurso a esta posibilidad ha quedado restringido a quienes trabajan en el sector público o a los hombres que no manifiestan ambiciones de progresar en la jerarquía laboral. Sin embargo, encuentra que esta tendencia social hacia una mayor participación masculina

en la provisión de cuidados a los hijos, ya descrita por Evelyne Sullerot (1993), irá en paulatino ascenso.

En el capítulo “Algunos malestares de varones mexicanos ante el desempleo y el deterioro laboral. Estudios de caso”, cuyas autoras son María Lucero Jiménez Guzmán y Olivia Tena Guerrero, se presenta el proyecto de investigación sobre “Crisis de masculinidad y crisis laboral, los casos de México y Argentina”. Las autoras plantean los ejes de la investigación empírica llevada a cabo en México entrevistando a varones, a través de la técnica de relatos de vida, y exponen las características de los sujetos entrevistados. Los resultados, que se derivaron de la categoría analítica de “malestares” en referencia a la pérdida o disminución de la salud y de prestigio, en sus relaciones personales y en la esfera laboral, se interpretan a la luz de cambios en las relaciones sociales y familiares.

Los comentarios de Mabel Burin señalan que las autoras analizan casos de varones con una sólida inserción laboral previa a la situación de desempleo, sobre la base de un posicionamiento en el género en tanto masculinidad hegemónica. M. Burin destacó que un exceso de coherencia y de adhesividad a un modelo determinado puede dar como resultado que, ante situaciones cambiantes -como las condiciones del mercado de trabajo existentes en la actualidad- la crisis padecida se procese como catástrofe subjetiva, más que como oportunidad para realizar transformaciones significativas.

En los sujetos analizados, las únicas alternativas con que contaron para afrontar la crisis fueron la enfermedad, el alcoholismo y otras adicciones, o bien la muerte. M. Burin comparó este estudio con el realizado en décadas anteriores sobre mujeres posicionadas en su género de modo tradicional, con una feminidad construida sobre la base de ser madres-esposas y amas de casa, que arrojó resultados semejantes a los de estos varones sobre el tema de la salud. En ambos géneros confluyen los factores objetivos que ponen en crisis su representación de sí en tanto persona trabajando, con factores subjetivos que implican una investidura libidinal exclusiva en un solo tipo de trabajo: para ellos el trabajo productivo, para ellas el trabajo reproductivo. Se trataría de una doble inscripción para el malestar de varones y de mujeres: subjetivo y objetivo a la vez.

Destaca M. Burin que una mirada idealizada vuelta hacia un pasado supuestamente pleno, tal como sucede en aquellos sujetos que adhieren rígida y acríticamente a tales condiciones de vida, contribuye a que los cambios sean percibidos como crisis catastróficas, y no como cambios para una reorganización reflexiva y crítica tendiente a transformaciones de su condición anterior. En el caso de los hombres estudiados

por L. Jiménez y O. Tena, la idealización fue atribuida al “éxito económico” como factor de masculinización, como fuente de autoestima y como eje de su subjetividad. La precariedad laboral subsiguiente, que los coloca en posición de “fracaso económico”, derrumba aquellas posiciones anteriores. Según M. Burin, estos varones estarían ante un modo de pensamiento binario o/o, “éxito o fracaso”, excluyente de otras alternativas. Este binarismo conceptual, que podemos extender a los posicionamientos de género estereotipadamente masculinos o femeninos, está siendo cuestionado activamente por los Estudios de Género, no solo como generador de malestares subjetivos sino también sociales.

El artículo escrito por Irene Meler, denominado “La construcción personal de la masculinidad: su relación con la precariedad de la inserción laboral”, plantea que el trabajo masculino, un eje fundamental de la masculinidad moderna, ha sido fragilizado en la modernidad tardía. En un estudio realizado con 10 varones de sectores medios, cuya situación laboral se ha precarizado durante la crisis económico social ocurrida en Argentina durante los años 2001-2002, se analizan las diferencias idiosincrásicas entre los casos, con el propósito de explorar la diversidad de modos en que los sujetos construyen su masculinidad. La investigación se realizó desde un marco teórico psicoanalítico, que se articula con el enfoque de los estudios de género. Desde esa perspectiva, la autora observa que algunos varones son más vulnerables que otros a los avatares sociales, y analiza de qué modo esa vulnerabilidad se relaciona con sus características subjetivas. Sobre la base de ese análisis, se discute el vínculo existente entre la identidad masculina y la sexualidad. En el caso de algunas masculinidades no hegemónicas, se considera que existe una relación significativa entre esta modalidad de construcción subjetiva y la motivación de la autoconservación.

Mabel Burin considera que la autora aporta en forma significativa el concepto del “sentimiento íntimo de masculinidad como organizador del psiquismo”. La autora sostiene que la posición tradicional de los varones en tanto proveedores económicos se encuentra precarizada por la actual situación de crisis socioeconómica, y que ello también precariza la subjetividad masculina. Señala que no todos los hombres lo padecen del mismo modo, ya que existen diferentes disposiciones psíquicas para lograr lo que denomina “una adaptación activa” a las condiciones cambiantes. Este trabajo pone de manifiesto la pluralidad y diversidad existente dentro del mismo género, de modo que las respuestas ofrecidas deben considerar ese colectivo complejo, con una multiplicidad de voces que lo expresan.

La hipótesis de I. Meler es que cuanto más se acerca un varón al estereotipo de género masculino tradicional, su desarrollo laboral es más satisfactorio, al menos hasta el advenimiento de las condiciones cambiantes actuales. Según la propuesta de

I. Meler, la inserción laboral y la autosustentación económica constituyen un acceso al rol social de adulto. Esto fue así desde una perspectiva genérica tradicional para los varones, y últimamente está siendo percibido del mismo modo para las mujeres, ya que en sus versiones genéricas más tradicionales las mujeres adquirirían madurez y adultez social y subjetiva a través tanto de la maternidad como de la conyugalidad, pero no mediante la inserción laboral productiva. Según este modelo tradicional, a partir de la modernidad en Occidente la representación social y subjetiva de varones y mujeres con relación al trabajo consideraba que ellos tendrían una clara posición generizada social y subjetivamente en tanto tuvieran éxito económico en el mercado laboral, en tanto que ellas la tendrían si adquirirían éxito afectivo al interior de la vida familiar.

El comentario de M. Burin indica que actualmente hallamos varones y mujeres que ponen en crisis estas posiciones genéricas clásicas: ni ellos se sienten en plenitud en su condición de hombres de trabajo, ni ellas como mujeres de familia. Por el contrario, tanto varones como mujeres anhelan rasgos subjetivos que tradicionalmente les estaban vedados: fuentes de satisfacción para los varones en lo que siempre se han considerado rasgos femeninos, y de las mujeres en habilidades y destrezas que han sido representados como típicamente masculinos. Estos anhelos insatisfechos a lo largo de la historia, debido a rígidas prescripciones polarizadas entre los géneros, parecen ser uno de los resultados imprevisibles, pero creativos, del resquebrajamiento de las clásicas inscripciones subjetivas de varones y mujeres.

Este libro se inscribe entre aquellas indagaciones que buscan articular una comprensión de las transformaciones aceleradas de las sociedades contemporáneas, tales como los casos de México y Argentina, con el estudio de los cambios subjetivos propios de cada época y espacio social.

Nuestro objetivo ha sido exponer y difundir las investigaciones realizadas por los/las participantes convocados/as, con el fin de estimular un intercambio fructífero entre expertos que trabajan en el campo de las ciencias sociales y las disciplinas que estudian las subjetividades.

Esperamos que este libro dé lugar a un ámbito fecundo para el diálogo con nuestros lectores y que de este modo se estimulen nuevas indagaciones, que permitan aportar a las transformaciones necesarias para producir mejores condiciones de vida.

Bibliografía

Aguilar, Adrián; Rodríguez Hernández, Francisco (coord.), (1997): *Economía global y proceso urbano en México*, Morelos, CRIM.

Alba, Carlos; Bizberg, Ilán; Riviere, Helene (comps.), (1998): *Las regiones ante la globalización*, México, CEMCA/ORSTOM/El Colegio de México.

Arjona, Luis y Kurt, Unger, (1996): “Competitividad internacional y desarrollo tecnológico: la industria manufacturera mexicana frente a la apertura comercial”, en *Economía Mexicana*, N° 2, México, CIDE.

Arrospide, M.; Barring, M.; Bedoya, S., (1998): *Empleo, programas para mujeres y jóvenes*, Lima, DESCO.

Badinter, Elizabeth, (1993): *XY La identidad masculina*, Madrid, Alianza.

Barquin, David, (1991): *Un desarrollo distorsionado: La integración de México a la economía mundial*, México, Siglo XXI Editores.

Bayon, Cristina; Roberts, Bryan; Sarví, Gonzalo, (1998): *Ciudadanía social y sector informal en América latina*, México, FLACSO.

Burin, Mabel, (2004): “Género femenino, familia y carrera laboral: conflictos vigentes”, en *Revista Subjetividad y Procesos Cognitivos*, N° 5, “Género, trabajo y familia”, Buenos Aires, UCES.

Calva, José Luis (coord.), (2002): *Modelos de crecimiento económico, en tiempos de globalización*, Tlaxcala-México, El Colegio de Tlaxcala/Juan Pablos editor.

_____ (2001): *México, más allá del neoliberalismo, Opciones dentro del cambio global*, México, Plaza y Janés.

Colon Warren, Alice, (2000): *Reestructuración industrial, empleo y pobreza en Puerto Rico y el Atlántico medio de los Estados Unidos*, San Juan de Puerto Rico, CEP.

Coriat, Benjamin y Taddei, Dominique, (1995): *Made in France: Cómo enfrentar los desafíos de la competitividad industrial*, Buenos Aires, Alianza.

Charmes, Jacques, (1998): *El empleo en el sector informal: Su integración a las estructuras económicas*, Humanitas, Buenos Aires.

Díaz Cayeros, Alberto, (1995): *Desarrollo económico e inequidad regional: Hacia un nuevo pacto federal en México*, México, Porrúa.

Fernández, Arturo, (1996): *Empresas y sindicatos, frente a la flexibilización laboral*, Buenos Aires, CEIL.

Foucault, Michel, (1980): “Historia de la sexualidad”, *La voluntad de saber*, Tomo I, España, Siglo XXI.

Frenkel, Roberto; Gonzáles Rosado, Martín, (2001): *Apertura, productividad y empleo en Argentina de los 90*, Buenos Aires, CEDES.

Freyssenet, Michel, (1997): *Máquinas autoanalizantes*, Buenos Aires, Piette.

García, Brígida y de Oliveira, Orlandina, (1998): *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, El Colegio de México.

García, Brígida y Pacheco, Edith (2000): “Esposas, hijas e hijos en el mercado de trabajo”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, Vol. 15, N° 1, pp. 35-64.

Geldstein, Rosa, “De buenas madres y malos proveedores” en *Revista Subjetividad y Procesos Cognitivos* N° 5, “Género, trabajo y familia”, Buenos Aires, UCES.

Gómez Solórzano, Marco A., (1992): “Las transformaciones del proceso de trabajo en gran escala internacional”, en: Morales, Josefina (coord.), *La reestructuración industrial en México. Cinco aspectos fundamentales*, IIE UNAM.

Jacquard, Albert, (1995): *J'accuse l'économie triomphante*, París, Calmann-Levy, 1.

Jiménez Guzmán, María Lucero; Collin, Laura; Gómez Solórzano, Marco A.; Tena Guerrero, Olivia, (2003): Proyecto de investigación internacional y multidisciplinario “Crisis de masculinidad y crisis laboral. Los casos de México y Argentina”, México, UNAM, UAM-X, Colegio de Tlaxcala.

Jiménez Guzmán, María Lucero y Tena Guerrero, Olivia (comps.), (2007), *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*, Cuernavaca, Morelos (México), CRIM, UNAM.

Lipietz, Alain (1996): *El planeta del postfordismo: una alternativa para el siglo XXI*, Buenos Aires, PIETTE.

Mackinlay, Horacio (1999): “Nuevas tendencias en la agricultura de contrato. Los productores de tabaco después de la privatización” en: Gramont, Empresas, reestructuración productiva y empleo en la agricultura mexicana, México, Plaza y Valdez.

Meler, Irene (2004): “Género, trabajo y familia: varones trabajando” en *Revista Subjetividad y procesos cognitivos* N° 5, “Género, trabajo y familia”, Buenos Aires, UCES.

Neffa, Julio César (comp.), (1994): “Nuevo paradigma productivo, flexibilidad y respuestas sindicales en América Latina”. II Reunión de la Red Franco-Latinoamericana. Buenos Aires, PIETTE, CONICET.

Rifkin, Jeremy (1996): *El fin del trabajo*, México, Paidós.

Sullerot, Evelyne (1993): *El nuevo padre*, Barcelona, Ediciones B.

PRIMERA PARTE

REFLEXIONES TEORICAS

LA PRECARIEDAD SIEMPRE EXISTENTE

MARCO AUGUSTO GOMEZ SOLORZANO

La precariedad se puede definir como la situación en que existe una gran incertidumbre en cuanto a la posibilidad de poder recuperar o conservar una situación aceptable en un futuro próximo.

Anónimo

El precariado es a la sociedad post-industrial lo que el proletariado fue a la sociedad industrial.

Alex Foti (político italiano)

La noción de precariedad

A partir de Adam Smith, el liberalismo sostiene que, dejado a su propio funcionamiento, el mercado llega a un equilibrio. Modificando la idea hobbesiana de que “el hombre es el lobo del hombre” o de que la sociedad es la “guerra de todos contra todos”, situación que llevaría a la sociedad necesariamente al caos, si no hubiera a la mano una institución -el Estado- que impone el bien común desde arriba, Smith asegura que en la competencia generalizada entre unos y otros, finalmente se impone una “mano invisible” que asegura el equilibrio óptimo entre la oferta y la demanda¹. El papel del Estado se reduce a resguardar la propiedad privada, sin la cual no se puede garantizar la libre competencia entre los individuos.

Desde una óptica diferente, el socialismo -en particular en las obras de Marx (*Manuscritos económicos y filosóficos de 1844* (1975), *Capital y tecnología. Manuscritos inéditos. 1861-1863* (1980), *El Capital* (de 1887): *Maquinaria e industria moderna, La ley general de acumulación capitalista*) y Engels en *La condición de la clase obrera en Inglaterra, 1845* (1975)-, que ve nacer la era industrial del capitalismo, tiende a describir la condición de trabajo de la sociedad que impera en el modo capitalista de producción como algo en continua degradación². El socialismo quería

¹“Ahora bien, como cualquier individuo pone todo su empeño en emplear su capital en sostener la industria doméstica, y dirigirla a la consecución del producto que rinde más valor, resulta que cada uno de ellos colabora de una manera necesaria en la obtención del ingreso anual máximo para la sociedad” (Smith, A., 1990, p. 402).

² Según Marx, en las tres condiciones posibles de la sociedad [capitalista], a) en que la riqueza de la sociedad declina, b) en que la riqueza social aumenta y c) en que se mantiene estática, la suerte del trabajo///

atacar los estragos que el industrialismo producía de manera manifiesta³ en los trabajadores y vaticinaba la tendencia permanente a la pauperización del trabajo. Nace la idea del ejército industrial de reserva como una población relativamente excedente de trabajadores -la porción más empobrecida de los trabajadores- sin cuya existencia no sería posible la acumulación del capital⁴.

A fines del siglo XIX, luego de casi medio siglo de revoluciones obreras en Europa -1830, 1848, 1871- y de la expansión imperialista del capitalismo del “norte”, parecía que, al menos en algunos países europeos y Estados Unidos, la profecía realizada por el socialismo acerca de una declinación constante de la condición del trabajo se había superado. En Inglaterra, la existencia de las *trade unions* había logrado mejorar la condición laboral, y no sólo de sus agremiados; en Francia, Napoleón III “había lanzado la idea de utilizar un sistema de protección social para garantizar la lealtad de los trabajadores al Estado” (Hepple, B., 1994; 170), aunque fue Bismarck -influido por los planes de Napoleón III y alarmado por la creciente fuerza del movimiento obrero socialista alemán- quien en la década de 1880 lleva a cabo las grandes reformas que posteriormente fueron bautizadas con el nombre de *Estado de bienestar*, para unos, o *Estado social*, para otros. Nace la primera era -muy imperfecta- de la *regulación del capital* o la era de la *seguridad del trabajo*⁵.

empeora. “De este modo, en una condición de declinación de la sociedad -se incrementa la miseria del trabajador; en un estado de avance social -situación de miseria con complicaciones para el trabajo; y en una condición plenamente desarrollada de la sociedad -miseria estática” (Marx, C., 1975). Con referencia a la introducción de la maquinaria en la producción, Marx cita a John Stuart Mill: “Es discutible que todos los inventos mecánicos hechos hasta ahora hayan aliviado la fatiga cotidiana del trabajo de un ser humano”, y agrega Marx: “Habría debido decir, de cualquier ser humano que trabaja. Sin embargo, la maquinaria, de acuerdo con la producción capitalista, no apunta de ningún modo a aliviar o reducir la fatiga cotidiana del trabajador”. Engels (1975), a su vez, compara la degradada y miserable situación del trabajador inglés que nació con la Revolución Industrial con la del boyante campesino libre que algunas décadas atrás todavía existía en el campo.

³ Para sus observaciones sobre el trabajo industrial de la época, Marx se basó en extensos trabajos empíricos llevados a cabo por médicos y otros analistas profesionales (en particular, las *Factory Acts* elaboradas por una comisión especial del gobierno inglés y los testimonios de ingenieros como Charles Babbage, Andrew Ure y otros).

⁴ “Pero si una población trabajadora excedente es el producto necesario de la acumulación o del desarrollo de la riqueza sobre bases capitalistas, esta sobrepoblación se convierte, a la inversa, en la palanca de la acumulación capitalista, o mejor dicho, en la condición misma de existencia del modo capitalista de producción. ... Toda la forma del movimiento de la industria moderna depende, por tanto, de la transformación constante de una parte de la población trabajadora en mano de obra desempleada o media-empleada” (Marx, C., 1887, 592-593).

⁵ Standing, G., (1999, págs. 40-44, 52) resume así las “regulaciones” que los gobiernos de estas épocas y latitudes diseñan para modular el desempeño del trabajo: i) regulación estatutaria (regulaciones protectoras, fiscales, represivas, promocionales y facilitadoras); ii) regulación del mercado [control de precios, //

Que la “guerra de 30 años” del capitalismo (1914-1945) tuvo un efecto devastador sobre la regulación capitalista y las condiciones de seguridad de los trabajadores, lo atestigua la voz de alarma que hacen sonar dos economistas, uno inglés, John Maynard Keynes (1987), y otro, húngaro, Karl Polanyi (1975), que describen la situación desde sus respectivas miradas, el primero a fines de la Primera Guerra Mundial, el segundo a finales de los años '30. Keynes, muy crítico del carácter rapaz que los aliados le imponen a los vencidos en la guerra mediante las reparaciones del Tratado de Paz con Alemania de 1919, que tiende a reducir a los trabajadores, y al pueblo en general, a la más absoluta miseria, pronostica lo siguiente con respecto a la situación de los trabajadores. Sus comentarios se refieren sobre todo a la situación imperante en Alemania, pero reflejan la inquietud potencial de los trabajadores del resto de Europa:

“Cuando estoy escribiendo, las llamas del bolchevismo ruso parece que, al menos por el momento, han brotado, y los pueblos de la Europa central y oriental han caído en un embotamiento aterrador” (p. 162).

“Una victoria del espartaquismo [movimiento revolucionario socialista alemán con fuerte influencia en los trabajadores] en Alemania podría muy bien ser el preludio de la revolución en todas partes; renovarían las fuerzas del bolchevismo en Rusia y precipitaría la temida unión de Alemania y de Rusia...” (p. 187).

Polanyi, (1975) unos veinte años después, pasada la gran crisis del '29 y ante los preparativos de la Segunda Guerra Mundial, afirmarían:

“La civilización del siglo XIX no fue destruida por el ataque exterior o interno de bárbaros; su vitalidad no fue minada por las devastaciones de la Primera Guerra Mundial ni por la revuelta de un proletariado socialista o una baja clase media fascista. Su fracaso no fue el resultado de algunas supuestas leyes económicas, tales como la de la proporción decreciente de los beneficios o del consumo excesivamente bajo o la superproducción. Se desintegró como consecuencia de una serie completamente diferente de causas: las medidas que la sociedad adoptó para no ser, a su

monitoreo de inversiones); iii) regulación “vocal”, es decir, regulación de las negociaciones entre las partes respecto a las relaciones laborales. Por otra parte, resume así las seguridades garantizadas a los trabajadores: i) seguridad del mercado de trabajo (la garantía por parte del Estado del pleno empleo); ii) seguridad en el empleo (contra despidos arbitrarios, etcétera); iii) seguridad de la calidad del trabajo (calificación, profesionalismo, etcétera); iv) seguridad en el lugar de trabajo (accidentes, enfermedades, límites a la jornada, al esfuerzo en el trabajo); v) seguridad de la continua calificación del trabajo (aprendizaje, capacitación garantizados por el Estado); vi) seguridad del ingreso (salarios mínimos, escala móvil, seguridad social, impuestos progresivos -en función del nivel de ingresos) y vii) seguridad de la representación (sindicatos, contratación colectiva, derecho de huelga, etcétera).

vez, aniquilada por la acción del mercado autorregulador. Aparte de circunstancias excepcionales como las que existieron en Norte América en la época de la frontera abierta, el conflicto entre el mercado y las exigencias elementales de una vida social organizada suministró al siglo su dinámica y produjo las tensiones y presiones típicas que finalmente destruyeron a esa sociedad. Las guerras externas se limitaron a acelerar su destrucción. ...Si no se quiere que el industrialismo extinga a la raza, deberá ser subordinado a las exigencias de la naturaleza del hombre. ...*La debilidad congénita de la sociedad del siglo XIX no fue que era industrial sino que era una sociedad de mercado.* ...Sacar al trabajo del mercado significa una transformación tan radical como lo fue el establecimiento de un mercado competitivo del trabajo”.

Sin ser socialista -todo lo contrario-, Polanyi critica una de las tesis fundamentales del liberalismo desde A. Smith, a saber, que la libre competencia conduce a un equilibrio óptimo. Al revés, sostiene Polanyi, si se deja al mercado actuar libremente, a lo único que conduce es al caos social. Propone sacar del mercado los llamados “factores de la producción”, el trabajo, la tierra, el control del dinero [el capital], y que sean regulados por el gobierno.

Por otra parte, Keynes muestra que los mecanismos automáticos del mercado no necesariamente llegan a un equilibrio óptimo en cuanto al nivel del empleo, sino que puede haber diversos equilibrios con diferentes niveles de empleo⁶. Es un hecho ampliamente conocido que, ante esta desconfianza en los mecanismos automáticos del mercado para alcanzar un equilibrio con pleno empleo, Keynes propone una política económica que implica una fuerte intervención del Estado.

Finalmente, como resultado de la devastación de la Segunda Guerra Mundial y ante el peligro de la expansión del comunismo, cuyo prestigio y extensión crecieron en las filas de los trabajadores de todo el mundo, se afianza el “Estado de bienestar” en Occidente. Sus bases se establecieron en parte en las ideas de pensadores como Keynes y Polanyi, y en parte en la necesidad práctica de desarticular la potencialidad hacia la explosión social que emergió de la guerra. Nace lo que podríamos llamar la segunda

⁶ Según Eric Roll (1966, 494), que expone un resumen de las ideas de Keynes en la Teoría General del Empleo, del Interés y del Dinero de 1936, “No hay ninguna prueba en el análisis emprendido hasta el momento que el nivel de inversión que se tiene será el adecuado para producir el empleo pleno como el nivel correspondiente para alcanzar el equilibrio. ...Si [la eficiencia marginal del capital y la tasa de interés] no se encuentran en la relación adecuada para crear exactamente el volumen de inversión requerido, se puede llegar a un equilibrio con un nivel inferior al pleno empleo”. Además, “... parece que una variación continua en el nivel de inversión, provocado por la permanente fluctuación de la eficiencia marginal del capital (la tasa de ganancia), es inherente a la propia naturaleza del concepto en el sistema keynesiano. Y lo que es más importante, Keynes cree que hay una tendencia a largo plazo de descenso de la eficiencia marginal del capital”.

era de “regulación del capital”, lo que Aglietta, economista francés, denomina el “pacto fordista”⁷. Esta situación, sin embargo, no durará mucho tiempo.

Dos grandes crisis económicas mundiales, 1974-1975 y 1981-1982, son señales de la crisis del modelo (o régimen) de acumulación fordista. Señala Aglietta (1979; 340-342):

“La crisis, cuyo comienzo puede situarse a principios de los años 60, es una crisis orgánica del capitalismo porque tiene su raíz en la contestación de los fundamentos del fordismo. Se define brevemente por la inversión de la tendencia a largo plazo del coste social de reproducción de la fuerza de trabajo.

...El capitalismo sólo puede salir de su crisis orgánica contemporánea engendrando una nueva cohesión, un neofordismo... [es decir], ...si las transformaciones estructurales provocan una nueva baja a largo plazo del coste social de reproducción de la fuerza de trabajo... Esa transformación sólo es posible generalizando un nuevo modo de organización del trabajo...”

Efectivamente, en la década del ‘80 se va a consolidar un nuevo “régimen” de acumulación, el neoliberal, y un nuevo modo de organización del trabajo, la “flexibilización” laboral. El nuevo pacto -“neofordista”- se va a reducir a una rendición casi total de las cúpulas sindicales y de las representaciones políticas de los trabajadores, sobre todo de parte de los partidos socialistas y socialdemócratas. Esta reestructuración capitalista unilateral se debió en buena medida a la débil resistencia que los trabajadores han podido ofrecer ante la ofensiva empresarial.

En la articulación de las nuevas políticas económicas, no se trata de que renazca la fe en el automatismo del mercado como medio para alcanzar el equilibrio óptimo con pleno empleo (aunque muchos de los adherentes a estas políticas económicas digan lo contrario). Se trata, más bien, de una alteración de la modalidad de intervención del Estado en la economía. Al lado de los empresarios el Estado ahora interviene, en

⁷ Dice Michel Aglietta (1979, 338-339), teórico francés del concepto de *regulación del capital*: “Pues bien, las grandes transformaciones que han marcado los treinta años que separan el principio de la Primera Guerra Mundial y el final de la segunda, han sido de ese tipo [es decir, de la aparición de nuevos fenómenos históricos]. El nuevo modo de cohesión de las relaciones de producción capitalista ha permitido un enorme desenvolvimiento de la acumulación después de la Segunda Guerra Mundial. El fundamento de dicho auge ha sido la disminución a largo plazo del coste social de reproducción de la fuerza de trabajo, que ha dado lugar a una creciente capacidad de acumulación y suscitado una gran extensión del trabajo asalariado. ...Hemos llamado fordismo al régimen de acumulación preponderantemente intensivo basado en esas transformaciones históricas. ...El capitalismo monopolista de Estado es el modo de articulación de las formas estructurales creadas por el fordismo”.

efecto como dice Aglietta, para reducir los costos de la reproducción del conjunto de los trabajadores, pero por medio de hacer bajar directamente los ingresos de los trabajadores y de intensificar el esfuerzo laboral. Las medidas que adoptan ahora los gobiernos, siguiendo los dictados del “consenso de Washington”, incluyen: abrir al capital (sobre todo de los países centrales) las enormes reservas de mano de obra barata de los países del tercer mundo, con lo que se reducen los costos salariales, tanto en los países periféricos como en las metrópolis capitalistas⁸; reducir directamente, a favor de los empresarios, los otros costos de reproducción de la fuerza de trabajo, como son la seguridad social y la educación y capacitación de la fuerza social del trabajo; implementar sistemas fiscales regresivos -el IVA y otros sistemas de impuestos- que gravan más a los trabajadores que a los empresarios; y, finalmente, alterar la normatividad en materia laboral en aras de flexibilizar el trabajo⁹.

Mediante la implantación *de facto*, y luego legalizada, del modelo de organización del trabajo flexible, los empresarios pagan bajos salarios, evaden el pago de todo tipo de compensaciones y de impuestos y pueden explotar mejor el trabajo. Gómez, M.A. (1992; 43-52) y Standing, G. (1999; 114-122) señalan diversas modalidades de explotación del trabajo flexible: mediante la *jornada de trabajo flexible*, los empresarios disponen libremente del tiempo en que emplean a los trabajadores en cuanto a horarios y turnos, trabajo en los fines de semana y tiempo extra; mediante la *organización flexible del trabajo*, los empresarios disponen discrecionalmente del modo en que emplean a los trabajadores, moviéndolos de puesto en puesto, de tarea en tarea; asimismo, fijan de manera discrecional las cargas, ritmos y modalidades de efectuar las tareas, con lo que pueden intensificar según su criterio el esfuerzo que realizan los empleados; finalmente, se flexibilizan los *métodos de remunerar* a los trabajadores, es decir, se adapta la forma de calcular y otorgar el salario a las necesidades del empresario, para garantizar la lealtad, la disciplina y el mayor rendimiento en el trabajo.

La idea de estas notas es mostrar que el *trabajo precario* es consustancial a la forma capitalista de organizar la economía. Toda la historia del capitalismo moderno, a

⁸ Las élites empresariales y sus campeones políticos están comprendiendo que las políticas de libre comercio del gobierno norteamericano se ven amenazadas por la creciente ansiedad del público por el futuro económico. Mientras las ganancias de las grandes corporaciones crecen enormemente, los salarios se estancan, manteniéndose en su lugar por la riesgosa práctica de *offshoring*, donde millones de trabajos norteamericanos se pueden llevar a cabo a un costo mínimo en los países en vías de desarrollo cercanos y lejanos. (Meyerson, H., 2007)

⁹ Standing, G., (1999, 105-114) enumera las formas emergentes de “empleo flexible” que se dan actualmente en todo el mundo: trabajadores casuales y temporales, consultores (*free-lance* o *nómadas*), subcontratados, trabajadores de agencia, trabajadores a domicilio, *teletrabajadores*, trabajadores de tiempo parcial, trabajadores clandestinos (*trabajo negro*). A estos se agregan todo tipo de trabajadores migrantes, trabajadores informales, trabajadores maquiladores, etcétera.

partir de la Revolución Industrial de mediados del siglo XVIII, salvo un paréntesis breve que va de las reformas bismarquianas a los años '60, está marcada por el carácter precario de la vida y del trabajo de los hombres, mujeres y niños que laboran en los campos, las fábricas, las oficinas y las calles de esta sociedad. Quizás habría que profundizar la explicación, no tanto acerca de las razones del trabajo precario, sino de los motivos del paréntesis que duró unos tres cuartos de siglo, en que se limaron algunas asperezas de la precariedad. En todo caso, a partir de los años '60 se abre una nueva página en la historia del trabajo con un elemento adicional: la precariedad del trabajo actual difiere de la precariedad de la época anterior en cuanto la precariedad contemporánea se da en un contexto de descomposición del trabajo estrictamente asalariado. En la primera era del surgimiento del trabajo precario -sobre todo de la Revolución Industrial-, el trabajo asalariado surgía de la descomposición de formas más seguras del trabajo: los gremios, las comunidades feudales, las comunidades agrícolas y, aun, la esclavitud¹⁰.

Precariedad hoy

*¿Qué se busca entonces con este desorden vago
y metódico, esta anarquía económica, este dogma
del laissez-faire que nos arrastra irresistiblemente
del campo de nuestra vida, de la vida misma?*

Vivianne Forrester, 1997.

Casos de precariedad: Francia

En 1996 la aparición de un libro, *El horror económico*, cimbró las conciencias de los franceses, al revelárseles un mundo que todos se negaban a ver: el de los sin-trabajo, los sin-papeles y los sin-techo, el de los *excluidos*. En él, la autora, Vivianne Forrester (1997), pone al desnudo la precariedad del trabajo en Francia. Su mensaje principal es que mientras

“el trabajo constituye el cimiento de la civilización occidental, que reina en todo el planeta, al mismo tiempo... [el trabajo] se esfuma,... se ha vuelto hoy una entidad desprovista de contenido” (p. 9).

¹⁰ Una de las razones del fracaso de la esclavitud como sistema económico consistió en que el amo tenía que cuidar de su esclavo para poder explotarlo (Weber, M., 1983, p. 85). La libertad del trabajador en la era capitalista lleva implícita la condición de que el trabajador se tiene que cuidar a sí mismo, siempre y cuando encuentre los medios para hacerlo -tener un empleo, acceso a la seguridad social y pagar impuestos.

Este mensaje premonitorio se pronunció casi una década antes de que estallaran las grandes sublevaciones del *precariado* francés, primero las de los invisibles inmigrantes negros de la *banlieue* parisina y de otros centros industriales y, enseguida, las de los ciudadanos reconocidos de los liceos y universidades francesas. ¿La razón de la protesta? La de los primeros, por el desempleo y la falta de trabajo digno de un proletariado precarizado, que ocupa los rangos más bajos de los empleos y de la sociedad francesa. La de los segundos, el rechazo a la sociedad de riesgo y del trabajo precario que el capitalismo contemporáneo impone a todo el mundo¹¹. El desempleo creciente en todos los países industriales, la incorporación a la fuerza laboral mundial de gigantescos contingentes nuevos de hombres, mujeres y niños provenientes de los países periféricos y la flexibilización de las condiciones de trabajo son los elementos que contribuyen a la precarización laboral en todo el mundo industrial y, con mayor agudeza, en los países del tercer mundo.

Una publicación del *Haut Comité de Santé Publique* (1987) define así la precarización o exclusión social:

“Los procesos multidimensionales de deterioro, tanto en el dominio profesional como relacional, también pueden tocar otros dominios sociales como la vivienda o el acceso a la seguridad social. Los individuos más afectados por estos procesos de precarización son aquellos que de por sí viven en situaciones de gran vulnerabilidad social: los niños sin escuela, jóvenes no capacitados, desempleados de larga duración, poblaciones que trabajan con muy bajos ingresos, jóvenes con empleos precarios, madres solteras de bajos ingresos. Pero, aparte de estas situaciones, la precariedad toca también a cierto número de personas que se ven objetivamente amenazadas por la evolución de una sociedad en que las reglas se han modificado brutalmente y que corren el riesgo, si la precariedad de su empleo se suma a otras desventajas, de deslizarse hacia la pobreza extrema y la exclusión social, comprometiendo de este modo sus posibilidades de reinserción social. Se puede definir la exclusión como la manifestación extrema y, a veces, el resultado de diferentes procesos de fragilización de los lazos sociales”.

¹¹ En Francia, la flexibilización de la legislación laboral permite la existencia de una serie de contratos laborales precarios, temporales, interinos: contrato de duración determinada (CDD), contrato de nuevo ingreso (CNE), contrato de primer ingreso (CPE), contrato de interinato, aprendices (*stagiaires*). Estos contratos precarios originalmente servían excepcionalmente para cubrir deficiencias de la contratación de duración indeterminada (CDI), la forma estándar de contratación. Con el avance del neoliberalismo en las últimas décadas del siglo XX, se han convertido en las formas de empleo que más crecen. La falta de inspección por parte de las autoridades y la ausencia de denuncias por parte de los empleados ha permitido su proliferación. Los CDD constituyen actualmente las dos terceras partes de las contrataciones en Francia. Mientras que en 1968 el trabajo interino era ilegal, después de su legalización en 1975 esta forma de empleo se ha extendido explosivamente. La subcontratación se legalizó en 1973 y los CDD en 1979.

En tanto, Pierre Bourdieu (1995) define así la precariedad:

“Uno comienza a sospechar que la precariedad es producto no de una fatalidad económica, identificada con la famosa “mundialización”, sino de una voluntad política. La precariedad se inscribe dentro de un nuevo tipo de dominación, fundado en la institución de un estado generalizado y permanente de inseguridad cuya finalidad es empujar a los trabajadores a la sumisión, a la aceptación de la explotación”.

Se asocia a la precariedad una serie de efectos negativos que llegan a afectar el conjunto del cuerpo social: degradación de las condiciones de trabajo (el trabajador en situación de precariedad no está en una posición de fuerza para defender sus derechos); dificultades para desarrollar una vida social; degradación de la salud física y mental, vulnerabilidad de la autoestima, sentimiento de desvalorización personal, de no poder utilizar todas las competencias personales; falta de autonomía y control sobre el trabajo, falta de la estima de otros por lo que uno hace.

Casos de precariedad: México

Como en muchos países del tercer mundo, la precariedad “post-moderna” convive con la precariedad propia de la “modernidad” (del surgimiento primero de la organización capitalista de la sociedad). Es decir, que, junto con la expulsión masiva de campesinos de sus estructuras tradicionales de trabajo y de vida, se da la des- y re-composición del proletariado que se había forjado en el último siglo y medio de desarrollo capitalista del país. Millones de campesinos han sido expulsados de sus ejidos, tierras comunales¹² y pequeñas propiedades, y forzados a emigrar a los grandes centros urbanos, tanto del país como del extranjero (Estados Unidos).

Buena parte de esos campesinos son grupos indígenas que conservan muchas de sus tradiciones culturales (comunitarismo, formas de trabajo, idioma, sincretismo religioso) y, en cierta medida, las recrean -bajo otros contextos- y las funden en nuevos sincretismos en sus sitios de emigración. Algunos de estos migrantes campesinos ingresan, como antes, a las grandes fábricas urbanas o granjas agrícolas de Estados Unidos y México en calidad de peones agrícolas asalariados; otros forman la base más baja del llamado “trabajo informal”, tanto en México como en Estados Unidos: albañiles y trabajadores de la construcción, trabajadores domésticos en las casas norteamericanas y mexicanas de clase media; trabajadores de maquiladoras (en México)

¹² Formas de propiedad comunal y semi-comunal de la tierra que los campesinos e indígenas lograron consolidar con la Revolución Mexicana de 1910. Las reformas neoliberales recientes a la Constitución Mexicana en materia agrícola tienden a la disolución de esas formas.

y *sweatshops* en Los Ángeles o Nueva York; vendedores ambulantes en las calles de las grandes ciudades mexicanas y algunas ciudades de Estados Unidos; trabajadores a domicilio rurales y urbanos (abiertos unos, clandestinos otros) que completan las operaciones más rudimentarias de ensamble de muchas industrias.

Al lado de este proceso, las reestructuraciones económicas de las últimas décadas han creado un excedente importante de fuerza de trabajo en las tradicionales grandes industrias del país: fundición, petróleo, manufacturas, servicios. Estos trabajadores engrosan las filas del nuevo “precarizado”: desempleados de larga duración, migrantes a Estados Unidos, trabajadores de las maquiladoras del norte, centro y sur del país; trabajadores sub-contratados; trabajadores informales de todo tipo (en las calles, mercados informales, talleres clandestinos, transportes, recolección de basura), trabajadores subterráneos: piratería, contrabando, comercio de productos robados, trabajo sexual (de hombres, mujeres, niñas y niños, personas de la tercera edad), micro-expendio de drogas, etcétera.

Los nuevos métodos de gestión de las empresas -producción esbelta o ajustada (Womack, J., 1992), toyotismo (Aoki, M., 1990)- no sólo han generado un excedente de trabajadores, sino también de capas enteras de la administración misma (*management*) de las empresas. Aumentan los cuadros medios y altos de las empresas que entran en paro de larga duración o se ven forzados a emprender sus propios negocios (trabajo nómada: asesorías o pequeñas firmas de servicios formales e informales) con un alto grado de incertidumbre¹³. Por otra parte, ha disminuido ligeramente la proporción de la población masculina ocupada de mayores ingresos, de 0,69 por ciento de la población ocupada total en 2000, a un nivel de 0,56 por ciento en 2003. Esto refleja quizás un traslado a alguna modalidad de informalidad. En el mismo estudio, Takayanagui, E. (2005) muestra que desde 1997 hasta 2003, al tiempo que se reducen los trabajadores a sueldo y jornal fijos de mayores ingresos, aumenta el número de estos mismos trabajadores en actividades por cuenta propia. Igualmente, si se analiza la información desde el punto de vista de los sectores de la economía en que laboran estos trabajadores de mayores ingresos, se comprueba que disminuyen los que se emplean en la industria manufacturera, de 18,1 por ciento en 2000 a 12,5 por ciento en 2003; mientras que aumentan los empleados en el sector comercio, restaurantes y hoteles, de 26,7 por ciento en 2000 a un 34,6 por ciento en 2003.

¹³ En un estudio (Boltvinik, J., 1999, p. 178) se señala que entre 1984 y 1989, mientras el 40 por ciento más pobre de la población mantuvo su participación en el ingreso total en 10,5 por ciento, y que el sector del 10 por ciento más rico de la población aumentó su participación del 38,1 al 48,9 por ciento, el sector medio -el 50 por ciento de la población- disminuyó su participación en el ingreso total del 51,4 al 40,6 por ciento.

Últimas palabras

Nuestra investigación trata de mostrar que la condición de precariedad del trabajo es endémica en la sociedad capitalista moderna, sobre todo si el Estado deja de intervenir para modular los aspectos más extremos de un sistema económico cuyo único móvil es optimizar la ganancia. A partir de los años '60 y '70 esos controles se relajaron, y más aún, se invirtieron, y la consecuencia ha sido el renacimiento de la precariedad extrema en las condiciones de vida de los individuos y de la misma sociedad. Salvo el decil poblacional más alto de nuestras sociedades, nadie escapa a los efectos nocivos de la precariedad, y es la precariedad del trabajo la que provoca la precariedad de la vida entera de la sociedad, lo que algunos denominan la sociedad de riesgo.

Bibliografía

Aglietta, Michel (1979) *Regulación y crisis del capitalismo*. Siglo XXI editores, México.

Aoki, Masahiko (1990) *La estructura de la economía japonesa*. FCE, México.

Boltvinik, Julio y Enrique Hernández Laos (1999) *Pobreza y distribución del ingreso en México*. Siglo XXI Editores, México.

Bourdieu, Pierre (1995) *Contre-feu I*. París, Francia.

Engels, Federico, (1975): *The Condition of the Working-Class in England* en Marx, Carlos y Federico Engels (1975) *Collected Works*. Vol. 4, Progress Publishers, Moscú, URSS.

Forrester, Vivianne (1997): *El horror económico*. Fondo de Cultura Económica, México.

Gómez, Marco A. (1992) "Las transformaciones del proceso de trabajo a escala internacional", en Morales, Josefina (coord.) *La reestructuración industrial en México. Cinco aspectos fundamentales*. Editorial Nuestro Tiempo, México.

Haut Comité de Santé Publique (1987) *La progression de la précarité en France et ses effets sur la santé*. ENSP. París, Francia.

Hepple, Bob (1994) *La formación del derecho del trabajo en Europa*. Ministerio del Trabajo y Seguridad Social. Madrid, España.

Keynes, John Maynard (1987) *Las consecuencias económicas de la paz*, Editorial Crítica, Barcelona, España.

Marx, Carlos (1975): *Economic and Philosophic Manuscripts of 1844*, en Marx-Engels *Collected Works*, Vol. 3, Lawrence and Wishart, Londres, Reino Unido.

Marx, Carlos (1980): *Capital y tecnología. Manuscritos inéditos (1861-1863)*. Terra Nova, México.

Marx, Carlos (S. F. Edición de 1887) *Capital*, Progress Publishers, Moscú, URSS.

Meyerson, Harold (2007) "Can Free Trade Be a Fair Deal?" en *The American Prospect*, 23 de Febrero de 2007.

http://www.prospect.org/web/printfriendly-view.www?id=12511_230307

Polanyi, Karl (1975) *La gran transformación*. Juan Pablo Editores, México.

Roll, Eric (1962): *A history of economic thought*. Faber & Faber Ltd., Londres, Reino Unido.

Smith, Adam (1990): *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Fondo de Cultura Económica/Series de Economía, México.

Standing, Guy (1999): *Global labour flexibility*. MacMillan Press Ltd., Londres, y St. Martin's Press, Inc. Nueva York, USA.

Takayanagui, Ernesto (2005): *Indicadores de empleo en los estratos de ingreso medio y alto masculinos en México, 1997-2003*. CRIM-UNAM. México (mimeógrafo).

Weber, Max (1983): *Historia económica general*. Fondo de Cultura Económica, México.

Womack, James, Daniel T. Jones y Daniel Roos (1993): *La máquina que cambió el mundo*. Editorial McGraw-Hill, México.

TRABAJO Y GENERO: LA PRODUCCION DE INEQUIDADES

MERCEDES LOPEZ

Escenarios de inequidad

La globalización y el cambio de papel del Estado en las últimas décadas han impactado en el mercado de trabajo. Se incrementaron las desigualdades sociales basadas en el empleo, a través de complejos procesos de exclusión e inclusión de trabajadores, que han impactado de forma diferencial a jóvenes y adultos, a mujeres y a varones. Las políticas neoliberales aplicadas en los últimos años han producido un fuerte deterioro de las condiciones de vida de miles de mujeres y varones al cercenar el ejercicio de uno de los derechos humanos: el empleo, al disminuir sus posibilidades de acceso al mismo¹. La instalación de condiciones de trabajo precarias y la fragilización y el desfundamiento de las instituciones sociales, que fueron vaciadas de sentido, se hicieron más visibles en Argentina a partir de la inédita movilización social de diciembre de 2001.

En tales escenarios, caracterizados por procesos de vulnerabilización² social, se han incrementado los índices de pobreza e indigencia, que aunque en los últimos dos años han ido descendiendo, son todavía un problema mayor para Argentina. Según datos del INDEC difundidos el 20 de septiembre de 2006, a pesar de la mayor actividad económica y la baja del desempleo, uno de cada tres argentinos sigue viviendo en un hogar pobre. Aun contemplando la ayuda económica que reciben las familias por medio de los planes sociales, el nivel de pobreza es de 31,4% (era del 45,7% en octubre 2002 EPH, INDEC) y el de indigencia es de 11,2% (era de 27,5% en octubre 2002, EPH, INDEC).

¹ Así como a la salud, la educación, la seguridad, entre otros derechos ciudadanos.

² Se utiliza aquí la expresión “procesos de vulnerabilización” en lugar de vulnerabilidad, pues después de distintas investigaciones realizadas (“Política y subjetividad. Estrategias colectivas frente a la vulnerabilización social” (UBACyT P052) Directora: Ana M. Fernández, Co-Directora: Mercedes López. 2004-2007. “Microemprendimientos autogestivos de jóvenes. Dispositivos de acción colectiva frente a la vulnerabilización social” (UBACyT P705) Directora: Ana M. Fernández, Co-Directora: Mercedes López. 2004-2005. “Grupos de vulnerabilidad social: transformaciones en los imaginarios sociales y las prácticas comunitarias. Un estudio en el barrio de Balvanera” (UBACyT P/047) Directora: Ana M. Fernández 2001-2003) hemos llegado a considerarla más adecuada ya que los mismos son resultado de políticas de vaciamiento funcionales al vaciamiento económico y político del Estado y sus instituciones.

En las últimas décadas las mujeres se han incorporado al mercado de trabajo, algunas como un modo de desarrollar sus potencialidades y un proyecto personal y muchas otras como una forma de reducir el impacto de la crisis económica en sus condiciones de vida y la de sus familias. Si bien esto se puede constatar, la inserción laboral femenina está lejos de ser equitativa con respecto de la masculina, concentrándose las mujeres en unos pocos tipos de ocupaciones “femeninas”. A la vez, están sobrerrepresentadas en los trabajos *part-time*, informales, “en negro”³ y obtienen ingresos inferiores a los de los varones con igual nivel de educación, pues todavía tienen vigencia los roles diferenciales que mujeres y varones desempeñan en los espacios doméstico y público y en la crianza de las hijas e hijos.

Simultáneamente, se verifica un creciente acceso de las mujeres a lugares de toma de decisiones, tanto en organismos gubernamentales como en organizaciones públicas y privadas. La presencia de mujeres en distintos niveles jerárquicos en el ámbito laboral parecería descalificar la importancia del problema de la desigualdad entre géneros. ¿Por qué insistir entonces en señalar la necesidad de alcanzar la equidad?

El espejismo de la equidad de género

Si bien es cierto que las mujeres han accedido a nuevos espacios sociales, todavía se está lejos de alcanzar la igualdad entre los géneros sexuales. Después de muchos años de lucha, que no ha llegado a su fin todavía, se ha logrado que sea mucho más visible la discriminación, que ya no resulte “natural” y que incluso reciba cierto grado de sanción social cuando se pone en evidencia⁴.

Cuando se sostiene el espejismo de la igualdad entre los géneros, apelando al argumento de la presencia femenina en espacios del mundo público que hasta hace poco eran exclusivamente transitados por los varones (como por ejemplo el trabajo, la educación, la política, etc.), se favorecen dos situaciones:

- a) Las condiciones objetivas de desventaja, en las que las mujeres los transitan, permanecen invisibles.
- b) Al mismo tiempo, al descalificar esta situación como problemática, se tiende a reciclarla.

³ No declarados por el empleador a fines impositivos.

⁴ Esta situación, induce, por ejemplo, a los políticos a incluir demandas de mujeres en sus plataformas electorales; a que se creen organismos de Estado para diseñar políticas públicas en relación con las necesidades del colectivo femenino; a que se discuta el grado de representatividad de mujeres en sus listas de candidatos, legisladores, etc., aunque estas situaciones son distintas según países y zonas. Pero aun en los lugares donde mayores avances se han logrado el problema persiste, pues, de no ser así, no serían necesarias las acciones político institucionales y legislativas que todavía se llevan a cabo.

De allí la importancia de trabajar sobre las inequidades entre los géneros, entendiendo que no se trata de “un asunto de mujeres” sino que la equidad entre hombres y mujeres es responsabilidad de toda la sociedad.

El logro de la equidad⁵ implica considerar tanto el ámbito de la vida personal y doméstica, como las políticas y los temas macrosociales. La equidad de género es tanto un derecho humano fundamental como una condición esencial para alcanzar y consolidar una democracia efectiva. Existe una íntima vinculación entre la equidad y la justicia social, es impensable la equidad en un mundo injusto, y esto afecta a ambos géneros y a todas las generaciones. Si no se alcanza y consolida la equidad, no estamos solo ante un problema del presente, sino que involucra el futuro de la Nación.

Las transformaciones económicas que se han dado en los últimos años tienen indudables repercusiones sociales que no impactan de igual modo en varones y mujeres. Si bien este impacto es distinto según el país y el sector social en el que se estudie, se puede decir que todavía en Argentina -tanto como en otros países de la región- continúan vigentes las diferencias originadas en los roles que socialmente le son asignados a ambos sexos, tanto en el ámbito privado como en el público.

Los impactos de los procesos que vive la economía generan una multiplicidad de interrogantes sobre el empleo y la fuerza de trabajo, y plantean la necesidad de sensibilizar y crear conciencia respecto a esta problemática, haciéndola visible. Se requiere reconocer la coexistencia en el mercado laboral de diferentes realidades, entre ellas la de las mujeres y la de los hombres. La denegación de estas diferencias sostiene situaciones de discriminación hacia las mujeres que además de ser injustas en sí mismas, al perjudicar a una proporción importante de la fuerza de trabajo, significan una amenaza para las condiciones laborales del conjunto de los trabajadores.

⁵ Equidad de género remite al logro de iguales derechos, responsabilidades y oportunidades de mujeres y varones, niñas y niños. Equidad no quiere decir que mujeres y hombres van a llegar a ser lo mismo, sino que los derechos de unas y otros, responsabilidades y oportunidades no dependerán de si nacieron hombre o mujer. Plantear la equidad de género no implica bregar por el mismo tratamiento para unas y otros. Si la equidad de género fuera vista como el requerimiento de que hombres y mujeres sean tratados igual, podría llevar a que las mujeres se tengan que adaptar a los parámetros masculinos, que ellas se conformen a las normas o requerimientos centrados en los varones y esto no haría sino reforzar la idea de que la noción de diferencia es igual a desventaja.

La discriminación sexual puede ser abierta o directa, o más sutil, lo que se llama discriminación indirecta. Por ejemplo, los empleadores pueden discriminar contra las mujeres directamente limitando la convocatoria a ciertos trabajos sólo para hombres o sólo para mujeres. La discriminación es indirecta cuando los empleadores imponen a los postulantes criterios o características específicas que no están estrictamente vinculadas con los requerimientos inherentes del trabajo. Muchos trabajos aún persisten en considerarse como exclusivamente “masculinos” o “femeninos”, por asimilárselos con los estereotipos de género.

La globalización ha creado oportunidades económicas sin precedentes para algunos actores sociales, pero al mismo tiempo ha generado una profundización de las inequidades e inseguridades personales y sociales. Mujeres y hombres han sido afectados; sin embargo, las inequidades de género⁶ se hacen notar del siguiente modo:

- La pobreza es cada vez más feminizada,
- La mitad de la fuerza de trabajo se basa en ocupaciones definidas sobre la base de estereotipos sexuales. Las mujeres ocupan las posiciones que son peor pagadas y menos protegidas,
- Más y más mujeres ingresan en trabajos pagos, pero esto no implica que sean mejores trabajos. Así, en los países desarrollados, la mayoría de los nuevos trabajos son de tiempo parcial, mientras que en los países en desarrollo las mujeres han ido principalmente al sector informal. En términos generales las mujeres ganan entre un 20-30% menos que los hombres.
- Las mujeres continúan siendo las responsables principales de la denominada “economía de cuidado”.
- Algunas mujeres han quebrado lo que se ha dado en llamar “el techo de cristal” y “las paredes de cristal”, pero en el mundo ocupan sólo un 1% de posiciones directivas en los máximos niveles.
- Un número creciente de mujeres está creando sus propios negocios, los que son importantes fuentes de empleo. Pero la política, las regulaciones y el medio ambiente institucional suelen ser poco “amistosos” hacia las mujeres emprendedoras.
- Las mujeres constituyen un número cada vez mayor de migrantes, tanto legales como ilegales, con el propósito de conseguir empleo. Las trabajadoras migrantes están entre las más vulnerables y expuestas a la explotación y el abuso.
- Las mujeres continúan teniendo menor acceso que los hombres a inversiones en desarrollo de habilidades, conocimientos y aprendizaje continuo. En un mundo como el actual, crecientemente dominado por la información y la tecnología de las comunicaciones, las inequidades de género llevan a nuevas formas de exclusión social.
- La brecha entre los géneros lleva al empobrecimiento de las mujeres pues cuando se jubilan enfrentan un riesgo mucho mayor que los hombres, de deterioro en sus estándares de vida.

Al analizar el problema de la pobreza desde una perspectiva de género, Irma Arriagada⁷ (2005) presenta vinculaciones entre equidad y pobreza al señalar que las mujeres

⁶ Datos tomados de OIT, Promoción de Género, 2000.

⁷ Experta de la División de Desarrollo Social de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) lo presenta en el artículo “Dimensiones de la pobreza y políticas desde una perspectiva de género”, publicado en la Revista de la CEPAL N° 85.

son más pobres que los hombres, principalmente por razones de discriminación y falta de equidad en su acceso a la propiedad y control de los recursos económicos, sociales y políticos. Plantea que existen cuatro formas de exclusión en el mercado laboral que, aunque alcanza a ambos géneros, afecta de manera más severa a las mujeres: el desempleo, las formas precarias de inserción laboral, las formas de trabajo no remuneradas y la exclusión de las oportunidades para desarrollar sus potencialidades.

Trabajo y equidad de género

Los caminos recorridos en las últimas décadas por los estudios del trabajo femenino en Latinoamérica permitieron reunir un gran número de conocimientos producidos sobre la ubicación diferencial de mujeres y hombres en el mercado del trabajo. Se ha creado un importante cuerpo de conocimientos -proveniente del mundo académico y de los organismos internacionales especializados- que da cuenta de las continuidades y cambios de la actividad económica femenina.

Se han logrado avances en la desagregación por sexo de las estadísticas oficiales, se han podido realizar nuevos procesamientos, se han analizado críticamente los indicadores tradicionales que se utilizan para estudiar el mercado de trabajo y se han incorporado otros que dan cuenta de la especificidad de la inserción laboral femenina y su vinculación con la esfera reproductiva, tales como los tipos de hogares, el estado civil y el número de hijos.

Todo ello ha contribuido a dar visibilidad a la presencia de las mujeres en el mundo del trabajo y a proporcionar explicaciones de los cambios en los niveles de participación en las actividades económicas.

Inequidad y exclusión

Los estudios realizados con el enfoque de género acerca de las actuales transformaciones del mercado del trabajo, realizan una relectura de los indicadores de empleo desde la perspectiva de la exclusión social y distinguen entre las siguientes condiciones:

- a) la exclusión del mercado de trabajo
- b) la exclusión del empleo
- c) la exclusión de empleos de calidad y de puestos de trabajo asignados según estereotipos de género, así como sus impactos en los salarios.

Los aspectos institucionales -que interactúan con las dimensiones estructurales- también pueden favorecer la inclusión o producir exclusión, así ocurre con las instituciones

de la seguridad social, las negociaciones colectivas, la capacitación profesional y los programas de empleo.

Procesos de inclusión / exclusión en el mercado de trabajo

A nivel internacional se constata un proceso continuado de participación de las mujeres en el mercado de trabajo. El incremento de los niveles de instrucción de la población femenina, conjuntamente con los cambios en las pautas culturales, ha estimulado de inclusión de las mujeres en el mercado laboral. Las mujeres activas que han accedido a los niveles secundarios y universitarios aventajan en número a los hombres desde hace más de veinte años, y se advierte una creciente feminización de la matrícula universitaria.

La explicación de esta feminización de la educación superior se vincula a transformaciones culturales sobre el papel de las mujeres, y también a las propias dificultades de acceso al mercado de trabajo, pues responde a la convicción de que la educación es un canal importante de inserción ocupacional y de ascenso social⁸.

Es deseable que esta fuerte inversión en educación que están realizando las mujeres amplíe en el futuro la gama de posiciones ocupacionales que ocuparán, logrando una mayor presencia en los sectores profesionales donde su presencia aún no es igualitaria. Pero diversos estudios dan cuenta de que el acceso a una educación superior, si bien es necesario, no es suficiente para una reubicación de las mujeres en la sociedad en lugares de mayor reconocimiento, pues resulta imprescindible una modificación sustantiva en el ordenamiento jerárquico de las relaciones entre los géneros.

Este proceso de inclusión mantiene aún por fuera del mercado a una importante cantidad de mujeres que podría suponerse que desearían trabajar pero que no realizan una búsqueda explícita; estas situaciones -en las que están implicados valores, expectativas y condiciones de vida- permanecen en la invisibilidad ya que no son captadas por los indicadores usualmente utilizados para el estudio del mercado de trabajo.

Como se ha demostrado en investigaciones recientes (CEPAL, 2001) son las mujeres de hogares pobres las que tienen las mayores dificultades para integrarse al mercado de trabajo. El porcentaje de mujeres ocupadas -con relación al total de mujeres en edad activa- es sensiblemente más bajo en los hogares de menores ingresos.

⁸ Esta convicción es especialmente significativa en Argentina, donde históricamente el acceso a mejor educación implicaba mejores oportunidades de trabajo y ascenso social, aunque hace algo más de una década ha dejado de tener vigencia. Si bien la educación es un capital importante, ya ha dejado de ser un reaseguro de empleo de calidad y/o ascenso social.

Distintos factores económicos, familiares, sociales y culturales, entre ellos los bajos salarios que se perciben en los sectores en que podrían trabajar de acuerdo a los niveles educativos alcanzados, la falta de oportunidades de capacitación, la carencia de servicios de cuidado para los niños más pequeños y para las personas mayores, hace que las mujeres que pertenecen a estos hogares tengan más dificultades para realizar trabajos fuera del hogar.

La exclusión del empleo

En América Latina durante la última década se ha producido un aumento considerable de la exclusión social a través del desempleo, vinculado a la apertura de las economías a los mercados internacionales.

Si bien el desempleo continúa afectando en forma distinta a hombres y mujeres, a jóvenes y adultos, la brecha en las tasas de desocupación de hombres y mujeres sigue siendo importante.

El problema del desempleo femenino no se explica exclusivamente por la insuficiente creación de puestos de trabajo, sino por la existencia de trabajos que no están disponibles para las mujeres, ya sea por problemas de calificación de la oferta, como por la definición social de las ocupaciones que son aptas para uno u otro sexo. Los datos muestran con claridad que fueron las mujeres pobres las principales afectadas por el desempleo. Un caso dramático fue el de Argentina donde las mujeres pobres entre 15 y 24 años tuvieron tasas de desempleo que llegaron al 55%.

La exclusión de empleos de buena calidad

La dificultad que enfrentan mujeres y varones para acceder a empleos de buena calidad -lo que implica acceso a la seguridad social, a remuneraciones normales, a capacitación- se ha agudizado en el contexto de un nuevo modelo de desarrollo que supone la internacionalización de la economía y la constitución de un nuevo papel del Estado.

En los empleos de baja calidad se insertan más las mujeres que los hombres. Si se toma la definición utilizada por CEPAL de empleos de baja productividad (ocupación en microempresas, empleo doméstico y trabajadores independientes no calificados) se advierte que existen notorias desigualdades entre hombres y mujeres en todos los países del Cono Sur.

Sin embargo, en esta última década, en términos relativos, los hombres han empeorado su situación en comparación con las mujeres. Esta mejoría relativa de las mujeres respecto a los hombres puede atribuirse a que la población activa femenina aumentó su

nivel de instrucción, pero también en alguna medida podrían estar incidiendo otros factores tales como la “formalización” del servicio doméstico, un sector que emplea un porcentaje importante de mujeres, lo cual no siempre significa incremento de la calidad en todos los aspectos.

Por otra parte, la situación entre las trabajadoras se ha polarizado aumentando la heterogeneidad entre ellas.

Es así que, en la última década, un sector se ha venido incorporando a empleos que exigen niveles altos de instrucción -aunque con remuneraciones bajas- en los servicios educativos y en la salud y también se han abierto oportunidades de empleo en el sector más moderno de la banca, los seguros y las finanzas.

La exclusión de puestos de trabajo asignados por estereotipos de género

Se constata la existencia de segregación horizontal y vertical, una concentración del empleo femenino en un número reducido y determinado de sectores y ocupaciones considerados como “típicamente femenino”, y por otra parte, una concentración de hombres en sectores y ocupaciones considerados como “masculinos”. Lo cual habla de una polarización del mercado de trabajo en ocupaciones femeninas y masculinas, y lleva a la segregación y exclusión de las mujeres de los puestos de trabajo, ya que restringe las opciones ocupacionales de las mujeres a las ocupaciones consideradas como culturalmente aptas “para mujeres”, y las conduce a profesiones desvalorizadas socialmente.

Disminución de la disparidad de ingresos

Los ingresos laborales femeninos siguen siendo muy inferiores a los masculinos; sin embargo, se observa que esta brecha se ha debilitado en zonas urbanas respecto a los comienzos de la década de los noventa, lo cual da cuenta de la caída de salarios para todos los trabajadores y trabajadoras.

Esto se vincularía, en parte, a los avances en los niveles de instrucción que han logrado las mujeres, y en parte también puede estar incidiendo el antes mencionado proceso de desagregación ocupacional.

Aunque la persistencia de tales disparidades se puede explicar por la posesión de recursos, aptitudes, conocimientos y redes sociales diferenciales, resulta fundamental considerar otra dimensión: la de la presencia de los estereotipos de género en la cultura del trabajo.

Mecanismos de discriminación en el trabajo y estereotipos de género

Si bien en Argentina, como en otras partes del mundo, se han aprobado disposiciones antidiscriminatorias que reconocen la igualdad entre hombres y mujeres en el empleo; en ocasiones, muchas de estas disposiciones no son conocidas, y en otras, aunque son conocidas, se eluden o son violadas.

Existen relaciones de poder, normas sociales y estereotipos de género que impiden o dificultan el ejercicio de esos derechos consagrados legalmente, lo cual contribuye a explicar la brecha entre igualdad formal e igualdad sustantiva (vale decir, entre una igualdad meramente declamada y la efectivamente respetada).

Las prácticas institucionales discriminatorias se producen a través de diferentes procesos tales como: los procesos de reclutamiento y asignación de personal para determinados puestos, el papel de las representaciones del trabajo femenino, las dificultades para el cumplimiento de los derechos relativos a la licencia y horario maternal. Las inequidades en el ámbito laboral amparadas en los estereotipos de género también generan otro tipo de discriminaciones, las intragénero. Así, se advierte que aún dentro del segmento masculino se producen tratos desigualitarios y descalificadores entre los propios varones cuando éstos no responden al modelo de “masculinidad hegemónica”: blanco, heterosexual, urbano, de nivel socioeconómico alto (Cheng, C., 1996; Olavaria, J., 1997; Alvesson, M., Due Billing, I., 1997). Del mismo modo, entre los segmentos femeninos se encuentran actitudes de discriminación. Lo cual da cuenta de la vigencia de inequidades que se respaldan en estereotipos que incluyen a los géneros, las etnias y la elección sexual, entre otros criterios de estratificación.

Varones, mujeres y trabajo en Argentina: brechas en tensión

En Argentina el modelo que instaló condiciones de trabajo signadas por la precariedad, situación que atravesó todos los niveles socioeconómicos y a todos los puestos en las organizaciones, que multiplicó la informalidad laboral, los salarios por debajo del mínimo, la ausencia de protección legal y la eliminación o disminución de la cobertura de salud, produjo una reducción de la participación masculina en el mercado de trabajo al mismo tiempo que las mujeres incrementaban su inserción laboral.

La mayor permanencia relativa de las mujeres en el empleo hay que situarla en la evolución de los sectores económicos. Los sectores de empleo tradicionalmente masculino -por ej., la industria y la construcción, a los que se suma en 2002 la manufactura y los pequeños comercios en el caso de los varones, y el sector financiero- fueron expulsores netos, a diferencia del comercio, los servicios y el sector público.

A lo largo del año 2002, varones y mujeres de sectores medios y con alto nivel de educación también han sufrido la pérdida del empleo y fuertes dificultades -o directamente la imposibilidad- para reinsertarse en el circuito laboral, pues la economía no generó puestos de trabajo suficientes para absorber el desempleo generado desde tiempo atrás. Esta situación puede entenderse como parte del modelo pues los altos niveles de desempleo son sostenibles y consistentes con el mismo y no constituyen una consecuencia indeseada.

En los últimos tres años ha habido algunos cambios en los escenarios sociolaborales, pero el crecimiento económico no trae aparejado automáticamente el incremento de la calidad de vida de la población. Las reformas estructurales de los últimos años que permitieron la recuperación del crecimiento económico, no han sido suficientes para erradicar la pobreza ni para lograr una distribución equitativa del ingreso ni de las oportunidades para toda la población.

Aun reconociendo las acciones que se están llevando a cabo desde el gobierno, en Argentina el actual escenario de pobreza se caracteriza por incluir todavía altas tasas de trabajo en negro, de trabajo parcialmente registrado, asimismo altas tasas de desocupación y de sub utilización laboral (desocupados más sub ocupados) todo lo cual da cuenta de un mercado que reproduce a su fuerza laboral en condiciones de deterioro creciente.

En este contexto la situación de las mujeres en el mercado de trabajo en Argentina es de desventaja con respecto a la de los varones. El incremento de la participación femenina en el mercado laboral, y de su nivel de escolaridad, no garantizan la inserción en el mercado de trabajo en un marco de igualdad de condiciones con los varones.

De tal modo, las mujeres continúan insertándose en el ámbito laboral con desventajas que dificultan su acceso y permanencia, básicamente la concentración de la doble responsabilidad hogar/trabajo, que les demanda un desgaste extra de energías y le restan disponibilidad para su formación profesional/laboral.

Si bien se constata un incremento en el acceso de mujeres a puestos jerárquicos, éstas son todavía una minoría y constituyen apenas una excepción que se señala como ejemplo de logros que todavía no conforman el escenario cotidiano de las organizaciones. Para que esto se transforme en una realidad será indispensable avanzar en el logro de la equidad de género y de la igualdad de oportunidades.

Si bien hay que reconocer que la pobreza y la dificultad para incorporarse al mercado de trabajo afecta también a los varones, esto no debe hacer perder de vista que

tales dificultades no provienen del acceso de mujeres al trabajo sino de los brutales cambios socioeconómicos y políticos que han hecho descender abruptamente la oferta de empleo, tanto como la erradicación de la “necesidad” de trabajadores y trabajadoras que en los escenarios previos eran indispensables para el funcionamiento económico. Asimismo es necesario tener en cuenta que las mujeres se encuentran en peores condiciones objetivas.

Todavía hoy los puestos ocupados por la mayoría de las mujeres son los de menor reconocimiento, los peor pagos y la desigualdad de salario por el mismo trabajo continúa vigente aún en cargos jerárquicos. Son las mujeres de hogares pobres las que tienen las mayores dificultades para integrarse al mercado de trabajo.

Todavía siguen vigentes los bajos salarios que se perciben en los sectores en que podrían trabajar de acuerdo a los niveles educativos alcanzados, la falta de oportunidades de capacitación, la carencia de servicios de cuidado para los niños más pequeños y para los mayores, tal como se señaló anteriormente.

En las últimas décadas, las mujeres ingresaron masivamente al mercado de trabajo remunerado. Para el año 2004, la mitad de las mujeres mayores de 14 años se encontraban activas, ya sea por estar trabajando o por estar buscando empleo.

La tasa de ocupación efectiva de los varones es mayor que la de las mujeres, siendo éstas más afectadas por el desempleo. Así, mientras el 12,6% de los varones activos se encuentran desocupados, este problema afecta al 17,1% de las mujeres en igual situación.

Tasa de actividad, ocupación y desocupación por sexo

Total de 28 aglomerados - Población de 14 años y más
EPH- segundo semestre de 2004

	Total	Varones	Mujeres	Brecha de género
Tasa de actividad	60,1%	72,8%	49,2%	0,7%
Tasa de empleo	51,4%	63,6%	40,8%	0,6%
Tasa de Desocupación	14,6%	12,6%	17,1%	1,4%

Fuente: web INDEC: Trabajo e Ingresos/ Caracterización de la PEA

La participación económica de las mujeres y varones difiere en términos del tipo de ocupación al que acceden y también en cuanto a sus niveles de ingreso. Así, la brecha del 32% entre ingresos de mujeres y varones, y el 72% de los cargos de dirección en el mercado de trabajo son actualmente ocupados por varones según lo señala el INDEC-EPH, segundo semestre 2004.

Asimismo, es posible advertir mercados de trabajo segmentados: uno primario reservado a los varones y otro, secundario donde existen ocupaciones netamente “femeninas”, que son menos reconocidas y peor pagadas. Algunos de los problemas que afectan a las trabajadoras son la informalidad y la precariedad laboral. En el sector privado, según datos de 2005, los asalariados precarios varones son el 48%, mientras que para las mujeres esta cifra asciende al 60%. Estas diferencias no son solo salariales sino que a igualdad de capacidades no se promueve a las mujeres. Por lo tanto aquellas pocas que acceden a lugares jerárquicos sólo alcanzan un nivel medio y permanecen mayor tiempo en esos puestos en comparación con los varones.

La gravedad y la extensión de la crisis socioeconómica también plantean una nueva situación en la organización familiar, ya que la creciente caída del empleo y el aumento de la desocupación masculina han hecho más visible el aporte del trabajo femenino dentro y fuera del hogar. Gana visibilidad el trabajo doméstico, como aporte a un presupuesto que cuenta con limitados ingresos monetarios, y se hace pública la importancia del trabajo social de las mujeres pues cada vez se vuelve más claro que no son sólo los hogares, sino también los emprendimientos comunitarios los que son sostenidos por mujeres. Y en estos escenarios también se hacen visibles nuevas formas de organización familiar, desde la composición de las mismas hasta los ensayos de otros modos de distribución de responsabilidades, que conviven con las tradicionales.

Mujeres, varones, trabajo y hogar: nuevos escenarios, viejas divisiones

Tal como se mencionó previamente, la nueva situación de la organización familiar se vincula con la creciente caída del empleo, y el aumento de la desocupación masculina ha hecho más visible el aporte del trabajo femenino. El trabajo doméstico se convierte en un escenario que cobra protagonismo no sólo por aportar al presupuesto, sino porque la inactividad masculina obliga a muchos varones a ocuparse de las tareas hogareñas.

Si bien en algunos hogares las relaciones de género intrafamiliares se han modificado, pues los varones desempleados se hacen cargo de las tareas domésticas mientras las mujeres se adentran en el mundo de “lo público”, esto no se advierte en todos los

hogares. Además la desjerarquización del trabajo hogareño permanece vigente en la sociedad, donde todavía se culpabiliza a las mujeres por la carencia de trabajo para los varones y de la “feminización” de los varones⁹. Simultáneamente en el escenario de la creciente incorporación de la participación de las mujeres en el trabajo asalariado, el género permanece como una fuente de discriminación en el mercado de trabajo.

Los procesos de división del trabajo por género poseen una estrecha relación con la segregación ocupacional y la discriminación en los ingresos. El hecho de que las mujeres hayan ingresado en el mercado laboral y en el ámbito público no ha sido acompañado por un replanteamiento de la división del trabajo y de la jerarquía de los géneros al interior de la familia. Se advierte que la participación de los varones en la esfera doméstica aún es muy restringida, aunque existe una incipiente modificación de la división de roles de género y una reestructuración de las relaciones hombre-mujer en el trabajo y en el hogar (Bonino Méndez, L., 1995, 2004; Pineda, J., y Hernández, A., 2006). Por ejemplo, se observa una creciente necesidad de los hombres por ejercer un mayor involucramiento en la crianza y cuidado de los hijos, aunque todavía no hay bases sólidas para afirmar que estas expresiones sean indicadores de un desafío a las bases estructurales del patriarcado, ni que se hayan superado las asimetrías en las relaciones entre los géneros dentro o fuera de los hogares.

Así, desde hace algunos años se están indagando comportamientos de dominación -invisibilizados por su cotidianeidad y naturalización- que casi todos los varones realizan diariamente en el ámbito de las relaciones de pareja, a los cuales Bonino Méndez (1995) denomina “micromachismos”¹⁰ y que actúan sobre la autonomía y el psiquismo de las mujeres. Mientras que, simultáneamente, muchos varones se animan a revisar e incluso a cuestionar los mandatos del estereotipo de género masculino.

De tal modo, la división sexual del trabajo afecta y produce una realidad material diferencial para varones y mujeres. Esto se registra en sus relaciones dentro y fuera del ámbito de trabajo y produce cuerpos y prácticas que hacen posible su perpetuación.

Construyendo cuerpos flexibles, productivos, sumisos, competitivos, autorregulados... y que resisten

En los escenarios esbozados hasta aquí parece regir el denominado neodarwinismo social que implica que sobrevivir en el trabajo depende de la adaptabilidad y

⁹ El varón “feminizado” se describe con un perfil infantil, sin proyectos de crecimiento, pasivo y dependiente.

¹⁰ A los que clasifica en: coercitivos, encubiertos o de crisis.

disponibilidad individuales en un contexto siempre cambiante, generando culpabilidad individual sobre la pérdida del trabajo, la falta de motivación, el desempeño pobre, etc. mientras quedan invisibilizados los complejos mecanismos económicos políticos e institucionales que las hacen posibles e incluso inevitables.

Las condiciones sociales y económicas se naturalizan, se reifican, desde distintos ámbitos se estipula que la realidad “es” y en consecuencia “hay que” adaptarse a ella, quedando invisibilizado que tales condiciones son producidas socialmente y por lo tanto es posible modificarlas. Es así como hoy la aptitud de supervivencia depende de la adaptabilidad, flexibilidad y movilidad personales: ser innovador, autónomo, polivalente, multifuncional y con disposición para el aprendizaje constante a efectos de ser “empleable”, son “los desafíos a los que hay que responder”¹¹.

Estas ideas de flexibilidad, de disponibilidad perpetua, de alto rendimiento (performance), ultra competitividad, aceptación acrítica de las propuestas del pensamiento hegemónico también atraviesan, regulan y normativizan a los cuerpos de trabajadores y trabajadoras de todas las jerarquías¹².

En tal sentido, es útil la idea de *depredación* (Melamed, A., 2006) que describe un dispositivo en el cual desde los documentos corporativos -y reforzado por acciones

¹¹ Estos temas/problema vienen siendo indagados en varias investigaciones: López, Mercedes, “Percepciones, significados y valores en el management de Argentina de fin de siglo”, Tesis Doctoral, Facultad de Psicología, UBA, 2000. Altschul, Carlos, Holzer, Marina, López, Mercedes, Preziosa, María M. y Ruffolo, Flavio: “Crisis de la dirigencia: íconos argentinos de conducción y respuestas adaptativas de la jefatura”, Proyecto GLOBE, Escuela Wharton de Negocios, Universidad de Pensilvania, USA, 2001. López, Mercedes: “Subjetividad, grupos y organizaciones en los nuevos escenarios de Argentina. Estrategias y dispositivos de conducción”, UNC, 2004-2005.

¹² En un trabajo de campo realizado, en el que se hicieron entrevistas a Directores Médicos de corporaciones internacionales, indagando sobre las consultas que reciben y sobre los modos de trabajo y sus consecuencias sobre el personal, señalaban que las consultas que reciben habitualmente las realizan tanto los niveles gerenciales como los no jerárquicos y son por distintos síntomas: gastroenteritis, dolor de cabeza, enfermedades ocasionales, según uno de ellos por un estudio realizado han llegado a la conclusión que *“más del 50% está vinculado con tres cosas: sobrepeso, hipertensión y sedentarismo, vinculadas con las características del trabajo, y entre las personas que tienen más de 35 años están perdiendo de vista el correcto balance entre trabajo y vida personal”*. Si bien las horas de trabajo normales son entre 9 y 10 por día, hay habitualmente situaciones que exigen mayor tiempo. Respecto a la presencia de trastornos tales como el síndrome del domingo (malestar por comienzo de semana) y/o presentismo patológico, el médico admite manifestaciones de esa naturaleza (especialmente en gente joven). Al igual que sucedía con los gerentes entrevistados, también el Director Médico se escuda en argumentaciones que procuran justificar tanto la presencia de fuertes presiones como la responsabilidad puesta sobre los individuos singulares, dejando excluida del razonamiento a la intervención de la propia organización en la gestión y reciclamiento de tales conductas y sus resultados.

y exhortaciones respaldadas por concepciones teóricas y filosóficas -las empresas exhortan explícitamente a las personas a alinearse con las pautas que allí se proponen; lo cual implica asimilar pensamiento, emoción y voluntad a la empresa, auto imponerse voluntariamente objetivos difíciles de lograr -e incluso en muchos casos reconocidos como imposibles de alcanzar- y aun así cumplirlos utilizando para ello de todo el tiempo y el esfuerzo que requieran, e incluso se incita a superarlos.

Esto implica un alto montante de esfuerzos, voluntad y fundamentalmente afectividad, lo cual genera un compromiso muy intenso, pues cuanta mayor inversión afectiva, más intenso es el lazo con la corporación, pudiendo llegarse inclusive a formar parte de la propia identidad¹³. Si a esto se suma el halo de prestigio profesional y personal que implica trabajar para una empresa reconocida, queda claro que es un lazo más fuerte que una simple relación laboral.

De tal modo, se plantea un escenario cotidiano que por el alto grado de exigencias resulta estresante, y se presenta de un modo tal que resulta “natural” por lo cual queda invisibilizado su origen organizacional, y como consecuencia fuera de cualquier posibilidad crítica.

En estos escenarios, cuyos criterios y valores impregnan la sociedad, organizados en torno a la incertidumbre, al miedo, al control, a la gestión del malestar, en la actualidad rige la consigna “biología no es destino”, el cuerpo se ha transformado en un lugar de construcción donde la persona puede intervenir y transformar la propia materialidad.

La inspección e intervención sobre el cuerpo no es sólo competencia médica sino que ha sido interiorizada por cada individuo, el cuidado del cuerpo pasa por un consumo ajeno a una concepción social de salud y enfermedad, interesado más por “vencerlo”, vale decir, por ser más ágil, tener más memoria, tener más resistencia, controlar el sueño y la fatiga, ser más eficiente en el trabajo y en el hogar. Se presiona sobre los límites corporales y con ello se instalan la ansiedad, el malestar, las enfermedades (cardíacas, digestivas, etc.) y el *burn out*.

Se pueden considerar dos formas, entre otras muchas, de regulación de los cuerpos: por un lado son fácilmente “alcanzables”, los avances tecnológicos permiten mantener un contacto permanente más allá de distancias físicas o temporales; y por otro lado se produce una oscilación entre la obsesión por el (auto)cuidado y por la (auto)explotación. En ambos casos constantemente disponibles y dispuestos, para

¹³ El involucramiento puede ser muy intenso pudiendo ejemplificarse con la siguiente ecuación: a mayor inversión afectiva mayor disposición a “*matar o morir*” (sic) en relación con la identidad corporativa.

producir y para consumir. Así, varones y mujeres invierten tiempo y dinero preocupándose cotidianamente por el cuidado de sus cuerpos, que resulta ser una exigencia por mantener la presencia, por tener las energías para estar disponible todas las horas que se requieran en el trabajo y para atender los requerimientos de hijos, hijas, esposos y esposas. Mujeres y varones deberán responder a las exigencias de juventud, belleza, rendimiento y prosperidad vigentes, en ambos casos, nunca será suficiente lo que logren, con lo cual el circuito se mantiene activo de forma permanente. Este circuito es reconocible en los sectores medios y altos, y en los sectores bajos opera como la meta que se anhela, aunque se intuye imposible de alcanzar, en tanto el consumo y la estética que lo acompañan se han instalado como un eje ordenador en la sociedad.

Otro eje ordenador en la sociedad es la idea de *performance*, organizadora de comportamientos, de ilusiones y de proyectos; la adhesión es prácticamente total. La convocatoria a sobrepasar los propios límites, es una consigna unánime en las corporaciones, tal como se mencionó previamente. Y las palabras que operan regulando resuenan desde múltiples focos instando a ser siempre más eficaces, estar más en forma, a ser más jóvenes, más sexualmente activos, con más memoria, más control del sueño y “más felices”.

La ultra *performance* se impone como un valor social positivo, sinónimo de éxito. Las exigencias se verifican en el trabajo, el deporte, el estudio, con ritmos difíciles de sostener con actividades cada vez más exigentes y que en muchas personas lleva a la ingesta de alcohol, tabaco, café, drogas lícitas o no, y también a apelar a los complementos alimenticios para luchar contra el stress y la fatiga, que contribuyen -ilusoria o efectivamente- a poder ir más allá de los propios límites de las capacidades físicas e intelectuales.

La apariencia y el rendimiento corporal exceden los aspectos meramente estéticos. En estos escenarios se puede considerar que forman parte del capital social (Bourdieu, P., 1998, 1993) imprescindible para circular socialmente, no sólo para “estar a la altura” de la imagen de determinados trabajos sino también para lograr aceptación social y reconocimiento.

Y la aceptación acrítica de pautas hegemónicas que promueven cierta forma de vida instalándola como la única posible, como la única deseable, imponiendo asimismo modos de trabajo que no son cuestionados sino que se los acepta e incluso anhela, son formas de una violencia simbólica (Bourdieu, P., 1993) que opera desde diferentes frentes. Bourdieu señala que este tipo de violencia se aparta de la idea de violencia física o directa para remitir a una relación de dominación que se ejerce por medio de las vías de comunicación racional, con la adhesión del agente sobre quien se la ejerce. El consentimiento de esta violencia se hace por desconocerla como tal,

lo cual es resultado de la aceptación de postulados que este agente no cuestiona por resultarle “autoevidentes” pues conforman el mundo cotidiano en el que está inmerso y configuran su percepción y significación del mismo. Aprendemos por el cuerpo, el orden social se inscribe en los cuerpos, dice este autor, de tal modo, el espacio social y sus sistemas de producción de significación y de prácticas se inscriben en los cuerpos, en lo que Bourdieu denomina *habitus*, que dan cuenta de que lo personal es a la vez social, es colectivo, *habitus* es en todo caso una subjetividad socializada.

El cuerpo es presencia, vehículo y depósito de toda la información vital, normalizar el cuerpo implica uniformar, estandarizar los físicos pero también los pensamientos, violentar lo diverso y promover la sumisión.

Mientras simultáneamente, estas experiencias conviven con las de los trabajadores y trabajadoras precarizados, los cuerpos encadenados a las máquinas de coser en los talleres clandestinos, las “camas calientes”¹⁴ que dan cuenta de un circuito de trabajo esclavo que no contempla recesos, los cuerpos fragilizados por la comida insuficiente, el trueque sexual como moneda de cambio para tener/mantener aun el empleo más precario. En este caso, no sólo no se verifica el cumplimiento del derecho a la salud, a un cuerpo sano y bien alimentado, sino que se produce el despojo del mismo. Se produce un desplazamiento hacia la desafiliación (Castel, R., 1997) de las relaciones sociales e institucionales que se transforman en efímeras e inestables donde el recorrido lleva a territorios de desechos sociales y materiales en los cuales, tal como señala Suely Rolnik, esa “subjetividad-basura” se constituirá en el revés de la trama de una “subjetividad-lujo” (López, M.; Montenegro, R., 2003).

Estos escenarios incluyen también los espacios solidarios de encuentro, comedores y talleres educativos barriales, los espacios de trabajo recuperados en los cuales las mujeres y los varones resisten desde sus lugares a los múltiples violentamientos “inventando” nuevos modos de organizarse, de sostener y revitalizar sus trabajos¹⁵. “Poniendo el cuerpo”, literalmente, en una lucha compartida tomando protagonismo una

¹⁴ “Cama caliente” es un modo de denominar a una modalidad de trabajo esclavo, por la cual los trabajadores viven y trabajan en el mismo espacio compartiendo los lechos de modo tal que cuando uno va a dormir el otro se levanta a continuar la actividad. Este ciclo se continúa ininterrumpidamente a lo largo de las 24 hs.

¹⁵ Esto se está investigando desde hace algunos años en varios proyectos: “Política y subjetividad. Estrategias colectivas frente a la vulnerabilización social” (UBACyT P052) Directora: Ana M. Fernández, Co-Directora: Mercedes López. 2004-2007. “Microemprendimientos autogestivos de jóvenes. Dispositivos de acción colectiva frente a la vulnerabilización social” (UBACyT P705) Directora: Ana M. Fernández, Co-Directora: Mercedes López. 2004-2005. “Grupos de vulnerabilidad social: transformaciones en los imaginarios sociales y las prácticas comunitarias. Un estudio en el barrio de Balvanera” (UBACyT P/047) Directora: Ana M. Fernández 2001-2003.

capacidad de acción y de decisión impensables en otras circunstancias y en tal accionar se transforman también sus “roles tradicionales de género”, se borran en acto las distinciones tradicionales entre mundo público y mundo doméstico y desafían sus posicionamientos subjetivos respecto a sí mismos/as, respecto a sus pares y a la organización. Al tiempo que eluden sometimientos instalando colectivamente nuevas prácticas, inauguran cuerpos que celebran formas de trabajo regidas por el respeto mutuo y la posibilidad de desplegar sus potencias (Fernández, A., y otros, 2006).

La experiencia actual de las fábricas y empresas recuperadas por sus trabajadores y trabajadoras pone en visibilidad una nueva idea de propiedad que se focaliza en la función social de los recursos productivos, la idea no es adueñarse sino producir para subsistir. Para sostener la modalidad organizacional que llevan adelante, estos hombres y estas mujeres han debido mutar sus posicionamientos subjetivos, han debido reconocer y poner en acción conocimientos que muchas veces ni siquiera sabían que poseían.

Estas transformaciones no se producen de una vez y para siempre, la “tentación” a volver a un sistema de gerenciamiento conocido, que implica delegar capacidades y potencias así como renunciar a un pensamiento autónomo y crítico, es un desafío con el que tienen que lidiar.

Es necesario tener en cuenta que las estrategias biopolíticas¹⁶ de dominación despliegan modos de operar diferenciales para las distintas clases sociales, e involucran un complejo entramado de relaciones de poder. Entre otros aspectos, incluye no sólo a sistemas socioeconómicos y políticos, sino una perspectiva simbólica que opera definiendo cómo debe organizarse la vida individual y colectiva, cuáles deben ser los anhelos y los proyectos, cuáles los márgenes de las acciones posibles y cómo debe percibirse y significarse la propia vida.

Así, la producción contemporánea de subjetividades da cuenta de un orden global que actúa no solo en los intercambios del mercado, mientras redirecciona los intereses y controles políticos. También ejerce un biopoder (Foucault, M., 1978) que disciplina cuerpos, ordena poblaciones y construye sujetos específicos, los nombra y sitúa en territorios claramente delimitados mediante la definición de sus necesidades, de sus gratificaciones, sus frustraciones, configurando incluso sus deseos.

¹⁶ La noción de *estrategias biopolíticas* (Foucault, 1978) remite a un conjunto heterogéneo de elementos materiales y simbólicos que operan como poder sobre la vida de las personas, sus cuerpos, emociones y voluntades.

Considerando las políticas sociales llevadas adelante en Argentina y la firma de acuerdos internacionales (por ejemplo, contra la discriminación, vale decir, para promover equidad), podría decirse que hay una política social que visibiliza y respeta las singularidades de género, étnicas, sexuales, de procedencia, etc., lo cual sugiere un trabajo para el logro y consolidación de la inclusión. Sin embargo, no resulta tan visible que quedan intactas las profundas desigualdades y formas de exclusión social así como las condiciones que las hacen posibles. En palabras de Manuel Escobar C. y Nydia Mendoza R. (AAVV, 2003, *Nómadas* N° 23) *es esta la doble cara del sistema capitalista actual: exacerbación de la singularidad, ilusión de la inclusión.*

El arduo trabajo de lograr la equidad

El problema de la equidad de género es un tema prioritario no sólo para continuar trabajándolo en Argentina, sino también en toda la región. El futuro de las próximas generaciones en cuanto a resultados sociales está signado por los problemas vinculados con la equidad y con el comportamiento del mercado laboral.

Las interrelaciones entre el manejo macroeconómico y la calidad de vida de la población son cada día más claras. Los costos sociales de varias décadas de ajuste han puesto en evidencia que no hay neutralidad, en términos de equidad, en el manejo de las variables económicas. Es necesario reconocer que los costos no son iguales para hombres y mujeres, ellas no solo se vieron afectadas como miembros de los hogares y grupos sociales más desfavorecidos, sino también como resultado de su posición en la división sexual del trabajo.

El esbozo previamente presentado de los actuales escenarios intenta dar cuenta de la necesidad de abordar el problema de la inequidad, que involucra tanto una dimensión imaginaria que continúa sosteniendo los estereotipos de género y sobre la cual es necesario trabajar, como aspectos prácticos. Entonces ¿cómo trabajar para alcanzar la equidad de género? La Plataforma de Beijing para la Acción estableció la transversalización de género (*gender mainstreaming*) como la estrategia global para promoverla. Es una estrategia para hacer que las experiencias de las mujeres tanto como las de los hombres sean una parte integral del diseño, implementación, monitoreo y evaluación de políticas y programas en todas las políticas económicas y sociales, en todas las esferas y a todos los niveles; así, mujeres y hombres se beneficiarán equitativamente y no se perpetuará la inequidad. De tal modo, el objetivo último de la transversalización de género es alcanzar la equidad de género.

Dado que aun hoy, y aun contando con la adhesión a pactos y tratados internacionales vinculados con la igualdad entre varones y mujeres, todavía prácticamente no se habla de políticas para equiparar los sueldos de hombres y mujeres ni de revertir otras

desigualdades ¿qué puede aportar la inclusión de la cuestión de género en las políticas sociales? Teniendo en cuenta lo mencionado previamente, las intervenciones sobre la cuestión de género no consistirían en orientar programas hacia las mujeres como destinatarias de las políticas, lo cual no haría sino sostener un lugar “inferior” en una organización asimétrica, sino en elaborar programas que incidan en el sistema de género, que produzcan cambios positivos en la estructura que vincula las posiciones de mujeres y varones en la sociedad, las que si no se modifican van a continuar reciclando inequidades.

Las intervenciones sobre el género suponen pensar en acciones transversales, de allí la importancia estratégica de la transversalización de género (*gender mainstreaming*). En tal sentido es necesario ser conscientes de que el sistema de género atraviesa la estructura económica, la estructura de poder, la división sexual del trabajo y el sistema de reproducción biológica y social. Entonces, analizar las políticas desde el sistema de género pone de manifiesto que las intervenciones sobre cada uno de estos ámbitos reproducen o transforman la posición relativa y las relaciones jerárquicas entre mujeres y varones.

Señalar que hombres y mujeres se ubican de forma diferencial en el mercado de trabajo, tienen distinto grado de cobertura en los sistemas de seguridad social y que su status y poder fuera y dentro de la familia es diferente, no implica ignorar que los varones padecen injusticias, que tienen sueldos indignos o que son víctimas de un modelo económico y laboral que los perjudica. Hay autores, entre otros José Olavarría (1997), que han desarrollado un enfoque que articula el poder social de los hombres con la experiencia individual de dolor y alienación como un medio para entender mejor a los varones y la complejidad inherente a las formas dominantes de masculinidad, reconociendo que existen distintas formas de poder estructural y de carencia de poder entre los varones. Es importante no confundir consideraciones relativas a la dimensión de lo colectivo con lo referido a la dimensión de algunas experiencias singulares, de tal modo que esos señalamientos no deben hacer olvidar que varones y mujeres vivimos dentro de sistemas de poder patriarcal que privilegian a los hombres y estigmatizan y oprimen a las mujeres.

Se trata de un problema que interpela a la sociedad toda en tanto y en cuanto se vincula con los derechos humanos básicos, con los derechos ciudadanos y en consecuencia con las posibilidades ciertas de sostener y consolidar los procesos democráticos e institucionales del país.

A modo de síntesis y para seguir pensando

En relación con el mercado laboral, según datos de la OIT, el desempleo abierto creció en la región durante la última década, manteniéndose e incluso aumentando la tasa de

desocupación femenina con relación a la masculina. Asimismo, de cada diez nuevos puestos de trabajo, seis se generan en el sector informal. A su vez, la brecha entre trabajadores calificados y no calificados se amplió significativamente en términos de remuneración. La articulación entre macroeconomía y género, que hasta hace unos años parecía inabordable, ha tomado mayor vigencia a raíz de los ajustes macroeconómicos que los diversos países han implementado. Esto ha echado luz sobre dos aspectos clave: por un lado, los ajustes no afectan de igual manera a hombres y mujeres y, por otro lado, variables macroeconómicas clave como el ahorro, el consumo y probablemente la inversión tienen comportamientos diferentes de acuerdo al género, de tal modo que la realidad económica de las mujeres no sólo está marcada por la diferente intensidad de los efectos de las medidas. De modo más amplio, se caracteriza por una dinámica que enlaza el funcionamiento macroeconómico con un orden doméstico que les exige trabajar gratis y responsabilizarse de la supervivencia familiar, lo cual trae como consecuencia que resulten consideradas como “entes no económicos de segunda clase”.

Estas realidades empiezan a hacerse visibles, se comienza a reconocer que no hay neutralidad de las políticas macro económicas en términos sociales, y a hacerse hincapié en la imperiosa necesidad de examinar los efectos sociales de tales políticas. Estas interrelaciones involucran no sólo a las mujeres sino también a los hombres, quienes han sido fuertemente afectados por los procesos de ajuste económico y de transformación productiva, aunque de modos diferentes a como los están viviendo las mujeres. Todo lo cual da cuenta de un entrecruzamiento de inequidades sociales y de género. Observar, reconocer y trabajar en las especificidades de los impactos de los cambios, no solo sobre las mujeres sino también sobre los hombres, y más aún, en las relaciones sociales entre unas y otros, permitirá construir y sostener sociedades más justas y democráticas.

Es entonces imprescindible dar prioridad a la equidad de género, dado que es imposible lograr una sociedad justa cuando existen desigualdades evidentes entre la mitad de esa sociedad, las mujeres, y la otra mitad, los hombres.

Las enormes diferencias de género tienen inevitables consecuencias económicas y sociales. Existe un reconocimiento internacional acerca de que mayores niveles de igualdad contribuyen al fortalecimiento del crecimiento económico, a la reducción de la pobreza y a una mayor capacidad para gobernar eficientemente. Pero este argumento racional parece no ser suficiente. El logro de la equidad de género así como de modos de trabajo digno, respetable, que se desmarque del encorsetamiento de una modalidad de dominación que se pretende deseable e inevitable, involucra un trabajo colectivo sobre los imaginarios que los perpetúan y sobre la promoción de potencias imaginantes y de acción.

Fundamentalmente, es necesario que exista voluntad política para eliminar las condiciones que hacen posible la continuación de inequidades de género, pero también las inequidades políticas, económicas y sociales. Para ello es necesario promover un pensamiento reflexivo crítico que permita, a los colectivos y a las instituciones de la sociedad, desnaturalizar las profundas desigualdades en las que vivimos.

Así, la equidad, en tanto noción y en tanto meta a lograr, es una tarea pendiente que plantea, aún en el siglo XXI, el desafío de ser concretada. Esto ocurre en lo que concierne a las cuestiones de género y a todas aquellas cuestiones que involucran algún tipo de desigualdad social.

Bibliografía

AAVV, Revista Nómadas, (2005) Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos, Universidad Central, Bogotá, Colombia, octubre, N° 23.

AAVV, Revista Nómadas, (2006) Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos, Universidad Central, Bogotá, Colombia, abril, N° 24.

AAVV, Revista de la CEPAL, N° 73, abril 2001.

AAVV, (2006), “Pilules de la performance: tous dopés?” *Science Actualités*, Cité des sciences et de l’industrie, Paris.

Alvesson, Mats y Due Billing, Ivonne (1997), *Understanding gender and organizations*, Great Britain, Sage Publications.

Arraigada, Irma (2005), “Dimensiones de la pobreza y políticas desde una perspectiva de género”, publicado en la Revista de la CEPAL N° 85, abril 2005.

Bonino Méndez, Luis (1995), “Develando los micromachismos en la vida conyugal” en Corsi, J. y colaboradores. *Violencia Masculina en la pareja*, Buenos Aires, Paidós.

Bonino Méndez, Luis (2003), “Varones, conciliación en lo doméstico y caminos hacia el cambio”, I° Convención Catalana sobre masculinidades, diversidad y diferencia, Barcelona.

Borón, Atilio (2000), *Tras el Búho de Minerva*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Bourdieu, Pierre (1993), *Cosas dichas*, Gedisa, España.

Bourdieu, Pierre (1998), *La distinción*, Taurus, Madrid.

Burin, Mabel (1996), “Género y Psicoanálisis: subjetividades femeninas vulnerables”, en Burin, Mabel y Dío Bleichmar, Emilce (comps.), *Género, Psicoanálisis y Subjetividad*, Bs. As., Paidós.

Castel, Robert (1997), *La metamorfosis de la cuestión social*, Paidós, Barcelona.

Cheng, Cliff (1996), *Masculinities in organizations*, USA, Sage Publications.

Fernández, Ana María y cols. (2006), *Política y subjetividad: asambleas barriales y fábricas recuperadas*, Buenos Aires, Ediciones Tinta Limón.

Foucault, Michel (1978), *La Historia de la sexualidad*, Tomo I “La voluntad de saber”, Siglo XXI.

López, Mercedes (1992), “Mujeres, sindicalismo y poder”, capítulo del libro de Fernández, A. M. (comp.) *Las mujeres en la imaginación colectiva*, Ed. Paidós, Buenos Aires.

López, Mercedes (1995), “Algunas consideraciones sobre género y poder en el mundo público”. Artículo basado en las conclusiones de la investigación “Las mujeres y la dirigencia política: los discursos sobre las prácticas” (Fac. de Psicología, UBA), CEP, Fac. de Psicología, UBA.

López, Mercedes (2000), “Percepciones, valores y significados en el management de empresas de Argentina de fin de siglo”, Tesis Doctoral, Facultad de Psicología, UBA.

López, Mercedes (2000), “Mujeres profesionales, ejercicio de poder y prácticas de ciudadanía”, capítulo del libro de Allegrone, Norma *La mujer y el poder en las organizaciones profesionales*, Ediciones FUNDAI, Buenos Aires. Declarado de interés por la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (Resolución N° 173, del 29 de junio de 2000).

López, Mercedes (2003), capítulo “Subjetividad y management”, en Altschul, Carlos y Carbonell, Roberto (comps.) *Transformando*, EUDEBA, Buenos Aires.

López, Mercedes (2005, 2006), Informes para la Secretaría de Igualdad de Oportunidades y Género, CGTRA.

López, Mercedes y Montenegro, Roberto (2003), “Globalización, sociedad del conocimiento y educación. Apuntes para un debate en la Argentina en el siglo XXI” en Borakievich, Sandra y Korinfeld, Daniel (comps.) Revista Ensayos y Experiencias, N° 51, Argentina y México, Novedades Educativas.

Melamed, Alejandro (2006), *Empresas depredadoras*, Bs. As., Paidós.

Pineda, Javier y Hernández, Andrés, “Retos de la equidad para los hombres.”, Revista Nómadas, Colombia, Universidad Central, abril 2006, N° 24.

Precarias a la deriva, “Cuerpos, mentiras y cintas de video: entre la lógica de la seguridad y la lógica del cuidado”, Diario Diagonal, febrero 2005.

Tokman, Víctor y O’ Donnell, Guillermo (comps.) (1999), *Pobreza y desigualdad en América Latina*, Buenos Aires, Paidós.

Valdés, Teresa y Olavarría, José (eds.) (1997), *Masculinidades. Poder y crisis*, Chile, Ediciones Isis, FLACSO.

www.eclac.org

www.cepal.org

www.ilo.org

www.indec.mecon.ar

EL SIGNIFICADO DEL TRABAJO A PARTIR DE LA DÉCADA DEL 90. HOMBRES Y MUJERES FRENTE A LOS CAMBIOS ESTRUCTURALES QUE AFECTAN LAS CONDICIONES DE EMPLEO

GABRIELA IGLESIAS

Introducción

Los cambios acaecidos en el mercado de trabajo en Argentina a lo largo de la década del 90 han sido ampliamente descriptos, discutidos y contextualizados (Altimir, O., 1999; Beccaria, L., 1994; 1997; 1999; 2001; Feldman, S., 1999; Fernández, A., 1997; Gallin, P., 1998; Godio, J., 1998; Heyman, D., 2000; Klein, E., 2000; Lindenboim, J., 1998; 2000; Lo Vuolo, R., 1991; Minujin, A., 1996; 1997).

A partir de esos numerosos análisis no quedan dudas de que las condiciones actuales en las que los trabajadores se insertan laboralmente tienen consecuencias sociales e individuales. Es por ello que nos proponemos caracterizar el modo en que hombres y mujeres enfrentan las nuevas formas que asume el trabajo desde un abordaje macro social, sin obviar la relevancia de las estrategias de vida para la reproducción de las condiciones que aseguran la continuidad del sistema productivo vigente.

Dos preguntas orientan nuestras reflexiones:

¿El trabajo es por definición invariablemente el eje integrador de la vida social?

¿El significado del trabajo, como articulador social, afecta de manera diferente a hombres y mujeres?

Un marco para el análisis

Consideraremos dos abordajes que han marcado una tradición en las ciencias sociales: el estudio de la estructura social, por un lado y el de las estrategias de vida, por otro¹. A partir del estudio de la estructura social, es posible inferir situaciones que

¹ El abordaje macro o micro social implica un modo de recortar la realidad a partir de las teorías generales///

se dan en el nivel microsocioal, a modo de hipótesis que permitan comprender más claramente la sociedad (Sautú, R., 1992).

Para el análisis del mercado de trabajo, la articulación entre ambos se da a partir de la *inserción en la producción social de bienes y servicios*, dimensión que deriva del marco analítico de la estructura social; y el desarrollo de las *estrategias laborales* que remite al marco de las estrategias de vida (INDEC, 1995). Dichas estrategias laborales redundarán en los modos que desarrollan las unidades domésticas para satisfacer sus necesidades. Así, se articula el mercado de trabajo y el circuito de satisfacción de necesidades².

Entonces, por una parte, encontramos las condiciones de inserción del mercado de trabajo que genera patrones de comportamiento que se analizan a nivel agregado, y por otra los circuitos de satisfacción de necesidades que a los efectos de estas reflexiones no se agotan en cuestiones materiales como la vivienda o los ingresos sino que incluye los *significados* que el trabajo tiene en la organización de la vida cotidiana y como estructurante de la identidad de las personas. “El trabajo entendido en un sentido amplio que excede la mera labor física, constituye una actividad constructiva en la vida individual y social, aquella que le permite al hombre superar su estado de naturaleza” (Ruiz, R., 2002: 136).

Por otra parte, en el marco de las discusiones actuales respecto del significado social del trabajo, encontramos las posturas que anuncian el fin del trabajo en pos de la sociedad del tiempo libre (Rifkin, J., 1997).

Sin embargo, dentro de la estructura y las relaciones de producción vigentes la nueva configuración de la clase trabajadora permite reubicar la centralidad de la categoría trabajo en la organización social contemporánea (Antunes, R., 2005).

Es difícil dudar acerca de que la sociedad del capital necesita cada vez menos del trabajador estable y cada vez más del trabajo a tiempo parcial y terciarizado, pero esto no significa que el proceso de producción capitalista pueda prescindir de *los que viven del trabajo*. “No sería posible producir capital y tampoco se podría completar el ciclo reproductivo a través del consumo ya que sería abstracto imaginar consumo sin asalariados (Antunes, R., 2005: 110). Entonces, en lugar del “fin del trabajo”, el

de la sociedad, su organización, reproducción y cambio. De todos modos no existe acuerdo total acerca de la definición teórica de lo que es un enfoque macro o micro social. (Sautú, R., 2003).

² “La realidad es simultáneamente macro y micro social porque en cada suceso o proceso que deseamos estudiar aparecen ambos niveles” (Ibid., L., 109)

capital amplió la explotación del trabajo a través de varias formas de precarización, y subempleo. La vulnerabilidad es vista como prueba de la perpetuación de la explotación de la clase obrera (Castel, R., 1997).

Sumarse a la postura que niega el fin del trabajo en el marco de las condiciones actuales del desarrollo capitalista, justifica, de algún modo, el esfuerzo por pensar acerca de los significados de “ser o no ser” trabajador.

El nuevo paradigma productivo se legitima a partir de nuevas formas de regulación; al dejar de existir la sociedad del pleno empleo, el proceso de acumulación necesita de otras “normas” para garantizar la unidad del proceso. Ahora bien: “esta nueva fase del desarrollo capitalista no ha sido analizada desde la perspectiva de sus posibles impactos a nivel de los individuos y/o las familias” (De Martino Bermúdez, 2005: 211). Por ello nuestro interés en reflexionar al respecto.

Cambios históricos en la concepción del trabajo

Entendemos por *trabajo* aquella tarea que produce bienes y/o servicios en un marco jurídico y económico³. Ahora bien, las valoraciones del *trabajo* se articulan con supuestos ideológicos y se comprenden a partir de los contextos históricos que las enmarcan.

Podemos mencionar que en la economía tribal el trabajo no definía ni el status social ni la conservación del vínculo social.

En la antigüedad, el trabajo estaba destinado para los socialmente inferiores y era una ocupación servil que incluso excluía de la ciudadanía (Martínez, B., 2005; Gorz, A., 1997). Es más, los filósofos griegos identificaban el trabajo con tareas degradantes y hasta final de la Edad Media la representación del trabajo no varió esencialmente. Es decir, el trabajo no fue siempre soporte del vínculo social.

A medida que los teólogos empezaron a promover una nueva concepción del trabajo, el ocio comenzó a censurarse, aunque no todo trabajo era valorado como bueno, por ejemplo las actividades con fines de lucro como el comercio eran censuradas.

En el siglo XVIII junto con el elogio al enriquecimiento y el descubrimiento de la facultad que tiene el trabajo humano, organizado adecuadamente, para crear valor de manera exponencial, el trabajo empezó a concebirse como un factor crucial para

³ No haremos, aquí, disquisiciones entre los conceptos “trabajo” y “empleo”.

hacer crecer la riqueza⁴. Sin embargo aún no se lo glorificaba, ni era efecto de una valoración específica (Meda, D., 1998).

Recién en el siglo XIX apareció el trabajo como la esencia del hombre y como una capacidad que éste puede ejercer libremente, convirtiéndose en la principal fuente de ingresos.

Es en la sociedad moderna que se instituyó un discurso por el cual el trabajo es el estado *normal* de las personas. Si trabajar es bueno, no trabajar es malo. Surge así una ética del trabajo, que como discurso disciplinador apunta a obligar a trabajar y realizar tareas impuestas por otros. De este modo, quedaba satisfecha la demanda laboral del proceso de industrialización incipiente y se reforzaba la superioridad moral de los que lograban su sustento a partir del propio salario, más allá de que fuera escaso o insuficiente (Bauman, Z., 1999).

En síntesis, la sociedad del capitalismo industrial imprime al trabajo la característica de integrador social por excelencia. “Lo que nosotros llamamos trabajo fue una invención de la modernidad. La forma en que lo conocemos, lo practicamos y lo situamos en el centro de la vida individual y social fue inventada y luego generalizada con el industrialismo” (Gorz, A., 1997:25). Así, la sociedad industrial es una sociedad de trabajadores que se distingue de todas las que la precedieron.

Al mismo tiempo, y como contracara, mientras se reivindicaba al trabajo se desarrolló el concepto de *trabajo alienado* que impediría al hombre su desarrollo y espiritualización⁵.

Entonces, el trabajo no surgió como fin en sí mismo para la autorrealización de los individuos sino como un medio para generar riqueza a partir de la cual el trabajador tiene un salario y el capitalista un beneficio. “... El proceso del trabajo está regido, desde fuera, por dinámicas totalmente ajenas a la libre expresión del trabajador” (Meda, D., 1998:116).

Sería difícil negar que el trabajo, a partir de la modernidad, ha implicado una relación social de dominación. Sin embargo, esta situación no nos permite inferir que haya sido concebido para establecer, necesariamente, el vínculo social.

Así como la secularización implicó nuevas formas de cohesión social, como el disciplinamiento a través del trabajo, la actual “sociedad líquida” demanda otros modos de integración que no pasan únicamente por el trabajo.

⁴ Adam Smith es uno de los pioneros de esta línea de pensamiento.

⁵ Marx, en su *Manuscrito* de 1844, desarrolla los modos en que se manifiesta la alienación del trabajo.

Si el trabajo sigue escaseando⁶ y las condiciones objetivas y subjetivas para los trabajadores no aseguran, ciertamente, el reconocimiento social, estamos en la necesidad de re-definir qué será el trabajo de ahora en adelante y analizar una situación en la cual el trabajo no desaparecerá mientras sigamos bajo la lógica del capitalismo. Al mismo tiempo, nos enfrentamos al desafío de concebir que la dignidad y la autorrealización de hombres y mujeres pueden provenir de otros ámbitos de lo social diferentes del trabajo.

Mientras el trabajo siga siendo fuente de derecho y de ciudadanía, en sociedades donde es cada vez más escaso, se hace necesario elaborar nuevos derechos o “nuevas normas sociales que desplacen la sociedad de la producción por una sociedad con relaciones de cooperación, reguladas por la reciprocidad y la mutualidad (Stecher, A., 2005:82).

Si el trabajo deja de estructurar las relaciones sociales, habrá que aceptar la ruptura de una tradición que se viene sosteniendo desde el siglo XVIII y que surgió en un contexto histórico determinado.

“En un mercado laboral cambiante y lleno de incertidumbres, la necesidad de replantear las formas que tradicionalmente han legitimado la organización del trabajo es un requisito ineludible para la gestión” (Martínez, B., 2005:53). Es decir, estamos frente a un nuevo paradigma del trabajo, enmarcado en la incertidumbre como elemento constitutivo de la sociedad contemporánea (Bauman, Z., 2003).

En esta realidad, podríamos pensar siguiendo a Habermas⁷ en el fin de la sociedad basada en el trabajo, más que en el fin del trabajo. De hecho, los asalariados no han desaparecido, se han precarizado y el trabajo sigue siendo la fuente principal de ingresos aunque haya perdido su capacidad de construir identidades.

El contexto del trabajo, hoy

Es relevante el planteo de Dubar (2001)⁸ que dice que las transformaciones ocurridas recientemente hicieron más evidente el lugar central que tiene el trabajo.

Durante varias décadas, la carrera laboral de largo plazo con estabilidad era casi de por vida, generándose en torno a la antigüedad en el empleo una consideración que

⁶ El empleo aparece como la contracara del desempleo (y no a la inversa) porque éste es la situación base de esta fase del capitalismo (Leopold, L., 2005).

⁷ Ver *Discurso Filosófico de la Modernidad*, Madrid, Taurus, 1993.

⁸ Citado por Stecher, A., 2005.

implicaba mejoras en las condiciones de trabajo⁹. La relación empleado-empleador estaba basada en la estabilidad de la fuerza de trabajo¹⁰, por ello los esfuerzos de capacitación por parte del empleador eran, en muchos casos, parte del acuerdo establecido (Iglesias, G., 2002).

Estas características se enmarcaron en el fordismo¹¹ y en el Estado de Bienestar que, al ser garantía de pleno empleo, promovió la cohesión social, en un marco de producción a gran escala. De este modo se dieron las condiciones para una sociedad salarial masiva donde la vasta mayoría de la población dependía de un salario individual o social para satisfacer sus necesidades desde el nacimiento hasta la muerte (Jessop, V., 1999).

Sin embargo, en términos sociológicos, la reestructuración del trabajo implicó un proceso que lleva a la “casualización de las relaciones de empleo”, es decir, acuerdos entre empleador y empleado a corto plazo, en lugar del empleo de largo plazo y a tiempo completo (Cornfield, D., 1999).

Así surge la necesidad de flexibilización, dada la demanda de cambios continuos que reclaman la incorporación de trabajadores con los últimos conocimientos. De hecho, se van imponiendo en el mercado nuevas estructuras organizacionales que demandan grupos de trabajo *ad-hoc* y el desarrollo de tareas por objetivos como forma de dinamizar la producción y la oferta de servicios (Iglesias, G., 2002).

Agotado en parte el modelo fordista, el régimen de acumulación posfordista está basado en la producción flexible y en consumos diferenciados y no estandarizados, por lo cual los procesos de trabajo deberán caracterizarse por su flexibilidad¹² y por ser temporales.

Estas formas alternativas de contratación conllevan cambios en las expectativas que los trabajadores tienen respecto de su trabajo.

⁹ En Argentina, a partir de mediados de la década del 40, las políticas públicas tendientes a la seguridad social constituyeron un hito contra la vulnerabilidad de las clases populares.

¹⁰ La protección a los puestos de trabajo estables se consolidó como una tradición a partir de los años 50.

¹¹ Entendemos el fordismo como un modelo de regulación porque puso en juego una serie de instituciones, normas y redes sociales que apuntaban al régimen de acumulación de riqueza.

¹² La flexibilidad puede definirse como la “capacidad de la empresa para reaccionar con rapidez a las señales del mercado y adoptar rápidamente decisiones de gestión...” (Ricca, S., 1992: 449). Desde una perspectiva economicista, la flexibilización es una forma de adaptación del costo de la mano de obra a las variaciones del sistema productivo.

Ahora bien, si las condiciones del empleo han variado, casi como una necesidad para enfrentar las nuevas demandas económicas y productivas internacionales, esas modificaciones han generado inestabilidad en el trabajo de varones y mujeres y deterioro de los modos de inserción en el mercado no solo en Argentina sino también en el resto de los países subdesarrollados.

En efecto, el proceso de instauración de formas de trabajo alternativas al de tiempo completo y estable se ha venido dando, en el mundo, desde hace aproximadamente tres décadas. Según estudios realizados en el ámbito urbano, una persona puede cambiar 5 veces de trabajo a lo largo de su vida, cifra que se incrementaría en los próximos 10 años, (Martínez, B., 2005).

En este contexto, el proceso que comienza a perfilarse a partir de la década del 90 en Argentina debe analizarse en el marco de una serie de reformas estructurales y de medidas dirigidas a revertir los desajustes macroeconómicos. Dichas medidas se centraron en la estabilidad monetaria, la desregulación de los mercados, la apertura comercial y financiera y la reforma del Estado.

El crecimiento de la Población Económicamente Activa (PEA) fue notable al punto que pasó del 39,5% en 1991 al 42,4% en 1998, produciéndose las dos terceras partes de ese aumento entre 1991 y 1993 (Altimir, O., 1999). Esta mayor participación se debió, básicamente, a la expansión de la tasa de actividad de las mujeres.

Así, surgieron dos hipótesis que intentaron explicar el fenómeno de la desocupación. Una refiere al efecto del trabajador desalentado, por la cual la estabilidad económica habría hecho emerger parte de la desocupación que estaba encubierta en la inactividad.

La otra hipótesis hace mención al trabajador adicional por la cual las insuficientes posibilidades de trabajo o la pérdida del mismo por parte del jefe del hogar mueven a los trabajadores secundarios a iniciar la búsqueda. Considerando este supuesto, puede interpretarse el “corrimiento” de los varones del lugar que históricamente ocuparon en el mercado de trabajo.

Los datos muestran que la tasa de actividad empezó a crecer a partir de Mayo de 1992 cuando se incrementó la tasa de desocupación de los jefes de hogar. Hasta fines de los años 80 entre el 2% y el 3% de los jefes de hogar se hallaban desocupados, mientras que la proporción ascendió al 10% en los 90 (Beccaria, L., 1999).

Así es como el aumento de la productividad deriva en el decrecimiento de demanda de mano de obra, mientras sigue sosteniéndose el mandato de una sociedad de pleno empleo. Esta contradicción lleva a preguntarse por el porvenir del trabajo.

El mercado de trabajo para varones y mujeres. Diferencias en cuanto a su estructura y significaciones

En Argentina en particular y en América Latina en general, las diferencias salariales entre hombres y mujeres¹³, el mayor peso relativo de las mujeres en actividades no calificadas respecto de los varones, la sobreeducación de aquellas, la necesidad de un nivel de escolaridad superior al de los hombres para acceder a las mismas oportunidades de empleo, entre otras variables, han sido ampliamente estudiados (UCES, 2002; 2003; Pok, C., 2004; Valenzuela, M.E., 2000).

Algunas tendencias en el mercado de trabajo van mostrando que las situaciones de endeblez¹⁴ en las cuales se insertan los trabajadores van adoptando carácter generalizado y en algunos análisis el sexo no indica probabilidades diferenciales de inserción, como cuando, por ejemplo, se estudia la informalidad¹⁵ que “ha dejado de ser una franja marginal del mercado de trabajo para instalarse como rasgo constitutivo del mismo abarcando prácticamente a la mitad de la población laboralmente activa” (Pok, C., 2004:48). Sin embargo, todavía, desde el punto de vista estructural, el sexo sigue siendo una variable que se asocia con formas diferenciales de inserción laboral.

A modo de ejemplo, presentamos los Cuadros 1 y 2, que ponen de manifiesto la preeminencia de la inserción laboral precaria¹⁶ entre las mujeres. En otras palabras,

¹³ A los efectos de ejemplificar con datos recientes, presentamos el siguiente Cuadro: Asalariados por ingresos según sexo. Total país, primer trimestre, 2006.

		Varones	Mujeres	Total Asalariados
	Media	1.118,02	807,86	977,12
Cuartiles	Primer cuartil	500	270	400
	Segundo cuartil	900	600	800
	Tercer cuartil	1.400	1.050	1.200

Fuente. Elaboración propia con base en datos de la Encuesta Permanente de Hogares

¹⁴ La inserción endeble está referida a características ocupacionales que impulsan o facilitan la exclusión del trabajador del marco de su ocupación. Se expresa en la participación intermitente en la actividad laboral y en la disolución del modelo de asalariado socialmente vigente” (Pok, C., 2004: 11).

¹⁵ La OIT considera que la informalidad es una forma de producir típicamente en pequeña escala (tanto en el medio urbano como en el rural), con una organización rudimentaria, dado el escaso monto de capital y el tipo de tecnología/mano de obra intensiva empleada. Ello influye en su forma de utilización de mano de obra en relación de dependencia, que generalmente implica relaciones de trabajo desprotegidas.

¹⁶ La bibliografía, en general, considera al trabajo precario como atípico, o sea, contrapuesto a una forma “normal” de empleo, la cual implica remuneración por encima de cierto estándar, tiempo completo, vinculación a un solo e identificable empleador, desempeño de las tareas en un solo lugar y protección por normas emergentes de la legislación laboral y de la seguridad social. Los Cuadros 1 y 2 ponen de manifiesto una de las dimensiones de la precariedad, es decir, el trabajo “en negro” o el que no respeta la legislación laboral.

si un trabajador es mujer tiene más probabilidades de insertarse de modo precario que si fuera varón.

Cuadro 1
Asalariados por si tienen obra social según sexo
Total país, primer trimestre, 2006

	Varones	Mujeres	Total asalariados
Sí	60,6%	49,8%	55,6%
No	38,8%	49,7%	43,7%
NS/NR	0,4%	0,5%	0,7%
Total	100%	100%	100%

Fuente. Elaboración propia en base a datos de la Encuesta Permanente de Hogares

Cuadro 2
Asalariados por si le hacen descuento jubilatorio según sexo
Total país, primer trimestre, 2006

	Varones	Mujeres	Total asalariados
Sí	60,6%	49,4%	55,6%
No	39,4%	50,6%	44,4%
Total	100%	100%	100%

Fuente. Elaboración propia en base a datos de la Encuesta Permanente de Hogares

Ahora bien, cuando consideramos el significado que tiene el trabajo para varones y mujeres, también podemos encontrar diferencias.

Para ello, se hace necesario comprender el modo en que los cambios en el paradigma del trabajo y sus significaciones “tensionan y resignifican la relación entre los ámbitos productivos y reproductivos de la vida social” (Stecher, A., 2005:72).

Elaboramos, entonces, algunas reflexiones sobre el modo en que los varones le dan sentido al trabajo y acerca del impacto que las nuevas modalidades laborales pueden tener en ellos.

Las condiciones materiales de vida han cambiado más velozmente que los significados que se le imprime al trabajo como integrador social.

Cuando se pide “más trabajo”, seguramente no se está demandando formas endebles de inserción con pagas impropias (como son las que caracterizan al mercado de trabajo en la mayoría de los países de América Latina), sino un espacio de reconocimiento social y pertenencia.

Mientras que las características del mercado de trabajo en la Argentina no son las mismas a las de la década del 50, sigue privilegiándose la actividad laboral como estructurante de la propia vida (Ruiz, R., 2002).

Siguiendo a Bauman (2003), la modernidad líquida se caracteriza porque las condiciones sociales cambian antes que los modos de actuar, por lo cual nuevos hábitos, rutinas y concepciones acerca del trabajo no se han consolidado aún, a pesar de las modificaciones estructurales del mercado.

En ese rápido fluir algunas estructuras cambian antes de que los actores sociales se percaten de las modificaciones y de este modo el concepto de “precariedad” no solo es aplicable a los modos de inserción laboral sino también a la vida social y subjetiva en general.

Por eso, la vulnerabilidad que enfrentan los trabajadores atenta contra el sentido organizador del trabajo, así es que hombres y mujeres conviven con la incertidumbre, pero, probablemente, sean los varones los más afectados por estas nuevas condiciones, ya que la división sexual del trabajo fue uno de los valores que permitió la división, a veces tajante, entre trabajo productivo y trabajo reproductivo. “El hecho que el trabajo tenga que asegurar al menos la subsistencia del trabajador y de su núcleo familiar nos remite a uno de los papeles centrales atribuidos socialmente a los hombres: ser proveedor” (Mauro, A., 2001:5).

La relación laboral “normal” funcionó sobre la base de un tipo de familia constituida por padre proveedor-madre cuidadora que suponía una división sexual del trabajo. De este modo, el trabajo remitía al mundo masculino.

Últimamente, se han puesto en tensión las representaciones de género y las funciones que tienen hombres y mujeres, por lo tanto el contrato social entre capital y trabajo también se ha alterado.

Es relevante tomar en cuenta que la división entre trabajo asalariado y doméstico no necesariamente sigue la lógica de las ventajas comparativas del capital humano. Incluso, desde la valoración de algunos varones, la opción de retiro del mercado de trabajo recae *lógicamente* sobre la mujer porque se le atribuye la capacidad de poder hacerlo. (Mauro, A., 2001). Habría, entonces, una articulación íntima entre hombre y trabajo.

Por ello, para los varones estar desocupado es mucho más que no tener trabajo. Siguiendo a Castel (1997) el trabajo es un soporte de inscripción en la estructura social que permite correlacionar el lugar que se ocupa en la división social del trabajo con la participación en las redes de sociabilidad. No participar en alguna actividad productiva genera aislamiento relacional produciendo exclusión o “desafiliación”¹⁷. Cuando la mano de obra se “desmercantiliza” deja de estar protegida y de gozar de interés social (Kessler, 1997).

La relación entre el lugar que se ocupa en el mercado de trabajo y otras situaciones sociales que trascienden lo laboral se hacen claras: “La situación en el mercado de empleo es un indicador bastante aproximado de la situación de inserción social de las personas, en tanto el resto de las redes de socialización depende de la situación del empleo” (Lo Vuolo, 1999: 226).

La situación se hace más compleja aún, cuando se culpabiliza al desocupado e implícitamente aparece la idea de que “algo habrá hecho” para llegar a esa situación. En este caso los varones pueden resultar más fácilmente estigmatizados que las mujeres a partir del mandato social “proveer al bienestar familiar”.

“Tal como lo muestra la bibliografía sobre el tema, la cuestión del estigma del desempleo se plantea en toda sociedad, aun en aquellas en las que los derechos sociales para los desocupados conocen una vigencia de larga data” (Kessler, G., 1997:121). Como si todo esto fuera poco, el desocupado, para volver a insertarse laboralmente, tiene que hacer jugar capacidades tales como la flexibilidad, la creatividad, la disponibilidad permanente y entrenarse como un emprendedor, sin tener, muchas veces, conocimiento del alcance de tales demandas.

A modo de síntesis

Volviendo a la primera pregunta que planteamos en la introducción. ¿El trabajo es por definición, e invariablemente el eje integrador de la vida social e individual? Respondemos diciendo que desde el punto de vista de la estructura social, la lucha entre capital y trabajo se desplaza y aparece la confrontación al interior de los trabajadores que pasan a ser competidores entre sí en un mercado exiguo.

De este modo surge una sociedad atomizada y un mercado de trabajo fragmentado a partir de los procesos de individualización que hacen desaparecer los marcos colectivos.

¹⁷ Este concepto “pertenece al mismo campo semántico que la disociación, la descalificación o la invalidación social” (Castel, R., 1997: 17).

Así los puntos de referencia que valían para todos, dentro de la vida social quedan marcados por una “desinstitucionalización” (Kessler, G., 1997).

El trabajo es valorado, cada vez más, como un medio para alcanzar el consumo, y la idea de identidad e integración a un grupo humano resulta difícil de ser sostenida cuando la idea de no permanencia en un trabajo se hace más y más generalizada.

Acerca de la segunda pregunta -¿el significado del trabajo, como articulador social, afecta de manera diferente a hombres y mujeres?-, podemos decir que los cambios estructurales, en el caso de los varones tiene impacto diferente que en las mujeres, dado que el repliegue del hombre al mundo doméstico no es una acción culturalmente bien valorada. En cambio, “a las mujeres excluidas del mundo del trabajo su condición de madre y el estrechamiento de sus relaciones con sus hijos muchas veces las protege frente a las adversidades” (Ruiz, R., 2002: 164)

Las transformaciones sociales actuales hacen paradójico seguir sosteniendo que el varón sea el proveedor único y que el sentido de la vida y del mundo se construya a partir del trabajo. Es necesario comprender que “... las transformaciones en la organización de la producción y las relaciones laborales afectan diferenciada y desigualmente a las personas según sus trayectorias laborales, su formación, su clase, pero también-y de manera relevante- según su género” (Stecher, A., 2005:73).

Por otra parte, la situación de constante incertidumbre hace caer por tierra la percepción del progreso y del ascenso social, dos objetivos que tenían a los varones como sus promotores “naturales”.

Entonces, los varones dejaron de ser los únicos proveedores, de ellos no depende exclusivamente el bienestar familiar y, como si esto fuera poco, tienen que hacerse cargo de los riesgos que les traspasa el Estado al flexibilizar las relaciones en el mercado de trabajo. Riesgos que ni siquiera pueden calcular porque los contratos se rescinden con facilidad y el trabajador no puede saber *a priori* qué habilidades se requerirán de él.

Desde el análisis de la estructura, las condiciones de inserción laboral siguen siendo más desventajosas para las mujeres que para los varones, a pesar de que, como ya lo mencionamos, la tendencia del mercado de trabajo es reclutar unas y otros bajo condiciones de endeblez. Por ello, se puede suponer que, de seguir profundizándose esta tendencia, el sexo irá adquiriendo menor relevancia para explicar diferenciales macro sociales.

Sin embargo, desde el punto de vista de los significados que adquiere el trabajo, los varones enfrentan una situación más compleja que las mujeres. En tanto los cambios

en la valoración del trabajo no vayan acompañando las abruptas modificaciones que tienen lugar en el mercado de trabajo, los varones estarán más expuestos a sufrir el impacto de dichas transformaciones, justamente porque las significaciones que hombres y mujeres le atribuyen al trabajo son diferentes. Queda por analizar de qué modo estas diferencias se convierten en instrumento de regulación de las relaciones de género.

Sostenemos que la pregunta por el sentido actual del trabajo como eje de las identidades personales y de género, así como también de los vínculos sociales, constituye un desafío para las ciencias sociales y puede convertirse en un elemento significativo para ampliar la comprensión del mundo contemporáneo.

Bibliografía

Altimir, O. y Beccaria, L., (1999), “El mercado de trabajo bajo el nuevo régimen económico en Argentina”. *Serie Reformas Económicas* N° 28. CEPAL, Chile.

Antunes, R., (2005), *Los sentidos del trabajo*. Herramientas Ediciones/Taller de Estudios Laboras, Buenos Aires.

Bauman, Z., (1999), *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Gedisa, Barcelona.

Bauman, Z., (2003), *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Beccaria, L. et al, (1999), “Argentina: Informalidad laboral en el nuevo modelo económico”, en Carpio, J. et al (compiladores) *Informalidad y exclusión social*. SIEMPRO-OIT, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Beccaria, L. y López, N., (1994), “Reconversión productiva y empleo en Argentina”, en *Estudios del Trabajo* N° 7, Primer Semestre.

Beccaria, L. y López, N., (1997), *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*. UNICEF/LOSADA, 2ª Edición, Buenos Aires.

Beccaria, L., (2001), *Empleo e integración social*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Bustos, J. M., Salvia, A. et al, (2001), “Relaciones laborales y precariedad en el empleo (1990-1999)” presentado en el 5º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. ASET, Buenos Aires, Agosto.

- Castel, R., (1997), *La metamorfosis de la cuestión social*, Paidós, Buenos Aires.
- Cornfield, D., (1999), “Reestructuración del lugar del trabajo: sus implicancias para la sociología del trabajo en los Estados Unidos”, en de la Garza, E. (Comp.), *Los retos teóricos de los estudios del Trabajo hacia el Siglo XXI*, CLACSO-ASDI, Buenos Aires.
- De Martino Bermúdez, M., (2005), “Género y subjetividad en el mundo del trabajo” en Schvarstein L. y Leopold, L. (comps.), *Trabajo y subjetividad*, Paidós, Buenos Aires.
- Feldman, S. y Murmis, M., (1999), “Diversidad y organización de trabajadores en actividades informales: análisis de algunas experiencias pertinentes”, en Carpio, J. et al (comps.) *Informalidad y exclusión social*, SIEMPRO-OIT, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Fernández, A., (1997), *Flexibilización laboral y crisis del sindicalismo*, Espacio Editorial, Buenos Aires.
- Galín, P., (1998), *Empleo no registrado en el Mercosur y las políticas para reducirlo*, OIT, Argentina.
- Godio, J. (coordinador), (1998), *La incertidumbre del trabajo. ¿Qué se esconde detrás del debate sobre la estabilidad laboral en Argentina?* Corregidor, Buenos Aires.
- Gorz, A., (1997), *Metamorfosis del trabajo*, Sistema, Madrid.
- Heyman, D. y Kosakoff, B. (editores), (2000), *La Argentina de los Noventa. Desempeño económico en un contexto de reformas*, EUDEBA, Buenos Aires.
- Iglesias, G. (2002), “El empleo precario: Un camino de difícil retorno” en Revista Científica de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES), Vol. 6 N° 1, Invierno.
- INDEC (1995), Encuesta Permanente de Hogares. Documento presentado en el Seminario Internacional sobre medición del empleo; 5, 6 y 7 de Diciembre, Buenos Aires.
- Jessop, V. (1999), *Crisis del Estado de Bienestar. Hacia una nueva teoría del Estado*, Hombre del Nuevo Siglo, Bogotá.

Kessler, G., (1997), "Algunas implicancias de las experiencias de desocupación para el individuo y su familia", en Beccaria, L. (comp.), *Sin Trabajo*, UNICEF/Losada, Buenos Aires, 2ª Edición.

Klein, E., (2000), *Mercados laborales, estratificación y desigualdades sociales. Una mirada sobre la situación en América Latina*, Cuadernos del Foro de Investigación, Observatorio de la desigualdad y la exclusión social, SIEMPRO.

Leopold, L., (2005), "El trabajo: producción y consumo de las relaciones" en Schvarstein, L. y Leopold, L. (comps.), *Trabajo y subjetividad*, Paidós, Buenos Aires.

Lindenboim, J. (comp.), (1998), *El desafío del empleo a finales del siglo XX*, Cuadernos del CEPED N° 2, Instituto de Investigaciones Económicas, Facultad de Ciencias Económicas, UBA.

Lindenboim, J. (comp.), (2000), *Mercados de trabajo urbanos en Argentina de los 90*, Cuadernos del CEPED N° 4, Instituto de Investigaciones Económicas, Facultad de Ciencias Económicas, UBA.

Lo Voulo, R., et al, (1999), *La pobreza... de la política contra la pobreza*, Miño y Dávila Editores-Ciepp, Buenos Aires.

Martínez García, B., (2005), "Las nuevas formas de organización del trabajo: obstáculo para la construcción de una identidad" en Schvarstein, L. y Leopold, L. (comps.), *Trabajo y subjetividad*, Paidós, Buenos Aires.

Mauro A. y Godoy, L., (2001), "Cambios en el mercado de trabajo y relaciones de pareja: el punto de vista de los hombres". Ponencia XXII ALAS, Comisión N° 9: *Mercado de trabajo, Precarización y relaciones laborales: poder, subjetividad y procesos sociales en el trabajo*, Guatemala, 29 de Octubre al 2 de Noviembre.

Meda, D., (1998), *El trabajo. Un valor en peligro de extinción*, Gedisa, Barcelona.

Minujin, A., (editor), (1996), *Desigualdad y exclusión. Desafíos para la política social en la Argentina de fin de siglo*, UNICEF/Losada, 2ª Edición, Buenos Aires.

Minujin, A. et al, (1997) *Cuesta Abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*, UNICEF/Losada, 4ª Edición, Buenos Aires.

Pok, C. y Lorenzetti, A., (2004), *Los perfiles sociales de la informalidad en Argentina*, mimeo, Mayo.

Ricca, S., (1992), “La actitud del Estado ante el trabajo precario” en Rodgers, G.: *El trabajo precario en la regulación del mercado laboral. Crecimiento del empleo atípico en Europa Occidental*, Colección Informes, Serie Empleo N° 26, IIEI, Madrid.

Rifkin, J., (1996), *El fin del trabajo*, Paidós, Buenos Aires.

Ruiz, R., (2002), “¿Qué el trabajo digni... qué?”, en Murillo, S.: *Sujetos a la incertidumbre*, Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires.

Sautú, R., (2003), *Todo es Teoría*, Lumière, Buenos Aires.

Sautú, R., (1992), “La estructura ocupacional por sexo en la Argentina: 1988”, en Jorrat, J. y Sautú, R., *Después de Germani*, Paidós, Buenos Aires.

Stecher, A. et al, (2005), “Relaciones de producción y relaciones de género en un mundo en transformación” en Schvarstein, L. y Leopold, L. (comps.), *Trabajo y subjetividad*, Paidós, Buenos Aires.

UCES, (2003), Boletín de Coyuntura Año 3 N° 1, *Ocupación y sexo. Descripciones y reflexiones*, Departamento de Investigación, Febrero.

UCES, (2003), Boletín de Coyuntura Año 3 N° 2, *Educación formal y calificación laboral ¿Cómo se compatibilizan en el mercado?*, Marzo.

Valenzuela, M. E. et al, (2000), *¿Más y mejores empleos para las mujeres? La experiencia del MERCOSUR y Chile*, OIT, Santiago.

SEGUNDA PARTE

GENERO MASCULINO:

VOCES DE VARONES ARGENTINOS Y MEXICANOS

PRECARIEDAD LABORAL, MASCULINIDAD, PATERNIDAD

MABEL BURIN

I. Introducción

Esta presentación pretende articular de forma significativa las problemáticas de género masculino con el área laboral y su incidencia en los ámbitos de la familia y la salud de los varones. La búsqueda de articulaciones permite establecer nexos significativos para comprender mejor los procesos estudiados. La relación entre el trabajo y la masculinidad se realizará desde la perspectiva de los Estudios de Género, que ofrecen la posibilidad de contar con una nueva categoría para el análisis social y subjetivo.

Estudiaremos la forma en que las transformaciones sociales contemporáneas y la consiguiente inestabilidad de las condiciones de trabajo, afectan la salud mental de los sujetos involucrados en esos procesos y sus modos de vivir en familia. Intentaremos analizar, con el material obtenido, las fragilidades psíquicas previas en la organización de su subjetividad, que hacen posible la inestabilidad laboral.

La división sexual del trabajo, que se instituyó de modo claramente demarcatorio a partir de la Modernidad en Occidente, ha producido subjetividades diferenciadas genéricamente en las que la masculinidad quedó asociada al rol productivo y la femineidad al rol reproductivo. Nos proponemos indagar en nuestro estudio de qué modo cada sujeto ha incorporado estas prescripciones genéricas o ha diseñado diversas articulaciones entre las representaciones tradicionales de la masculinidad y otras que llamamos transicionales o innovadoras. Es probable que estas últimas modalidades de posicionamiento en el género hayan permitido contar con recursos más creativos para afrontar la crisis del empleo. Con el objetivo de analizar estas respuestas de los hombres a las condiciones actuales de precariedad laboral, hemos emprendido una investigación denominada “Precariedad del empleo y crisis de la masculinidad”, desde el Programa de Género y Subjetividad de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES)¹. Este proyecto incluyó una búsqueda enfocada en aquellos hombres que hubieran estado desempleados en los últimos años o que lo estén en la actualidad; o bien que hayan padecido un cambio desventajoso en su modo de inserción en el mercado de trabajo, debido a la última crisis económica que afectó a Argentina (período 2000-2003). Hemos realizado entrevistas

¹ Dirigido por Mabel Burin, con Irene Meler como investigadora principal.

semi-dirigidas, que nos ofrezcan una visión sobre sus modos de vivir en familia y sus estrategias de generación de ingresos económicos. Enfatizamos el estudio de la construcción de sus subjetividades, en cuanto a sus historias personales y familiares, sus modos de afrontamiento de los conflictos laborales y sus proyectos futuros. Hemos aplicado también un test al final de la entrevista, llamado “Test de una persona bajo la lluvia”, que es ampliamente utilizado en nuestro medio para evaluar la actitud de la gente ante situaciones críticas. Este test se emplea preferiblemente en el ámbito laboral, pero hemos creído interesante aplicarlo en esta circunstancia, y nos ha resultado muy enriquecedor para comprender en forma más amplia y profunda algunas situaciones que sólo con las entrevistas no eran tan claras.

II. Género masculino, trabajo y subjetividad

A. El contexto histórico-social y político-económico a partir de la Modernidad en Occidente. Su impacto en relación a la construcción de los Ideales femeninos y masculinos.

Hacia el siglo XVIII, la Revolución Industrial trajo consigo enormes cambios a partir de los procesos crecientes de industrialización y de urbanización, y de una nueva ética que rige los valores humanos: ya no serán hegemónicos los principios religiosos, sino los del trabajo productivo. Según Foucault (Foucault, M., 1983) “*La razón se erige en la medida de todas las cosas*”. Las figuras religiosas de autoridad van siendo sustituidas por autoridades seculares que guían a los ciudadanos. La antigua casa medieval que era unidad de producción y de consumo va cambiando hasta transformarse en la familia nuclear. En el período preindustrial, al interior de la unidad doméstica de la familia agrícola, de la familia textil, etcétera, la autoridad de la casa era el padre, cuyo dominio se extendía al resto de los familiares consanguíneos que llevaban su nombre, así como a los aprendices y los sirvientes que ayudaban al sostén familiar. La familia tendía a la acumulación de bienes transmisibles a través de la herencia, y se formaba a partir del consenso previo entre las familias de origen de los contrayentes. Las mujeres, si bien dependían económicamente del padre-patrón, participaban en la producción de bienes y en la reproducción. Su trabajo doméstico era muy valorado, pues formaba parte, claramente, de la actividad productiva de la familia como un todo. Se trataba de una familia basada en la propiedad productiva, que otorgaba condición de sujeto a cada uno de los miembros que la componían.

En los comienzos de la Revolución Industrial la producción extra-doméstica se fue expandiendo, y sólo esa actividad fue reconocida como verdadero trabajo. La constitución de familias nucleares y el cambio en las condiciones de trabajo trajo efectos de largo alcance en la subjetivación de hombres y mujeres. La familia se tornó una institución básicamente relacional y personal, la esfera personal e íntima de la sociedad (Shorter,

E., 1977). Esta familia nuclear fue estrechando los límites de la intimidad personal y ampliando la especificidad de sus funciones emocionales. Junto con el estrechamiento del escenario doméstico, también el entorno de las mujeres se redujo y perdió perspectivas: las tareas domésticas, el consumo, la crianza de los niños, lo privado e íntimo de los vínculos afectivos, se convirtieron en su ámbito naturalizado.

Hemos analizado (Burin, M., 1987) algunos rasgos de construcción de la subjetividad femenina centrada en el trabajo reproductivo: la finalidad principal de este trabajo pasó a ser la producción de sujetos, con la convicción social de que, en tanto los producían, las mujeres se auto-confirmaban a su vez como sujetos, porque con la maternidad creaban las bases de su posición como sujetos sociales y psíquicos. El trabajo maternal remite a analizar *la lógica de la producción de sujetos como diferente de la de la producción de objetos*.

La lógica de la producción de sujetos se rige por las leyes del intercambio afectivo estrecho, por la relación bipersonal íntima, exclusiva. La deuda contraída es considerada como una deuda de gratitud: ésta supone que la constitución de un ser humano como sujeto psíquico entraña una deuda que sólo se puede saldar creando a la vez otro sujeto psíquico. Es una deuda personal, única e intransferible, y se mide sólo a través de la prestación de servicios afectivos. Se rige predominantemente por la lógica de los afectos, especialmente del amor.

La lógica de la producción de objetos, por su parte, se rige principalmente por el intercambio de dinero o de bienes objetivos, y la deuda que se contrae es una deuda que se salda con la devolución de bienes materiales o de objetos, fácilmente mensurables. Se rige, de modo predominante, por las leyes de la lógica racional.

Con la configuración de las familias nucleares y de la división sexual del trabajo, la valoración social del trabajo es muy distinta si se trata de la producción de objetos o de sujetos: aquel producirá bienes materiales; este producirá bienes subjetivos que quedarán naturalizados e invisibilizados.

A partir de este período histórico-social, en tanto el ideal constitutivo de la subjetividad femenina se afirmará en la producción de sujetos, el ideal que configura la subjetividad masculina estará basado en la producción de bienes materiales. La polarización genérica que deviene de esta condición socio-histórica y político-económica dará como resultado que las mujeres se ocuparán del trabajo reproductivo, y los varones del trabajo productivo. El Ideal Maternal será el eje fundante de la feminidad, en tanto la masculinidad se fundará sobre el Ideal de Hombre de Trabajo, o de ser proveedor económico de la familia.

B. La significación subjetiva del trabajo en la construcción de la masculinidad

E. Badinter (1993), en su estudio sobre la identidad masculina, sugiere que se trata de una identidad que actualmente está en crisis, y que la masculinidad ya habría padecido situaciones críticas en dos momentos históricos anteriores: en los siglos XVII y XVIII, y hacia finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. También entonces, como en la actualidad, el cuestionamiento de la masculinidad se produce a raíz de cambios sociales, en países avanzados cultural y económicamente, donde las mujeres tienen mejores oportunidades sociales.

Todos los hombres, tanto en lo más alto como en lo más bajo de la escala social, encuentran que los cambios en la condición femenina amenazan su virilidad y las relaciones de poder entre los géneros. Por ejemplo, esto sucedió a comienzos del siglo XX con el trabajo industrial (el “taylorismo” y el “fordismo”, con sus rasgos de organización laboral rutinaria y repetitiva), y el trabajo burocrático en las oficinas: se trataba de modos de trabajo que, a diferencia de períodos históricos anteriores, ya no les otorgaban los rasgos viriles de la fuerza, la imaginación o la iniciativa personal. La Primera Guerra Mundial viene a paliar esta crisis, ofreciendo a los hombres la oportunidad de afirmar su virilidad en su condición de guerreros. Estos rasgos se reafirman luego de esa guerra, en Estados Unidos de Norteamérica a través de nuevos dispositivos para la configuración de la masculinidad, tales como los valores del “éxito económico”. En los países europeos, la masculinidad se afirma en las ideologías fascistas e hitleristas, que consolidan el poder viril y guerrero masculino, y la ubicación social de las mujeres en torno a la maternidad. Otro recurso de virilización para los hombres, denunciado críticamente en la actualidad y deslegitimado en el orden social y subjetivo, es el recurso a la violencia al interior de las familias. Este consiste en la implementación del cuerpo como coraza muscular que es utilizada como arma para atacar cuando la percepción de sí mismos es de debilidad o fragilidad. El debilitamiento de la condición masculina -relacionado con la precarización de las condiciones laborales, y sus efectos económicos- es compensado con otro tipo de fortaleza: la fuerza física utilizada como instrumento de ataque-defensa.

En las últimas décadas, los estudios feministas (Rosaldo, M. 1974; Millett, K., 1995; Mitchell, J., 1982) han contribuido también al análisis de la construcción de la masculinidad, revelando cómo la cultura patriarcal ha posicionado a los hombres en lugares sociales privilegiados, en medio de una lógica de la diferencia sexual que jerarquizaba a los hombres como más fuertes, más inteligentes, más valientes, más responsables socialmente, más creativos en la cultura y más racionales. A estos análisis también se han incorporado estudiosos provenientes de otras tradiciones

académicas. Por ejemplo para Pierre Bourdieu (1983) “*ser hombre es, de entrada, hallarse en una posición que implica poder*”. Esta lógica de la diferencia sexual ha entrado en crisis en estos últimos decenios, en particular los principios en los que se basa: esencialismo, naturalismo, biologismo, individualismo, a-historicidad. Mediante tales principios la diferencia se percibe según criterios atributivos dicotómicos: más/menos, mejor/peor, mucho/poco, con su correlato implícito, que consiste en el establecimiento de jerarquías en las diferencias entre los géneros². Cuando se opera con estos principios como fundamentos de esta lógica jerárquica, se destacan y privilegian las asimetrías como modos de reconocimiento de la feminidad o la masculinidad.

Hemos postulado que la diferencia sexual supone no sólo una lógica atributiva, sino también una lógica distributiva. De acuerdo a estos criterios, quienes ostentan los atributos jerárquicos superiores pueden obtener posiciones de poder y autoridad en aquella área donde se destacan, mientras que quienes están en posiciones jerárquicas inferiores ocuparán lugares sociales y subjetivos subordinados. Como mencionamos anteriormente (Burin, M. y Meler, I., 1998), en tanto los varones detentan el poder racional y económico para ser desarrollado en el ámbito público, las mujeres cuentan con el poder de los afectos en el ámbito privado. Sin embargo, las leyes que rigen las relaciones de poder y de autoridad se confeccionan en el ámbito público, en tanto que las leyes que rigen el ámbito privado, en la intimidad de la vida familiar y de pareja, tienen una eficacia relativa a los principios que operan en el ámbito público, aun cuando una ilusión de simetría entre los géneros ha insistido en enfatizar el poder emocional de las mujeres como fuente para “reinar” en aquellos aspectos relacionados con la vida íntima.

C. La Revolución Tecnológica e Informática. El impacto de la globalización

A partir de la década del 70 y más acentuadamente en la década del 80, se ha producido una nueva condición revolucionaria en occidente, la así llamada Revolución Tecnológica e Informática, cuyos efectos también habrían provocado nuevas transformaciones

² Los principios **esencialistas** son las respuestas a la pregunta “¿quién soy?” y “¿qué soy?”, suponiendo que existiera algo sustancial e inmutable que respondiera a tales inquietudes. Esta pregunta podría formularse mejor para lograr respuestas más enriquecedoras, por ejemplo “¿quién voy siendo?”, con un sentido constructivista. Los criterios **biologistas** responden a estos interrogantes basándose en el cuerpo, y así asocian fundamentalmente al sujeto varón a la capacidad sexual. Este criterio biologista supone que ser varón es tener cuerpo masculino, del cual se derivarían supuestos instintos tales como la agresividad y el impulso a la lucha entendidos como efecto de sus masas musculares, o de hormonas como la testosterona. Los principios **ahistóricos** niegan que a lo largo de la historia los géneros hayan padecido notables cambios, en su posición social, política, económica, e implicado profundas transformaciones en su subjetividad; por el contrario, suponen la existencia de un rasgo eterno prototípico, inmutable a través del tiempo. Los criterios **individualistas** aíslan a los sujetos del contexto social, y suponen que cada uno, por separado y según su propia historia individual, puede responder acerca de la construcción de su subjetividad.

en las mentalidades y en las posiciones subjetivas y genéricas de varones y mujeres. En tanto aquellas revoluciones mencionadas en primer término dieron lugar al comienzo del período de la Modernidad en los países occidentales, esta última revolución habría dado como resultado los comienzos de la Post-modernidad. Como efecto de tales cambios en las configuraciones histórico-sociales y político-económicas, comienzan a generarse estudios académicos y otros de repercusión popular sobre la masculinidad, con intentos de denunciar y destituir los modelos tradicionales instituidos.

A partir de los años '80 y más aún en los '90, la condición masculina ya pasa a ser una problemática a enfrentar, en medio de un período de incertidumbres cargado de angustias, entre las cuales destacaremos la puesta en crisis de un eje que había sido constitutivo de la subjetividad masculina a partir de la Modernidad: el ejercicio del rol de género como proveedor económico dentro del contexto de la familia nuclear, y la configuración de una identidad de género masculina en el despliegue eficaz de ese rol.

La nueva incertidumbre de la Post-modernidad trajo como efecto concomitante la pérdida de un área significativa de poder del género masculino, el poder económico, así como nuevas configuraciones en las relaciones de poder entre los géneros. La puesta en crisis del rol de género masculino como proveedor económico se ha producido, por una parte, por el nivel crítico alcanzado con los modos de empleo y trabajo tradicionales, y por otra, por las profundas transformaciones en la clásica familia nuclear.

Al realizar el análisis del impacto de la globalización sobre la construcción de las subjetividades, hemos descrito (Burin, M. y Meler I., 2004-2005) cómo los requerimientos impuestos por los fenómenos de la globalización afectan las subjetividades, fragilizándolas y resquebrajando sus antiguas bases identitarias.

También vuelven endebles los vínculos, proponiendo desafíos inéditos a las relaciones entre los géneros en las parejas, cuando lo que se pone en juego es la deslocalización³ de los sitios de trabajo. Las características clásicas de este fenómeno hasta ahora habían afectado principalmente a los lugares de trabajo típicamente masculinos. Pero con la progresiva incorporación de las mujeres a nuevas modalidades laborales, especialmente aquellas que implican cargos jerárquicos elevados, la deslocalización comienza a incidir también en los trabajos femeninos afectando los modos de vivir en pareja y en familia.

Las respuestas que anteriormente eran de renunciamiento y sacrificio de la carrera laboral femenina ya no se sostienen, debido en parte a las necesidades económicas,

³ Este término se define como el traslado al extranjero de los lugares de trabajo para reducir costos laborales y beneficiarse de las rebajas fiscales y otros estímulos económicos.

y en parte al avance de la concientización acerca de las nuevas identidades laborales femeninas.

Cuando las mujeres deben enfrentar ya no sólo el “techo de cristal” en sus carreras laborales (Burin, M., 2007), sino su reciclaje bajo la forma de “fronteras de cristal” para su desplazamiento geográfico, surge un clima enrarecido de angustia y perplejidad que afecta los vínculos conyugales y familiares. Se pone en crisis la identidad laboral y familiar no sólo en las mujeres afectadas por la deslocalización de sus puestos de trabajo, sino también en los varones cuando éstos están en condiciones de endeblez laboral.

La globalización y la deslocalización tienen clase y género. Hasta ahora se ha analizado el fenómeno de la globalización sobre los sectores sociales más pauperizados, agudizando las inequidades económicas preexistentes, pero actualmente también observamos que tales injusticias avanzan sobre todo el cuerpo social, afectando incluso a parejas de sectores medios urbanos. Inequidades económicas e inequidades de género se entrelazan, potenciando una a la otra. De esta manera se exacerbaban los anteriores dispositivos en las relaciones de poder en la pareja, en sus vínculos de intimidad, y en sus modos de trabajar y vivir en familia (Burin, M., 2004).

En relación con las nuevas condiciones de trabajo para los varones, un grupo de autores argentinos reunidos en un texto compilado por Luis Beccaria y Néstor López (1996) analiza desde perspectivas multidisciplinarias las implicaciones que tiene el desempleo sobre el sujeto trabajador. Señalan que el desempleo ha sido en los últimos años uno de los problemas más importantes con los que se enfrenta la Argentina, y que la preocupación por la falta de trabajo afecta a sectores gubernamentales, académicos, y a la sociedad en su conjunto. Si bien esta situación va disminuyendo paulatinamente, aún resultan preocupantes los altos niveles de desocupación alcanzados en estos últimos años y el deterioro de la situación de quienes tienen trabajo, y las dificultades para crear nuevos puestos laborales. La crisis del mercado de trabajo produce un alto impacto en la calidad de vida de las personas, se señala, añadiendo que el desempleo representa un claro obstáculo a todo proyecto de desarrollo social.

Afirman que el desempleo, el subempleo y la precariedad de las ocupaciones llevan a que los ingresos de los hogares muestren una elevada variabilidad, haciéndolos poco predecibles. Esta situación impacta significativamente en la calidad de vida de los hogares que cuentan con una escasa dotación de capital o son pasibles de endeudamiento, quedando expuestos a una clara situación de “vulnerabilidad”, la cual se expresa en el escaso margen con que quedan estas familias para hacer frente a situaciones imprevistas.

D. Salud Mental y trabajo masculino

Bajo estas circunstancias, la construcción de la subjetividad en un período tan sensible como cuando existen condiciones tan cambiantes de trabajo merece un interrogante: ¿qué rasgos puede adquirir, por ejemplo, la construcción de su subjetividad -esto es, el reconocimiento de sí mismo como sujeto-, mediante las preguntas “¿quién soy siendo mujer?”, “¿quién soy siendo varón?” cuando las respuestas clásicas habían sido: “ser mujer es ser madre”, “ser hombre es ser proveedor económico”?

El problema que pretendemos destacar es que, junto con el *costo de oportunidad* que implica la falta de ejercicio laboral de las personas que están capacitadas para ello, existe también un *costo psíquico*⁴ que es necesario atender, cuando nos referimos a la salud mental de la población. El malestar provocado por las condiciones de vida y de trabajo antes mencionadas hace que las clásicas respuestas brindadas por los paradigmas tradicionales acerca de la salud mental dejen de tener el sentido que tenían, dado que las nuevas identidades de los y las sujetos sociales requieren nuevas perspectivas.

A diferencia de los clásicos conceptos sobre la salud mental como el estado en el cual las personas tendrían como meta lograr condiciones de armonía y equilibrio, hemos considerado el criterio de salud mental como la capacidad que los sujetos adquieren de enfrentar las situaciones de crisis y de conflicto (Burin, M., 1990) Hemos puesto en cuestión los tradicionales parámetros adaptacionistas respecto de la salud mental, en relación con las condiciones de vida de los sujetos y las respuestas que éstos pueden dar, variada y creativamente, a sus experiencias. Algunos de los ejes estudiados, desde la perspectiva del género, han sido las condiciones de la sexualidad, de la maternidad/paternidad, y del trabajo, femenino y masculino.

En un artículo escrito por Irene Meler (Meler, I. y Burin, M., 2004), donde se exponen los resultados de la investigación *Género, Trabajo y Familia*, realizada en Buenos Aires en la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES) explica que el desempeño laboral de los varones resulta afectado de forma significativa por el estado de su salud mental. Los problemas emocionales se relacionan en muchos de los casos estudiados con hombres con conflictos con su sexualidad y su identidad masculina. Esta situación no es simétrica a lo que se observa con las mujeres. Si bien los trastornos emocionales también interfieren con el desarrollo laboral femenino, su fracaso laboral o económico lesiona la imagen de adultez de las mujeres, pero no afecta su sentimiento íntimo de femineidad, pues ésta se asocia tradicionalmente con

⁴ El *costo de oportunidad* consistiría en lo que pierde una persona por no trabajar de acuerdo a sus capacidades, en tanto que el *costo psíquico* es el malestar subjetivo que padece quien no tiene una inserción laboral de acuerdo a su capacitación.

la dependencia económica respecto de un hombre. Pero en el caso de los varones los logros laborales constituyen tradicionalmente un emblema identificador central para la masculinidad. Por lo tanto, las claudicaciones en el trabajo pueden implicar conflictos inconscientes relacionados con la sexualidad y la identidad masculina. Sus fracasos laborales afectan de modo más grave su autoestima, pues pone en dudas su representación como miembros del género dominante en las relaciones de poder entre los géneros.

Un fenómeno observado con insistencia en los últimos años en Buenos Aires y el conurbano, denunciado por la Academia Argentina de Medicina del Trabajo y la Sociedad Argentina de Medicina del Trabajo (Informe de Investigación en Diario Clarín, 2003) es que el 14% de los trabajadores empleados consume drogas, principalmente cocaína y marihuana. Las causas del aumento del consumo de drogas ilegales entre hombres con tan variada inserción laboral tienen que ver con el stress que los trabajadores viven a diario, al mayor nivel de competitividad que se plantean en las empresas y a las malas condiciones laborales que enfrentan los asalariados. El informe señala que no hay profesión u ocupación que escape a la droga, ni diferencia entre ámbitos públicos o privados: su consumo está generalizado. Según este informe, estas condiciones provocan cuadros de stress, taquicardias, hipertensión, que se busca aliviar con el consumo de drogas. Pero el consumo de estas drogas, lejos de aliviar el cuadro, lleva a producir en forma creciente un deterioro físico y psíquico, con rasgos de desorganización del Yo que los lleva a pérdida de la memoria, emociones desbordantes o incontrolables de agresividad o de tristeza, así como aislamiento social y familiar.

Estos datos relativizan la idea de que el consumo de drogas está más vinculado a la marginalidad y el desempleo, y de manera acotada a los excluidos del mundo laboral.

A veces esta problemática se combina con la adicción al trabajo (“workaholic”), como trastorno en la subjetividad masculina (Burin, M., 2000). Esta adicción muestra un panorama que puede confundir a quienes la observan inadvertidamente, y consideren que esta actitud está hecha de valores tales como el anhelo de ocupar posiciones de poder, de control, de éxito y prestigio, combinadas con rasgos de personalidad ambiciosos y autoexigentes. Estos parecerían ser valores que están en consonancia con los ideales de un amplio grupo de personas, especialmente aquellos caracterizados como “los que llegan”. Para los sujetos inmersos en ese universo de valores, otros rasgos tales como la libertad, la espontaneidad, la humildad, la preocupación por el bienestar del prójimo, son ajenos a sus modos de vivir y de trabajar. Estas personas denotan algunos síntomas tales como la preocupación constante por el propio rendimiento, el esfuerzo por tratar de dedicar cada vez más tiempo a la jornada laboral -restándolo a la vida familiar o a otros afectos- acompañado de una sensación subjetiva de urgencia, de perentoriedad en lo que hacen.

Entre las explicaciones que justifican su adicción, la más frecuentes están ligadas a la escasez de dinero o el convencimiento de que se está forjando un futuro mejor para sí mismo o para su familia. Pero, como sucede en todas las adicciones, las argumentaciones borronean algunos déficit subjetivos más profundos, que están en la base de cada adicción.

A diferencia de otras adicciones, a menudo ésta logra consenso familiar y social, porque se supone que sus fines ulteriores son generosos y altruistas, ya que se trataría de un sacrificio actual que en algún momento terminará. Por supuesto, no todas las personas que trabajan muchas horas al día son adictas al trabajo: el trabajo es esencial para nuestro bienestar, especialmente si nos gusta y encontramos placer en él. Las oportunidades laborales aún son pocas en Argentina, y hacen que el trabajo sea un bien escaso, disponible sólo para unos pocos. Quienes lo poseen se ven forzados, en muchos casos, a condiciones laborales extremas en cuanto al cumplimiento de horarios y tareas que exceden las condiciones conocidas hasta ahora.

La problemática de la adicción al trabajo tiene una doble inscripción: objetiva y subjetiva a la vez. Las condiciones laborales actuales forman parte de la realidad objetiva a que nos vemos sometidos en épocas de escasez de trabajo, pero también existen realidades subjetivas que a menudo hacen posible y sostienen semejante imposición social.

Esta adicción por lo general se observa en hombres de sectores medios y de medios urbanos, para quienes el apremio económico no es la motivación principal para semejante dedicación al trabajo, sino sólo un justificativo. En la adicción al trabajo hay -como en tantas otras adicciones- un esfuerzo considerable por huir de realidades subjetivas que resultan desbordantes, o bien que le provocan un gran vacío psíquico, y de las cuales quieren alejarse, aturdiéndose, procurando escapar de ellas precipitándose en el universo laboral. Para este grupo de adictos, su trabajo es meramente un medio que les permite realizar tales movimientos de alejamiento, con la ilusión de que así se apartan de sentimientos dolorosos que les provocan temor, culpa o frustración, o bien ira y resentimiento, todos ellos configurando una serie de afectos difíciles de procesar subjetivamente y que les resultan muy arduos de afrontar con otros recursos. Precipitarse en la esfera laboral les significaría un procedimiento auto-calmante para aquellas complejidades subjetivas.

El síndrome de abstinencia suele aparecer en estos casos durante los fines de semana o durante las vacaciones, -que pasan a ser incómodos trámites que se trata de evitar- con sus rasgos característicos de irascibilidad, impaciencia, ansiedad psicomotora. En estas circunstancias suelen comportarse como personas físicamente presentes

pero mentalmente ausentes, que sienten que tienen que hacer esfuerzos notables para conectarse afectiva y socialmente, con su familia y amigos íntimos. El verdadero sentido de la adicción al trabajo es la huida de los vínculos de intimidad, y de los sentimientos de vacío que ponen en riesgo la vida familiar.

Un análisis desde la perspectiva del género nos permite comprender que se trata de una adicción predominantemente masculina. Entre las mujeres sería una adicción difícil de sostener, especialmente para aquellas que tienen niños pequeños u otras personas a su cuidado (ancianos, enfermos, y otros) porque semejante adicción entraría en severo conflicto con el Ideal Maternal, un tipo de ideal particularmente presente en las mujeres categorizadas como de subjetividades femeninas tradicionales. Para aquellas de subjetividades femeninas transicionales o innovadoras, con estilos de inserción laboral tipificados como clásicamente masculinos, esta adicción podría ser observable a partir de las nuevas condiciones de trabajo impuestas por las crisis de empleo actuales.

Otro rasgo a tener en cuenta en la salud mental de los varones se refiere a la conciencia que tienen sobre su cuerpo.

Uno de los rasgos que se destacan en la construcción de la identidad masculina tradicional es la representación subjetiva del cuerpo entendido como una máquina que debe estar en perfecto funcionamiento, desatendiendo las señales preventivas de atención. Estas apreciaciones son coincidentes con una investigación realizada por el sociólogo argentino J. J. Llovet (Llovet, 1996) quien describe que en tanto las consultas por salud de las mujeres suelen ser preventivas, las de los varones suelen ser “post-fácticas”, o sea, que se realizan una vez que la patología está avanzada y es a menudo irreversible. En términos de relaciones de poder, la hipótesis explicativa sugiere que los hombres con una identidad de género tradicional suponen que la consulta médica los coloca en posición dependiente y desjerarquizada respecto de alguien en posición superior, y no aceptan esa condición que perciben como subordinada, aunque a menudo recurran a diversos pretextos y explicaciones para evitar la consulta a término.

En relación con las condiciones de trabajo extremas, hemos recurrido al concepto de *contextos laborales tóxicos* (Burin, M., 2004), tomado de la hipótesis psicoanalítica freudiana acerca de la toxicidad pulsional (Freud, S., 1915). En este caso se aplica en el sentido que la toxicidad se produce como consecuencia de la dificultad para procesar psíquicamente algunos movimientos emocionales que resultan desbordantes, debido a desarrollos afectivos que sobrepasan la capacidad del Yo para elaborarlos. En el caso de los contextos laborales tóxicos, se aplica este concepto a situaciones laborales donde

circulan los así llamados “afectos difíciles” de elaborar. Los más típicos que hemos hallado son el miedo -trabajar con miedo, especialmente a ser despedido-, el dolor -como consecuencia de circunstancias inequitativas que provocan en los sujetos que los padecen sentimientos de humillación y/o de angustia -, así como la ira debido al sentimiento de injusticia. Estos son contextos laborales que promueven magnitudes emocionales difíciles de procesar psíquicamente, que pueden tener como consecuencia conductas violentas, a la manera de estallidos, especialmente entre los varones. En otros casos estos “afectos difíciles” provocan en estos sujetos manifestaciones psicósomáticas, tales como trastornos gástricos, respiratorios, cuadros dermatológicos, o bien contracturas musculares que constituyen verdaderas corazas tónicas musculares. En estas últimas, se refuerza la tonicidad muscular para poder soportar los contextos laborales tóxicos. Estas serían algunas observaciones acerca del “costo psíquico” mencionado anteriormente debido a la “adaptación” a los requerimientos del “costo de oportunidad”.

F. El concepto de crisis. El deseo hostil y el juicio crítico

Tal como lo hemos desarrollado en ocasiones anteriores (Burin, M., 1987), el concepto de crisis tiene una doble acepción: conlleva la idea de una situación de ruptura del equilibrio anterior, acompañada por la sensación subjetiva de padecimiento, en tanto sujeto padeciente. Además, comprende la posibilidad de ubicarse como sujeto activo, criticante, de aquel equilibrio previo. En este sentido es que debemos considerar la doble acepción del concepto en los varones acerca de su masculinidad: como sujeto padeciente y como sujeto criticante.

Lo que se pone en crisis en estos hombres es la concepción que ellos tienen de sí mismos, ligada a las múltiples determinaciones que, hasta ese momento, habían organizado su noción de identidad. Bajo estas circunstancias, la crisis debida a la precariedad laboral puede asumir dos características. Por una parte puede configurarse como una crisis negativa, plena de sufrimientos, donde el sentimiento prevaleciente sería el de pena y dolor por la pérdida. Desde el punto de vista psicopatológico, éste es el modelo que tradicionalmente se ha utilizado para describir esta crisis como depresiva; éste es, también, el sentido del “padecer” que acotamos inicialmente. Otra alternativa posible es la de tomar este estado de reorganización psíquica para favorecer la reflexión y el juicio crítico acerca de las facilidades u obstaculizaciones que encuentra en este período de reubicación; éste es el sentido del término “sujeto criticante” que mencionamos anteriormente.

Hay dos preguntas que son clave para la redefinición de su identidad, que muchos hombres se formulan en esta situación: una es “¿Y ahora qué?”. La otra es: “¿Y esto es todo?”. Ambas preguntas están íntimamente relacionadas con un desarrollo de afectos

iniciado en la temprana infancia, caracterizado como sentimiento de injusticia. Tal sentimiento de injusticia resurge bajo la forma de lo que los hombres sienten, respecto tanto a lo que ellos han hecho consigo mismos a lo largo de su historia, como con relación a lo que les han hecho, a través de representaciones que su contexto sociocultural y familiar les ha ofrecido a su condición de varón. El sentimiento de injusticia se configura como motor de la crisis en este período de la vida, del mismo modo que, en su temprana infancia y luego en la crisis de la adolescencia, lo fueron los sentimientos de rebeldía u oposición que se configuraron como puntos de partida para la gestación del pensamiento crítico, y que son los que se resignifican en la crisis de la adultez ante la precariedad laboral. Queremos destacar aquí la diferencia entre sentimiento de injusticia, que sirve como iniciador de un juicio crítico y valorativo tendiente a transformaciones, y el resentimiento, que orienta más bien hacia una actitud vindicativa cuyo efecto será cambiar todo para que nada cambie.

Analizaremos ahora cómo funciona el aparato psíquico ante esta situación de cambio. Una ley de funcionamiento del aparato psíquico es que ante tal situación de cambio el aparato psíquico tiene una exigencia de trabajo, en el cual sus mecanismos de defensa anteriores, sus sistemas generales de relaciones, de identificaciones, etc., entran en crisis. La pregunta clave, entonces, es qué hacer. Ante esta circunstancia, hay determinadas resoluciones que a su vez preanuncian crisis patológicas: por ejemplo, la dirección unívoca hacia el pasado hace pensar que el aparato psíquico va a entrar en otro tipo de crisis (como en el cuadro clínico llamado depresión), en tanto hay otro tipo de resoluciones, mediante el ejercicio del juicio crítico, de la reflexión valorativa, que implican otras posibilidades. Aquí lo que consideramos positivo o negativo son los tipos de resolución, y consideramos positivo o negativo no sólo como la valoración dentro de cada contexto cultural o familiar, sino también desde el punto de vista de la integridad psíquica, de la salud mental, en tanto sujeto padeciente o como sujeto criticante.

En la crisis debida a las nuevas condiciones laborales es de fundamental importancia el surgimiento del juicio crítico, ligado al sentimiento de injusticia. El juicio crítico es una forma de estructurar el pensamiento. En la adultez, su ejercicio está relacionado con la eficacia con que haya funcionado anteriormente, en la adolescencia, bajo la forma de juicios de atribución y de desatribución, en relación a los objetos primarios de identificación, constitutivos de su identidad. Aclaremos a qué nos referimos con tales juicios.

Los juicios atributivos suponen cualidades positivo-negativo, bueno-malo, a los objetos o personas. El juicio atributivo que asigna valor positivo a la identidad varón = proveedor económico, es el que da lugar al sentimiento de injusticia en la crisis de precarización del empleo que estamos analizando. Cuando un hombre entra en esta clase de crisis y opera con juicios críticos, lo que hace es poner en juego los juicios de des-atribución, o sea,

despojando de la calificación anterior a su condición de varón = proveedor económico. El juicio de desatribución se realiza sobre la base del deseo hostil, que favorece la diferenciación, el recortamiento subjetivo. El deseo hostil es un tipo de movimiento psíquico que inviste de representaciones al aparato psíquico, mediante mecanismos de búsqueda de objetos libidinales que lo diferencien de aquellos objetos primarios de identificación. Tal como lo hicieramos en otras oportunidades (Burin, M., 1998), quisiéramos destacar que para que el proceso crítico en tanto sujeto criticante se ponga en marcha es necesaria la presencia del deseo hostil diferenciador. Éste es un deseo cuya cualidad interesante es que, en tanto deseo, procura una búsqueda de nuevos objetos libidinales, tratando de alejarse de aquellos que le produjeran frustración. Como deseo, promueve la búsqueda de nuevas representaciones, y a su vez puede generar nuevos deseos, tal como el de saber y el de poder. Se distingue de la hostilidad en que ésta es un afecto que, como tal, sólo busca su descarga, especialmente la que deviene de la frustración. La hostilidad como afecto impondría alejamientos destinados al fracaso, pues lo que logra es volver una y otra vez sobre el objeto frustrante en intentos repetitivos y a menudo vanos de negar su carácter frustrante, dejando el vínculo unido a través de la ligadura hostil.

En el intento de otorgar nuevos sentidos al deseo hostil y al juicio crítico los varones que transitan por esta crisis en la adultez se encuentran con un nuevo problema: ¿hacia qué otras representaciones podrían dirigirse, cuando se desprenden de aquellas originarias? ¿Cuáles son los destinos posibles del deseo hostil para estos hombres en nuestras representaciones culturales? Por ahora creemos que llegado este punto de análisis, las vicisitudes del deseo hostil trasciende los límites y posibilidades que ofrece la elaboración individual, ya que las representaciones ligadas al ejercicio del deseo hostil encuentran en la cultura patriarcal, un modelo que en la actualidad está cada vez menos legitimado: el ejercicio de la violencia masculina. Surge entonces la pregunta: ¿Existen otros modelos masculinos para las transformaciones de la hostilidad y para la generación y ejercicio del deseo hostil? ¿Dónde hallarlos y cómo elaborarlos?

Regresemos al análisis del juicio crítico. Se trata de un tipo de juicio que se constituye inicialmente como esfuerzo por dominar un trauma, el trauma de la ruptura de un juicio anterior, que es el juicio identificatorio. El juicio identificatorio opera con las reglas impuestas por el narcisismo, donde no hay diferenciación “Yo/no-yo”, en que “Yo y el otro somos lo mismo”. Este es un tipo de juicio que se organiza en los primeros tiempos de la construcción de la subjetividad, y que se va transformando a lo largo del desarrollo. Algunos de los momentos más significativos de transformación del juicio identificatorio en juicio crítico ocurren en el segundo año de vida, mediante el soporte del desarrollo psicomotor y del lenguaje, que favorecen el alejamiento y

recortamiento de las figuras primarias de identificación -la madre en primer lugar- con la adquisición de la marcha y el lenguaje. Estos desarrollos vuelven a adquirir significación en un período evolutivo posterior, en la adolescencia, en que se vuelve a producir un reordenamiento enjuiciador, expresados a través de movimientos subjetivos de rebeldía y oposicionismo, como modos de manifestación precursores del juicio crítico diferenciador de la adultez. Aunque nos estamos refiriendo a crisis vitales evolutivas, en las que se pone en marcha el juicio crítico, consideramos que éste sería un recurso apropiado para favorecer transformaciones subjetivas en otras situaciones como por ejemplo, cuando lo que se pone en crisis es la condición de una identidad de género masculina construida sobre la base de identificar la masculinidad con el rol de proveedor económico. Es decir que el juicio identificatorio que formula “ser hombre es tener poder económico” se resquebrajaría, entrando en crisis y dando lugar al juicio crítico, que promovería un distanciamiento de ese juicio anterior. Hemos planteado que uno de los problemas que se presenta a los hombres subjetivados sobre la base de aquel juicio identificatorio es hacia dónde dirigirse si abandona sus identificaciones originarias, ya que existe un trastorno cultural actual en cuanto a las representaciones sociales acerca de la masculinidad que no ofrece muchas alternativas para el despliegue de otras posiciones subjetivas masculinizantes, más allá del poder económico. La ampliación de las representaciones subjetivas de los sujetos de nuestro estudio, incluyendo una posición activa alrededor de la paternidad y del universo emocional familiar, ha suministrado recursos narcisísticos que, si bien no resultan suficientes, contribuyen a mejorar las condiciones de vida de estos hombres. Otros recursos tales como la agrupación entre hombres que transitan por esta situación crítica, mediante grupos de reflexión, talleres de autoayuda, grupos terapéuticos, etc., ofrecerían la oportunidad de elaborar sus conflictos dentro de contextos favorables al diálogo, la escucha, la historización de los conflictos, la contextualización familiar y social, etc., de modo de crear otras representaciones sociales y subjetivas consensuadas, reconocidas como propias de la masculinidad, de otros modos de ser hombres⁵. Uno de los sujetos de nuestro estudio, T., contó con el recurso de la identificación con un rasgo de su madre: el sentido de responsabilidad materna para trabajar ganando dinero como docente, al mismo tiempo que desplegando desarrollos afectivos que le permitieron gestionar la vida familiar con gran compromiso emocional. Gran parte de estos vínculos identificatorios con la figura materna los realizó en su adolescencia, a partir de la necesidad de elaborar una situación traumática impuesta por lo que él denomina “*irresponsabilidad paterna*”:

⁵ A lo largo de la historia, la agrupación entre pares ha demostrado su eficacia para una gestión colectiva de conflictos que, si bien son percibidas singularmente por cada sujeto, requiere de instancias político-sociales que las enfoquen y las resuelvan. Este ha sido el caso, por ejemplo, de los criterios de agremiación laboral, o bien de la gestión del colectivo de mujeres en la política para lograr una cuota o cupo de participación política.

describe una situación en la cual estuvo a punto de perder sus estudios secundarios debido a que su padre dejó de pagar las cuotas del colegio, de modo que él se vio obligado a salir a trabajar para poder afrontar esos pagos, sosteniendo a la vez su carrera educativa. Esta situación traumática fue significada por T. como una crisis de crecimiento, que lo motivó para desarrollar deseos hostiles hacia su padre y un tipo de juicio crítico que le permitieron des-identificarse de semejante figura paterna desamparante. Recurrió entonces a la figura materna en cuanto a su ubicación laboral y a su compromiso emocional con sus hijos, así como a una tía, hermana de su madre, que le ofreció un empleo de media jornada en su oficina para que T. prosiguiera sus estudios conjuntamente con el trabajo.

Merece destacarse que, si bien aquella crisis de su adolescencia fue resuelta en un sentido positivo, sin embargo una condición traumática bastante similar se repite durante su adultez, acompañando la crisis económica que impactó duramente sobre su empresa en el año 2002. Nuevamente enfrenta la crisis en un sentido positivo, pero esta vez dejando huellas sobre su salud física y mental, bajo la forma de estados depresivos y una activa reflexión sobre su identidad laboral. Al mismo tiempo, realiza una identificación con su hijo adolescente, a quien percibe desamparado en sus necesidades educativas y de salud, ya que no puede ofrecerle una cobertura económica suficiente para cubrir esas necesidades. La representación psíquica de su hijo como un espejo que le refleja alguien que él fue en su adolescencia, se pudo observar claramente en el gráfico que realiza cuando se le solicita que dibuje “una persona bajo la lluvia”.

Asimismo, hemos observado entre algunos hombres de nuestro estudio que una fijación a posiciones subjetivas infantiles, de profunda dependencia económica y emocional de otros, sin haber transitado por los procesos de juicio crítico y de deseos hostiles diferenciadores, ha promovido la construcción de subjetividades más vulnerables para encarar la crisis de precariedad laboral cuando son adultos. En estos sujetos, la conjunción simultánea de fragilidad subjetiva con precariedad laboral, con actitudes de aislamiento social, operan como disparadores para hacer que la crisis laboral devenga en una verdadera catástrofe subjetiva.

III. Paternidades, masculinidades

A. Consideraciones generales

En este ítem expondremos la importancia de la figura paterna en la constitución de la subjetividad sexuada de los hijos y las hijas, a partir de los estudios realizados desde la perspectiva del género entrecruzados con las hipótesis psicoanalíticas acerca de la paternidad. Algunas teorías psicoanalíticas clásicas -en la escuela inglesa (Bion, W., 1966; Winnicott, D., 1965,1972), la escuela francesa (Dolto, F., 1990; Lacan, J.,

1982), y las norteamericanas (Benjamin, J., 1997; Chodorow, N., 1984) cada una con sus propios matices- han enfatizado el papel determinante que tiene la figura paterna en la vida emocional de los hijos, al establecer una diferencia en el vínculo inicialmente diádico madre-bebé. Las hipótesis psicoanalíticas han destacado que esa figura constituye un tercero diferente -en el sentido de que establecería una diferencia sexual respecto de la madre- y que, desde esa diferencia haría una contribución específica a la estructuración de la vida psíquica del infante humano, de su acceso al orden simbólico de la cultura, a la configuración de su identidad genérica, y a los procesos de dependencia/autonomía que caracterizan el desarrollo infantil. Cada una de las escuelas psicoanalíticas ha puesto el acento sobre una o varias de estas cuestiones.

Si bien se han generado cambios en el interior de las familias actuales, son numerosos los autores que insisten en las diferencias de los movimientos de dependencia/autonomía para hombres y mujeres. Las mujeres han provocado enormes modificaciones dentro de la estructura familiar debido en parte a su inserción masiva en el mercado de trabajo, y también a transformaciones subjetivas que las colocan en otras posiciones ante sus hijos. No ha ocurrido lo mismo -al menos con la misma intensidad y frecuencia- con los padres y las actitudes paternas ante sus hijos, ya que todavía no se ha producido una igualdad en las relaciones familiares. Cuando analizamos desde la perspectiva del género las relaciones de poder entre los géneros, nos preguntamos si los cambios sociales más avanzados se reflejan cabalmente en un cambio en las mentalidades de los sujetos que desarrollan el ejercicio de la paternidad. La socióloga argentina C. Wainerman (1999) destaca que, hasta el momento, no han sido equitativos los modos de inserción de los varones al interior del hogar y de la vida familiar, en relación con los modos de inserción de las mujeres en la vida laboral en el ámbito extra-doméstico. Se pregunta si, en caso que los hombres no hicieran esa particular contribución transformadora en la vida familiar, estaríamos asistiendo a lo se que caracteriza como una “revolución estancada”.

Cuando nos acercamos al fenómeno de la paternidad entrecruzando la perspectiva de las relaciones de género con hipótesis psicoanalíticas, nos encontramos con un panorama novedoso e interesante. Las problemáticas que se enfrentan son de variada índole, de las cuales daremos sólo algunos ejemplos:

- a) ¿Centraremos los debates en los interrogantes acerca de si la paternidad es una función, y en ese caso no importa quien sea la persona que la ejerza (varón, mujer) o inclusive que sea ejercida por una institución? En estos casos, se pone el acento sobre su carácter simbólico, por lo tanto no importarían las condiciones de subjetivación sexuada de quien o quienes ejerzan esa función. Además, se enfatiza que el objetivo del ejercicio de esa función consiste en separar al

infante humano de su madre para introducirlo en la cultura. Según estas consideraciones, la madre no es concebida más que como alguien que suministra un cuerpo y el contacto emocional temprano imprescindible para preparar al niño para otros desarrollos como sujeto, tales como incorporar la palabra, la Ley, el orden simbólico. Desde esta perspectiva, si no se produjera este pasaje del orden natural -supuestamente materno- al orden cultural llamado paterno, el infante humano se vería expuesto a gravísimos trastornos psicopatológicos tales como la psicosis, la psicopatía o las perversiones. En este aspecto coinciden las escuelas psicoanalíticas antes mencionadas, así como otras teorías psicológicas acerca de la familia.

- b) Los problemas atinentes al ejercicio de la paternidad ¿habrán de referirse ya no a una función que se cumple, sino a la presencia real y efectiva de una figura masculina que ofrezca su presencia, su cuerpo y sus emociones al desarrollo psíquico del infante humano? Th. Laqueur (1992) introduce en este sentido una propuesta original al referirse a la paternidad como un trabajo emocional. Según este autor, en la historia occidental, signada por el discurso patriarcal se han ignorado los lazos emocionales de los padres con los hijos, al inscribir a los hombres fundamentalmente dentro del contexto público, y sólo presentes simbólicamente en el orden familiar. Critica el neo-esencialismo de aquellos principios que suponen que la maternidad es “un hecho”, mientras que la paternidad es “una idea”. Este autor critica el supuesto naturalista de que la maternidad consiste en poner cuerpo y emociones, y la paternidad “lo otro”, supuesto que ha de ser revisado a la luz de las experiencias de aquellos padres que sienten, como él lo describe en su experiencia como padre, “los hechos” de un amor visceral por su hija. Como se puede observar, en estos casos se trataría no sólo del ejercicio de una función, claramente diferenciada de la función materna, sino por el contrario, de una función muy similar a la materna: se trataría de un “segundo adulto” (Benjamin, J., 1996; Rodulfo, R., 1998) en el vínculo con la criatura, con lo cual no sólo se desenmarca al padre de su clásico lugar del tercero que ha de interrumpir la díada madre-hijo, sino también la del padre que sólo puede aparecer mediado por la madre, sólo disponible para discriminar lo que se supone un vínculo exclusivo y excluyente materno-filial. Ante esta condición prefijada, R. Rodulfo (1998) destaca la importancia de aquellos hombres que están buscando desplegar un espacio transicional, hacerse un lugar propio entre ellos y sus niños, “*independientemente de toda misión simbólica referida a la madre*”. Consideramos que el problema se centraría en la posibilidad de pensar la paternidad no en términos opositivos con la maternidad, siguiendo la clásica lógica binaria de opuestos o / o, donde el padre queda posicionado como figura versus la figura materna. Se trataría más bien de que el padre logre una posición

subjetiva que vive por sí misma, no en relación de tensión con la madre, sino desde sí para su hijo, con deseos propios a desplegar en el vínculo paterno-filial. Se tratará entonces, de revisar las clásicas preguntas acerca de la construcción del deseo paterno: ¿qué desea un hombre cuando desea un hijo? (Volnovich, J. C., 1998).

Estas observaciones nos llevan a considerar que, en la actualidad, más que referirnos a “la paternidad” como un tipo de vínculo universal y predeterminado de los hombres con sus hijos/as, habremos de referirnos a “las paternidades” en plural, debido a la variedad y diversidad de modos de ejercicio de la paternidad, y porque se trataría de un tipo de vínculo históricamente variable que está sufriendo peculiares condiciones de transformación en nuestros días, tal como lo admiten los estudios sobre “los nuevos padres” (Sullerot, E., 1993; Badinter, E., 1987; Burin, M. y Meler, I., 2000) Mientras que en la mayoría de los estudios se enfatiza el principio de fortalecer los vínculos paterno-filiales en las relaciones de intimidad, al interior de las familias, simultáneamente asistimos a la configuración de numerosos estilos de vida familiar en donde la figura parental exclusiva es la madre, y se analiza exhaustivamente los efectos que esta condición produce sobre la salud psíquica y social de los niños que se crían en esos contextos. Los debates indican el punto controversial de esta problemática en la actualidad, especialmente cuando las conclusiones refieren que la ausencia de figura paterna en la familia no incide *per se* negativamente sobre la salud de los niños, sino sólo asociada a otras condiciones sociales y familiares (por ejemplo pobreza, marginalidad, aislamiento social, etc.). Sin embargo, la mayoría de los estudios realizados critican, como problema a encarar, el escaso involucramiento paterno en la crianza y manutención de los hijos, cuando este fenómeno aparece.

Finalmente, entre estas consideraciones generales debemos destacar una problemática ambivalente y contradictoria que expresa la situación actual de la paternidad. Se trata de la frecuente contradicción entre el discurso y las prácticas de la paternidad. La mayoría de los hombres occidentales, al menos aquellos de sectores medios urbanos, refieren un profundo sentido de responsabilidad paterna respecto de sus hijos (de Keijzer, B., 1998). Sin embargo, esto no se traduce en las propias experiencias con la paternidad respecto a la atención cotidiana de los niños, la actitud de cuidados y de crianza, la manutención económica, etc. Esta condición aparece agigantada cuando la pareja parental se separa, y los niños quedan conviviendo con la madre. Los factores que determinan esta condición son múltiples, y varían desde los rasgos subjetivos propios de la masculinidad tradicional, a las condiciones laborales exigidas a los varones, así como factores propios de la socialización temprana masculina que impide rasgos que favorezcan la intimidad afectiva, o bien “ponerse uno a uno” (Winnicott, D., 1972) con las necesidades de la criatura. El desconcierto, la perplejidad y los sentimientos

dolorosos suelen ser los afectos resultantes de esta situación ambivalente y contradictoria en el vínculo paterno-filial. Tanto los problemas de la intimidad afectiva como el conflicto de ambivalencia y sus efectos, serán analizados exhaustivamente en esta presentación.

En general la mayoría de los psicoanalistas clásicos considera que el padre no puede ni debe sustituir a la madre, en todas estas posiciones afectivas, ni tan siquiera compartir los cuidados y alimentación del hijo: debe quedar por fuera del vínculo exclusivo madre-hijo, encarnando el principio de realidad, mientras el vínculo madre-hijo encarna el principio del placer. Como representante de la ley, el padre debe mantenerse a distancia. Una psicoanalista francesa, Françoise Dolto, recomendaba a los padres en sus programas radiales que “no olviden que no es a través del contacto físico, sino con palabras, que conseguirán que sus hijos les amen y les respeten” (Dolto, F., 1990). El amor paternal tendría ese rasgo distintivo: sólo se expresa a distancia. Este concepto de paternidad absolutamente consistente con las necesidades de la cultura patriarcal, y de las nuevas necesidades económicas, a partir de la Revolución Industrial en Occidente, reafirma las posiciones no sólo subjetivas sino también sociales de varones y mujeres: las mujeres en el ámbito privado, los hombres en el espacio público; las mujeres trabajando en el espacio doméstico, los hombres en el espacio extra doméstico; ellas ejerciendo el poder de los afectos, ellos el poder racional y económico. Ya desde el siglo pasado, con el afianzamiento del industrialismo en los países occidentales, la figura de la madre de la modernidad se vuelve cada vez más exclusiva y excluyente en la crianza de los niños, en tanto que la del padre se va alejando cada vez más del entorno familiar. Los valores de la masculinidad que encarna el padre cambian: el honor y la fuerza física, típicos de la era pre-industrial, se trastocan en los valores de éxito, el dinero y el ejercicio de un trabajo que justifique el alejamiento de la intimidad familiar y doméstica.

B. Paternidad, identificación e identidad de género

En tanto las niñas interiorizan vínculos intersubjetivos con sus madres en que los contextos de intimidad están marcados por el “cuerpo a cuerpo con la madre”, los niños no se involucran con las mismas características en una relación con sus padres u otros hombres, sino que el modo de su incorporación de la masculinidad implica negar la relación con la madre alejándose de la intimidad con ella. Esto se expresa en el aprendizaje de vínculos más sociales que familiares, en un nivel más abstracto y menos personalizado.

Dentro del ámbito familiar, el rol paterno tradicional predominante es proveer económicamente a la familia; muy rara vez se le da semejante importancia a su contribución

emocional. Cuando los hombres hacen trabajos “de mujeres” -lavar platos, limpiar, acostar a los niños- lo hacen habitualmente por delegación de la mujer y de acuerdo con la organización establecida por la esposa/madre, que mantiene una responsabilidad residual en esas situaciones. Cuando los padres se relacionan con sus hijos, lo hacen para crear independencia, como personas separadas, mucho más de lo que lo hacen las madres, que supuestamente generan dependencia en los hijos.

Casi todos los autores psicoanalíticos que sostienen las teorías de la identificación temprana están de acuerdo en que en nuestros modos de organización cultural familiar existiría un “exceso de madre” y una falta de padre en la crianza de los niños⁶. Esta situación provocaría el reforzamiento de la división sexual del trabajo y la reproducción social-familiar de la desigualdad entre hombres y mujeres.

Emilce D. Bleichmar (1996) afirma que, desde el punto de vista psicoanalítico, el niño y la niña perciben la diferencia genérica de sus padres ya hacia la edad de 2 años, y que la diferencia no es sexual sino social. Para el varoncito, la percepción temprana de la masculinidad de su padre lo convierte en su ideal, en un deseo de ser como el padre; más adelante, con el advenimiento del conflicto edípico, su identificación lo llevará a desear tener lo que tiene el padre: el bien fálico. Para esta autora, la identidad de género se adquiere en la intersubjetividad, en el vínculo temprano padres-hijos, en relación con los deseos inconscientes que esos vínculos intersubjetivos tempranos aportan a la construcción de la subjetividad sexuada.

C. Posiciones subjetivas de los padres en el ejercicio de la paternidad. Estereotipos de género y amor narcisista

En *Introducción al Narcisismo* (1914), S. Freud se refiere a los modos de amor narcisista que pueden desplegarse en el vínculo de los padres con sus hijos. La hipótesis freudiana supone que el lazo amoroso de los padres con sus hijos implica una “*reviviscencia y una reproducción del propio narcisismo*”, o sea el niño representa para el padre un objeto de amor narcisista. Desde esta perspectiva el “*amor parental, tan conmovedor y tan infantil en el fondo, no es más que una resurrección del narcisismo de los padres*”. Los textos freudianos señalan también que los hijos deberán realizar los deseos incumplidos de sus progenitores: “*ser un gran hombre en lugar del padre*” o “*casarse con un príncipe como compensación de su madre*”. Desde la perspectiva del género esta hipótesis freudiana trataría de la distribución de atributos y logros entre los géneros. Para el padre y la madre el atributo de la grandiosidad idealizada, la de él en ámbito público, y la de ella en el ámbito familiar.

⁶ Lo cual ha dado un perfil característico a las consultas psicoterápicas por niños y adolescentes en la década del 60: “madre sobre-protectora, padre ausente”.

Tomaremos algunas hipótesis psicoanalíticas sobre las elecciones narcisistas de objeto para analizar, en esta investigación, las posiciones subjetivas de los padres en relación con sus hijos/as.

En la argumentación freudiana se describen cuatro tipos de elección narcisista de objeto, denominados “dobles narcisistas”. Ellas se atienen a alguno de estos criterios:

- a) lo que yo desearía ser (doble ideal)
- b) lo que yo soy (doble idéntico)
- c) lo que yo fui (doble anterior) y
- d) lo que ha salido de mí mismo.

Si bien Freud alude explícitamente a las elecciones narcisistas de objeto, esta descripción de sus modalidades diferenciales puede resultar de utilidad para una primera categorización de los vínculos que establecen los padres con sus hijos. Podemos considerar entonces cuatro tipos de doble, tomados como objetos amorosos, a los que designamos, respectivamente, como ideal (lo que yo desearía ser), idéntico (lo que yo soy), anterior (lo que yo fui) y generado por desprendimiento (lo que ha salido de mí mismo, como podría ser una obra para un artista plástico, o un hijo, por ejemplo). Si lo aplicamos al vínculo que los padres tienen con sus hijos, observaríamos que esta es una dimensión temporal en la percepción de los hijos en relación a la configuración de la masculinidad, en términos del verbo ser: como fui varón, como quisiera ser, etc. Esto se lleva a cabo sobre la base de identificar proyectivamente en los hijos aspectos de sí mismos investidos de modo narcisista.

Consideramos importante resaltar las dos facetas que tienen estas experiencias identificatorias:

1) Como repetición de situaciones traumáticas que han sido difíciles de elaborar, en el vínculo con el propio padre y 2) en sus aspectos creativos, como transformación de experiencias vividas dolorosamente, en otras gratificantes, propiciadoras de satisfacción.

- 1) En cuanto a la repetición de situaciones traumáticas, la transmisión entre generaciones permite a los padres elaborar los traumas de la propia infancia y reparar los vínculos conflictivos que han tenido con sus propios padres. En una investigación previa (Burin, M. y Meler, I., 2005) hemos hallado algunos casos de hombres cuya precariedad laboral y su desarrollo como padres se articulaba según estas premisas. Por ejemplo, el caso de G. en relación a su hijo varón, que padece una enfermedad por la cual debe ser atendido por psiquiatras desde pequeño, la situación del niño reduplica sus temores por sus propios trastornos psíquicos que, hace unos años, lo llevaron a una internación psiquiátrica. Observa en su hijo varón a alguien que él fue en un momento anterior de su vida (su hijo como un doble anterior) y teme que el niño repita

aquella situación que a él le generó una dolorosa incapacidad. Uno de sus efectos fue la claudicación laboral, la dependencia económica de su esposa, y su actividad casi exclusiva en el ámbito doméstico, en las actividades de limpieza y mantenimiento del hogar. Su actividad laboral se vio interferida por sus trastornos psicológicos, que potenciaron sus dificultades previas de inserción laboral. La crisis económica 2001-2002 en Argentina lo dejó inerme ante una nueva situación traumática, externa e interna a la vez.

Otro de los entrevistados, M., dice: *“no hago más que repetir algunos modelos, especialmente en la agresión física (...) el modelo que me fue enseñado es ‘porque te quiero te aporreo’, y eso me cuesta no repetirlo (...) Yo no quiero repetir la historia de mis padres, mi padre aislándose, siempre con problemas de tabaquismo y alcoholismo (...) los fines de semana quiero disfrutar de los chicos (...) porque desde que nacieron los chicos se me juntaron un montón de emociones, entre ellas, los miedos, todos los miedos (...) miedo de repetir a la figura de mi padre, que para mí fue tan cuestionada, eso me generaba angustia, mucha presión (...) incluso mi abuelo tenía ese modelo de la agresión (...) y mi padre, por educarme creía que me tenía que dar con un palo, porque la tinta con sangre entra (...) yo pude hacer un corte con ese aspecto de mi familia pero ellos siguen usando ese modelo de agresión, física o verbal, y salir de ese modelo me cuesta horrores (...) (Ahora que estoy desempleado y no tengo trabajo) cambié bastante como padre, antes estaba siempre cansado, no quería que los chicos me molesten (...) ahora tengo ganas de estar con ellos (...)”*.

En este caso se trataría de la elección de un doble sobre la base de aquél que yo no desearía ser, o sea una definición por lo inverso del doble ideal: él no querría ver en sus hijos al niño que fue ante su padre. La experiencia del desempleo y la crisis laboral concomitante lleva a M. tomar la crisis como oportunidad para rectificar experiencias traumáticas previas.

Hemos hallado que los padres tipifican más rígidamente por género que las madres, o sea, los varones establecen un vínculo con los hijos más de acuerdo con los estereotipos de género que los vínculos de las madres con sus niños.

Una diferencia de género significativa en cuanto a la tendencia a la estereotipia, se manifiesta en que los padres determinan más fuertemente la masculinidad de los varones y la heterosexualidad de las mujeres. Esto lo observamos en la investigación antes mencionada (Burin, M., y Meler, I., 1998), en la cual P. revela en el vínculo con sus hijos una marcada diferencia estereotipada entre los géneros: es más estricto y exigente con las conductas sociales y deportivas de su hijo varón, y más permisivo

con las niñas que aún son pequeñas. Tal como lo expresa, responde al estereotipo tradicional masculino sobre la paternidad: distancia emocional de sus hijos mientras son pequeños, delegación de los cuidados en su esposa, y mayor compromiso de su parte a medida que van creciendo. También encuadrado dentro del estereotipo de paternidad tradicional, está más atento al desempeño de su hijo varón en el ámbito público -en el club, en las actividades deportivas- en tanto que las niñas parecen estar ausentes de su universo de representaciones en el ámbito extra-doméstico.

“(...) Tengo mucho conflicto con mi hijo varón, soy el entrenador deportivo de él en el club, en cambio con las nenas, las miro y me hacen gracia, pero sin mucho contacto (...) cuando entrenamos mi hijo se pone caprichoso y yo soy muy estricto, no le perdono ni una (...) el otro día le grité y luego lo eché de la cancha, se había encaprichado con un gol que no era, fue muy duro para él pero lo tuve que hacer, si no iba a ser un mal ejemplo para el resto (...) soy más estricto con él que con las nenas, ellas me hacen sonreír, él me hace enojar, nos ponemos tensos, esperando que aparezca el problema (...)”.

Otro ejemplo de lo señalado anteriormente puede graficarse con las palabras de D. que al referirse a las preocupaciones para con sus hijos dice: *“(...) Arturo no trabaja y no pone mucho empeño en estudiar algo, no lo veo con vocación. De Simón me preocupa que se ponga objetivos y no para hasta conseguirlos. De Marta me preocupa su sexualidad, cómo será el inicio de su sexualidad, si la tratarán bien o no, si puede tener una vida matrimonial o de pareja buena, tengo muchos temores con ella, porque es mujer (...). Me preocupa también su adaptación al cambio de colegio, que extrañe a sus compañeras, quizá crea que está enamorada y como tiene 15 años su vida social es incierta, tengo que cuidarla...”.*

El proceso de modelado de los géneros femenino y masculino que realiza D en relación a sus hijos es de tipo tradicional: piensa en sus hijos varones en términos de sus estudios o su dedicación al trabajo, en tanto que se refiere a su hija centrándola en la sexualidad, el enamoramiento y/o sus relaciones sociales. Su vínculo narcisista con sus hijos varones revela que en tanto Arturo se configura como su doble idéntico, ya que describe a su hijo de igual modo que se describió a sí mismo, siente que Simón es un doble ideal, con objetivos e iniciativa como a él le gustaría ser.

- 2) En el aspecto creativo y reparatorio del vínculo paterno-filial, un aspecto interesante a considerar, que hemos hallado en varios de los padres entrevistados, es la depositación en los hijos de proyectos a futuro, reparatorios de las experiencias que ellos tuvieron. Se trata de la proyección en los hijos de un doble ideal de sí mismos, que puedan alcanzar las metas que sus propios

padres no han podido lograr, especialmente en lo referido a oportunidades educativas y laborales. Uno de los entrevistados relata su percepción de su hijo como un doble ideal, que le representa aquello que él querría ser. R. es uno de los sujetos de nuestra investigación que observa, admirado, cómo su hijo veinteañero ha optado por una carrera laboral y educativa que le permiten ingresos económicos acordes a su proyecto de armar una familia y ser responsable económicamente por ella, postergando su predilección por la música, o bien desplegando su talento musical en momentos que no se superpongan con sus otras obligaciones. R. lo compara con el joven que él fue, que no pudo oponerse a los mandatos de su padre de seguir una carrera educativa que lo habilitara fundamentalmente para ser proveedor económico, pero desconsiderando sus inclinaciones expresivas, hacia la música, las artesanías, etc. Siente que su hijo logra transacciones subjetivas y sociales con menos costo psíquico y económico que el que él padeció, debido a que su estilo de inserción laboral fue forzado, poco placentero y con predominio de la hostilidad por su sometimiento hacia ese destino impuesto por la figura paterna. También admira la posición social y subjetiva de su esposa, quien no sólo trabaja aportando buena parte de los ingresos económicos de la familia, sino que además cultiva con entusiasmo su inclinación hacia la música. La alianza conyugal lo ha llevado a identificarse con su esposa y la herencia familiar de ésta en cuanto a la tradición musical que sostienen desde hace varias generaciones. Una consecuencia de esta identificación es que en la actualidad R. está procurando desplegar también él su veta creativa y expresiva, largamente postergada.

Por otra parte, ya hemos descrito un ejemplo de considerar en su hijo la representación de un doble anterior de sí mismo en el caso de T., con su hijo adolescente, en la identificación de su situación traumática en el aspecto económico de cuando él mismo fue adolescente y su padre dejó de pagar las cuotas del colegio al que asistía. En la actualidad le preocupa que no pueda ofrecer a su hijo de 16 años la cobertura médica necesaria ni el profesor de tenis que necesitaría para seguir con su actividad deportiva. En el caso de T., él se identificó con el rasgo del padre que tanto criticó siendo adolescente -la irresponsabilidad y el apego a proyectos económicos grandiosos e irrealizables- y desplegó una actividad laboral que excedió sus capacidades físicas y económicas, volviéndose él mismo una persona irresponsable. Esta identificación con un padre del cual no pudo des-identificarse a tiempo, y que sólo pudo hacerlo en condiciones traumáticas, lo llevó a imponer a su hijo condiciones semejantes a las que él padeció en su adolescencia. La puesta en crisis de esta condición repetitiva y traumática lo condujo a encarar su actividad laboral actual de modo distinto, con el registro subjetivo de satisfacción por sentirse responsable y atento a las necesidades de su hijo adolescente.

D. Conflictos en el vínculo paterno filial: el conflicto de ambivalencia

Las situaciones de conflicto psíquico indican la coexistencia de motivaciones contradictorias, incompatibles entre sí. Si bien los conflictos son consustanciales con la vida, a menudo se configuran no como propulsores del desarrollo de un sujeto sino como un factor de detención en su desarrollo y en sus vínculos. El desarrollo de la hostilidad en los varones como parte de sus esfuerzos por la diferenciación y el recortamiento respecto del otro, se contraponen con las nuevas necesidades del ejercicio de la paternidad, que requiere de procesos identificatorios a predominio amoroso, que impliquen acercamiento. En el caso de los varones y el ejercicio de la paternidad, uno de los conflictos predominantes se refiere al desarrollo de la hostilidad. Si bien en nuestra cultura occidental el desarrollo de conductas agresivas ha quedado íntimamente asociado al despliegue y afirmación de la masculinidad, esto podría constituirse como obstáculo para el ejercicio de la paternidad en los hombres estudiados.

El conflicto de ambivalencia ilustra una de las problemáticas más agudas que parecen enfrentar los padres entrevistados. Este conflicto puede describirse de la siguiente manera: el sujeto se siente atraído, a la vez que rechaza, un mismo objeto amoroso, en este caso el/la hijo/a, condición que le provoca estados de tensión y ansiedad, porque peligra el objeto amado debido al rechazo-hostilidad que simultáneamente siente por él. Este conflicto conlleva estados depresivos y sentimientos de culpa. Las conductas defensivas tendientes a reducir la ansiedad que deviene de este conflicto suelen procurar disociar las dos tendencias contrapuestas que lo componen, enfatizando sólo una de ellas. El conflicto de ambivalencia suele ser la base de todas las otras situaciones conflictivas. El potencial hostil que se revela en el conflicto de ambivalencia, desplegado hacia los niños pequeños, es uno de los más enfatizados habitualmente cuando se proponen paternidades que alejen a los hombres de los niños en condiciones de indefensión.

Como parte del procesamiento subjetivo que realizan los varones ante este conflicto, siguiendo algunas propuestas freudianas (Freud, S., 1921) hemos hallado otras posiciones subjetivas frecuentes en los padres respecto de sus hijos: el hijo tomado como rival en su vínculo con la esposa, y su posición subjetiva como ayudante de la esposa para la crianza de los niños. Al ocupar la posición de ayudante, el sujeto coloca a otro en posición de modelo o ideal al cual quiere auxiliar.

Estas investiduras posicionales en los vínculos intersubjetivos han sido descriptas por Freud (1921) cuando postuló que el otro, el semejante, puede ocupar para el Yo cuatro lugares: como modelo, como objeto, como ayudante y como rival del sujeto. Según la teoría freudiana, estos diferentes lugares se constituyen en cada aparato

psíquico de un modo necesario, y luego el Yo inviste con ellos a diferentes sujetos, en principio pertenecientes a un círculo íntimo, y luego a contextos cada vez más distantes. Esta teoría explica que la constitución y articulación de las investiduras posicionales se imbrican con el surgimiento y la diferenciación de los deseos. La relación del yo con el modelo o ideal tiene que ver con el deseo de ser (como anhelo, como añoranza) y en consecuencia con la libido narcisista y el acceso a la posición de sujeto mediante la identificación, tal como fue descrito en el apartado anterior, al desarrollar el concepto de la identificación con los hijos como dobles de sí mismos. La relación del yo con el rival tiene que ver con el deseo hostil de apoderarse y dominar, pero también como deseo de diferenciación, de recorte respecto del otro. La figura del hijo puede ser ubicada rápidamente en el lugar psíquico del rival. El rival es aquél que ocupa un lugar que amenaza con la aniquilación del sujeto, por eso se vuelve peligroso, especialmente en aquellas configuraciones familiares donde se ha glorificado e idealizado la figura de la madre de modo tal de hacerla poseedora de todos los dones. En estos casos, existiría un único sujeto que sintetiza todos los bienes, que suele ser el amor, o el reconocimiento del otro. Junto a ese único sujeto, sólo habría lugar para un único objeto, que recibiría su amor y/o reconocimiento. En tanto la madre ocupe la posición de modelo, sólo uno será colocado en la posición de objeto amoroso para ella, en tanto que los otros serán su rival.

En algunos casos el propio sujeto se coloca/es colocado en posición de ayudante o auxiliar. El ayudante o auxiliar tiene que ver con tomar al otro, o bien ubicarse a sí mismo como un medio para un fin. Colocado como ayudante, no se le reconocen deseos propios.

Esta ha sido una de las posiciones clásicas que configuraron la parentalidad a partir de la Revolución Industrial: las madres han sido configuradas como sujetos de la experiencia y los hijos como su objeto libidinal preferencial, en tanto la posición social y subjetiva de los padres ha sido de rivales y/o ayudantes de la madre y de los niños al interior de las familias.

Estos lugares no quedan fijados de una vez y para siempre, son móviles y van sufriendo modificaciones a lo largo del desarrollo de la subjetividad. De este modo aquellos sujetos que ubican inicialmente al otro en el lugar, por ejemplo, de ayudante, puede trastocar luego esta investidura posicional libidinal en otras distintas. Esta condición se puede observar en aquellos padres que tienen con sus hijos pequeños un vínculo de rivalidad, y que transforman este vínculo en compañerismo o camaradería cuando los hijos se vuelven adultos.

Hemos hallado que no solo los hijos sino también el trabajo extra-doméstico que realiza la esposa, puede ser colocado como rival en los vínculos conyugales desde

la perspectiva de género masculino tradicional. Tanto en el caso de los hijos como respecto del trabajo de la esposa, lo que se configura como rival para los hombres es la intensa investidura libidinal que la esposa otorga a aquello que sale de sí misma (como en la posición en que los hijos o el trabajo representan un doble narcisista del/ la sujeto). Estos hombres perciben al trabajo o al hijo como una elección de objeto narcisista de la esposa-madre: no son ellos, los maridos, los investidos libidinalmente, que es lo que sería esperable de una esposa tradicional, según la clásica perspectiva que supone que lo que desea una mujer es ser amada por un hombre (Freud, S, 1931). Estos hombres consideran que, naturalmente, deberían ser los únicos elegidos para el despliegue de vínculos amorosos, deberían ser el principal objeto donde la esposa depositaría la mayor carga libidinal, pero encuentran que esto ya no se cumple con el nacimiento de los hijos o bien con el trabajo extra-doméstico de la esposa, cuando esta les otorga una intensa investidura libidinal.

En estos casos, al visualizar al hijo como rival, con quien debe competir, se despliega un vínculo hostil y no solo afectos amorosos hacia él, con lo cual se configura el eje central del conflicto de ambivalencia mencionado al comienzo.

En el estudio realizado previamente tomado como base del que actualmente desarrollamos, M. no duda en identificar a sus hijos como rivales en el amor y atención de su esposa. *“(...) Cuando estás recién casado sos el rey de la selva, el amo del universo, pero cuando nace tu primer hijo pasaste a 5º o 6º posición: primero está el bebé, segundo las cosas del bebé, tercero la comida del bebé, cuarto la habitación del bebé, y después de una lista de prioridades aparece el marido. Uno queda desplazado, quedamos al costado y nuestras esposas siguen adelante con el bebe. Eso genera muchos conflictos en los matrimonios (...) yo trato de no ponerme celoso en eso, pero aunque conozco los problemas igual sentí la competencia (...) Las mujeres dejan de atender al marido para atender al bebé, y se resiente la vida sexual de la pareja”.*

En este caso el hijo aparece no sólo como rival en el amor y la atención de la esposa, sino también en el erotismo de la pareja, que se ve afectado porque el centramiento libidinal de la esposa está puesto en el niño, no en el marido como ocurría en el momento anterior al nacimiento de la criatura. Para los padres esta situación los lleva a una profunda conmoción emocional de carácter regresiva, que puede revivir el clásico conflicto edípico de sentirse como un niño excluido en la pareja.

En el caso de J. E., el rival que amenazaba el vínculo conyugal ha sido los bienes económicos, repentinamente heredados, de los que disponía su esposa. Su posición subjetiva ante el trabajo, a lo largo de toda su vida, había sido de pasividad y depen-

dencia: provenía de una familia de sectores medios altos, en la cual los padres proveían económicamente a sus hijos hasta bien entrada la adultez, no sólo con su trabajo sino también con bienes heredados (campos, propiedades, etc.). J. E. estudió abogacía y se recibió después de muy largos años de estar en la facultad, y sólo trabajaba en pequeñas actividades que le permitieran “ir pasando la vida”, según lo expresó, ya que prefería ir al club y entretenerse jugando a distintos deportes, o tomando vacaciones prolongadas. Se casó con una mujer emprendedora, con iniciativas laborales, que lo habilitó para buscar mejores oportunidades laborales como abogado. Con ella tuvo dos hijos, y aparentemente su vida familiar era satisfactoria hasta que su esposa recibió una pequeña herencia en inmuebles en otra ciudad, que decidió administrar personalmente. J. E. no soportó que su esposa no aportara esos bienes al patrimonio familiar, considerando que ello contribuiría a que él pudiera trabajar menos horas. Simultáneamente, terminó su inserción laboral en la empresa donde había estado trabajando los últimos 15 años con muy poco esfuerzo personal, ya que esa empresa cerró debido a la crisis económica argentina. Su posición subjetiva previa, unida a una frágil identidad laboral, hizo que la crisis por la que atravesó deviniera en una situación de catástrofe personal. El matrimonio se fue deteriorando y culminó en divorcio. Poco después, J. E. regresó a vivir a la casa de su anciana madre, donde ocupa el dormitorio de su infancia, en condiciones de cuasi-dependencia económica, ya que realiza mínimos aportes a los gastos comunes. En este caso, se consolida la posición regresiva infantil que este sujeto siempre ocupó ante el trabajo, dentro del contexto familiar-social de sus orígenes, que aprobaba y reforzaba semejante posición subjetiva. Mantiene un vínculo afectuoso con sus hijos, medianamente distante, con los cuales se reúne generalmente los fines de semana o en las vacaciones, en el campo de la familia, compartiendo con ellos actividades principalmente deportivas y de juegos adolescentes. Su posición subjetiva favorita es la de un hijo que desea jugar, sin compromisos emocionales ni económicos, detenido su desarrollo psíquico y social en su adolescencia.

Un ejemplo de paternidad, hallado en la investigación citada anteriormente (Burin, M. y Meler, I., 2005), es la posición regresiva posible de sentir a su hijo como un hermano menor, que le priva de los cuidados y atención de la esposa-madre. Ante una situación como esta, uno de los entrevistados, P. A., opta por ubicarse a sí mismo en la posición de ayudante de su esposa, con una actitud de cuidados de su hijo/hermanito menor. Como lo planteamos anteriormente, la posición subjetiva del ayudante o auxiliar depende de investir a otro en posición de modelo o ideal. Aquel investido en posición de modelo es el que otorga existencia a los otros por poseer el bien anhelado por el resto. El lugar de ayudante es correlativo con la investidura de otro en lugar de modelo. Desde esta posición de auxiliar desarrolla una función, despliega una acción, o demuestra una afectividad, que supone es la deseada por aquél considerado como modelo o ideal. La posición subjetiva de auxiliar carecería

de deseo propio, se rige por la estructura deseante de aquél que inviste como ideal o modelo.

P. A. ingresa a la familia constituida por A. y su hijo, colocándose rápidamente en la posición de auxiliar de A. No sólo es varios años más joven que ella debido a lo cual le reconoce mayor experiencia en la vida familiar, sino que también admite que él tiene menos experiencia laboral y muchos menos ingresos económicos que ella. Su inserción laboral es precaria: depende de que A. le brinde trabajo como dibujante. Siendo el hijo de A. un adolescente, P. A. lo toma casi como hermano menor y se coloca en relación con A. en posición de auxiliar para cuidarlo y ayudarlo con sus estudios. P. A. puede asumir esta posición subjetiva mediante el recurso de reconocer a A. su liderazgo laboral y emocional. Esta configuración de la pareja implica que ella está en posición de modelo tanto en el contexto familiar como laboral, en tanto los deseos de P. pivotan alrededor del liderazgo de su esposa.

P. además define a A. como “(...) una persona bárbara, hermosa...tiene principios muy sólidos y muy buenos, parecidos a los míos, pero los sostiene mucho más férreamente (...)”. Desde esta perspectiva P. A. también ubica a A. como un doble ideal de sí mismo, o sea aquella persona que él quisiera ser con atributos de iniciativa y de liderazgo. Esta posición subjetiva le permite a P. A. sostener su precariedad laboral y su dependencia económica de la esposa, a la vez que entra en conflicto con la pasividad que esta posición implica, que ponen en duda algunos rasgos de la masculinidad tradicional en la vida sexual de esta pareja. Sin embargo, esta posición le permite una actividad como padre sustituto del hijo de A. que contribuye a la consolidación de la pareja.

E. El vínculo entre padres e hijos: el conflicto con la hostilidad y los deseos amorosos

En relación con el padre y sus hijos, un problema básico es el destino de las pulsiones amorosas entre ambos. El eje de la problemática desde la perspectiva psicoanalítica del género, se plantea alrededor del centramiento en el conflicto edípico como modo paradigmático de procesar el destino pulsional de los varones en nuestra cultura occidental. Hemos de recordar que, a grandes rasgos, la teoría pulsional freudiana (Freud, S., 1915) plantea un momento del desarrollo del aparato psíquico en que se produce la así llamada defusión pulsional, con el desarrollo de pulsiones amorosas y pulsiones hostiles, y que esas pulsiones pueden tener dos grandes destinos predominantes: transformarse y adquirir representación psíquica bajo la forma de deseos, o bien originar desarrollos de afectos. En tanto los afectos sólo buscarían su descarga bajo diferentes formas, el desarrollo de deseos recargaría al aparato psíquico con nuevos objetos libidinales, y esto, a su vez promovería la gestación de nuevos deseos.

Pero para los varones de nuestra cultura parecería que las condiciones de construcción de la masculinidad se darían a partir del desarrollo de un tipo de deseos, los deseos hostiles, en tanto que los deseos amorosos tendrían un destino predominante que sería la represión. Y en cuanto al desarrollo de afectos, serían los afectos hostiles, de rivalidad, egoísmo y capacidad de imponerse al otro y dominarlo, lo que constituiría los modos de subjetivación predominante de los sujetos varones, en tanto que, los cuidados y la dedicación tierna hacia el otro, o sea, los afectos amorosos, habrían tenido un destino de inhibición, de postergación, de desplazamiento, de disociación y proyección.

En el modelo edípico de enfrentamiento de conflictos, se produciría una polarización genérica merced a la cual los varones que no los hayan resuelto con este modelo paradigmático serán sospechosos de inmadurez psicosexual en las hipótesis clásicas, o bien de homosexualidad, por tener una identificación a predominio femenino. El eje predominante alrededor del cual surge esta condición es que se configure el conflicto edípico, pleno de luchas y rivalidades entre dos hombres que luchan por un bien, considerado como único y escaso, que es el amor materno.

El problema que se plantea a los padres, se centra en las dificultades del procesamiento de los deseos amorosos, deseos que incluyen vínculos identificatorios que propician movimientos subjetivos de acercamiento y de unión entre hombres, en este caso entre padres e hijos.

Consideramos que en este estudio debemos explorar más a fondo el deseo insatisfecho de los varones de haber disfrutado el vínculo preedípico siendo niños con sus padres, especialmente con un padre idealizado y omnipotente, con quien hubiera deseado desplegar deseos amorosos y desarrollos afectivos marcados por la amorosidad, los cuidados, el lazo de ternura, que según nuestros estereotipos de género clásicos sólo serían posibles como equivalentes de la femineidad. El análisis de esos movimientos pulsionales del niño y su resignificación en la adolescencia, serían un paso ineludible para comprender la resolución edípica posterior. De un modo similar se expresa J. Kristeva (Kristeva, J., 1993) al referirse al padre de la prehistoria, un padre imaginario, al que se refiere como “un destino luminoso de la paternidad”. Pero para ello será necesario también examinar las posiciones subjetivas de los hombres en cuanto a su función paterna. En esta breve descripción del conflicto hemos podido hallar hasta el momento tres posiciones subjetivas en cuanto a los modos de ejercicio de la paternidad, según las categorías de análisis Tradicionales, Transicionales e Innovadoras que últimamente estamos utilizando para describir los posicionamientos en el género también para las mujeres. Los padres Tradicionales se agruparían alrededor de la noción de autoridad paterna frente al hijo, el del padre que impone la ley, aquel que afirma que “una

mirada o una palabra bastan para que mi hijo se ubique”, en tanto que los padres innovadores padecen más bien de la condición de perplejidad y de emborronamiento de los límites generacionales. El grupo mayoritario estaría constituido por los padres Transicionales que participan simultáneamente de algunos rasgos tradicionales, de otros innovadores, y de otros que los acercan a lo que clásicamente se definió como propio de las funciones maternas (cuidados, contención emocional, nutrición, etc.). Este grupo de padres, hombres buscando alguna posición comprometida con sus deseos y haciendo de ellos una creación cotidiana, parece ser el más promisorio para los nuevos desafíos en el vínculo entre padres e hijos. Se trataría no solo de posiciones subjetivas que asumirían solo aquellos varones que transitan por una crisis vital singular, como es la de la precariedad laboral, sino de todos aquellos que encuentren un significado enriquecedor en sus vidas a la experiencia de una paternidad distinta de la estereotipia caracterizada hasta el presente para el género masculino.

Bibliografía

Badinter, Elizabeth (1993), *XY La identidad masculina*, Colombia, Grupo Editorial Norma.

Badinter, E. (1987), *El Uno es el Otro*, Barcelona, Planeta.

Beccaria, L. y López, N. (comps), (1996), *Sin Trabajo*, Buenos Aires, UNICEF/Lo-sada.

Benjamin, Jessica (1997), *Sujetos Iguales, Objetos de Amor*. Buenos Aires, Paidós.

Benjamin, Jessica (1996), *Los lazos de amor*, Buenos Aires, Paidós.

Bion, W. (1996), *Aprendiendo de la experiencia*, Buenos Aires, Paidós.

Bourdieu, Pierre (1983), *Campo de poder, campo intelectual*, Buenos Aires, Folios.

Burin, Mabel y Meler, Irene (2000), *Varones. Género y subjetividad masculina*, Buenos Aires, Paidós.

Burin, Mabel y colab. (1987), *Estudios sobre la subjetividad femenina, Mujeres y salud mental*, Buenos Aires, GEL.

Burin, Mabel y Meler, Irene (1998), *Género y Familia*, Buenos Aires, Paidós.

Burin, Mabel; Moncarz, Esther; Velázquez, Susana (1990), *El malestar de las mujeres. La tranquilidad recetada*, Buenos Aires, Paidós.

Burin, Mabel y Meler, Irene (2004-2005), *Informe de avance e informe final a la investigación "Género Familia y Trabajo"*, Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES). Buenos Aires.

Burin, Mabel (2007), "El techo de cristal en la carrera laboral de las mujeres. Acerca del deseo de poder en las mujeres". En *El techo de cristal. Perspectivas psicoanalíticas sobre las mujeres y el poder*, Alizade, M y Seelig B (comp.) Buenos Aires, Lumen.

Burin, Mabel (2004), "Género, trabajo y familia. Conflictos vigentes" en Revista Subjetividad y procesos cognitivos N° 5. Buenos Aires, Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES).

Chodorow, Nancy (1984), *El ejercicio de la maternidad*, Barcelona, Gedisa.

De Keijzer, Benno (1998), "Paternidad y transiciones de género" en *Familias y Relaciones de Género en transformación*; Schmukler, Beatriz (coord), México, Edamex.

Diario Clarín (2003), "Drogas en los lugares de trabajo." Artículo publicado en el matutino Clarín, 28 de Julio, Buenos Aires, Argentina.

Dío Bleichmar, Emilce (1996), "Feminidad/Masculinidad. Resistencias en el Psicoanálisis al concepto de Género", en *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*. Burin, Mabel y Dio Bleichmar, Emilce (comps.), Buenos Aires, Paidós.

Doltó, Françoise (1990), *La causa de los adolescentes*, Barcelona, Seix Barral.

Foucault, Michel (1983), *El discurso del poder*, México, Folios.

Freud, Sigmund (1980), *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu.

----- (1921) "Psicología de las masas y análisis del yo", t. XVIII.

----- (1914) "Introducción del Narcisismo", t. XIV.

----- (1915) "Pulsiones y destinos de pulsión". AE, Tomo XIV

----- (1931) "La sexualidad femenina", t. XXI.

Kristeva, Julia (1993), “Acerca de un destino luminoso do la paternidad: el padre imaginario.” en Revista de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, vol. 15, N° 1, Buenos Aires, APDEBA.

Llovet, Juan José (1996), *Comunicación personal*, Buenos Aires.

Lacan, Jacques (1982), *Seminario 3, La psicosis*, Buenos Aires, Paidós.

Lacqueur, Thomas (1992), “Los hechos de la paternidad”, en Revista Debate Feminista, año 3, Vol. 6, México, septiembre.

Meler, Irene (2004), “Género, trabajo y familia: varones trabajando”. Revista Subjetividad y procesos cognitivos, N° 5: Género, trabajo y Familia, Buenos Aires, UCES.

Millett, Kate (1995), *Política sexual*, Madrid, Ediciones Cátedra.

Mitchell, Juliet (1982), *Psicoanálisis y Feminismo*, Barcelona, Anagrama.

Rodulfo, Ricardo (1998), “Del hombre buscando su lugar”, en Revista Posdata año 1, n° 2, Buenos Aires, Homo Sapiens Eds.

Rosaldo, Michelle y Lamphere Louise (comps.) (1974), *Women, culture and society*. Stanford Calif., Stanford University Press.

Shorter, Edgard (1977), *El nacimiento de la familia moderna*, Buenos Aires, Editorial Crea.

Sullerot, Evelyne (1993), *El nuevo padre*, Barcelona, Ediciones B.

Volnovich, Juan Carlos (1998), “Generar un hijo: La construcción del padre” en Revista Posdata, año 1, n° 2, Buenos Aires, Homo Sapiens Eds.

Wainerman, Catalina (1999), “Hogares con dos Jefes”, Artículo publicado en Diario Clarín, Sección Opinión, 8 de Julio.

Winnicott, Donald (1996), *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*, Buenos Aires, Paidós.

Winnicott, Donald (1972), *Realidad y Juego*, Barcelona, Gedisa.

LA CONSTRUCCION PERSONAL DE LA MASCULINIDAD: SU RELACION CON LA PRECARIEDAD DE LA INSERCCION LABORAL

IRENE MELER

Introducción

En el contexto de un estudio conjunto concertado entre el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y el Programa de Estudios de Género y Subjetividad de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES), exploramos la experiencia de diez varones adultos con responsabilidades familiares que padecen o han padecido situaciones de precariedad laboral o falta completa de ocupación. Con ese propósito tomamos entrevistas en profundidad, semidirigidas, de las que disponemos un registro literal. Al finalizar cada entrevista aplicamos el test proyectivo gráfico de “Persona bajo la lluvia” cuyo objetivo es captar los recursos del entrevistado ante situaciones de riesgo o desamparo.

Cuando se emprende este tipo de estudios, se tiende a registrar el impacto que ejerce el contexto macro social en la subjetividad de los varones. Ante la inestabilidad del mercado de trabajo, al estar socializados como proveedores económicos, ven fragilizada no sólo su inserción social y su subsistencia material, sino que también padecen una corrosión de su sentimiento íntimo de masculinidad, un eje organizador la subjetividad masculina.

En la producción de la precariedad de la oferta laboral concurren diversos factores, tales como los cambios tecnológicos relacionados con el desarrollo de la informática, la microelectrónica y la robótica, y una modalidad contemporánea de expansión capitalista, que consiste en una tendencia a optimizar las ganancias a través de fusionar las empresas, ahorrando al máximo posible el gasto en salarios. La globalización y la consiguiente internacionalización de los capitales, coadyuvan en este proceso, que concentra los recursos en pocas manos y ha aumentado de modo notable la pobreza (Beccaria, 1996; Rifkin, 1997).

Las mujeres, llegadas de modo reciente al mercado de trabajo remunerado, han accedido a ocupaciones comparativamente mejores que aquellas a las que podían aspirar

en los comienzos de la Modernidad. Si bien perciben menores ingresos por trabajos semejantes a los desarrollados por varones, mejor remunerados (brecha salarial), y se concentran en sectores poco desarrollados de la economía (segregación horizontal del mercado laboral), su condición social es más favorable que en los tiempos en que sólo podían trabajar como familiares no remunerados o insertarse en el mercado en condiciones paupérrimas, enfrentando el descrédito y el acoso sexual habitual. A pesar de que aún son pocas las mujeres que llegan a altas posiciones de decisión (segregación vertical del mercado), ésta es ya una posibilidad abierta, y es previsible que ellas irán accediendo, de modo creciente, a los puestos gerenciales. Estas reflexiones no implican un desconocimiento del hecho de que muchas mujeres se han incorporado al mercado para suplir los ingresos faltantes que antes provenían del trabajo del esposo (Wainerman, 2002). Pese a que no debemos confundir la precariedad con la liberación, es posible considerar que el ingreso femenino en el mercado de trabajo remunerado ha mejorado de modo notable la condición social de las mujeres.

La situación de los varones como colectivo social, por el contrario, se ve fragilizada. Las prerrogativas tradicionales del trabajo masculino de tiempo completo, en blanco y con seguridad social, donde las organizaciones sindicales velaban por los derechos de sus afiliados, han sido erosionadas por los procesos de retracción de la oferta de trabajo, lo que ha dado lugar a un proceso de flexibilización que si bien permite un gran dinamismo de la organización laboral, genera una notable precariedad al no garantizar la subsistencia de quienes trabajan.

Todas estas circunstancias configuran, en este período de acumulación capitalista, un contexto adverso en lo que se refiere al bienestar de los varones y de las familias. Se registran nuevos problemas en la salud mental de la población, y sin duda, la disolución creciente de núcleos familiares reconoce entre sus determinantes, este carácter imprevisible que ha adquirido la existencia contemporánea, sometida a las oscilaciones de la demanda laboral. En un país en vías de desarrollo como lo es la Argentina, la baja calidad de las instituciones potencia esta situación general, promoviendo un clima de incertidumbre, donde la precaria estabilidad cotidiana se ha visto conmovida por crisis económicas periódicas que han expuesto a muchas familias al desamparo.

Es por estos motivos que la mayor parte de los estudios se enfocan en explorar los efectos del contexto actual en los sujetos cuya existencia transcurre al interior del mismo. Sin embargo, no todos padecen del mismo modo estas circunstancias. Por el contrario, existe una notable diversidad subjetiva, y considero que el estudio de la misma configura un objeto legítimo de indagación. Destaco la legitimidad de analizar las predisposiciones subjetivas que promueven que algunos varones sean más vulnerables que otros a los avatares sociales, debido a que se tiende a considerar

este enfoque de modo crítico (Hidalgo Xirinachs, 2004). En efecto, se teme que nos hallemos ante una subjetivización espuria del malestar social, que puede derivar con facilidad hacia responsabilizar a los sujetos de su propio sufrimiento. De modo que resulta necesario aclarar que el estudio de las subjetividades, y en especial, el de las dificultades subjetivas referidas al desarrollo laboral, no tiene el propósito de disminuir la importancia de las circunstancias adversas del mercado laboral de nuestra época. Por el contrario, puede contribuir a explorar cuáles son las disposiciones psíquicas que será útil desarrollar para realizar una adaptación creativa a las condiciones cambiantes del entorno. Esta adaptación incluye la posibilidad de la crítica social y de la lucha política por mejores condiciones de trabajo. Pero si nos negamos al estudio de los obstáculos laborales cuyo origen es biográfico -o sea que responden a la historia de vida de cada sujeto- y a la vez, psíquico -lo que implica estudiar los desenlaces subjetivos específicos en cada caso-, empobreceremos nuestras indagaciones hasta transformarlas en una retórica vacía de significados innovadores.

El estudio de la subjetividad es entonces un nivel de análisis válido, que enriquece la comprensión de determinados procesos históricos, cuando se lo pone en diálogo con otros estudios sociales. Numerosas autoras comprometidas con la transformación del sistema de géneros (Chodorow, 1984; Mitchell, 1982) se han acercado al psicoanálisis al comprender que no es adecuado elaborar una teoría del cambio social si se carece de herramientas que permitan comprender la subjetividad de los actores involucrados. De otro modo se privilegia el análisis estructural de la sociedad a expensas del estudio de la agencia subjetiva, una estrategia cognitiva con la que no acuerdo. Es con este espíritu que emprendo la indagación.

I) Diversidad al interior del colectivo masculino

Los varones pueden ser considerados como un colectivo social, unificado en torno de las representaciones sociales hegemónicas respecto de la masculinidad, y a la vez, diferenciados entre sí por su inserción de clase, su edad, su origen étnico y su orientación sexual. Más allá del cruce de todas estas variables, existe lo que Nancy Chodorow (2003) ha descrito como la construcción del significado personal que adquiere la pertenencia a un género para cada sujeto.

“El sentido que cada persona le da al género es una creación individual, de modo tal que hay muchas masculinidades y muchas femineidades. La identidad de género de cada persona es un entramado inextricable, virtualmente una fusión de la significación personal y cultural”.

Mediante el concepto de significación personal, Chodorow se opone a la tendencia difundida entre el feminismo académico norteamericano, a elaborar explicaciones

sociales y lingüísticas acerca de la subjetividad, que tienden a considerarla como un producto del orden simbólico vigente. Ante estas posturas, la autora destaca la pertinencia de un estudio de la construcción idiosincrásica de la subjetividad, ya que cada sujeto elabora de modo personal el conjunto de representaciones y valores que son compartidos por su entorno social. Al mismo tiempo, los estudios psicoanalíticos tienden a establecer una generalización sesgada, a partir del estudio de casos tal como se observan en determinadas épocas y lugares. Se extrae como conclusión que se trata de tendencias trans-históricas, universales y no se reconocen de ese modo, los determinantes sociales y culturales que explicarían la variabilidad subjetiva observable. Chodorow admite la existencia de tendencias que permiten establecer diferencias de actitudes entre los géneros, pero considera necesario recordar que tienen sólo un valor estadístico, y que de ningún modo autorizan a considerar que los sujetos que no se han construido de modo acorde con los criterios predominantes, padecen alguna clase de patología. De esto se deduce que la generalización de muchos estudios psicoanalíticos ha tenido un notable efecto normalizador, evaluando las particularidades personales a la luz de las tendencias estadísticas.

Una vez establecido el valor y el enfoque con que emprendemos los estudios de caso, que permiten analizar la diversidad de estilos de construcción del género que existe entre los sujetos investigados, podemos recordar que la dominación como actitud subjetiva, constituye un componente central de las representaciones colectivas sobre la masculinidad. Robert Connell (1996) ha expresado con claridad que, siendo la masculinidad un estatuto social relacionado con el dominio, existen en su interior jerarquías que permiten ubicar a los varones en un estilo de masculinidad hegemónica o dominante, o en estamentos subordinados. David Gilmore (1990) en su estudio comparativo entre diversas culturas, ilustra con vivacidad el modo en que distintos grupos humanos hacen objeto de denigración a aquellos de entre sus hombres que no logran el nivel al que se supone deben aspirar todos los varones. En un estudio anterior, sobre “Género, trabajo y familia”, realizado en conjunto con Mabel Burin en el contexto del *Programa de Estudios de Género y Subjetividad* de UCES, realicé aportes acerca de las tendencias subjetivas de algunos varones hacia el desempeño laboral inestable o deficitario (Meler, 2004). En el estudio que está en curso, acerca de la precariedad laboral y su efecto en la masculinidad, he tenido ocasión de entrevistar a varones que presentan con claridad estas características que promueven la precariedad laboral y económica. Es apreciable la diferencia que existe entre estos sujetos y los que han estudiado, por ejemplo, Lucero Jiménez Guzmán y Olivia Tena, cuyo trabajo integra este mismo volumen. Ellas han entrevistado a varones que tenían una inserción sólida en empresas, que habían desarrollado un estilo de masculinidad hegemónica y que debieron enfrentar de modo sorpresivo y traumático la pérdida de una posición social preparada con coherencia y tenacidad. Las observaciones que

expondré a continuación han sido, en cambio, obtenidas de varones cuya inserción laboral ha sido débil de modo habitual. Si bien existen matices que los diferencian entre sí, ninguno de ellos puede ser considerado como perteneciente al colectivo de la masculinidad hegemónica.

He establecido (Meler, op. cit.) una asociación directa entre la masculinidad subjetiva y el desarrollo laboral satisfactorio. Cuanto más se asemeja la subjetividad de un varón a lo esperado para su género, en cuanto al desarrollo de rasgos de carácter vinculados con el dominio, tales como el liderazgo, la audacia, la exposición a situaciones que implican riesgos, la tenacidad, el apego al cumplimiento de metas, etcétera, mayores son sus logros en el ámbito laboral. Por el contrario, no existe un nexo comparable entre la femineidad en las mujeres y sus logros en el trabajo. Los éxitos femeninos en el ámbito laboral se relacionan con el posicionamiento subjetivo de las mujeres como sujetos adultos, pero no con la asunción cabal de su género asignado. Debido a que la femineidad cultural se ha vinculado con frecuencia con la dependencia emocional y social, no es raro encontrar conflictos entre los imperativos de género femenino y las aspiraciones de ascenso laboral.

Sin embargo, en este estudio he encontrado que existen varones cuya masculinidad ha sido fuertemente desarrollada, pero se trata de un estilo masculino aventurero y heroico, que no resulta apto para el ascenso social en un contexto urbano contemporáneo. Gilmore (ob.cit.) ha descrito dos estilos de masculinidad en el Japón. Uno de ellos se inscribe en la tradición aventurera característica de los *samurais*, mientras que el otro sirve como modelo para la vida corporativa. Ese dato etnográfico resulta útil para no realizar una asimilación apresurada entre el fracaso laboral y las tendencias psíquicas hacia la dependencia y la pasividad. En algunos de los casos que he estudiado, esta relación no se establece de modo lineal, aunque tampoco está ausente por completo y reaparece de un modo específico en relación con la familia de alianza.

Esa es la situación de *Ariel*, un varón de origen campesino, cuyo padre trabajó como operario en una industria rural. El emigró a la ciudad en busca de nuevos horizontes y de una inserción social que le resultara más satisfactoria. Su rebelión ante el sometimiento de clase al que vio sujeto a su padre, se manifestó bajo la forma de conflictos en el ámbito del trabajo que inicialmente realizó, ocupando una posición poco calificada, con baja remuneración y escaso reconocimiento. Sus aspiraciones de ascenso fueron encauzadas a través de la militancia política en organizaciones de izquierda, donde logró capacitarse y ser reconocido. Su actitud ante el progreso económico fue de franco rechazo, por considerarlo un objetivo incompatible con su compromiso social. Solo más tarde advirtió que no todos sus compañeros de

militancia compartían esa postura, y que algunos de ellos defendían la equidad y al mismo tiempo, cimentaban alguna clase de prosperidad personal. Su percepción acerca de la relevancia de los factores subjetivos en el destino social y económico de las personas, se expresa con claridad en lo que sigue:

“Ariel: Por ahí la crisis, más en lo personal tiene que ver con eso, con no haber previsto, no haberme preparado para hacer otras cosas.”

“(Cuando se refiere a la crisis, ¿cuándo y cómo fue?) Ariel: Yo creo que hubo una crisis global y además me parece que hay... que hay cosas que son de uno...estee....una cosa más personal, digamos”.

Emigró por motivos políticos y participó de uno de los procesos revolucionarios en un país de América Latina. Esta trayectoria pudo haberle valido una ubicación remunerada como funcionario político, pero la desdeñó porque le suscitaba objeciones éticas.

“Ariel: En ese momento yo estaba muy metido en el partido, bueno, decido viajar y viajo. Bueno, volví y quería trabajar, me decían, ‘No; te vamos a dar un sueldo’ pero yo decía, me gustaría, me gustaría trabajar, consíganme un laburo!. (¿El partido lo quería rentar...?) Ariel: Claro, consíganme un trabajo, no quería ser funcionario, un poco porque veía como venía la mano y otro poco porque no me sentía un político profesional. No era un teórico...como yo veía...decía ;yo qué voy a hacer!’ (No se sentía cómodo en ese rol...) Ariel: Entonces ahí fue que bueno, trabajé unos meses en la Autopista en el peaje, trabajé como cajero en S. a la noche también, o sea estuve saltando... (O sea que usted ha tomado lo que encontraba, por decir así...) Ariel: Se ríe. (Me refiero a que nunca tuvo un proyecto de ascenso). Ariel: Es verdad, es más, yo despreciaba eso. Yo me acuerdo que un compañero de trabajo decía: ‘Yo quiero trabajar en una multinacional’. Yo creo que las crisis personales tienen que ver con eso, o sea, si yo hubiera tenido otra profesión, otra cosa hubiera sido, digamos. Pero todo lo que me pasó, me doy cuenta que tiene que ver con como, con como... uno encara. Más allá de la crisis, la globalización, la crisis del 2001 existió efectivamente, más allá de que yo sea o no un desastre, pero... hay factores individuales”.

Posteriormente, luego de desempeñarse en diversas ocupaciones no calificadas y de un proyecto cooperativo de crear una fuente de trabajo con sus compañeros, intentó

¹ “Laburo” es una expresión del lunfardo porteño que significa trabajo. Deriva del italiano, “lavoro”, y constituye una expresión modificada de ese término.

una carrera actoral, en el ámbito del teatro. Es un hombre bien parecido y carismático, por lo que se está abriendo camino en ese campo, aunque está sometido a la inestabilidad que caracteriza a esa ocupación. En el curso de la entrevista expresó con claridad que considera que a él no le gusta trabajar. Su representación acerca del trabajo se refiere al trabajo rutinario y agotador que realizó su padre. No considera que su desempeño como actor sea realmente un trabajo, y esa representación de su ocupación como un *hobby*, posiblemente constituye un obstáculo para su profesionalización.

En este caso nos encontramos ante un varón que se ajusta al modelo de la masculinidad heroica, pero que sin embargo no se ubica en un estamento hegemónico para su género, por no compartir los códigos vigentes para prosperar en el contexto urbano contemporáneo.

Otro de los hombres estudiados, *Carlos*, ha padecido numerosos altibajos ocupacionales, que incluso implicaron la necesidad de migrar de modo reiterado. Se trata de un varón con vocación por el trabajo, que se siente cómodo en el ambiente laboral.

“Carlos: Siempre la parte de ventas fue algo que a mí me gustó mucho. Un poco por herencia, porque mi padre siempre fue vendedor y yo cuando era pequeño era algo que yo lo acompañaba a él y que a mí me gustaba. Yo me relaciono bien con la gente”.

Ha desarrollado aptitudes sociales que redundan en beneficio de su tarea, ya que el vínculo amistoso con sus clientes y proveedores ha servido en muchos casos como vehículo para sus logros y también, como red de contención. Este es un caso que en una primera aproximación, se asemeja a aquellos en que las dificultades en el trabajo pueden atribuirse de modo prioritario a la inestabilidad del contexto. Sin embargo, me ha sido posible observar dos circunstancias que abonan la hipótesis de que también existen predisposiciones subjetivas que constituyen un obstáculo para su desarrollo laboral. Por un lado, manifestó una clara predilección por la situación de dependencia. Si bien ensayó trabajar por cuenta propia de modo marginal y como complemento de su actividad principal que es en relación de dependencia, lo hizo en una situación donde se sintió abandonado y maltratado por sus patrones, que no le proveyeron insumos que su clientela demandaba. De modo que se encontró casi obligado a tomar la determinación de obtenerlos por su cuenta y ofrecerlos para la venta.

“Carlos: Una anécdota para ver por qué yo me enojé y por qué empecé con esto. Estaba faltando una tarjeta de memoria que son las que usan las camaritas adentro. Entonces le digo al hijo del dueño, que vendría a ser como el que compra, vendría a ser como el gerente...de compra y de venta. Me están

pidiendo esta tarjeta, ‘¿cuándo vamos a tener? ¿A mí me preguntás? Y ¿a quién querés que le pregunte?, si vos sos el dueño ¿le voy a preguntar al policia que pasa por la esquina? Me dice, ‘vení mañana que te contesto’. Voy al otro día y no está. Se fue a Brasil. ¿Se fue de urgencia? ¡No! ¡si ya tenía el pasaje en la mano ayer! Entonces dije: ¡Ah, no, no sólo me está perjudicando económicamente, porque yo estoy a comisión, sino que aparte de eso me está destrutando! Entonces, estee..., eso me dio tanta bronca que fue la excusa como para decir: ‘comienzo a hacer algo en eso’ ”.

Aún así, anhela que sean los dueños de la empresa para la cual trabaja quienes tomen a su cargo ese aspecto de su actividad, o sea que en lugar de aspirar a acrecentar sus actividades independientes, desea volver a resignarlas para contar con el apoyo de una organización más poderosa que él mismo.

“Carlos: A mí me gustaría que todo lo que yo estoy haciendo, me gustaría canalizarlo a través de la empresa. O sea, todo esto que yo estoy haciendo al margen, a mí me gustaría que no fuese al margen. (¿Que la empresa misma proveyera esas cosas que usted vende por otro lado?). Carlos: De todo, de todo. Estee..., para mí es un esfuerzo muy grande, tener que vender, entregar y cobrar. La parte mía, lo que hago yo, lo que a mí me gusta es vender, fundamentalmente. (Ah, preferiría que ellos le paguen a la empresa). Carlos: Sería una cosa más...como ha sido toda la vida”.

Por otra parte, al realizar el test de “Persona bajo la lluvia” ha dibujado una niña de 8 años, a quien denominó con una versión femenina de su propio nombre. Este es un desempeño que sorprende, porque, en términos generales, se espera que las personas dibujen a alguien de su mismo sexo y de una edad semejante. El mismo pareció sorprenderse ante su dibujo. Verbalizó en relación al mismo, que en esa edad de su vida, él se sentía feliz por ser hijo único y muy querido por toda la red familiar. El nacimiento posterior de una hermana mujer fue causa de muchos sinsabores. Ella creció como una joven con dificultades emocionales, muy dependiente y sobreprotegida por sus padres. Carlos ha sido discriminado en cuanto al acceso a los bienes familiares y a la herencia, ya que sus padres lo habían percibido como capaz de valerse por sí mismo, mientras que consideraban que su hermana requería protección especial. Esta situación, además de significar una desventaja económica para él, le ha causado un gran dolor, al punto que promovió un extrañamiento de la relación con su padre, de quien se alejó hasta el día de la muerte del mismo. De modo que en algún sentido, Carlos anhela haber sido una niña, para recibir los dones amorosos y económicos que sus padres brindaron a su hermana. Vemos aquí una preferencia inconsciente por depender, que deriva tanto de la identificación con su hermana como

de la inhibición del deseo de superar a su padre. Esta situación subjetiva, si bien no le ha impedido un desarrollo laboral por momentos adecuado, ha constituido un obstáculo al progreso de este hombre, quien podría, dada su capacidad, haber alcanzado una posición más ventajosa y estable.

Fernando, otro varón entrevistado para este estudio, presenta características subjetivas que oscilan entre lo que podemos considerar como dificultades para el desarrollo de una inserción laboral satisfactoria -en sus propios términos-, e intentos por crear una modalidad innovadora de ejercicio de la masculinidad.

Como muchos argentinos que se ubican en los sectores medios de la población, sus orígenes familiares han sido modestos. Sus padres realizaban actividades comerciales y los describe como muy trabajadores. La madre vive, y pese a que ya es mayor, todavía constituye un apoyo económico ocasional para él. El desempeño laboral de Fernando se ha caracterizado por su inestabilidad, situación que lo coloca de modo habitual en riesgo de desamparo. Mantiene una situación de endeudamiento crónico y cuenta con una red de amigos y con su madre, quienes hasta el momento sostienen esa situación, debido al cariño que le profesan y al hecho de que paga sus deudas. Su encanto personal no es ajeno a que esta red continúe sosteniéndolo. Recordemos que Winnicott (1972) considera que una cualidad que relaciona con lo que denomina “elementos femeninos puros o destilados” es la capacidad de ser deseable, lo que estimula el desarrollo de actividad por parte de los otros. Fernando cultiva un estilo de seducción juvenil que no es habitual en los varones masculinizados según el modelo hegemónico. Es un hombre de aspecto agradable, inteligente e inquieto, y manifiesta tener pasión por estudiar. Sin embargo parece no establecer una conexión entre los conocimientos que adquiere y alguna clase de profesionalización que le permita acceder a ocupaciones más calificadas y estables. Su actitud ante el estudio es omnívora: estudia lo que le interesa y lo que le resulta posible según el contexto donde se encuentre. Su estrategia laboral es frenética y errática. Cuando no tiene recursos, se agota realizando “lo que salga” o sea trabajos no calificados tales como pintar paredes, vender algo, etcétera. La característica más notoria de su desempeño laboral es la falta casi total de planificación, de consistencia. Pese a que está siempre sobrecargado, es posible suponer que pierde mucho tiempo, por falta de organización. Para dar un ejemplo, canceló la entrevista tres veces, y luego desapareció, porque tuvo que mudarse del departamento que alquilaba, por no poder pagarlo. Finalmente lo volví a localizar y accedió de buen grado a participar del estudio. Cuando terminamos la entrevista y se marchó, olvidó en mi consultorio su teléfono celular y debió regresar pasada una hora, para retirarlo. Esto ocurrió en un contexto donde manifesté estar apurado y tener muchas obligaciones laborales. Esta modalidad posiblemente se repite en su trabajo, y resulta a la vez agotadora e improductiva.

En una época en que la inestabilidad de sus ingresos lo colocaba de modo habitual en situaciones de riesgo, quedó expuesto a una coyuntura económica previa a la crisis del año 2001. Ante su solicitud de ayuda, recibió una oferta de su cuñada, consistente en darle en préstamo una casa en el interior del país y sobre esa base, decidió de modo impulsivo migrar a esa localidad junto con su familia.

“Fernando: Me parece que fue un error, en el sentido de que yo no sabía lo que iba a pasar, pero... lo peor de la crisis del 2001 me la comí en Entre Ríos, que fue una provincia super castigada. Me la comí en una provincia castigada, yo con un trabajo que no era el mío habitual, me largué a cambiar de trabajo en el momento en que se vino la crisis, y a empezar de cero en un contexto que no era...en ese sentido, puedo evaluarlo como un error. En realidad lo que fui a buscar lo encontré. Fui a cambiar... a renovarme la cabeza, a cambiar mi vida, a tratar de tener un encuentro distinto con los chicos y con mi pareja”.

Ya se encontraba en crisis porque su mujer, que había sido para él un sostén, hacía un tiempo que no trabajaba. En el interior del país cambió de actividad intentando abrirse camino en lo que había sido la ocupación de su esposa, o sea como titiritero. Los resultados que en un comienzo fueron promisorios, dieron lugar a una detención casi total de la actividad debido a la crisis económica que afligió a la Argentina y castigó especialmente a las localidades del interior del país. En ese contexto, la familia padeció carencias graves, que llegaron hasta la falta de alimentos. La desesperación que esa situación generó en Fernando, estimuló que llegara a planear salir a robar. No puso en práctica esa fantasía, porque carece de la predisposición para la violencia requerida para esa actividad.

“Fernando: Sí, claro, llegaba la noche y no tenía para darles de comer a los chicos. Y ya les había pedido a todos los que tenía para pedirle, mi viejo ya me había girado dinero, ya me lo había gastado. ¡Nada! Hubo semanas enteras que no entraba un peso a casa. Y además en un contexto donde no me conocían. Iba y golpeaba a los que más o menos conocía y les decía “Loco, estoy cagado de hambre ¡te pinto la casa!” Y me decían “Tengo 3 o 4 parientes que están cagados de hambre. Si tengo la plata para pintar la casa, tengo a mi hermano antes que a vos”. No me conocían a mí, ¿por qué me lo iban a dar? Yo era un conocido, no era...este...no estaba en mi contexto, así que era una cosa ¡muy, muy fuerte! Si no salí a afanar² fue porque me asusté, porque no era lo mío, porque pensé ‘la embarro más’, pero llegué a pensarlo”.

² Expresión del lunfardo porteño; significa robar.

En esa situación de desamparo, convergieron entonces, una grave crisis del contexto, con una inserción laboral frágil e improvisada, que tal vez hubiera sido moderadamente exitosa en un entorno más favorable. Cuando Fernando evalúa ese período, declara que desde la perspectiva económica fue desastroso, pero que permitió una mejor vida familiar y favoreció la crianza de los hijos. Esa alusión a valores del ámbito privado, más frecuente en las mujeres, resulta poco creíble si tenemos en cuenta que a su regreso a la capital (Buenos Aires), el matrimonio se disolvió y mantiene con su ex mujer una relación de pareja parental que puede describirse como muy conflictiva. Es verosímil considerar que Fernando no soportó ser sostén del hogar, y que buscó una vida menos exigida y que facilitara que su mujer volviera al trabajo, o sea que colaborara en la provisión de recursos. De hecho él lo expresa de modo explícito. También optó por una actividad artística destinada a los niños, o sea por una identidad en algún sentido más “feminizada” y a la vez juvenil, que no fue viable. Al regresar a Buenos Aires, retomó su labor como periodista, que ya había iniciado anteriormente con cierto éxito. Se ha especializado en periodismo tecnológico y económico, dos ramas masculinizadas del quehacer cultural. Desde esa inserción, obtiene la posibilidad de hacer notas que le permiten sostenerse, aunque de modo precario, en un nivel bajo y a la vez inestable. Su deseo, sin embargo, es hacer periodismo en terrenos artísticos, tales como la crítica cinematográfica. Podemos considerar que en este hombre se debaten en conflicto, tendencias acordes con una masculinidad tradicional que le hacen intentar aceptar el imperativo de ser el proveedor de la familia y deseos más acordes con lo aceptado para las mujeres, como la valorización de las relaciones de intimidad y los gustos por lo artístico. Este es el caso en el cual es más borroso el límite entre las dificultades personales y los intentos innovadores por construir nuevos modelos de masculinidad, como se verá más adelante.

Pedro es un hombre cuyas aspiraciones vocacionales nunca coincidieron con la ocupación que desempeñaba. Quedó huérfano de padre en su adolescencia y debió cooperar para el sostén del hogar. No fue un hijo parentalizado³, porque tenía un hermano mayor, que se hizo cargo de suplir al padre en lo que le fue posible. De modo que debió orientarse para su ingreso en la vida adulta, teniendo sólo a su madre y a su hermano como modelos. La madre le consiguió un trabajo administrativo, donde se desempeñó durante largos años. Sus ingresos eran bajos y la jornada breve, lo que le permitió desarrollar intereses más acordes con su vocación de actor. Explica su amor por la actuación diciendo que es una actividad que siempre ha tenido para él algo mágico.

“Pedro: A mí en el colegio no me gustaba actuar en los actos, pero a la vez me... me despertaba un fuerte deseo, una fuerte atracción, me parecía que la imposibilidad tenía que ver con eso... (¿?) P: Claro, y el espacio teatral, el teatro me

³ Por “hijo parentalizado” se entiende el que es convocado para desempeñar el rol paterno faltante.

parecía como una cosa así, mágica, me atraía mucho siempre la cosa de imágenes ¿no? Cine, TV, y... y empecé a estudiar y me apasionó, sí, sí”.

Realizó estudios de actuación y en su transcurso, uno de sus maestros lo inició en la astrología, tarea para la cual también cursó una formación en un instituto terciario.

“Así que... bueno, después conocí, a partir de un maestro de teatro, la cuestión de la Astrología, tenía un profesor, A. F., que hablaba, hablaba mucho de la astrología, interpretaba a Shakespeare desde claves astrológicas, y me... dio mucha curiosidad, me hizo una carta natal, y me... también, en ese momento fue así como una pasión”.

En la actualidad, merced a los apoyos familiares con que cuenta, se atrevió a renunciar a su trabajo habitual, en relación de dependencia, e intentar sostenerse como actor y como astrólogo. Esta situación inestable en cuanto al trabajo y a los ingresos que obtiene, se prolonga en el tiempo, lo que le produce una gran angustia. Sus dos ocupaciones están lejos de ser trabajos socialmente convalidados y reconocidos como ocupaciones legítimas. El es consciente de esta situación, e incluso ha expresado que sólo cuando adquirió alguna visibilidad como actor, se sintió más autorizado para promover sus servicios astrológicos, confeccionando cartas natales, dado el descrédito con que generalmente se considera ese tipo de actividad. Desde una perspectiva enfocada sobre la subjetividad, podemos considerar que existe una preferencia por seducir e impresionar a los semejantes, creando efectos sugestivos que den una imagen poderosa y sabia de sí mismo, o en otros casos, seductora y atractiva. Esta actitud implica, según pienso, un apego a recursos infantiles basados en la omnipotencia de la fantasía. Algunas personas logran, sin embargo, el consenso suficiente como para transformar ese tipo de actividades en fuentes de trabajo estable y en algunos casos, muy reconocido. Seguramente se requiere combinar el deseo de seducir e impresionar, con otros recursos intersubjetivos, tales como la capacidad de realizar contactos para establecer redes sociales, el talento, la tenacidad, una retórica consistente, etcétera, que habrá que ver si Pedro es capaz de desplegar. En este caso, el camino hacia la precariedad laboral se ha construido a través de una masculinidad que conserva muchos aspectos no resignados de las aspiraciones infantiles. Esta omnipotencia fantaseada se apoya, sin embargo, en el sustento obtenido por parte de una red familiar cuyos recursos usufructúa.

Del análisis de estos casos se desprende la importancia de la diversidad de las rutas por las que atraviesan los sujetos para construir su masculinidad adulta. Cuando, como ocurre en estos sujetos, la inserción laboral es precaria, esa precariedad es el resultado de una biografía en la cual las aspiraciones omnipotentes de origen infantil y los deseos de depender de modo pasivo y recibir dones de los demás, han sido menos reprimidos de lo que se observa generalmente en varones que obtienen éxitos en el ámbito del trabajo.

II) Relación con los padres. La tensión entre las demandas pasivas y la aceptación del imperativo del trabajo

La relación de los varones con su padre, o con algún otro hombre que desempeñe un rol paternal, ha sido destacada por numerosos/as autor/as (Benjamin, 1996; Meler, 2000), como una situación necesaria para la construcción de una subjetividad masculina de modo acorde con lo esperado para un hombre por parte del entorno social. El hecho de que esas expectativas han merecido objeciones críticas por parte de los estudios con orientación en género, no implica desconocer su enorme influencia en el psiquismo de los sujetos y el sufrimiento que padecen aquellos varones que no logran satisfacerlas. Muy distinta es la situación de aquellos que se han demostrado capaces de responder a esos criterios de masculinidad, y que de modo voluntario eligen reformularlos en busca de establecer vínculos más democráticos con las mujeres. Ellos eligen ser diferentes, pero está claro para todos que no ha sido porque no pueden alcanzar el nivel de asertividad esperado para un hombre. En el estudio antes citado sobre “Género, trabajo y familia” (Meler, 2004), fue posible apreciar la forma en que aquellos varones que habían sido hijos menores de familias numerosas y que se habían visto alejados de sus padres, ya sea porque éstos no les prestaron atención o porque habían fallecido, enfrentaron carencias en cuanto a modelos de identificación con la masculinidad. Estas carencias se tradujeron en obstáculos para el desarrollo de sus carreras laborales, que enfrentaron con mayor o menor éxito, según el caso. En otro de los casos estudiados, encontramos un varón con dificultades para trabajar, cuyo padre había manifestado expectativas con respecto de sus hijos que cruzaban las habituales representaciones acerca de la feminidad y de la masculinidad. En efecto, el padre había estimulado el desarrollo laboral de la hija y alentado, en cambio, la satisfacción de los deseos vocacionales no productivos económicamente, en su hijo varón. Conjeturé en esa ocasión que habrían existido en el padre deseos de cruzar géneros, que no se refieren de modo forzoso a la sexualidad, sino que se vinculan con la autoconservación⁴. Según relató el entrevistado, el padre pagó su acatamiento al imperativo del trabajo con una muerte prematura.

La rebeldía frente al padre también apareció como un factor que influyó en la precariedad ocupacional de otro de los sujetos participantes de esa investigación. Su intensa rebelión adolescente le impidió completar los estudios, no quedándole otro recurso que realizar una ocupación de baja calificación y escasamente remunerada.

⁴ Para el análisis de las motivaciones de los sujetos estudiados, he recurrido al Enfoque modular-transformativo creado por Hugo Bleichmar. Este autor considera que la preservación del propio ser, o autoconservación, es en algunos casos la motivación que prevalece, aún por sobre la sexualidad, cuyo valor psíquico ha sido destacado por el psicoanálisis tradicional.

En los casos que estoy analizando para este estudio observamos diversos grados de conflicto con respecto de la imagen del padre.

Fernando ha manifestado de modo explícito su negativa a tomar al padre como modelo.

“Fernando: Sí, empecé a darme cuenta que el modelo de pareja de mis viejos, no lo quería para mí. En la adolescencia, cuando uno empieza a poner en crisis el mundo de sus viejos, bueno, esa pareja yo no la quería para mí. Estee... y... no sé si se lo dije a mi viejo, supongo que no. Yo con mi viejo no tenía mucha opción de diálogo. Yo me construí a mí mismo, en lo que soy hoy, diferenciándome de mi viejo. Esto le pasó a todo el mundo, pero para mí fue muy claro. Estos roles que asumía él, no era una cosa... no autoritaria, porque no me pegó nunca, gritaba muy poco, pero... su palabra era inapelable”.

La actitud patriarcal de su progenitor generó en él un vivo rechazo, pese a que no refiere que hayan surgido conflictos en la pareja conyugal por ese motivo. Le irritaba especialmente que, pese a que la madre siempre trabajó fuera del hogar, el padre no colaboraba en las tareas domésticas. Dado que el hogar contrataba a una empleada doméstica para realizar la limpieza una vez a la semana, la situación de la madre no parece haber sido especialmente aflictiva, según su relato. Es por eso que supongo que son los relictos de una situación edípica insuficientemente tramitada, los que constituyeron un obstáculo para que Fernando se adueñara de su patrimonio identificadorio tomando como modelo al hombre adulto de su familia de origen. Su matrimonio con una mujer que ya era madre, varios años mayor que él, abona esta hipótesis de una fijación al amor a su madre y un resentimiento hacia el padre por motivos relacionados con la rivalidad. Como vimos, osciló en el ámbito del trabajo entre una aceptación compulsiva e ineficaz del imperativo masculino moderno de ser el principal proveedor del hogar y una rebeldía ante el mismo, posición desde la que reclamaba el concurso laboral de su esposa. Mantiene todavía una relación en la cual reclama y obtiene dones económicos de su madre, o sea que existe en él un apego no resuelto hacia una madre nutricia, junto con un deseo no renunciado respecto de una madre edípica. Sus alusiones a que “se comió” la crisis, aluden a que también existe una corriente de deseo homoerótico, ya que en Buenos Aires, “comérsela” es una imagen alusiva a la pasividad homosexual masculina.

Ariel, otro de los varones entrevistados, encontró en su padre un modelo masculino adecuado a su época y lugar. Sin embargo, la modalidad laboral subordinada del padre, en un contexto de explotación, lo dejaba sin horizontes para el ascenso. Por lo tanto, el rol de trabajador quedó asociado en su imaginario a un rol sacrificado y servil, del que

intentó sustraerse a través de la creación de una masculinidad heroica y aventurera, donde el dominio fuera ejercido mediante el liderazgo ideológico o de un uso convalidado de la violencia en un contexto revolucionario. En las filas del partido político en el cual militó, buscó modelos de una masculinidad más prestigiosa y también utilizó un recurso frecuente entre los varones, que consiste en suplementar mediante la grupalidad homosocial, los modelos identificatorios faltantes. Este varón de estilo heroico no carece sin embargo de deseos vinculados con la dependencia pasiva. En su suegro ha encontrado un padre nutricio (Maldavsky, 2000), de quien espera y recibe suministros materiales, o sea beneficios concretos en lugar de palabras y modelos que habiliten su propio crecimiento. Estos deseos vinculados con la dependencia suelen ser reprimidos de modo más estricto en aquellos varones que construyen una masculinidad hegemónica.

Pedro, por su parte, se encuentra en una situación similar respecto de la familia de alianza, de la que usufructúa dones económicos tales como la casa en que viven, el auto, el lugar de vacaciones, etcétera. El quedó parcialmente privado de la posibilidad de identificarse con su padre, porque lo perdió tempranamente y por ser el segundo hijo, más alejado de un vínculo inmediato como el que existió entre su padre y su hermano mayor.

“Pedro: Mi hermano me hacía tomar más conciencia de cual era la realidad, digamos, yo también vivía como prendido a la pollera de mi mamá, o apoyándome mucho en mi hermano, que tomó un rol más paternal también, más de padre, así que así fue, así se desarrollaron los hechos”.

Es posible que la elección de pareja incluyera entre sus motivaciones no conscientes, la de adquirir una familia política poderosa, que lo ayudara brindándole bienes materiales. He encontrado esta constelación subjetiva en varones que experimentaron carencias de diversa índole en su relación identificatoria con los padres (Meler, 2004).

“Pedro: Nunca gané demasiado dinero yo. En el hospital tenía un sueldo que nos alcanzaba hasta ahí, eh... pero nunca tuve... nosotros estábamos acostumbrados a cierto nivel de dinero... tampoco ambicionábamos demasiado, por supuesto nos gustaría algo más, pero no trae crisis. Siempre estuvimos muy ayudados por la familia de mi mujer cuando nos faltaba. (¿La casa de dónde vino?) P: Rfe. Es un regalo. Digamos, antes de que fallezca mi suegro hubo una herencia anterior y nos... le compraron esta casa a mi mujer. Un PH⁵ y un

⁵ PH es una expresión argentina que se refiere a una vivienda ubicada en el piso superior de lo que originariamente fue una gran vivienda unitaria, subdividida y reciclada de ese modo.

coche también y eso también nos da cierta tranquilidad siempre, consciente e inconsciente, pero un cierto... piso de estabilidad, por eso podemos apostar a esta forma, si no, no hubiéramos podido. Tenemos suerte de que sea nuestro. Nunca alquilamos. (La familia de ella ¿está bien?) P: Está bien, siempre estuvo bien, los hermanos están muy bien, la madre está bien, económicamente, así que son muy generosos, muy desprendidos con ella y con nosotros, siempre están ocupados en ayudarnos. Son parte también de la apuesta en esta decisión. La apuesta a la independencia. Si no, no podríamos hacerlo”.

Carlos, como vimos, ha utilizado de modo eficaz a su padre como modelo. Se inició en el trabajo junto con el mismo, a quien describe como un hombre muy dedicado a su tarea, y que tenía comparativamente, más investido el ámbito del trabajo que la esfera familiar.

“Carlos: Mi padre fue un adelantado en eso. El interpretó, ya en el año sesenta, que el servicio era fundamental en el tema de ventas, en cualquier tipo de ventas. Después trabajamos juntos. Yo comencé a trabajar con él desde los 15, 16 años, yo quise, pese a que no había terminado el secundario, empecé a trabajar medio día con él en la empresa donde él estaba. A trabajar de otra cosa, de cadete, de cadete a empleado, de ahí pasé a ser cobrador y un día empecé a ser vendedor”.

El padre valoraba de modo muy especial la sociabilidad masculina, al punto de haber expresado que los mejores momentos de su vida los pasó entre hombres. Carlos se ha masculinizado entonces de un modo inicialmente adecuado con el modelo hegemónico, pero el sometimiento que advirtió en su padre con respecto de las exigencias económicas de su madre y de su hermana, lo alejaron de él, arruinando un vínculo que fue inicialmente positivo. El padre dador de un modelo de masculinidad cambió de signo, pasando a ser percibido como un hombre sometido y derrotado, entregado a la voluntad de las mujeres, aún a costa de desposeer a su hijo varón. Esta circunstancia ha estimulado la reviviscencia en Carlos de deseos pasivos, referidos a una donación de bienes por parte del padre, que habían sido inicialmente reprimidos con eficacia. Como dije, la preferencia por la relación de dependencia en el trabajo, expresa este aspecto del vínculo con el padre y en ese sentido, contribuye a construir un techo para su desarrollo laboral.

III) El rol de las esposas

Competitiva y despreciativa en el caso de Carlos, sostenedora y luego dependiente para Fernando, proveedoras de franco apoyo económico en los casos de Ariel y de

Pedro, el rol de las esposas en el desarrollo laboral de estos varones siempre ha sido de gran importancia.

Carlos es el varón más cercano a un modelo de masculinidad hegemónica, la que no logra establecer de modo total debido al obstáculo que genera la reactivación de sus deseos de depender. Su esposa se desempeñó, en los primeros tiempos del matrimonio, en un rol complementario en el aspecto económico, hasta que obtuvo un trabajo que modificó su situación laboral de modo notable. Pasó a ser compradora de indumentaria para una gran firma, y, además de incrementar sus ingresos de modo considerable, entró en contacto con un entorno más sofisticado. Este ascenso laboral desequilibró las relaciones de poder al interior de la pareja conyugal y reveló de qué modo, el deseo de muchas mujeres hacia los hombres se alimenta de las necesidades que ellos satisfacen y de la idealización acerca de sus capacidades en el ámbito público.

“Carlos: No, la cuestión fue cuando los chicos empezaron a tener más o menos una edad que podían tener cierta independencia, estamos hablando de 10, 11 años, estee...mi mujer me planteó de comenzar a trabajar, hacer unas cosas, comenzó a hacer algo con su hermana, vender en el departamento, ropa, artículos de cuero. Y un día fue a vender a una empresa y en la empresa le dijeron ‘No le vamos a comprar nada, la vamos a contratar para que usted trabaje para nosotros’. La contrataron para manejar la parte de compras. Y tuvo un éxito bárbaro. Porque el hombre que estaba anteriormente,..., no hay nadie mejor que una mujer comprando y no hay nada más difícil que venderle a una mujer. Las mujeres comprando son..., es terrible..., era un tipo que encima estaba prendido en cometas⁶, esas cosas. Entonces ella reduce en poco tiempo, los costos a la mitad. Con lo cual le aumentaron el salario al doble. Entonces fue un momento donde ella ganaba casi lo mismo que yo. Y ahí empezó la debacle. Yo tengo una teoría, es que el hombre está educado, en una sociedad machista, donde trabajamos y nuestro dinero es para la familia. La mujer, el dinero que gana es para ella. Entonces, comenzó que lo nuestro lo repartíamos y lo de ella no. Me dice: ‘Voy a hacerle una extensión de tarjeta a mis padres porque están jubilados y tengo miedo de que no lleguen a fin de mes’,- excelentísimas personas, para nada abusivas-. ‘¿Cuál es tu idea?’ ‘Y, tengo miedo que si no llegan, por lo menos tengan para ir a llenar el chango⁷ en el supermercado’. Yo le digo, ‘Bueno, voy a ver en American Express, qué tenemos que hacer para sacar la tarjeta’. ‘No, no, acá está la tarjeta, ya la saqué’. ‘Ah pero ¿vos me estás consultando o me estás informando?’ ‘Y bueno, pero si yo la gano’.

⁶ Comisiones no legales.

⁷ Carrito donde se llevan las provisiones.

‘Sí, yo también la gano, pero yo a mis padres no les paso nada’. Un día fue y se compró un auto. (¿Sin avisar?) Carlos: Sin avisar, apareció con un 147. Y un día vine de una gira y me habían tirado el porche abajo y había un albañil trabajando y le digo al tipo ¿qué hace? Y el tipo me dice, ‘lo que me dijo su mujer’ Entonces uno queda pagando. Cuando le digo, me dice, ‘¿No queda hermoso?’ No importa si queda hermoso o no queda hermoso. Acá vivimos los dos. Empezamos a tener... (¿Como que ella lo empezó a ningunear?)⁸. Carlos: Empezó a tener como un cambio de personalidad. Hacía compras de U\$ 100.000 en ese momento, en empresas muy poderosas y empezó a perder el contacto con la realidad. Yo le decía que el ambiente de la moda es como una burbuja. Lo importante es tenerlo claro que eso es una burbuja. Uno se mete dentro de la nube y piensa que eso es la realidad. Creo que eso es lo que le pasó, empezó a competir, mi mujer siempre estuvo bien físicamente, pero empezó a vestir con ropa de cuero...”

Como se ve, una vez que tuvo acceso al dinero y al prestigio, la esposa de Carlos fue dejando de desearlo. Comenzó a tomar decisiones unilaterales, sin darle participación, que lo hacían sentir excluido y desvalorizado. Finalmente lo abandonó para mantener una relación con otro hombre. Es posible suponer que no pudo modificar un “guión erótico” donde la dominancia del varón le resulta un ingrediente indispensable para el despliegue de su deseo. En este caso, la sexualidad se nutría de fuentes derivadas de otras motivaciones, vinculadas con la autoconservación (y la de los hijos) y el narcisismo (Bleichmar, H., 1997), en tanto Carlos resultaba para su mujer un compañero del que podía sentirse orgullosa. Una vez que su propio ascenso laboral contribuyó a desvalorizarlo, la atracción amorosa se fue perdiendo hasta extinguirse.

En sus parejas posteriores a la disolución del matrimonio, Carlos intentó en algún sentido usufructuar sus privilegios patriarcales, entablando relaciones con mujeres más jóvenes. Pero si bien su autoestima se reparaba mediante ese recurso, se deduce de la entrevista que él busca en las mujeres un vínculo intersubjetivo recíproco. Esto lo ha llevado a elegir mujeres con cierto desarrollo intelectual, cualidad que le resulta muy atractiva, posiblemente porque representa deseos que él no ha desplegado de modo suficiente en su propia vida. Sin embargo, las relaciones se agotan, porque el deseo erótico se extingue. En este caso resultan muy visibles los avatares amorosos propios de un período de transición en lo que hace a los roles de género. El deseo erótico está todavía estructurado en torno de relaciones de dominación, y resulta dificultosa la búsqueda de alternativas con respecto de ese estilo vincular.

⁸ Ningunear es una expresión coloquial que significa disminuir, ignorar a alguien.

En el caso de Fernando, la relación conyugal se estableció tempranamente en su vida, con una mujer varios años mayor y que ya era madre de un hijo. El recuerda con afecto y reconocimiento, la ayuda que su mujer le brindó durante un período en el cual atravesó por dificultades laborales, cuando trabajaba como auxiliar de plomería secundando a un cuñado que no le pagaba. Ante esa situación, su esposa lo alentó para dejar ese trabajo y conseguir otro. Ella se hizo cargo de sostener económicamente el hogar durante esa transición. La función de iniciadora que la mujer desempeñó en un comienzo, tanto en el aspecto sexual como en el laboral, fue cambiando a medida que transcurría el tiempo. Es posible suponer que el nacimiento de Sofía, la hija de Fernando, estimuló que la esposa se retrajera del trabajo remunerado.

“Fernando: La crisis fue el disparador. La crisis económica fue el disparador de la crisis personal y matrimonial que tuve. Ya venía solapada. Mal que mal, empecé a hacer una revisión de todo y bueno, tenía una insatisfacción muy fuerte. En un matrimonio que yo estaba a la par de ella, que yo cocinaba, que no hubiera roles asignados, la verdad es que yo era el encargado de llevar el pan a la casa. Esta cosa tradicional estuvo, yo la sentí y no es porque yo fuera paranoico, digo, te estoy contando que nos fuimos, y que yo me volví a Buenos Aires y los traje a todos de vuelta, digo... dependía de mí, el ser el motor económico de esa casa. (Claro, como un acuerdo tácito. Ella, hacía lo que podía pero no era sostén del hogar). Fernando: Totalmente. De hecho, esto fue una cosa que a mí se me pasó de costado. Hubo unas discusiones, unas muy fuertes discusiones sobre el tema este, ¿no? “Cuando nos vinimos a Entre Ríos, vos no estabas trabajando en Buenos Aires, ahora, vos estás haciendo lo que podés”. Esta discusión sobre qué rol tenía ella. El tema económico en la casa lo tenía yo. Sin embargo, a mí, la profundidad de eso, se me escapó, hasta que me separé. O sea, se me escapó completamente, o sea, yo podía debatirlo, pero, ¿qué cosa, tener una familia, en la que yo trato de asumir el rol progresista de no ser el macho de la casa en las cosas jodidas, pero en la parte económica sigo siéndolo ... (Retrospectivamente podés decir que a vos, ese arreglo, no te gustaba). Fernando: No, no, claro, resigné toda la parte del machista, ese que se sienta, “Voy, vengo de trabajar, me siento en la mesa y vos hacé la comida”, lo resigné, yo llegaba a las 10 de la noche y por ahí tenía que resolver qué se comía, ya no si cocinaba o no, yo resolvía qué se comía y por ahí tenía que ir a comprarlo. El último año antes de irnos, ella, nada. De hecho lo que hizo fue una cantidad de tareas de tipo gremial entre los titiriteros. Yo se lo facturaba⁹, le decía, bueno, pero nada. Realmente no puedo explicar qué era lo que pasaba y realmente, me parece que ahí está el origen de que yo la empecé a mirar con otros ojos”.

⁹ Se refiere a que le reprochaba esa conducta.

“Fernando: Sí, fue una apuesta a cambiar la relación entre nosotros. Había una crisis soterrada que yo no terminaba de ver acá y cuando dije, “Cambiemos de modelo de pareja, cambiemos de laburo, laburemos juntos, con esto de tiriteros, laburemos juntos, había como una cosa así, no consciente de pensar, rediluyamos este rol que tengo de macho de vuelta. (¿Vos apostaste a una ocupación que era de ella, a ver si entre los dos, lograban que ella participara?) Fernando: Y no fue que no participó ¿sí? No fue que no participó. Ese esquema económico no funcionó, entonces yo tuve que salir a hacer otras cosas”.

Al transformarse su esposa en una carga económica, él no soportó esa situación y eso desencadenó el divorcio. En la actualidad este entrevistado mantiene relaciones no comprometidas con varias mujeres y no desea constituir otra pareja. Parece evidente que no soporta las obligaciones económicas, aunque se hace cargo en todo lo que puede de las ya contraídas con respecto de su hija. Fernando inició su matrimonio en una condición filial, tal vez como un hijo mayor de su mujer, y fue realizando intentos de asumir un rol adulto que incluyera la provisión económica. Estos intentos, sin embargo, le resultaron abrumadores. Aspira a relaciones de paridad, no se sabe en qué medida por motivos ideológicos y en cuánto por causa de sus dificultades para hacerse cargo de generar recursos.

Las situaciones conyugales de Ariel y de Pedro son semejantes. Ambos son varones que generan escasos recursos económicos y cuyas ocupaciones son inestables. Las esposas no han desarrollado una gran autonomía económica y laboral a título personal, pero ambas son hijas de familias de buen nivel económico social. En consecuencia, estas parejas reciben aportes muy significativos por parte de las familias de las esposas. La rebeldía ante la integración en el sistema, que es muy manifiesta en el caso de Ariel, pero que también se observa en Pedro, es, de algún modo, subvencionada por los varones de las familias de las esposas, cuya actitud de aceptación del trabajo en las condiciones existentes, les ha permitido prosperar y acumular recursos. Esta situación es percibida oscuramente por ambos, y entrando en la mitad de sus vidas, comienzan a revisar sus actitudes de rechazo a la integración y al progreso económico.

Ariel: “Yo concebía así la vida de la pareja, digamos... somos una yunta, banquémonos, me parecía que discutir, hasta que vino Rocío, discutir por algunas cosas como dinero, la luz o el teléfono, eran boludeces¹⁰, digamos. Los dos teníamos cierta postura política ideológica que puede ser más boluda o menos boluda, pero eso... era secundario. Hasta que vino Rocío, donde no es

¹⁰ Estupideces.

secundario, luz o agua o comida. (Claro, porque plantea exigencias...) Ariel: Exigencias concretas. Pero todo lo demás yo lo planteaba como una postura ideológica ante la vida. No quiero discutir con mi pareja de dinero”.

La mujer de Ariel, una hija que se había alejado inicialmente de los ideales del padre para abrazar causas políticas y seguir sus inclinaciones artísticas, en este momento trata de salvaguardar su herencia, antes descuidada, para realizar algún emprendimiento productivo.

Ariel: “En un momento dado, por una concepción militante, no apreciábamos tener propiedades y eso. Pero en un momento dado nos fuimos dando cuenta que era una picardía dejar que se perdieran bueno, si algún día este galpón fuera escuela, del Estado, todo bien, pero en realidad se lo quedan los abogados, y entonces a partir de ahí Ana... Iba a perder un galpón por una deuda de \$30.000, un galpón que vale X dólares y entonces se pudo salvar eso, Ana está pensando vender una propiedad para pagar algunas cosas... dejó abandonado en un momento y se morfó¹¹ algunos juicios por no... ¡por no atender! Vencieron plazos y cosas... Y como era muy poderoso en su momento...”.

La esposa de Pedro está cursando un postgrado para atreverse a ejercer su profesión, que postergó durante largos años por no sentirse calificada. El postgrado es subvencionado por un hermano de ella, es decir que su familia la ayuda en un proyecto de crecimiento interferido por inhibiciones y por una baja estima de sí. En este período ambos cónyuges comparten la transición hacia actividades independientes, y este paso, que implicó abandonar sus ocupaciones estables, implica riesgos considerables. La pareja de Pedro estuvo a punto de disolverse cuando él atravesó una severa crisis personal, donde no se sentía satisfecho con lo que hacía ni capaz de emprender otros caminos en el trabajo.

“Pedro: Sí, yo estaba harto de mí, de la vida que llevaba del hospital, y creo que se traducía mucho también en casa esa historia. Como te digo, puse en juego todo, el trabajo, la pareja, todo, ¿no? El hecho de poder imaginarme yéndome de casa, dejar a los chicos, que era desgarrador, así que fue, a todo nivel. La fantasía era esto que te decía de muy baja autoestima, la imposibilidad de yo poder sostener todo ¿no?, sentía que no podía. De todo, sentía que estaba oprimido, entonces no podía y no iba a poder desarrollarme como quería... entonces, sí, tenía que ver con todo esto. Muy inseguro, muy insatisfecho, sí”.

¹¹ Debió soportar, afrontar. “Morfar” significa en el lunfardo porteño comer, pero se utiliza también como soportar, aguantar.

Su mujer sostuvo el vínculo, y habrá que ver si continúa en esa posición una vez que ella obtenga un desarrollo laboral largamente postergado (Meler, 1994). Habría que explorar en casos como este, en qué medida la esposa detiene su crecimiento personal para sostener la dominación masculina, que aunque persista en un grado mínimo, todavía es considerada por muchas parejas como necesaria para la estabilidad de la relación.

IV) El trabajo doméstico y las tareas de crianza

En estos varones cuya inserción laboral es débil, se observa una notable tendencia a compartir el trabajo doméstico y sobre todo, la crianza de los hijos.

Carlos, el entrevistado cuyo desempeño laboral ha sido comparativamente más exitoso, es quien menos compartió las tareas domésticas y de crianza. Sin embargo, cooperaba en los trabajos característicos de los hombres, tales como el asado de los domingos, las compras, etcétera, y no se plantearon conflictos al respecto, debido a que contaban con una auxiliar doméstica. Cuando su esposa comenzó a dedicar mucho tiempo a su nuevo trabajo, él reclamaba que se ocupara más de los hijos, con lo que se hace evidente que existió en ese matrimonio una división sexual del trabajo de un estilo transicional (Meler, 1994).

“Carlos: Yo ayudaba, yo cortaba el pasto, cuidaba el parque, hacía los asados. Los domingos generalmente cocinaba yo, ya sea los asados o comida elaborada”. (...) Y empezó a tener cada vez más compromisos, y yo le decía, mirá que los chicos son grandecitos, pero yo no quiero que estén con la señora todo el tiempo. Ella me dijo, ‘yo gano U\$ 3000’, sí y qué tiene que ver, yo gano 5000 U\$. Ganamos 8 y nuestros hijos están todo el tiempo con la señora que se come las eses¹², no, pará. Van a un colegio privado y resulta que tiene una incongruencia”.

En la actualidad se maneja en su existencia cotidiana con eficacia y sin problemas. Vive solo, y compra en el mercado servicios tales como comida elaborada, siguiendo en este aspecto una estrategia tradicionalmente masculina. Sus hijos ya son adultos, y cultiva la relación con ellos con independencia del vínculo conyugal, ya disuelto. Ariel presentó dificultades para concertar el horario de la entrevista, que estaban relacionadas con los horarios de clase de su hija. Como su trabajo actoral no le demanda jornadas prolongadas, él es quien se ocupa de llevarla y retirarla del colegio.

¹² La falta de pronunciación de la letra s al final de las palabras es frecuente entre los sectores populares y es considerada como una carencia de distinción.

Se refiere a esas obligaciones con un cierto orgullo, destacando su valor, en un estilo que ha sido más frecuente observar entre las mujeres amas de casa, que buscaban reconocimiento para tareas que, aunque son indispensables, resultan desvalorizadas (Larguía y Dumoulin, 1988).

Pedro relata que ha sido totalmente capaz de hacerse cargo del hogar durante un viaje que realizó su mujer. En la vida cotidiana, comparte de modo casi paritario las tareas domésticas y la crianza. Ella retiene para sí un rol gerencial del hogar, y es quien tiene en mente la dinámica cotidiana. También es más experta en el lavado y planchado de la ropa, de modo que cuando viajó, la empleada doméstica concurre una vez más en la semana para lograr que la casa funcionara como es habitual. De modo que la paridad en la relación de pareja, aunque no es total, se acerca bastante a ese modelo, situación que se entiende en función de la escasez de los aportes económicos de Pedro, tanto en lo que hace a la vida cotidiana como a la infraestructura que sostiene la vida familiar. Se ocupa de los dos hijos en un estilo diferente del que desarrolla la madre, aspecto en el que coincide con Ariel, quien se describe como “algo más bruto”, o sea con un ejercicio más franco del poder.

Fernando sostiene un sistema de crianza compartida de su hija Rocío, quien pasa en su casa cuatro días una semana y tres días la siguiente. Recordemos que cuando la familia estaba unida, en los últimos tiempos su esposa había desertado de todos sus roles. El regresaba tarde de trabajar y no solo no había comida preparada sino que tampoco estaba comprada ni se había decidido qué cocinar. En esas ocasiones, él salía a comprar y luego cocinaba para todos. Se entiende que se sintiera sobrecargado si el contrato conyugal funcionaba en las condiciones que describe.

En síntesis, es posible observar una relación estrecha entre el desempeño en el trabajo extra doméstico y la asunción de las tareas domésticas y parentales. Estos varones, cuya inserción laboral remunerada ha sido débil y fluctuante, son democráticos al interior del hogar. Es posible que consideren que deben realizar aportes en trabajo no pago, ya que sus logros económicos son escasos e inestables. Las manifestaciones ideológicas parecen concebidas para dar racionalidad “a posteriori” a esos arreglos establecidos.

V) Interpretación de las tendencias observadas. El debate entre las categorías teóricas de sexualidad e identidad.

En varios de los varones estudiados, se observan rasgos de carácter y actitudes que se encuentran con mayor frecuencia entre las mujeres. Una visión psicoanalítica tradicional podría favorecer la inferencia de deseos de cruzar géneros en estos casos.

Considero que, efectivamente estos deseos existen en alguna medida, pero que no deben remitirse en primera instancia a la sexualidad genital. O sea que la preferencia por ocupar alguna posición feminizada no implica una identificación con la madre como compañera erótica del padre, sino que lo que se pone en juego son deseos vinculados con la auto conservación. Una viñeta clínica obtenida en el análisis de un niño varón servirá para ilustrar esta postura.

Diego (7 años) en una ocasión relató con pesar que, cuando ingresó al Jardín de Infantes, lloraba porque añoraba a su madre. Sus compañeros, para humillarlo, le decían que parecía una nenita. Algunas sesiones más adelante, expresó. “A mí me gustaría ser una nenita, ¡qué hay! Total, las tratan bien, les hacen favores...” Para tranquilidad de padres y maestros, al poco tiempo arengaba a sus muñecos gritando con voz marcial: “¡Construyan ese barco rápido! ¡O acaso son nenitas!”.

En este niño, el deseo de ser mujer se asociaba con la posibilidad de poder expresar la vulnerabilidad, el apego hacia la madre y la necesidad de protección. El imaginario colectivo operó como una instancia de masculinización, y aceptó, aunque con dolor, el precio a pagar para pertenecer al género dominante.

En los varones adultos estudiados en esta ocasión, los deseos vinculados al anhelo de recibir dones por parte de figuras que los protejan, expresan un apego a la posición infantil, así como el sufrimiento por el que atraviesan todos los varones para asemejarse al modelo dominante. Algunos lo logran con mayor éxito, pero en otros casos la dependencia infantil no resignada constituye un obstáculo para el desarrollo laboral en la competitiva sociedad tardo-capitalista. David Gilmore (op. cit.), ilustra esta situación mediante el mito de la mujer tapir: Un niño se encuentra con la mujer tapir, personaje mítico que aloja su brazo derecho dentro de su ano, y lo lleva consigo. Durante un largo tiempo le ofrece toda clase de manjares sin que él deba esforzarse. Cuando el niño decide liberarse y retira el brazo del interior del ano de la mujer tapir, encuentra con horror que su brazo se ha atrofiado. Gilmore considera que este mito se refiere a que la provisión económica es una de las características de la masculinidad social. La excesiva protección, la indulgencia con los deseos pasivos, conspira contra la construcción de un estilo caracterológico compatible con la masculinidad dominante. El alivio de los rigores de la existencia se paga entonces, con un sentimiento de indignidad.

Una situación similar es igualmente válida en el caso de las mujeres, en las que una protección excesiva también puede inhibir el desarrollo de autonomía necesario para desempeñar roles sociales adultos. Pero los efectos intersubjetivos son menos dañinos, porque aún hoy, se admite más que las mujeres dependan en alguna medida de los compañeros o de otros parientes. Para muchas mujeres el trabajo remunerado

todavía es percibido como una opción, no como un imperativo inapelable. Estos son los remanentes de la división sexual del trabajo propia de la modernidad, cuyas improntas en el psiquismo son perdurables.

De modo que no debemos apresurarnos a referir de modo rutinario la pasividad laboral de algunos varones a una corriente psíquica homosexual. En algunos casos puede ser así, pero no es lo más habitual. Por el contrario, considero que la elección homosexual de objeto, en algunos casos se debe a un sentimiento de insuficiencia para asumir el rol masculino adulto, o sea que la relación puede ser inversa. La sexualidad aquí se ve desplazada del lugar de ser una causa última de la conducta, y se transforma en un efecto de otras motivaciones conflictivas. Margaret Mead cuando estudió a los *berdache*, indígenas travestidos de modo ritual, que integraban la confederación séneca, expresó como hipótesis que esta opción vital podría constituir un desenlace de las dificultades de algunos varones para asumir el rol de guerreros (Meler, 2000). En estos casos, el motor último se encuentra en la auto conservación, y la opción sexual es un vehículo que habilita al sujeto para recibir la protección anhelada. Una observación convergente con la anterior se encuentra en Judith Butler (1993), cuando al estudiar los travestidos mulatos que aparecen en una obra literaria, sugiere que la elección de disfrazarse de mujeres blancas, no expresaría principalmente un deseo homoerótico, sino un deseo de recibir dones económicos por parte de los varones blancos dominantes.

En el caso de varones heterosexuales cuyo desarrollo laboral es precario de modo habitual y no coyuntural, los deseos de cruzar géneros se referirían en principio a motivaciones vinculadas con la auto conservación, con el deseo de gozar de una existencia más protegida, de no ser los responsables únicos o principales de la provisión económica del grupo familiar. También aparecen deseos de realizar actividades más placenteras, escogidas en función de una vocación y no de su rentabilidad, un lujo que pocos hombres se permiten.

“Fernando: Me gustaría...me gustaría mucho, lo que te decía hace un rato, vincular mi deseo con mi realidad. Me gustaría mucho que se superpongan una vez más. Cuando trabajé en titiriteros fue una superposición casi perfecta. Me encantó trabajar de titiritero, me encantó. Es algo que no podría repetir ahora, no podría. Primero porque se vincula mucho con esa época tan turbulenta de mi vida, segundo porque no estoy en condiciones de volver a tratar de ejercitar la cosa actoral y este, tengo así como una negación fuerte con eso. Pero hay muchas cosas que me gustan hacer. Me gustaría, estudié para hacer documentales y tengo una perspectiva de hacerlos, estoy armando un grupo con el que por ahí sale algo... (¿Algo más artístico te gusta a vos...?) Fernando: Sí... y si

no llega a ser artístico, y si es periodístico, que esté vinculado a las cosas que me interesan a mí. No la tecnología...”

Estos deseos no debieran ser penalizados considerándolos indignos, porque resultan muy comprensibles y legítimos. La cuestión consistiría en tramitar al interior de la pareja conyugal y también en relación con el contexto social, las estrategias que hagan compatible el sustento cotidiano en condiciones aceptables para todos, con la satisfacción subjetiva en el trabajo creativo y la disponibilidad de tiempo para las relaciones de intimidad. Tal vez el estudio de estos varones cuya masculinidad consensual ha resultado algo fallida, no del todo lograda de acuerdo con el modelo hegemónico, nos permitan construir modelos alternativos para una existencia más satisfactoria para todos.

Bibliografía

Beccaria, Luis: (1996), “El debilitamiento de los mecanismos de integración social” en *Sin Trabajo*. Beccaria, L. y López, N. (comps.), Buenos Aires, UNICEF/Losada.

Benjamin, Jessica (1996), *Los lazos de amor*, Buenos Aires, Paidós.

Bleichmar, Hugo (1997), *Avances en psicoterapia psicoanalítica*, Barcelona, Paidós.

Butler, Judith (1993), *Bodies that matter*, Nueva York, Routledge.

Chodorow, Nancy (1984), *El ejercicio de la maternidad*, Barcelona, Gedisa.

Chodorow, Nancy (2003), *El poder de los sentimientos*, Buenos Aires, Paidós.

Connell, Robert (1996), *Masculinities*, Cambridge, Polity Press.

Gilmore, David (1990), *Manhood in the making. Cultural concepts of masculinity*, New Haven, Yale University Press.

Hidalgo Xirinachs, Roxana (2004), Comentario al trabajo de Irene Meler “Género, trabajo y familia: varones trabajando”, Revista Subjetividad y Procesos Cognitivos, Buenos Aires, UCES, abril.

Larguía, I. y Dumoulin, J. (1998), *La mujer nueva. Teoría y práctica de su emancipación*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Maldavsky, David (2000), *Lenguaje, pulsiones, defensas*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Meler, Irene (1994), “Parejas de la transición. Entre la psicopatología y la respuesta creativa”. *Revista Actualidad Psicológica*, Buenos Aires.

Meler, Irene (2000), “La sexualidad masculina. Un estudio psicoanalítico” en *Varones. Género y subjetividad masculina*, Burin, M. y Meler, I., Buenos Aires, Paidós.

Meler, Irene (2000), “Los padres” en *Varones. Género y subjetividad masculina*. Burin, M. y Meler, I., Buenos Aires, Paidós.

Meler, Irene (2004), “Género, trabajo y familia: varones trabajando”, *Revista Subjetividad y Procesos Cognitivos*, Buenos Aires, UCES, abril.

Mitchell, Juliet (1982), *Psicoanálisis y feminismo*, Barcelona, Anagrama.

Rifkin, Jeremy (1997), *El Fin del Trabajo*, Buenos Aires, Paidós.

Wainerman, Catalina, (comp.) (2002), *Familia, trabajo y género*, UNICEF/Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Winnicott, Donald (1972), *Realidad y juego*, Barcelona, Gedisa.

ALGUNOS MALESTARES DE VARONES MEXICANOS ANTE EL DESEMPLEO Y EL DETERIORO LABORAL. ESTUDIOS DE CASO¹

MARIA LUCERO JIMENEZ GUZMAN Y OLIVIA TENA GUERRERO

“Los hombres son también prisioneros e, irónicamente, víctimas de la representación dominante, por más que sea conforme a sus intereses”.
Pierre Bourdieu

A) Introducción

Las relaciones de poder en un sistema patriarcal, insertas en un modelo económico global, requieren ser desmontadas a través de diferentes niveles de análisis de los mecanismos que tienden a su reproducción. Una alternativa consiste en el estudio de algunos malestares de varones en este contexto, sin perder de vista el histórico privilegio masculino sobre la subordinación femenina, lo cual pasa necesariamente por la visibilización y deconstrucción de prácticas, tanto de mujeres como de varones, que contribuyen a su mantenimiento.

Sobre la base de lo anterior, resulta claro que la incorporación de los sujetos masculinos a los estudios feministas de género, si bien necesaria, debiera evitar considerarlos tanto víctimas de los cambios realizados por las mujeres en el camino hacia su autonomía, como victimarios, desviados sociales o enfermos que requieran ser justificados o bien satanizados de manera general.

Es importante por ello, partir de la caracterización de un modelo de masculinidad hegemónica -más que de varones concretos y sus formas de actuar, pensar y sentir. Partiendo de este concepto, se pueden explorar diferentes formas de ser, actuar, pensar y sentir como varón, bajo situaciones cambiantes globales que trastocan el modelo hegemónico, como lo son el desempleo o la disminución laboral.

¹ Una versión de este trabajo fue presentado en el Seminario Internacional “Nuevos escenarios laborales. Impacto de las crisis del trabajo sobre varones y sobre las relaciones entre los géneros”. Programa de Estudios de Género y Subjetividad, UCES, Argentina (En el marco del Convenio de colaboración UCES-UNAM para la realización del proyecto de investigación sobre “Crisis laboral y crisis de masculinidad, los casos de México y Argentina”), 3 y 4 de noviembre de 2006, Buenos Aires, Argentina.

Aun cuando ser proveedor de familia sigue siendo en Latinoamérica una exigencia social hacia los varones, es claro que cumplir con dicha asignación de género depende, cada vez menos, de las capacidades y formación profesional de los individuos y, cada vez más, del mercado laboral, a consecuencia de un cambio de modelo económico.

El libre mercado y la desestatización como paradigmas hegemónicos de reciente introducción en los países latinoamericanos, ha tenido efectos en las posibilidades de algunos varones de mantener el rol de proveedores de familia, dado que muchos de ellos se han visto inmersos en situaciones de disminución y pérdida laboral (Jiménez, Tena, Solórzano y Collin, 2003).

Con base en lo anterior, el primer grupo de investigación² responsable del proyecto titulado “Crisis de empleo y crisis de masculinidad: los casos de México y Argentina” (Jiménez, Tena, Solórzano y Collin, 2003), se planteó el objetivo general de analizar el impacto de la situación de desempleo o de deterioro laboral de varones de clase media y alta en su autopercepción, relaciones sociales y familiares, revaloración de su género y de los papeles asignados. Así, a través de relatos de vida de varones mexicanos en situación de desempleo o deterioro laboral, nos dimos a la tarea de documentar transformaciones en valoraciones, disposiciones y prácticas relacionadas con el significado de la masculinidad.

Esto puede contribuir -y así se pretende-, a hacer visibles y desmontar los mecanismos a través de los cuales las mismas prácticas (de mujeres y varones) que contribuyen a la construcción de disposiciones masculinas encaminadas a la opresión de las mujeres, se constituyan de modo semejante para oprimir a los varones. Es fundamental incorporar al análisis una crítica de la globalización, dado su impacto en las relaciones de poder entre los géneros.

En este trabajo nos centramos en el análisis, a partir de los testimonios, de lo que hemos denominado “sus malestares”, derivados del incumplimiento de una función masculina socialmente asignada y central para la identidad de los varones: ser el proveedor económico de su familia.

B) Procedimiento

Se entrevistó a diez jefes de familia del Distrito Federal, del Estado de México, y de Cuernavaca, Morelos, México, que al momento de la entrevista hubieran vivido

² Poco tiempo después se incorporaron a este proyecto la Dra. Mabel Burin, responsable del mismo en Argentina, y la Lic. Irene Meler como investigadora principal.

o estuvieran viviendo una experiencia de desempleo. Todos ellos pertenecen a la clase media-alta y alta, y tienen estudios de licenciatura o posgrado (Tabla 1). Más que atender a la edad de los informantes, se priorizó su función como proveedores únicos o principales del hogar desde la conformación de éste; sus edades estuvieron en un rango de 43 a 69 años. Algunos datos no se precisan para salvaguardar la identidad de los informantes, tal como se acordó previamente a las entrevistas.

Tabla1
Datos sociodemográficos de los sujetos entrevistados

Entr.	Edad	Residencia	Estudios	Hijos	Tiempo desempleado	Tipo de empleo
E1	43	Estado de México	Maestría	3	3 meses Reincorporación laboral con disminución del 40% del salario	Vicepresidente en empresa privada
E2	44	Cuernavaca, Mor.	Licenciatura	2	3 años	Funcionario de empresa privada
E3	46	Distrito Federal	Licenciatura	2	1 año	Funcionario público y político
E4	46	Estado de México	Licenciatura	2	2 años	Funcionario de empresa privada
E5	46	Estado de México	Licenciatura	2	10 años	Microempresa propia
E6	49	Distrito Federal	Maestría	3	2 años Reincorporación laboral inestable	Empleado en diversas empresas
E7	52	Distrito Federal	Licenciatura	3	1 año	Funcionario de empresa privada
E8	56	Distrito Federal	Maestría	2	2 meses con negocio propio aún inestable	Profesional libre
E9'	58	Distrito Federal	Licenciatura	2	2 años	Funcionario en institución pública

Al estar enmarcado el presente estudio dentro de los parámetros de la investigación cualitativa, y con fines de profundización más que de generalización de los hallazgos, se empleó la historia de vida como herramienta metodológica. Esta nos

permitió explorar los relatos de vida de los informantes, siendo una vía de acceso a los aspectos de la subjetividad humana, que a su vez nos proporciona una lectura de lo social a través de la reconstrucción que los sujetos llevan a cabo de su propia historia.

Las entrevistas consistieron básicamente en encuentros cara a cara entre la/s investigadora/s y los informantes, con cada uno de ellos por separado y con una duración no definida de antemano, que en la mayoría de los casos fue de 2 a 5 horas. No se elaboró un protocolo, más bien se contaba con una lista general de áreas por cubrir, lo cual favorecía que el informante hablara libremente. Los elementos que se exploraron fueron los siguientes: mensajes sobre lo que significa ser hombre desde la familia de origen, mensajes acerca de la figura paterna y la significación que el sujeto construyó respecto de estos mensajes; el papel del trabajo en considerarse como “un hombre de verdad”; su papel como proveedor en la familia; el papel de la compañera; el significado del trabajo; la historia laboral; la experiencia de pérdida del empleo; las consecuencias del desempleo a nivel personal, con la pareja, los hijos, otros miembros de la familia, y con otros grupos sociales; trastrocamiento de papeles tradicionales al interior de los hogares; reacciones personales del varón y de la pareja e hijos e hijas; reacciones de los varones en caso de que la mujer trabaje y se convierta en proveedora única o principal del hogar.

Las diversas categorías que a continuación se exponen, se analizaron desde el enfoque cualitativo ya que éste permite y privilegia el estudio de la subjetividad de los individuos, así como la interpretación que éstos hacen de sus propios actos, sin dejar de lado el momento histórico y el entorno social en el cual se producen.

A partir de la información proporcionada por los sujetos entrevistados, se derivaron las siguientes categorías de análisis: malestares ante la vivencia del desempleo; el rescate de la imagen de proveedor; el rescate de la imagen de protector; el rescate de la imagen de autoridad; el rescate de la imagen del padre lejano. En este trabajo solamente nos referiremos a la primera de estas categorías. De ésta derivamos una serie de ejes de acuerdo al discurso de los propios sujetos.

- I.- Pérdida o disminución de la salud tanto física como mental
- II.- Pérdida o disminución de privilegios
- III.- Malestares relacionados con las relaciones con otros y otras
- IV.- Malestares directamente relacionados con la esfera laboral

Los diferentes aspectos que se abordan en cada una de estas categorías se derivaron también del discurso de los propios sujetos.

C) Acerca del concepto “Malestar”

La palabra malestar proviene del latín “malus” “mal” y “stare”. De quien se dice que padece un malestar o quien padece un malestar manifiesta una sensación de incomodidad o molestia por su modo de ser, espacio, situación o condición social, pero esta situación es indefinible, es decir, es poco clara tanto como sensación como en cuanto a su magnitud y determinaciones. En ese sentido, quizás un malestar no llegue a considerarse como un dolor o un disgusto ante una condición claramente identificada en el espacio y en el tiempo, e indica incluso la posibilidad de que quien padece dicho malestar encuentre difícil expresarlo en palabras, pero aun así manifieste cierto grado de incomodidad ante determinados hechos (Jiménez y Tena, 2005).

Este uso de la palabra malestar es particularmente aplicable al caso masculino, dada su construcción de género, ya que al referirnos a las mujeres, aunque en la literatura se suele hablar de sus malestares, más bien habría que referir su sensación de opresión que es mucho más que un malestar y cuyos orígenes son menos difusos. (Jiménez y Tena, 2005).

El reconocimiento subjetivo de un malestar requiere de la identificación de un conflicto entre el deber ser social y el querer ser individual, lo cual no siempre es aceptado por los varones. Lo anterior forma parte de la complejidad del tema de la construcción social de las masculinidades, pero también de su importancia, ya que se requiere un cambio por parte de ambos géneros.

Es necesario delimitar de manera general los diferentes tipos de malestares de los varones que son viables de identificarse. 1) Aquellos que son producto de una desigualdad de género en la que ellos resultan desfavorecidos en el ejercicio de sus derechos. Este tipo de malestar contempla a los varones cuyas experiencias y expectativas no se corresponden con los esquemas tradicionales de género y que se sienten violentados en su identidad y subjetividad por los códigos culturales y los estereotipos de género existentes, como por ejemplo: malestares relacionados con presiones por su desempeño sexual y con crisis en su papel de proveedor; y 2) aquellos malestares que se derivan de una sensación de pérdida de autoridad o poder tradicionales de los hombres ante los cambios experimentados por las mujeres.

Este tipo de malestar contempla una falta de correspondencia entre el deseo de mantener el poder y los privilegios frente a un nuevo discurso y acción social a favor de la equidad, o ante nuevas condiciones socioeconómicas que los obstaculizan como en el caso de la pérdida del empleo o disminución laboral. Estos malestares se vinculan con lo que Mara Viveros (2006, p. 18) llama “resistencias masculinas” ante el

cambio social, que se manifiestan con expresiones cotidianas encaminadas a mantener privilegios y preservar los beneficios derivados de una posición dominante en las relaciones de género.

Los dos tipos de malestares se manifestaron en los varones entrevistados y se entretajan, a veces de manera contradictoria y en algunos casos, dolorosa, ante la realidad de un deber masculino incumplido y la búsqueda de nuevos referentes identitarios.

D) Las voces de los sujetos

I.- Pérdida o disminución de la salud tanto física como mental

Los efectos del desempleo en la salud de las personas han sido una preocupación reflejada en estudios realizados desde los años 30. Hay coincidencia en que el desempleo afecta principalmente la salud mental y física de varones, a diferencia de lo que sucede con las mujeres tradicionales quienes no centran su identidad y su prestigio en la posibilidad de ser proveedoras.

Los varones que se entrevistaron en el presente estudio narraron sus afecciones emocionales y afectivas al igual que sus afecciones físicas vinculadas con la pérdida del empleo. Los siguientes malestares en relación con su salud marcaron sus experiencias de desempleo:

1.1.- Pérdida o disminución de seguridad personal

Este es uno de los aspectos que se afecta de manera más evidente y casi inmediata ante la pérdida o disminución laboral, derivado de los mandatos de la masculinidad dominante que establece desde la infancia que los varones se “prueban” en la esfera pública, y la demostración de ello, de manera privilegiada, se logra en la esfera laboral.

Debemos enfatizar el hecho de que estos procesos se dan de manera más enfática en sujetos varones como los que nosotros entrevistamos, ya que se trata de sujetos que por pertenencia de clase e historia académica y laboral habían tenido la característica de ser “exitosos”. Esta realidad particular provoca que los efectos en este cambio laboral sean mayores que cuando se trata de varones que a lo largo de su historia de vida han carecido del “éxito” económico y social que es valorado.

En uno de los casos, a pesar de ser un profesional libre, arquitecto, acostumbrado a que a veces había obras y a veces no, después de un tiempo de no lograr nada empezó a experimentar problemas de autoestima:

“Yo creo que por mi edad ya no estoy tan capacitado como antes, y la gente prefiere a los más jóvenes. Siempre creí que yo tenía un gran talento, pero

pasa el tiempo y no consigo ni dinero suficiente para sobrevivir”. (69 años, arquitecto).

Sin embargo, de acuerdo a otro de los testimonios, el problema está más allá de la generación y está afectando a varones de diversas edades. Un sujeto mucho más joven, de 43 años, quien perdió el cargo de Vicepresidente de una empresa narra lo siguiente:

“... hay un momento que dices: no, no soy tan bueno, no estoy consiguiéndolo, a nadie he impresionado con mi currículum, a nadie he impresionado por lo que sé hacer; y yo digo: tú crees que soy muy bueno, tú crees que porque saqué buenas calificaciones. Y yo mismo tenía ese contexto, siempre me fue bien, nunca reprobé nada en mi vida. Y es cierto que efectivamente había que sacrificar algunas gentes en la agencia pero ¿por qué fui yo?, yo luché todo el tiempo por la agencia... (...) de pronto no me acepté, de pronto dices ¡hijole!, es que estoy mal en todo, perdí el trabajo, voy a venderme y estoy sobrepasado de peso, se me nota que traigo el problema, estoy nervioso, y pierdes toda la seguridad del mundo” (43 años, empresario).

1.2.- Depresión y otras afecciones

En muchos de los testimonios se puede percibir la existencia de una o varias afecciones de tipo afectivo y emocional, que resultan sumamente nocivas para los sujetos. En algunos casos no hay un reconocimiento explícito de que esto sucede, pero se acepta que se ha dañado la salud y en algunos casos que se ha caído en adicciones graves, sobre todo el alcoholismo, como forma de evadir tales procesos.

Uno de los sujetos que sí habla de estos síntomas resulta muy interesante para el análisis por la manera en que se expresó:

“... Siento que ya no estoy tan joven, que desvelarme tanto trabajando ya me afecta mucho... a veces he tenido mucha angustia... hasta se me ha dormido la mitad del cuerpo... pero no tenía nada... no sé si cosas que me pasan como dormir o no dormir es malo, o es depresión, pero no veo a ningún especialista... yo no tengo dinero para un especialista... entonces me agunto y me tomo unas vitaminas a ver si mejoro... no te estoy poniendo excusas, no tengo tiempo... lo que me preocupa es generar dinero, si lo hago ya estaré bien... a mí lo que me preocupa es que el recibo esté pagado... que llegue la cotización... ganar dinero... salir adelante...” (44 años, ingeniero administrador).

El otrora Vicepresidente de una empresa narra su experiencia claramente depresiva, de la siguiente manera:

“Últimamente empecé a jugar a decir: yo me voy a morir cualquiera de estos días; y nunca había pensado en eso, entonces hay que prepararlos para que yo me muera, o sea, cambió mi perspectiva, ya no me creo que les puedo resolver la vida completamente... O sea, me entró la depresión. L. (esposa) me decía: ‘Ve con alguien que te ayude’. (...) Me metí a internet y me autoreceté... Prozac (...) Me dio miedo (...) L. cree que yo estoy confundido, yo también creo (...) No me acepto, punto (...) No me he recuperado” (43 años).

Otro de los entrevistados nos dijo:

“Y también genera, pues, una inestabilidad pues yo creo que psicológica, en cuestión de carácter, en cuestión de tranquilidad, pues empieza uno a ver las cosas, pues, este, yo considero que más radicales ¿no?, digo, por cualquier cosa está uno más sensible, y esto hace que uno tenga, a lo mejor, disgustos, ¿verdad?, hasta con los mismos muchachos, los hijos, disgustos con la pareja, aclaraciones y cosas por el estilo, que todo esto se considera, digo, de mi parte, es que es por lo mismo ¿no?, que se van acumulando las cosas, y la misma desesperación va generando que haya este tipo de situaciones” (funcionario en una institución pública, 58 años).

Y desde la perspectiva de otro informante:

“... Nunca he sufrido realmente, sí una vez, una depresión por falta de trabajo, porque ahí no veía oportunidades, no tenía ingreso y no veía para dónde hacerme, estaba realmente cayendo en un círculo vicioso” (49 años).

Este informante niega este tipo de malestares en su experiencia de desempleo actual, en un intento por ser optimista, tal y como él mismo lo afirma en su discurso. Sin embargo reconoce haber vivido una depresión ante la carencia de oportunidades, las mismas que tampoco se le presentan en la actualidad.

Los varones según diversos estudios, por condición de género se caracterizan por entrar en procesos de negación de sus problemas de salud. Benno de Keijzer ha documentado en diversos estudios (1997; 2001) que la negación no sólo se refiere a problemas psicológicos, sino incluso físicos, que se manifiestan de manera ostensible y que sin embargo no son reconocidos por los varones como una forma de negar sus vulnerabilidades, ya que uno de los mandatos centrales hacia su género es precisamente ser fuertes e invulnerables.

Al respecto Figueroa (2001) advierte sobre la desventaja que representa para los varones no ser capaces de reconocerse como vulnerables o en crisis, pues esta condición es un obstáculo en la búsqueda de soluciones como lo sería la transformación de parámetros de referencia que flexibilicen los estereotipos de la masculinidad tradicional. Al no hacerlo, propician un sentimiento de malestar que los lleva a replegarse aún más en sí mismos, con sus consecuentes riesgos para su salud y la de otros y otras.

1.3.- Adicciones

En dos de los casos que entrevistamos, los sujetos que siempre habían bebido de modo social, empezaron a beber sin freno y a cualquier hora del día, deteriorando aún más su calidad de vida, su salud y sus relaciones. Es interesante observar que uno de los informantes no pudo nunca aceptar su adicción. Reconocía sentirse triste, pero lo atribuía a la falta de trabajo y dinero, sin aceptar nunca, hasta su muerte, que el alcohol lo dominaba.

Se trata del sujeto dedicado a la arquitectura, que en el momento de la entrevista tenía 69 años; la entrevistadora lo frecuentó y además los días en que concedió las entrevistas había bebido ron a las 10 de la mañana; pero este era un tema que ni sus hijos ni sus amigos podían tocar con él. Su salud se deterioró de forma acelerada y terminó muriendo a causa de problemas intestinales y de circulación (aumentó también el consumo de tabaco). En las entrevistas no quiso referirse al tema.

Por otro lado, el informante dedicado a la política nos dijo:

“... Al pasar un poco de tiempo y teniendo tantos problemas y conflictos diarios empecé a alcoholizarme todos los días... ya no me levantaba en la mañana... me preguntaba ¿para qué? Entre más me presionaba (esposa) para que llevara dinero y buscara lo que fuera para darle dinero, menos me activaba y más bebía. Me di cuenta de que ya me estaba descontrolando, fui a doble A y me ayudaron mucho... también estuve en una terapia, al final dejé eso... una de las cosas en las que se notaba más mi deterioro es que dejé el ejercicio y empecé a engordar muchísimo...” (político, 46 años).

1.4.- Problemas en la salud física

Como hemos afirmado, muchos varones enfrentan problemas en su salud física, a menudo derivados de su imposibilidad para cumplir con éxito los mandatos de la masculinidad dominante, pero les resulta muy difícil verbalizarlos y más aún atenderlos.

“Creo que hay muchas cosas que me guardo y que me trago, y que esas son las cosas que se van acumulando, y sí van cambiando, o sea, sí afectan, no puede

decir uno que no, pero lo que veo en la gente a la que frecuento es que no perciben que realmente me importe, y para mí eso es bueno, porque, no es que quiera actuar, sino que realmente... y no actúo, o sea, realmente, en cierto sentido, sí me vale, en cierto sentido, y lo que trato es de no transmitirles angustia, porque se volvería algo que perdería el control. Es decir, mientras lo tenga yo puedo controlarlo, pero si empiezo a transmitirlo, y empieza la familia a estar angustiada y que ven que yo no tengo soluciones, o que no tengo, o si pierdo mi optimismo ante mi familia pues realmente se vuelve un caos, ¿no? (...) Me relajo, eso es algo que creo que puedo hacer rápido. Pero sí hay una gotita que todo el tiempo, todo el tiempo, y creo que he vivido muchos años con ella, y sí se va acumulando, y sí va afectando, sí hay cosas que se ven en la salud, por ejemplo la gastritis, cosas así, que sí afectan” (49 años).

Parte del mandato de esa masculinidad dominante, que queda plasmado en este testimonio, es el referente a que “el hombre de verdad” tiene que tener el control, ser aguantador, no expresar sentimientos y mucho menos dolor y que de él depende la tranquilidad emocional de la familia. Muchos hombres en verdad creen que con no verbalizar problemas y dolores protegen a su familia, como si ésta no fuera capaz de percibir la realidad. En ocasiones los familiares estarían dispuestos a apoyar, pero los propios varones lo impiden y esto es un factor que probabiliza aun más la incidencia de enfermedades en estos sujetos.

Otro informante afirmó:

“Yo tengo un problema cardiovascular, de una cosa que tomo pastillas para la presión, tomo diuréticos, tomo una serie de cosas... (...) Pues yo creo que sí se vincula, porque hay veces que te sientes, pues a veces te afecta, te sientes decepcionado y entonces eso te genera que te... pues yo creo que es mental, digo, te empiezas a sentir mal, te sube la presión. (...) A veces te sientes decaído, te sientes ¿cómo te diré?, físicamente te sientes mal.” (58 años).

Cabe mencionar que la persona que nos dio este testimonio falleció a los pocos meses de la entrevista por los mismos malestares que aquí nos narró. El riesgo de enfermedad y muerte vinculado con el desempleo ha sido documentado en estudios realizados en otros lados del mundo, como en Rusia a finales de 1990, donde se reveló que una de las poblaciones de más alto riesgo de muerte cardiovascular fue la de los varones desempleados (Kopp, Skrabski y Székely, 2002).

II. Pérdida de privilegios

Bourdieu (1998) en *La Dominación Masculina* afirma que ser hombre significa estar instalado por derecho propio en una situación que implica “poderes”. Estos poderes constituyen los privilegios ejercidos por los varones pero también deberes, que constituyen malestares cuando se ven incumplidos. Los poderes masculinos como privilegios se vinculan con las capacidades económicas y el estatus social, que brindan espacios sociales concretos. En nuestra investigación la pérdida de estatus fue planteada como malestar por algunos de los informantes.

II.1.- Pérdida de status y sentido de pertenencia

Entre otros factores, uno importante a considerar es que dependiendo del tipo de trabajo y el lugar que se ocupa en el organigrama, fue mayor o menor el efecto que los sujetos tuvieron al perder su empleo. En algunos casos el problema tenía que ver con la falta de dinero, pero en mayor medida el problema central era por la pérdida de estatus.

En el caso del sujeto dedicado a la política, aunque la presión de la esposa se centraba más en el dinero, ésta también se presentaba por el tema del estatus y las relaciones sociales. Otro caso relacionado con el malestar por la pérdida del estatus, es el del funcionario en empresa que se explayó para narrar su vivencia:

“Yo me sentía importante y eso es una variable muy importante, internamente me sentía importante, yo me sentía seguro, me daba estatus, hacia adentro y hacia fuera, la tarjeta con VP que es vicepresidente, eso es importantísimo en la industria, da un estatus y da una holgura y te sientes muy cómodo, te sientes directivo, te sientes que estás entre los que deciden las cosas; es un estatus dentro y fuera del trabajo, dentro del trabajo eres muy respetado. Tú eres un directivo. Aunque me sucedió que no es cierto, yo vivía esta realidad que yo sentía y mucha gente decía ¡guau, qué importante debes de ser! En ese pequeño núcleo eras mucho más importante que otros que tienen mejores sueldos y mejores lugares. Pierdes, yo creo que pierdes todo, te das cuenta que el trabajo equivocadamente te había dado mucho estatus, mucha imagen, mucha comodidad personal, mucho el sentirte cómodo presentándote en cualquier lugar. De pronto te quitan el trabajo y te sientes cero, o sea, soy igual que el microbusero, igual, nada más que él tiene una ventaja sobre mí, él tiene trabajo y yo no. Ya no puedo presentarme como vicepresidente, como el director, como nada, soy simplemente cualquiera” (43 años).

En forma similar, un ingeniero introduce el tema cuando se refiere a sus hijas:

“(…) Mi hija es muy respetuosa, pero sé que ha vivido todo esto con angustia porque hasta la fecha no tengo empleo y ella antes presumía de su papá. No me lo dice pero piensa que ahora no tengo empleo, ni dinero... ni nada. Antes yo le ofrecía todo, ahora ya no puedo, ella es paciente, no me presiona, ella dice bueno esta es una situación de mi papá, pero yo sé que mi papá sí va a trabajar, te digo, vendiendo pepitas o como sea, pero va a ser feliz, va a salir adelante. Yo ya no tengo que seguir idolatrando a mi papá como al gran ingeniero, sino ahora como al papá que convive conmigo...” (46 años).

Agrega elementos que apuntan a que existe la posibilidad de que encuentre nuevos sentidos a su propia existencia:

(...) Y entonces, el ingeniero prominente de N. ahora se va a volver frutero o verdulero o como sea, entonces veo que como sea hay que hacer algo nuevo. N. se acabó, fue un golpe durísimo en mi vida, pero ya no existe, las capacidades las tengo, entonces a la búsqueda donde ligue mi capacidad con la empresa pues será padre regresar, pero soy realista, el mundo de hoy de la industria y los efectos recesivos, va a ser más difícil que encuentre trabajo... entonces pienso que mejor tengo que armar un negocio propio... ahora hay un nuevo J., lo único que quiere es cumplir su misión, porque estoy convencido de que algo vinimos, y así puedo trascender...”.

II.2.- Pérdida de ingresos

Muchos de los informantes muestran malestar por la pérdida de ingresos, pues todos ellos son proveedores únicos o principales, socializados para cumplir con ese fundamental mandato de la masculinidad. Esto aparece claro en los puntos relativos a las presiones, sobre todo las que provienen de las parejas. Muchos no reconocen que los hijos les exigen y más bien asumen que ellos se autopresionan porque no pueden darles lo que acostumbraban.

Tal es el caso del político de 46 años. Ante la gravedad de la crisis económica que experimentó a partir del desempleo, tuvo que vender una casa que era patrimonio futuro para sus hijos y entre otras cosas más, llevó al tope todas sus tarjetas de crédito:

“(…) Cambió todo, vendimos una casa y nos gastamos el dinero en un año. Antes vacacionábamos mucho, ahora casi nunca, no compro ropa... ella dice que tampoco se ha comprado nada... siempre íbamos a restaurantes... ahora mucho menos... aunque seguimos gastando... Cambié el tipo de restaurantes, busqué gastar mucho menos... empecé a buscar asesorías... pero nada alcanzaba y la crisis nos comía y las presiones sobre mí en aumento...” (político, 46 años).

También para el ex funcionario de 58 años, la pérdida de ingresos constituía una fuente de enorme angustia y un cambio radical de forma de vida que experimentaba con mucha angustia, a pesar de que, al menos en el nivel del discurso, y a diferencia del otro informante, éste no refirió recibir presión alguna por parte de su pareja. Más bien, se trataba de un sujeto que asumía el mandato de la masculinidad hegemónica -ser proveedor- de manera acrítica y radical:

“... esto pues viene a generar un problema de inestabilidad, yo considero que primero, pues lógicamente, económica y pues, aparte de esto, pues se refleja en muchos aspectos, tanto en el social como en la cuestión familiar sobre todo y pues, hay veces que la misma inquietud que tiene uno por estar con la cosa de lograr y buscar y encontrar la forma de seguir haciendo algo para que sea productivo para las cuestiones de los gastos que tiene uno, pues digo, las obligaciones y las cosas de la casa ¿verdad?, como son, pues digo, las cosas de primera necesidad que no cambian, son gastos de luz, de gas, de una serie de servicios que hay, que eso sigue corriendo y se sigue, y pues en un momento dado puede llegarse a acumular y eso genera que tenga uno pues ciertos problemas de, de cuestión de disponibilidad económica, y pues hace a uno modificar mucho la forma de su vida cotidiana, en el aspecto y en el sentido de, pues, ya no usar el automóvil más que para las cosas muy necesarias, empezar a satisfacer las cosas de primera necesidad, ya no puede uno pues a veces contar con que, pues, puede uno ir a un restaurante a hacer una comida, una cena, un desayuno, porque pues ya eso se viene generando como un gasto extra de los pocos ingresos que pudiera uno tener ¿no?, en el aspecto del manejo de la misma economía familiar” (funcionario en institución pública, 58 años).

En el caso del comunicador de 49 años que ha tenido mucha inestabilidad laboral, existía un malestar manifiesto por la falta de reconocimiento a su labor como proveedor económico y a las presiones a las que se ve sometido cuando “falla” en el cumplimiento de su “esencial” papel al interior de la familia, según las representaciones que todos sus miembros tienen de estos papeles socialmente asignados:

“Es una forma de presión cuando te preguntan, cuando te piden cuentas de lo que has hecho: ¿a dónde fuiste a pedir trabajo? ¿A quién has visto? Y no nada más me pide cuentas mi esposa, me molesta realmente, pero parece que estuvieran verificando que yo esté realmente buscando trabajo. Entonces digo, si tomo un trabajo, que ya lo comprobé porque no dejé de hacerlo, porque sí mandé currículum para darles gusto, lo que menos quería eran conflictos o discusiones, entonces los trabajos eran de 20.000 pesos. Parece un buen trabajo, pero con los compromisos que tenemos ya no me alcanza, entonces necesito yo más que eso”. (Maestría, 49 años).

II.3.- No poder dar “nada” a la mujer en turno

Una fuente de malestar muy grande en algunos sujetos se relaciona con el hecho de que, al no tener trabajo, no hay dinero. Si adicionalmente, como en el caso de uno de los sujetos entrevistados, al tener que depender de las hijas y estar limitado, no se puede usar ese dinero para invitar a la mujer con la que sostenía relaciones amorosas, el malestar es aún mayor. El lo verbalizó así:

“Yo siempre pagué mis cuentas y por supuesto siempre tuve para invitar a mi pareja cuando salíamos. Yo no estoy acostumbrado a que me paguen nada si salgo, sobre todo si es con una mujer. Es horrible no poder invitarle nada a mi pareja, aunque no sea con quien vivo. No me gusta hacer nada de la casa y ni modo que la invite a que me cocine, sería absurdo, eso ha afectado mucho la relación. Ella dice que no importa, pero a mí me importa, me hace sentir muy incómodo...” (arquitecto, 69 años).

II.4.- Pérdida de autoridad o poder de decisión

La pérdida del empleo, como se interpreta a partir de la experiencia de los varones, va más allá de una pérdida económica, incluyendo también la dilución del poder simbólico, situación que ataca su tradicional papel de autoridad ante la familia. Esta pérdida de autoridad se refleja en la disminución de su participación en las decisiones consideradas centrales.

“... hay discusiones que se dan en torno de ciertas decisiones, que cuando la situación económica está bien las tomo sin discutir con N., con mi esposa, y ella asume que yo debo de tomar esas decisiones (...) Se siente que cede la autoridad de la familia a mí, y ahorita lo discute, y toma decisiones sin decirme, o sea, sin comentarlo conmigo, decisiones, por ejemplo, de que va a cambiar a los niños de escuela, a escuelas más económicas... y evidentemente esto tiene que ver con que yo no puedo mantener a la familia; cosas tan sencillas como vender el refrigerador para bajar el consumo de electricidad. (...) Toma, por un lado, decisiones de bautizar, o de primera comunión, sin siquiera comentármelo; cuando me entero ya está todo organizado, y no me voy a oponer, o sea, no hay ninguna necesidad de pelear por eso, ¿verdad? (...) El hecho de que yo sea ateo declarado, le da pánico a ella ahora, antes no. Cuando estábamos bien económicamente ella lo aceptaba, a tal grado de que no han sido bautizados, la única es mi hija grande, pero por decisión de ella. Entonces ahora ella está realmente presionando y le da pánico que yo influya en mis hijos en ese sentido, en la cuestión ideológica. (...) Entonces ahora, como recibimos ayuda de un familiar, entonces la ayuda viene acompañada de influencia en el sentido religioso. (...) Hay cosas... permisos, cosas que me pedían permiso antes a mí, o que mi

esposa los mandaba conmigo para que yo diera el último permiso; ahora no llegan a mí, se quedan con mi esposa y ahí se da el sí o no (...) Me hace sentir mal, pero algo que no debo hacer es reaccionar a ella, porque sé que es temporal, que tiene que ver nada más con la situación económica” (49 años).

Llama la atención el hecho de que cuando un varón deja de ser proveedor sus parejas se sienten con el derecho de tomar decisiones e inclusive llevar a cabo acciones totalmente contrarias a la ideología del sujeto cuya palabra antes era “respetada” como la ley.

III.- Malestares respecto a las relaciones con otros y otras

III.1.- El momento de enfrentar a la familia

Para muchos varones constituye un momento de mucho dolor dar la noticia a su familia acerca de su desempleo, que a menudo se prolonga por largo tiempo. Ellos saben que la imagen que sus familiares cercanos tienen de ellos, basada en el hecho de que su trabajo proporcionaba dinero y estatus, constituye una verdadera fuente de admiración y de poder. Ante esta situación es comprensible que la pérdida de esta condición genere un enorme malestar.

Tal es el caso del funcionario de empresa de 43 años que narra su experiencia de la siguiente manera:

“La parte que más me impactó fue la de decir, ‘cómo le digo a mi familia’. Sí, cómo llego a una casa en donde tengo un hijo de 16 años, adolescente, que los valores se están formando...” (43 años).

III.2.- Pérdida de imagen ante los hijos

Uno de los aspectos que, según pudimos constatar, resulta relevante para los varones, es la imagen que sus hijos tienen de ellos. Por ese motivo, manifiestan honda preocupación cuando perciben que esta imagen se está perdiendo. Es como si la fuente de autoridad estuviera basada en su éxito en el mundo público, en el trabajo. Uno de los sujetos informantes lo narró así:

“Hablamos mucho de que está pasando por allí y él en el fondo se siente muy orgulloso, o se sentía, yo al menos así lo creía, del puesto que yo tenía y así se los transmitía a sus amigos” (43 años).

Y otro afirmó:

“... Impacta desde el respeto de mis hijos, por ejemplo, desde ahí, la estabilidad familiar” (49 años).

III.3.- Exigencias de la pareja

En uno de los casos que tiene un matrimonio de muchos años, con esposa que no trabaja fuera del hogar y acostumbrada a un elevado nivel de gasto, es evidente la presión que ejerce la esposa sobre el sujeto:

“... El proceso de mi esposa para conmigo fue de exigencia absoluta de un cambio de actitud, de una actitud de presión brutal, de gritos de ¿dónde está el dinero? y de deterioro absoluto en nuestra relación, en una primera etapa; eso hizo que mis hijos sufrieran porque el conflicto diario era ‘no hay dinero’, y todos los días el reclamo del dinero, no hubo comprensión y me sentí desilusionado de mi relación porque en lugar de exigirme debió haber colaborado o estimulado, moverse ella a buscar trabajo, puede hacerlo en alguna tienda, tiene sus relaciones que la podía contratar pero no hizo nada más que exigir... Yo creo que hubo incompreensión y sí me desilusioné... hubo un deterioro también a nivel emocional... como me han dicho en alcohólicos anónimos me salvó las piernas... nuestra vida sexual se afectó totalmente, ahora que las cosas se componen hay un repunte de la relación, pero sé que cuando ya no tenga dinero va a volver la presión... ahora, al menos por el momento le pido cuentas... yo ya doy por tema y no suelto el dinero como antes...” (Político, 46 años).

El ingeniero administrador de 44 años planteó los problemas con su pareja actual de la siguiente forma:

“... Claro que tengo problemas con mi pareja actual... cuando no tienes dinero también hay más problemas, como dicen por ahí se sale el amor... es un problema con ella que hasta me ha prestado dinero y no le pago y luego ve que me voy con mi hijo y gasto comiendo mariscos y vino, y ella se enoja... sí que hay conflicto...” (44 años).

Otro de los informantes narró:

“... De repente me dice un día: oye ¿sabes qué?, tú vas a hacer esto, le digo: a ver, a ver espérate, o sea, nosotros no somos como nuestros amigos. Porque ya me quería meter presión de que yo pagaba esto y yo pagaba el otro ¿no?, yo sabía que tenía toda la responsabilidad, -pero acuérdate que invertimos cinco años, cuando menos dame chance cinco años ¿no?- (...) Es como cuando me casé con ella ¿no?, o sea, ella fue una súper feminista y todo lo que tu quieras ¿no?,

durante dos años, tres años, yo sabía que las cosas iban a caer a su lugar en el momento en que íbamos a tener hijos. En el momento que íbamos a tener hijos, en ese momento, como que se acomodan las balanzas, tú tomas la parte paterna, la parte materna, la cuestión de la casa y demás ¿no?, pero afortunadamente ella no dejó esa parte materna y siguió trabajando, y yo nunca le dije: oye ¿sabes qué?, cuida a mis hijos, que esto, que lo otro (...) No quería trabajar para alguna compañía, porque sabía que ya tenía treinta y nueve, cuarenta y un años, en los cuales ya no iba a conseguir, pero bueno, de todos modos la presión de ella era: ¿sabes qué? tienes que meter papeles (...) Ella, desde su punto de vista, siente que yo, durante cinco años, no hice nada, invertido totalmente, o sea, haz de cuenta que estoy viendo a mi cuñado y a mi cuñada, y que mi cuñado le dice: es que tú no haces nada, deberías de aprender de mi hermana; pero no la deja ir a trabajar ¿no? (46 años).

Para nuestro análisis, lo más destacable de este testimonio es la presión que la esposa ejerce sobre el varón desempleado, a pesar de que, como él cuenta, esta situación derivó de un acuerdo entre ellos, pues él dejó de trabajar para cuidar de su familia con el objetivo explícito de que ella pudiese desarrollar su carrera profesional de forma autónoma y exitosa. No obstante, pasados 10 años, este sujeto destaca que es injusta la presión que su esposa ejerce sobre él, sobre todo porque dada su edad ya es prácticamente imposible que él pueda encontrar un empleo adecuado.

III.4.- Angustia por depender económicamente de los hijos

Depender económicamente de alguien es una situación inadmisibles para los sujetos que han sido socializados bajo los mandatos de la masculinidad hegemónica, sobre todo cuando no han pasado por ningún proceso de cuestionamiento de tales mandatos a lo largo de sus historias de vida.

Los testimonios que a continuación exponemos en este tema corresponden a los dos sujetos que fallecieron pocos meses después de haber sido entrevistados. Uno de ellos se sentía francamente mal por tener que depender económicamente de sus hijas, sobre todo porque se trataba de mujeres y él no pensó nunca en esta posibilidad:

“Yo siempre creí que a mí me correspondía dar a mis hijas dinero, siempre les di todo lo que pude y creo que ellas lo saben y agradecen, son fabulosas. Pero ahora al final de mi vida tengo que verme mantenido por mis hijas, eso no es normal, es muy penoso. Ellas tratan de no hacerme sentir mal. La que se encarga de darme el dinero y administrarlo lo hace con mucha delicadeza, pero yo me siento muy mal...” (Arquitecto, 69 años).

El otro afirmó respecto de sus hijos:

“Hay un problema que, ¿cómo te diré?, que a mí en lo personal me... yo no puedo, yo no soy una persona, mejor dicho, qué les pueda decir a mis hijos -yo te he dado tanto que tú me tienes que dar a mí (llanto). Yo pienso que no, yo pienso que no debe de ser así, yo pienso que hay cosas que se tienen que cumplir, ellos de por sí, solos, sabrán si tienen, pues no podríamos decirlo tampoco, tampoco mencionar una gratitud, mencionar una obligación, porque no es una inversión, no es un negocio. Entonces, como puedes ver, ahí sí hay algo, ahí sí hay algo, que por eso pues hay un poquito de dolor en el sentido de que no hay la posibilidad y la oportunidad de poder seguir adelante” (58 años).

III.5.- Alteraciones sexuales

Algunos sujetos entrevistados hicieron referencia explícita a este proceso de alteración en la vida sexual y aportan elementos significativos para el análisis desde la perspectiva de género, tal y como es el hecho de incluir el factor dinero en la relación sexual con la mujer, incluso tratándose de la esposa.

“... Bueno, es que de lo que sé es de mi parte, sí hay falta de iniciativa, y sí tengo recuerdo de percibir que hay falta de interés por parte de ella... tiene que ver con el concepto de prostitución, o sea, realmente el dinero mejora la relación sexual, habiendo dinero, o sea, no estoy diciendo que compre uno el sexo, pero sí tiene que ver con el dinero, y a mí me desagrada mucho eso, desmotiva mucho que no sea la persona, que no sea yo el atractivo, sino mi situación. Por el otro lado obviamente siento que sí tiene razón, porque son cosas que no puede uno controlar, o sea, es la percepción que tienes, y pierdes el interés si no hay una respuesta que, ¿cómo se dice?, una respuesta como debe ser, el papel que debe de tener el hombre si no lo ves pues deja de ser un hombre de verdad, entre comillas, usando el concepto éste, que dejas de ser un hombre de verdad, por lo tanto dejas de tener ese atractivo sexual...” (49 años).

Para otro de los sujetos el problema está en que...

“... Ya no tienes la, ¿cómo te diré?, la posibilidad de decir ‘vente, vámonos a platicar solos, vamos a tener una plática íntima’. Ese es el problema, y también yo creo que no nomás es parte de uno de hombre, sino es de pareja” (58 años).

Para otro de los informantes se da un proceso de sexualidad compulsiva:

“A mi siempre me han gustado mucho las mujeres y no por haberme casado dejé de tener relaciones con otras mujeres, pero cuando perdí el empleo y mi esposa se dedicó a presionar y cuestionar, a pedir sin dejar de hacerlo, busqué con más ganas a otras mujeres... eran para mí como un consuelo... también una forma de revancha” (político, 46 años).

En general está estudiado en diversas culturas que las crisis de la masculinidad tienen efecto inmediato en la esfera de la sexualidad, en varios sentidos. Se ha estudiado que dentro de las reacciones de los hombres ante los cambios de identidad y relaciones de género, cuanto más se disuelven las formas sociales preexistentes, aunque todas tengan todavía sus apoyos, cabría esperar que la sexualidad masculina sufriese trastornos frecuentes y compulsivos (Giddens, 1998). El carácter compulsivo de la sexualidad masculina puede ser obsesivo y, a la vez, constituye una frágil rutina. Es una odisea equiparada con la modernidad misma, considerada al menos desde el dominio de sus instituciones públicas, preocupada por el control y la distancia emocionales, armada con una violencia potencial. La pérdida de control y poder de la virilidad está relacionada con la pérdida de sentido y de los límites que experimentan los hombres con respecto a la situación social de su género, que pone en crisis la experiencia de su identidad masculina.

III.6.- Pérdida o falta de respuesta positiva de amigos y pares (las grandes decepciones)

Uno de los temas que con frecuencia reiteraron los sujetos que perdieron su empleo, es el que se refiere al dolor debido a lo que ellos consideran enormes traiciones por parte de supuestos amigos y/o pares, aun cuando se dicen conscientes de que así son las cosas. Coinciden en que cuando se vive esta situación, sobre todo cuando están en crisis y se sienten vulnerables, estas reacciones representan una de las fuentes principales de su malestar y más aún de dolor emocional; aunque estos sentimientos no son denominados así por ellos, sin embargo son fáciles de inferir a partir de sus narraciones.

En uno de los casos de los sujetos entrevistados, la situación se dio de la siguiente manera:

“A mucha gente le pasa que los que creías que eran tus amigos ya no lo son tanto y realmente no te apoyan y como que tú les diste mucho y a la hora que tú los requieres ya no están... eso es lo que pasó... no es fácil... no hay justicia... Es muy doloroso... aunque te paguen poco, pero ver que te apoyan... eso no pasa... yo me esperaba que un amigo me salvara, me rescatara... sé que todo lo he hecho por mí nadie me ha regalado nada... Duele saber que ya no les importa... que es tu realidad, no de ellos... te decepciona...” (ingeniero, 46 años).

Mientras que en el caso del sujeto dedicado a la política, la experiencia fue como sigue de acuerdo con su discurso:

“Y entonces viví lo que me decía mi padre: en política no hay amigos... los amigos se cuentan con los dedos... y cuando recibíamos regalos en la casa nos paraba y nos decía: -Esos regalos no son para nosotros, son para el puesto que ocupo...-, y junto con los regalos la gente se alejó de él cuando perdió el poder, y de mí también cuando ya no tuve puestos... nunca me tendieron la mano... Llega un punto en que ya ni te contestan el teléfono y cuando vuelves a tener poder te dicen: hermano, siempre te he querido y valorado... lo peor es que vuelve uno a caer... de cuarenta a cincuenta gentes que busqué sólo me respondieron dos... en muchos lugares...” (político, 46 años).

Mientras que para el ingeniero y administrador de empresas la narración fue así:

“... Cuando siento que el mundo se me viene encima, siempre busco la parte agradable, la buena parte, y pues al menos eso es lo que me mantiene; sin embargo sí hay muchas cosas, efectos en tu vida personal, desde lo social, la relación con la gente que te rodea... Es horrible saber que cuando tú no necesitabas tenías muchos amigos, cuando tú podías pues tenías amigos. Yo me acuerdo que cuando tuve bonanza -y me gusta ser espléndido-... invitaba todo... 14 o 15 personas, bebimos, comimos y yo pagué todo... yo sentía ganas de hacerlo por eso lo hice... ellos ya no estuvieron cuando yo los necesité...” (44 años).

“... Eso es algo crítico, o sea, yo creo que el mayor daño que ha habido es en los amigos. Tú conoces a D., que ha sido mi amigo desde toda la vida, nunca habíamos estado tan distanciados como ahora, y por muchos motivos... él pues, obviamente por lo persistente y buenas oportunidades que él mismo se ha generado y que las ha manejado muy bien, tiene una situación económica muy desahogada, está muy bien económicamente. Esta diferencia para él es muy importante, él ya no me puede mezclar a mí con sus amigos. Ahí viene un distanciamiento realmente, ha habido como un reciclamiento de amistades, las amistades viejas ya no son mis amistades de ahora por problemas económicos (...) porque la mayor parte de las veces, cuando me invitaba a ir con ellos tenía que pagar él. Yo le decía: no, no voy; y él me decía: vente, yo invito. Y tenía que ser todas las veces porque no puedo soportar yo ese ritmo de gasto...” (49 años).

IV.- Malestares directamente relacionados con la esfera laboral

IV.1.- Malestar por el maltrato en el trabajo

Uno de los informantes manifestó abiertamente su malestar por el maltrato que le dieron en el trabajo; esto le permite ser capaz de señalar a los responsables directos de su situación de desempleo y no juzgarse a sí mismo como el responsable.

“Te tienes que ir de N, si yo hubiera tenido algún problema cardíaco ahí quedaba, pero le digo: ¿qué pasó, qué hice mal? o ¿cuál es el motivo? Entonces ya se paró y empezó a decir dándole muchas vueltas, pero yo ya sabía que habíamos pisado callos ahí y que alguien tenía que pagarlo de plano, sí. Entonces ni... -pues es que no completaste toda la información que te pidieron en Suiza-... me empezó a dar una serie de pretextos sabiendo que no era por ahí, ya estaba tomada la decisión y yo no podía ir en contra de ella. Me interesa saber la razón porque no estoy de acuerdo con la manera... y entonces me cayó el veinte... finalmente esto es un negocio y si no sirves... mientras te quieren, mientras les sirves y luego ya... y de repente dije -para qué estoy aquí, no voy a ganar nada-... hasta lo quieres golpear... no te dan una razón pero lo golpeo y les regalo los veinte años ¿no? Entonces dije -bueno, tengo que ir a ver a Gabriel, el jefe de Recursos Humanos-... Lo voy a ver y veo que ya tenía todo preparado aprovechando todo el esquema del recorte de personal, con esa fecha me incluyó a mí para que yo fuera como parte de la reestructura y ese fue mi dolor, el sinsabor de 20 años en 15 minutos... le dije: ‘Pudiste habérmelo dicho, de hombre a hombre ¿no?’. Sí, entonces, firmé mi renuncia, Gabriel fue parte del juego... No era mi papel el rogar una explicación; después de tantos años de conocernos, tenía que salir con la frente en alto... Fue un shock para todos el enterarse... no faltó el que lloró... fue un relajo... firmé la renuncia... no me podía quejar porque entonces la compañía me monitorea y nadie más me contrataría... habría un conflicto cuando alguien más me quiera contratar... Fui a ver al Director con el que había hecho muchos proyectos y me dolió mucho su respuesta porque después de haberlo visto muy bien me di cuenta de que no éramos amigos porque me dijo: ‘Mira cuate yo no tengo nada que ver con esa decisión’. Yo le digo: ‘Pero tú podías haber hecho algo por mí si sabías que me iban a pedir la renuncia, ¿por qué no me brindaste la oportunidad en otra área?’. Bueno, le pregunté a quien le iba a entregar porque a mí me interesa dejar las cosas bien... A mis colaboradores sólo les dije que había acabado mi ciclo en N. Yo no sabía qué decirles, ese cuadro de ver a mi equipo ahí en mi oficina sus caras y no tenías argumento para decirles por qué te ibas porque ni yo sabía por qué... les pedí que hicieran bien su trabajo... Yo me rehusaba internamente a dejar mi paraíso de toda la vida, porque finalmente mi vida profesional fue N y era lo único que conocía...” (Ingeniero, 46 años).

Este mismo informante continuó mostrando su enorme malestar por las estructuras del trabajo y las formas que allí se manejan. Narra una siguiente experiencia cuando trabajó para el gobierno:

“Otra vez tengo que dejar a mi familia, ni modo, consigo casa en Cuernavaca... y empiezo a hacer el trabajo... ya sabes con todas las penurias que se pasan ¿no?... El sueldo que me ofrecieron no me lo podían pagar... mucha chamba... muchos días sin comer... mucho desgaste, pero finalmente yo quería trabajar... otra vez me equivoqué. Perdí 6 kilos y para qué, por estar tratando de que las cosas salieran bien, por ver toda la estructura, cómo mejorarla, olvidé lo más importante que es quedar bien con el de arriba... por hacer toda la talacha y absorber toda la responsabilidad... como en N. Me olvidé de ir a cenas, al golf, que es lo que les importa, mi esencia no es así, no me gusta así bolear los zapatos... ni nada, entonces yo lucho contra eso aunque lo entiendo... mi trabajo y mi responsabilidad no me dejaba tiempo para otras cosas... pasa un año y mejora mucho la administración, gracias a mi trabajo, el primer oficial mayor que no está enredado en malos manejos, eso dicen muchos. Conmigo no había corruptela con los proveedores... la gente se mostraba agradecida y me hacen fiestas y comidas, me regalan botellas, camisas, todos felices, aun ahora algunos están tristes por mi salida de ahí. Me mandan correos diciéndome que me extrañan... Me cambian, dicen que no di resultados, luego vieron que no fue mi culpa, pusieron a otro que volvió a hacer todo como los de antes, pero ese ya no era mi boleto...”(Ingeniero, 46 años).

Por su parte, otro de los sujetos dijo:

“... Te calificaban, y te medían y todo. O sea, una presión muy fuerte, muy, muy fuerte, la amenaza. Y luego no faltan los gerentes déspotas, y gerentes imbéciles, de todo, y te dices ‘¿Qué estoy haciendo aquí?’, ¿no? Y ‘Pues te voy a correr’, y de eso que dices ‘Pues córreme güey, de una vez’ ¿no? Todo ese ambiente se va dando. Entonces yo el último año, yo el último año yo dije -esto no va a tardar, francamente es cosa de tiempo, yo tengo que estar preparado-...” (56 años).

IV.2.- Enfrentar un nuevo mundo: la búsqueda de trabajo

Evidentemente, lo que cualquier persona sabe que debe hacer desde un inicio ante la pérdida del empleo es iniciar la búsqueda de trabajo. Aunque pueda parecer simple, esta actividad implica un gran esfuerzo emocional para los varones, pues ha llegado a significar un reconocimiento de la propia vulnerabilidad y carencias ante el modelo hegemónico de masculinidad.

Al respecto, los varones entrevistados narraron sus experiencias, como las del ingeniero de 46 años, quien se refiere también al malestar de enfrentar un nuevo mundo: buscar trabajo. Después de irse unos días acompañando a su padre, quien confiaba en que de inmediato encontraría otro trabajo, a un viaje porque su tío estaba por morir, se enfrenta al desafío de buscar trabajo y lo narra:

“Regreso después de año nuevo y empiezo a buscar trabajo... preparar currículum, yo decía -qué hago, yo nunca he estado desempleado-... ahora a buscar esa lista de ‘head hunters’, meterse en la página, actualizar currículums, eso es lo primero que hay que hacer ¿no? Entrar en Internet, mandar el currículum a medio mundo” (46 años).

Y hace una reflexión muy interesante en relación con el tema del dolor:

“Creo que ese fue mi grave error, en lugar de empezar a analizar la crisis por la que estaba yo pasando, el impacto en mi familia, me puse como pensando que eso iba a aliviar mi dolor, a estar yendo a entrevistas de trabajo, y yo no empataba...” (46 años).

Una característica de los varones entrevistados es que nunca se habían visto en la necesidad de involucrarse en la actividad de buscar empleo, lo cual los expuso a situaciones difíciles no previstas, como el percatarse de que para lograrlo quizás tuvieran que hacer a un lado toda expectativa relacionada con el éxito y desarrollo profesional en un área por ellos elegida.

“... Yo siempre había trabajado para mí ¿no?, o sea, realmente yo no sabía trabajar para alguien más ¿no?, y empecé a poner, yo dije: no, yo lo que tengo que hacer es por mí propio, por mí mismo y lo que voy hacer es... yo lo que no quiero tocar es nada de raquetas, lo que había sido antes ¿no?, de instrumentos deportivos. Voy a poner en marcha lo que yo tengo, lo que acabo de aprender allá en D., que son cursos de desarrollo empresarial y entonces, pues vaciado, porque empecé a promoverme, medio promoverme, y pues no, no funcionaba, no funcionaba...” (46 años).

Algunas conclusiones

Las diferentes fuentes de referencia y confirmación masculina se ven afectadas por ciertos factores de transformación social que, de acuerdo con Gomáriz (1997), fragilizan la identidad de los hombres en espacios donde ellos se relacionan consigo mismos, con sus pares, con sus parejas, tanto con las generaciones anteriores como con las posteriores a la suya.

Dada la construcción social del género, así como de los mandatos de la masculinidad aún dominante, en el espacio intra-personal la identidad de los hombres se fragiliza cuando tienen dificultad para adquirir o desempeñar su profesión o cualquier actividad regular con la que se identifiquen para obtener reconocimientos personales e ingresos económicos.

Cuando en el trabajo los hombres no alcanza el éxito esperado o su carrera profesional se ve interrumpida, pueden tener una imagen de sí negativa, relacionada con su propio fracaso o frustración. Esta situación daña su desempeño público y sus prácticas sociales en las que necesitan mostrar independencia y autonomía económica, pues la representación del dinero les permite ejercer poder.

En la segunda mitad del siglo XX en México, se dieron cambios importantes: un salto cualitativo en el nivel educativo de las mujeres, disminución importante de la fecundidad, nuevas actividades profesionales y sociales de las mujeres, cuestionamiento a la dominación masculina, entre muchas otras. Estos cambios estructurales generaron transformaciones al interior de las familias, en las relaciones de pareja, en cuanto a las funciones proveedoras crecientes de las mujeres, haciendo menos necesaria esa función por parte del género masculino.

Consecuentemente, se dieron cambios normativos y de facto en el reparto de poderes conyugales, por lo menos en algunos sectores sociales. Así también, aparecieron cuestionamientos de los miembros de la familia a las formas tradicionales de ejercicio de jefatura masculina.

Sin embargo, resulta muy importante aclarar que los cambios socioeconómicos y demográficos no se reflejan de manera inmediata o lineal en las relaciones entre los géneros, ni se dan las transformaciones en el imaginario colectivo o en las representaciones sociales de forma automática. Se trata de procesos de gran complejidad que además tienen distintos acentos y ritmos dependiendo de factores culturales, históricos, étnicos, de clase, entre otros.

Lo que es cierto es que la nueva capacidad productora-reproductora de las mujeres reduce la importancia de la función proveedora-protectora masculina, al tiempo que el mismo hecho de que las mujeres incursionen en áreas tradicionalmente masculinas se percibe como amenazante para la identidad del varón. Esta amenaza es vivida básicamente de dos maneras: en unos casos como pérdida efectiva, y en otros como una exigencia para el hombre de elevar su desempeño para aumentar la distancia entre ambos sexos en cuanto a su capacidad productiva y proveedora (Gomáriz: 1997).

Se ha documentado (Montesinos, 2002) que los hombres experimentan tensiones que los colocan en una situación anímica que sufrir una depresión, sentir impotencia, enojo, frustración y violencia; pueden desembocar en actitudes de apatía, retraimiento, pérdida de confianza en la capacidad para asumir obligaciones de esposo y padre, actitudes que pueden constituir en algunos casos el trasfondo del comportamiento irresponsable de los hombres. Lo anteriormente expuesto concuerda con los resultados de la investigación que nosotras llevamos a cabo, en términos del tipo de malestares que los hombres experimentan a partir de su situación de desempleo.

El tránsito del empleo al desempleo constituye un pasaje hacia la exclusión, que significa una amenaza a la identidad de los varones y que se acompaña de una realidad social caracterizada por la indefensión. En general estos varones, al perder el trabajo, experimentan pérdida de ingresos, pero a la vez algunos pierden una cobertura social digna; por lo tanto, experimentarán deterioro en su calidad de vida y en la de sus familias.

Los testimonios de los varones que nosotras entrevistamos, evidencian cambios en las dinámicas familiares, en el tipo de autoridad ejercida con la familia y la pareja, que dejan ver que la pérdida del empleo tiene repercusiones mayores que dejar de percibir dinero. Hemos podido constatar que, dada la construcción social de la masculinidad dominante, el trabajo para ellos tiene un valor simbólico específico.

Estas nuevas realidades no sólo alteran las dinámicas familiares sino que constituyen una situación que se extiende en la sociedad mexicana; quizá una ganancia secundaria será en el futuro una revisión o replanteamiento de las representaciones sociales sobre la masculinidad y la feminidad.

Bibliografía

Bourdieu, Pierre (1998), *La dominación masculina*. París. Senil.

De Keijzer, Benno (1997), “El varón como factor de riesgo”, en *Género y salud en el sureste de México*. Villahermosa: ECOSUR-UJAD.

De Keijzer, Benno (2003) “Hasta donde el cuerpo aguante: Género, Cuerpo y Salud Masculina”. En Carlos Cáceres y Rosana Vargas (coords.) *La salud como derecho ciudadano: perspectivas y propuestas desde América Latina*. Foro Internacional Ciencias Sociales y Salud. pp. 137-152.

Figuerola, Juan Guillermo (2001), “Los procesos educativos como recurso para cuestionar modelos hegemónicos masculinos” en *Diálogo y debate de cultura y política*.

Año. 4, Núm 15-16 (Número especial sobre Política y Género). México, Centro de Estudios para la Reforma del Estado.

Giddens, Anthony (1998), *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid, Cátedra.

Gomáriz, Enrique (1997), *Introducción a los estudios sobre masculinidad*. San José de Costa Rica. Centro Nacional para el Desarrollo de la Mujer y la Familia.

Jiménez, María Lucero; Collin, Laura; Olivia Tena Guerrero, Olivia; Gómez Solórzano Marco A. (2003), *Proyecto de investigación internacional y multidisciplinario: "Crisis de empleo y crisis de masculinidad: los casos de México y Argentina"*, México. Archivo de los autores.

Jiménez, María Lucero, y Tena, Olivia (2005), "Algunos malestares reproductivos en la experiencia de los varones". México, El Colegio de México. En prensa.

Kopp, Maria S., Skrabski, Árpád y Székely, András (2002), "Risk factors and inequality in relation to morbidity and mortality in a changing society", en *Heart disease: environment, stress and gender*. Gerdi Weidner, Maria S. Kopp y Margarita Kristenson (eds.), Budapest, IOS Press.

Montesinos, Rafael (2002), *Las rutas de la masculinidad*. Barcelona. Gedisa.

Viveros, Mara (2006), "Teorías feministas y estudios sobre varones y masculinidades. Dilemas y desafíos recientes" en: *Violencia ¿el juego del hombre? Memorias del II Coloquio de estudios sobre varones y masculinidades y I Congreso Nacional de la Academia Mexicana de estudios de género de los hombres*. México.

CAMBIOS EN LAS REPRESENTACIONES CULTURALES GENERICAS MOTIVADOS POR EL DESEMPLEO

Laura Collin Harguindeguy

I.- Planteamiento del problema

Los estereotipos sobre lo que significa ser varón constituyen normas que dimensionan las valoraciones sobre las acciones de los hombres en sus relaciones con otros varones y con mujeres. Dentro de estas normas se encuentra, como una demanda relevante, asumir funciones de proveedor de familia cuando es adulto dentro de una unidad doméstica (Tena, 2001). Sin embargo, esta es una época en la que ser proveedor no depende exclusivamente de las capacidades y formación profesional de los individuos afectados por dicha norma, sino de los movimientos del mercado laboral. Estos, a su vez, son consecuencia del cambio de paradigma económico hacia el *libre mercado* y la *desestatización* -situación que caracteriza a las economías latinoamericanas actuales. Surge entonces como tema relevante a explorar, si la crisis laboral afecta o repercute sobre la imagen de la masculinidad, las formas como los varones experimentan el desajuste, se resisten o se adaptan al interior de sus familias, sus consecuencias sobre estas y sus posibles reestructuraciones, a partir de la pérdida del trabajo (Jiménez, Collin, Tena y Gómez, 2003).

La crisis laboral que se experimenta en países como Argentina y México, aunque con sus particularidades, grados de complejidad y deterioro económico, se relaciona con diversos aspectos, tales como la instauración de un modelo de desarrollo neoliberal caracterizado por una economía abierta, competitiva y regulada por el mercado con una participación del Estado cada vez menor. Este modelo implica funciones económicas, transformaciones tecnológicas y organizacionales que buscan la reducción de costos sin importar la disminución de la planta laboral y las condiciones de empleo; quiebras de empresas incapaces de ajustarse a las nuevas condiciones de competencia desigual y del incremento de las importaciones por la globalización de la economía; privatización de industrias estatales y servicios públicos; y adelgazamiento de servidores públicos sustituidos por empresarios con nula experiencia en el sector, tal como se ha observado en el caso mexicano reciente. La transformación del mercado laboral es motivo de diversos análisis (Castells, 1989; Gómez Solórzano, 1992), en los que destaca como fenómeno generalizado la disminución y pérdida de empleos. Los diversos autores señalan como responsables de la reducción en la

demanda de empleo a los procesos de automatización y robotización (Freyssenet, 1997; Arjona, 1996), a la utilización de la tecnología de punta (Colon Warren, 2000), al adelgazamiento del sector público consecuente con las políticas de ajuste, al énfasis adjudicado a la necesidad de la reducción del déficit y al retiro del gobierno en la conducción o intervención en la economía y las políticas de privatización de empresas del sector público (Mackinlay, 1999), que operaban con la lógica de la generación de empleo público. A nivel fenomenológico los cambios aparecen como aterradores. La percepción de los trabajadores (Arrospide, Barring y Bedoya, 1998) se nutre de una cultura productiva que valorizó el trabajo estable, regulado y en relación de dependencia, en el que rigen los derechos laborales y existen prestaciones, y la aspiración a un retiro digno. El trabajo es entendido genéricamente como empleo, y la asociación es tal que se tiende a confundir empleo y trabajo. Contrariamente, el nuevo mercado laboral apela a la mentalidad emprendedora, el trabajo “free lance”, en un mercado libre, desregulado, con mínimas prestaciones y mínimas garantías de futuro y autonomía. El desfase entre la percepción del *empleo digno* y las oportunidades de “mercado”, genera en los sujetos situaciones de frustración, depresión, impotencia, tensiones y conflictos familiares, rupturas de lazos y redes sociales. Estos efectos se suman a las inevitables consecuencias económicas del desempleo o el subempleo en cuanto al desperdicio de capacidades productivas individuales y sociales de las personas excluidas de la producción, la destrucción de fuerzas y capacidades productivas, el descenso social de las familias, así como el surgimiento de *nuevos pobres* descontando el incremento de las actividades al margen de la ley o las francamente delictivas.

Analizados desde una perspectiva de género y considerando las normatividades dominantes, el trabajo femenino y el masculino aún tienen diferentes significados construidos socialmente. En estudios previos sobre la masculinidad, el modelo masculino se identifica con el de trabajador, mientras que el modelo femenino se identifica con el de madre y esposa. Si bien esta premisa resulta afirmativa en lo general, también es cierto que en los otros roles que competen a ambos géneros, se construyen significados y se asigna un contenido a cada uno de manera social. Si bien existe un patrón occidental, con similitudes a los de otras sociedades, donde se establece un modelo masculino, del mismo modo existen particularidades *identitarias* que corresponden a las diferentes culturas. Al interior de una misma cultura, se presentan diferencias que se relacionan con los estilos culturales (Douglas, 1998).

En este escrito se pretende argumentar en relación con los modos de la paternidad y los contenidos que se asignan al concepto, y sostener que éstos presentan variaciones de acuerdo con el contexto, contexto que puede referir al nivel nacional o al de grupos específicos. Considero que existe en Argentina, al menos en el seno de determinados

grupos sociales, un proceso o pauta de relación con respecto del cuidado de los hijos y la participación en las tareas del hogar, que se diferencia de la construcción nacional de la masculinidad de la existente en algunos sectores en México, donde tales actividades están vedadas a los varones, o son descalificados si las cumplen. Se presenta una relación paternal del marido con respecto a la esposa que puede considerarse como sustitutiva del rol paterno, pautas que se inscriben en las normas de parentesco, como las entiende la escuela británica (Fox, 1967). A esos modos diferenciales de asumir la relación conyugal las denominamos *paternización* y *paternalización*. En las entrevistas realizadas en México y Argentina con el objeto de identificar las reacciones masculinas ante la pérdida del trabajo se evidenció que la crisis es menor cuando los hombres pueden desempeñar otras tareas, y estas tareas no afectan de manera contundente su autoestima. Contrariamente, cuando éstas les son vedadas o restringidas, se incrementa la sensación de frustración y la posibilidad de la ruptura de la pareja.

II.- Los hombres ante la pérdida del trabajo

Ubicándonos en el contexto económico y social antes delineado, un grupo de investigadoras e investigadores nos propusimos recabar y mostrar testimonios de varones jefes económicos de familia con el fin de analizar el impacto de su situación de desempleo o de deterioro laboral en su autopercepción, en sus relaciones sociales y familiares, en la valoración de su género y de los papeles asignados. A través de relatos de vida de varones en situación de desempleo o deterioro laboral, pretendemos documentar transformaciones en valoraciones, disposiciones y prácticas relacionadas con el significado de la masculinidad. En consonancia con la hipótesis del proyecto de investigación, ateniéndonos a datos recabados de manera informal, y tomando en consideración otras investigaciones, se esperaba encontrar situaciones traumáticas en los varones desempleados, que afectarían la estabilidad familiar. En diversos estudios realizados en México y Argentina se ha documentado una mayor propensión de las esposas e hijos a trabajar, como estrategia de supervivencia, cuando los jefes de familia han dejado de percibir ingresos o cuando éstos disminuyen (García y Pacheco, 2000; Cerutti y Centeno, 2000; García y de Oliveira, 1998, Collin, 2003). El trastrocamiento de roles por la disminución o pérdida de ingresos en los varones que antes habían sido reconocidos como jefes económicos y de familia, parecía propiciar la desintegración familiar por separación, ya fuera porque el esposo -jefe de familia- no hubiera soportado la presión (Zaizar, 2003), o por que la mujer lo excluyera del mismo, al asumir ella el sostén del hogar. En otros casos el cambio de situación podría conducir a una redefinición de papeles o *funciones sociales reconocidas, que incluiría posibles conflictos entre los valores normativos tradicionales y los emergentes* (Jiménez, Collin, Tena y Gómez, 2003). Si bien los estudios sobre las consecuencias del desempleo son incipientes, se evidencian ya síntomas de malestar

psicofísico (Berstein, Boso y Salvia, 2002) y problemas de somatización así como depresión profunda (Maciel, 2004), malestares vinculados con la exigencia de autonomía económica, fortaleza, desarrollo personal y autoafirmación que les permitan concebirse como *seres-para-sí-mismos* (Cazés, 1998).

En las entrevistas (Buenos Aires y México) a varones de clase media, instruidos, que hubieran ocupado posiciones de mandos medios y que perdieron su trabajo, se constataron algunas de las hipótesis mientras otras parecieran no verificarse. Las entrevistas sugieren una redefinición de roles, que no se vivencia de manera traumática, cuando existen ciertos antecedentes previos en el patrón de masculinidad. En algunos de los casos de México, se ha percibido el deseo manifiesto de hacerlo, confrontado con cierta sanción social negativa que, en la mayor parte de los casos, provino de las mujeres. Las entrevistas en ambos países:

- Constatan que la pérdida o disminución laboral constituye un hecho traumático, que afecta la identidad masculina.
- Hasta el momento, esta situación no implicó en la mayoría de los casos la separación de la pareja, ni conflictos extremos.
- En todos los casos en los que se minimizó el conflicto, se debió a la presencia de nuevos arreglos en la pareja y cambios en los roles respectivos.
- En la comparación con otros casos donde tales conflictos sí se presentaron se intuye que la adaptación a la nueva situación se facilita sobre todo en relación directa con tres variables:
 - Trabajo previo de la esposa
 - Madre que trabajaba
 - Grado de paternización

En los casos de Argentina, los varones, en el período en que dejaron de trabajar, asumieron casi sin conflictos las tareas vinculadas con la paternización y el desempeño de tareas en el hogar, asimismo se estableció una nueva división del trabajo donde a la mujer le correspondió asumir el papel de proveedora principal y al hombre el de llevar y traer hijos. En México, en las entrevistas en las que se presentó un cambio de roles, cuando los hombres asumieron tareas con respecto al cuidado de los hijos, enfrentaron mayores dificultades. Por otra parte, se evidenció una mayor presión en relación con el rol como proveedor, fundamentalmente por parte de las esposas. La diferencia en relación con la paternización tuvo que ver con la sensación de ridículo, diferente en uno u otro caso. Los hombres que hicieron esos cambios de roles en Argentina no tuvieron tantos problemas, pues en las entradas y salidas de las escuelas y en las juntas de padres estaban presentes otros hombres. En los casos mexicanos se sentían extraños en un mundo femenino. En cuanto al rol de proveedor principal,

en México adquiere una dimensión más imperativa, ya que la responsabilidad de sostener económicamente se extiende a todas las mujeres de la familia.

III.- Las entrevistas¹

Se realizaron 7 entrevistas en cada país y un “focus group” con varones universitarios desempleados, en México. Todas correspondieron a varones entre 35 y 55 años, que hubieran sido proveedores principales en el hogar y que hubieran alcanzado puestos directivos a nivel laboral. Si bien en todas las entrevistas se respetó el criterio de que tuvieran estudios universitarios y se hubieran desempeñado en puestos directivos, en las de Buenos Aires, cinco corresponden a la clase media baja y dos a un nivel más alto, mientras que en México la proporción resultó inversa. La diferencia se construye en función del nivel económico y escolar de la generación precedente, por lo que se puede considerar que los clasificados en un nivel más bajo representan casos de ascenso social. En el caso de México, dicha distinción agrega el componente de poder ser clasificados como originarios de la cultura tradicional.

Repercusiones emocionales del desempleo

La valoración de la pérdida de empleo como una situación conflictiva se constata en las entrevistas realizadas en ambos países. Los entrevistados en Argentina reconocen que la pérdida de empleo constituye un *problema álgido*, y admiten la existencia de “... gente que hasta se ha suicidado”; en este caso, el informante coloca el problema en otras personas. En el nivel personal algunos lo identifican como *un tiempo para pelearse*: “... uno estaba nervioso, el otro estaba nervioso y se transmitía en peleas”, también aparece la auto responsabilización, cuando se admite que “... las discusiones se producían porque yo estaba mal”, y refieren haber sufrido una “depresión muy grande”. En las entrevistas de México el tema aparece pero menos relacionado con el sujeto y más con los otros, fundamentalmente con las esposas. Sin embargo, en una de las entrevistas se reconoce que “se me había caído la autoestima” y en otra que “ánimicamente ha sido muy difícil” refiriendo cierta situación depresiva e inclusive haber *consultado al médico*². Cabe señalar que al menos en dos de las entrevistas mexicanas el desempleo aparece como oportunidad. En un caso el

¹ Las entrevistas en Argentina fueron realizadas por Nicolás Viotti, entonces becario de CONICET en la maestría en Cultura y Sociedad, del Centro Argentino de Etnología Americana (CAEA)-CONICET- IUNA (Instituto Universitario Nacional de las Artes, Argentina) y las de México por Laura Collin y Argelia Torres, Profesora Investigadora y Asistente de Investigación, respectivamente, en el Colegio de Tlaxcala.

² Cabe mencionar que en México es menos frecuente que en Argentina, que los varones recurran a algún tipo de análisis psicoterapéutico.

informante lo valora de manera positiva: “esto de ser independiente, de no pertenecer a nadie, que tú eres tú, tu proyecto... me siento muy americano, muy individual y muy bien”; en el otro refiere a la posibilidad de incursionar en la lectura: “Nunca había tenido la oportunidad de leer, *ahorita* estoy llegando a la cifra de los noruegos, como 20 libros al año”.

En los casos de Argentina, el principal problema reportado remite a la imagen del desempleado en el seno de la familia ampliada. La imagen de ser *para sí mismo*, como dice Cazés, se construye a partir de la mirada de los otros, las personas cuya opinión importa, ante quienes el sujeto desea ser reconocido. Esta mirada de los otros es la que aparece como el aspecto más conflictivo. En ninguno de los casos de Argentina el grupo incluye a la esposa, a la que invariablemente se señala como solidaria, sino a la familia extendida, a los padres pero sobre todo a los hermanos, quienes: “... siguen con su ritmo de vida y vaya a saber quién queda en el camino..., como que te menosprecian”. En esta descripción salta a la vista un dejo de competencia, pues *su vida* refiere a seguir *cambiando automóvil cada año*³. Si la visión displicente de los hermanos que siguen su vida genera competencia, la preocupación, que se vivencia como conmiseración, puede resultar igualmente lesiva: “... sentía que trataban de cuidarme, me trataban de una manera distinta, y eso me enfurecía más”. La esposa aparece brindando apoyo: “Con la bruja no, la bruja en eso fue excelente”. Sin embargo, la solidaridad femenina incrementa el nivel de auto responsabilización: “... me sentía mal yo mismo, mi esposa me quería ayudar y es difícil ayudar a una persona que está continuamente pensando ¡por qué le pasó a uno, por qué nadie le da a uno la posibilidad de reinsertarse en el mercado laboral!”. En otros casos, el malestar refiere a la propia identidad y a la sociedad en general, exculpando a los parientes cercanos, incluyendo la esposa: “Me traía problemas conmigo mismo y con la sociedad de m... esta, nada más”. En las entrevistas en México, la censura social y la pérdida de amigos y familiares también aparecen como consecuencia de la pérdida de empleo, pero bajo la forma de autoretraimiento, por no poder afrontar el gasto del consumo en restaurantes, o respecto de amigos y parientes que no los visitan por “no hacerles gasto: el estigma de saber que estás desempleado...”, al que adjudican “como vamos a darle lata... vamos a generarle gastos”, o lo consideran “mutuo distanciamiento”... “al principio lo ves como mala onda... como no tengo chamba se alejan de mí... como no puedo ayudarlos se alejan de mí”. Aparentemente la situación es la misma, pero en las entrevistas de México no se evidencia enojo con los familiares y amigos, y sí una sensación de ridículo, al no poder cubrir las expectativas de los *otros*.

³ La competencia entre hermanos ha sido tratada por los estudios de parentesco en muchas sociedades.

Las actividades de los desempleados

En casi todas las entrevistas realizadas en Buenos Aires, refieren haber asumido tareas en el hogar, aclarando que se trata de funciones que ya desempeñaban. En algunos casos mencionan todas las actividades domésticas: “Desde antes llegaba a la casa a trabajar igual a la par, hacía el jardín, me dedicaba a los chicos, les daba la mamadera de noche”; un entrevistado entiende la *división del trabajo doméstico*, como no diferenciado, con tareas indistintas: “Yo puedo cocinar y lava K, y si no hacemos al revés, nos repartimos el trabajo”. En otros casos admiten haber realizado exclusivamente algunas tareas, como “sólo cocinar”. Es de señalar que el desempeño de dichas tareas es remitido al proceso de socialización infantil: “... siempre lo hice, mi mamá nos hacía lavar los platos, desde los siete años a la fecha yo lavo platos, cambio pañales, limpio *culos*, lavo el piso, lo único que no sé hacer es planchar, coso botones, hago comida”.

En sólo una de las historias, el entrevistado niega haber desempeñado tareas domésticas previas o con relación al cuidado de los hijos, sin embargo el tono con el que se refiere al hecho no demuestra rechazo. Haber emprendido un papel protagónico dentro del hogar se reporta en este caso como una ganancia, como una oportunidad que le permitió acercarse a sus hijos: “La relación con mis hijos empezó cuando yo dejé el trabajo en relación de dependencia. Anteriormente no tenía tiempo para dedicarme a mis hijos. La infancia de mis hijos, la perdí”. Cabe mencionar que este testimonio corresponde al hombre de mayor edad que hemos entrevistado, que, por tanto, pertenece a una generación diferente. Sin embargo, otro de los testimonios de la misma generación, un hombre de más de cincuenta años, reconoce que su participación en las tareas domésticas proviene de su padre: “Mi papá era un padre de esta época que compartía, que dialogaba, que jugaba, que nos llevaba el desayuno a la cama, que nos mimaba físicamente, yo le copié al viejo, entonces mi rol era muy parecido al del viejo”. Su padre pertenece a la generación de los treinta, con hijos en los cincuenta, a lo que se agrega que es militar de formación.

En los casos mexicanos la mayoría se precia de saber hacer tareas domésticas, fundamentalmente cocinar: “me gusta cocinar, y lo hago muy bien” “nunca vi a mi papá en la cocina, pero supongo que aprendí viendo a mi mamá y a mi abuela”, “yo viví solo muchos años y aprendí”, “sé guisar muy bien... no lo hago por obligación... es mi *hobby*”. Pero este conocimiento no se reflejaba en el hogar, donde no realizaban tareas domésticas, relegadas al personal de servicio: “...el ingreso nos permitía contratar a una persona para las tareas”, “mi esposa cocinaba, pero el demás trabajo doméstico lo hacía una persona”. En dos de las entrevistas la participación del varón en las tareas de hogar aparece como previa a la pérdida del empleo y como producto

de un acuerdo de pareja: “Ella es profesional, cuando decidimos tener un hijo, lo platicamos... los dos íbamos a atender al hijo en el mismo porcentaje, los roles también, mita y mita”, mientras que en otro aparece como consecuencia del desempleo: “me dedico al cuidado de los hijos, los preparo para ir a la escuela, los llevo, les doy de comer, hago el aseo de la casa, les ayudo en sus tareas y no me alcanza el tiempo... quisiera tener tiempo para escribir, para pensar, para hacer algo para mí, pero a mí no siempre me da el tiempo, tengo que cuidar a los niños y hacer las tareas de la casa”.

En la situación de desempleo admiten haber asumido más funciones “... yo limpiaba la casa, estaba a cargo de la empleada, hacía la comida. Me hacía cargo de los chicos, del club...”, “cuando me quedé sin trabajo me dedicaba a todo lo que era la casa, a mi esposa la trataba de ayudar en todo eso, lavaba, planchaba, cocinaba, hacía las compras, o sea, reemplazaba todos los roles de la mujer para de alguna manera tratar de sentirme útil”. Esta última referencia a *ser útil*, resulta representativa de la necesidad de compensar la pérdida del papel proveedor con otras funciones. No aparece en ninguna de las entrevistas alguna resistencia o enojo por el trabajo considerado como femenino, mientras que en los casos de México la sustitución de roles se dificulta por el decidido rechazo de las esposas a que asuman tales funciones, la implícita censura social y como un ingrediente más: quienes asumieron tareas domésticas asumen el discurso femenino de la *falta de valoración del trabajo doméstico*. En los casos mexicanos aparece también el reencuentro con los hijos como factor satisfactorio: “los llevo todos los días a la escuela, estoy todas las tardes con ellos, la convivencia con mis hijos ha sido muy intensa”, “la pérdida del trabajo ha significado para mí una convivencia mucho más intensa con mis hijos” y en un caso la mención explícita a que en vez de afecta, la relación de pareja, la mejoró. Sin embargo, en tres casos aparece el manifiesto rechazo de las esposas a la participación masculina en las tareas domésticas y hacia su involucramiento con los hijos: “me gusta ayudar en la casa, ahora que he andado sin empleo formal, me corren de la casa: ‘ya son las 8 de la mañana, salte, vete, no se qué’, dice que no me quiere ver en la casa, porque me meto en la casa, porque veo unos pantalones y voy y los recojo, algo que está sucio... entonces ella dice que no me debo meter en eso”.

El rol proveedor

En Argentina, admitir el cambio de roles y que la esposa asumiera, aunque fuera de manera temporal, el papel como proveedora, tiene como antecedentes el trabajo previo de las esposas, quienes, en todos los casos, trabajaban, al menos desde que se casaron. Las referencias se repiten, señalando que su esposa “trabajaba desde antes de casarnos”, “ella tiene su carrera”, “siempre ejerció”. Se intenta entender el nuevo

papel de la mujer en el mundo laboral, aunque con la salvedad de *no entrar en competencia*. Es de notar que al menos uno de los varones considera que: “La mujer hoy en día tiene más posibilidades laborales que el hombre”. Sólo en una entrevista se manifiesta un condicionante al trabajo femenino, con un dejo de resistencia: “... no está mal, siempre y cuando en una pareja no se compita en la cuestión laboral”. El trabajo previo por parte de la mujer supuso un tránsito menos drástico a la sustitución del hombre como proveedor principal en el hogar. El reconocimiento del papel de la mujer en el trabajo se hace extensivo a la generación anterior, así el entendimiento o aceptación del rol laboral de la mujer manifiesta como antecedente el trabajo de las madres de los entrevistados, es decir que se criaron en hogares donde la mujer no desempeñaba el rol materno de forma exclusiva. Reconocen que “mi mamá no estaba todo el día en la casa, al trabajar todo el día, era muy activa”. En otros casos la sustitución en el rol de proveedor principal se encontró, del mismo modo, en la generación anterior: “... mi papá se jubiló, y mi mamá trabajaba”.

En México, si bien las esposas trabajaban antes, el mosaico se presenta de forma más compleja y se evidencia con mayor fuerza el mandato de desempeñarse como proveedor principal, dirigido hacia el varón. Por una parte se encuentran dos casos con patrón recurrente. El primero consiste en una esposa que trabajaba y que aunque sea de forma temporaria, abandonó el trabajo “para dedicar todo el tiempo a mis hijos”. El otro, también mencionado en tres casos y en el *focus group* con varones, remite a que el dinero que gastan las esposas lo gastan “en lo que les da la gana”. “Si gastaba en la casa era por gusto, no porque hiciera falta”, o “el hombre mantiene la casa, lo que gana la mujer es para sus chicles, sus gustos”, “el dinero que yo daba era para todo, ropa, colegiatura, comida... le daba el 90% de mi salario, me quedaba con 10% para mis gastos”. Inclusive en un caso en el que marido se encargaba físicamente de pagar las cuentas, le entregaba el dinero en “administración” a su esposa y luego le pedía para los pagos. El control de las finanzas domésticas por parte de la esposa, adquiere dimensiones exhaustivas por no decir persecutorias, por ejemplo, si el esposo le compraba algo a los hijos le decía: “¡que raro no tenemos dinero y tú siempre tienes dinero!”; es decir que el trabajo femenino no implicaba necesariamente gasto compartido, sino que la provisión económica era considerada como responsabilidad casi exclusiva del hombre. En dos casos se evidencia una inversión de los roles tradicionales, la mujer como proveedor principal. En un caso la esposa es feminista, en el otro se trata de una mujer madre⁴ que asume el rol proveedor. Esto sucedió, en un primer momento, como aportación para que el esposo prosiguiera estudios universitarios, y después del desempleo, para que continuara con estudios de postgrado. En el caso de la primera relación mencionada (feminista), el término inversión aparece

⁴La calificación es mía.

en sentido estricto, dado que en vez de aparecer una renegociación, se advierte que la esposa al asumir el papel proveedor, también asume actitudes masculinas tradicionales: “Tiene actividad fuera todo el día y en la noche llega y me pide cuentas y hasta me regaña”. Esta actitud incluye la desvalorización del trabajo doméstico: “es por el trabajo” a lo que el esposo le contestó “¿es que crees que lo que hago no es trabajo? ... y ella se disculpó”. La inversión también se muestra en la siguiente afirmación: “ella se siente presionada por no traer los recursos suficientes y yo siento que no puedo con esa carga (el trabajo doméstico) me gusta atender a mis hijos, pero me siento encarcelado”. En el otro caso (mujer-madre), si bien la esposa asume el rol de proveedor principal, no dejó de atender la casa y el esposo sólo cubre tareas domésticas cuando su esposa por motivos de trabajo no se encuentra presente.

En cuanto a las madres de los entrevistados mexicanos son menos las que trabajaban, en dos casos nunca trabajaron (con salvedad de un breve período de separación). En otro caso, si bien lo hacía, dada su formación como profesional, era bajo el patrón de que el hombre mantenía su función de proveedor principal y el ingreso de la mujer era considerado como *extra*. En los otros casos, que además coinciden con el estrato considerado más popular, el trabajo de las madres fue en el comercio (junto con el esposo, en dos casos) o como “negocio familiar” en el que trabajaban los hijos: “Todos trabajábamos y no nos pagaban, seguí trabajando en el negocio familiar hasta que terminé mi carrera”, y que el entrevistado conceptualiza como *matriarcal*, de *familia extensa*, regido por patrones tradicionales de “respeto, en ocasiones más por temor a cierta situación de desprestigio social, que por respeto natural”.

Es en relación con las madres donde los casos de México y Argentina más se distancian, pues mientras en la Argentina no aparecen referencias a obligaciones de los hijos con respecto a los progenitores con posterioridad al matrimonio, la continuidad del vínculo y la responsabilidad hijo-madre en los casos mexicanos aparece de manera recurrente. El mandato aparece en forma explícita para los varones que colaboran con el grupo doméstico en cuanto empiezan a trabajar. Uno de los informantes relata que su padre le dijo: “ya estás trabajando, necesitas hacer una aportación económica a la casa para tu manutención; y yo aporté una renta por vivir en mi casa”. Algo semejante sucede con los que trabajan en el negocio familiar “sin recibir paga”, pero también aparece como mandato permanente, aún después del matrimonio: “... finalmente te vas a encargar de tu madre y de tu hermana algún día”. El mandato fue efectivo, así que en otra parte de la entrevista señala, no sin un dejo de orgullo: “yo me responsabilizo de mi mamá y de alguna manera de mi hermana que vive con mi mamá y no aporta nada a la casa, quien aporta el dinero para la manutención de mi mamá, es el dinero que yo doy”, el mandato fue: “tienes que trabajar, porque vas a tener que trabajar toda tu vida y responsabilizarte de tu madre, de tu hermana, de tu esposa”.

El mandato exhaustivo emana de la relación que el padre del entrevistado mantenía a su vez con su madre y que él juzga como “muy edípica”: “mi papá estaba pegado a ella... la casa donde nosotros vivíamos era de mi abuela, y cada vez que mi papá iba a comprar casa, ella se opuso, desalentaba a mi papá a comprar casa... mi papá pudo ser muy autónomo pero no lograba romper ese vínculo con mi abuela”. Relación edípica extendida a todos los hijos varones y sus nueras, que generó problemas en la pareja de los padres del entrevistado: “ese fue el gran conflicto con mi mamá... estaba anulada... la que tenía la voz cantante era mi abuela”. El conflicto se resolvió cuando la mamá abandonó al papá: “un día se levantó, cogió sus cosas, a su hijo segundo y desapareció”. Para volver al hogar, aparentemente, renegoció el arreglo matrimonial, que excluyó la presencia de su suegra en su casa.

La posición de la mamá en tanto víctima de la suegra y del esposo autoritario, aunada a la muerte de los otros hijos varones, motiva al entrevistado a la relación de identificación y responsabilización con respecto a su madre: “no me salgo de la casa por mi mamá... sería un golpe muy fuerte para ella”. Es así que inclusive antes de casarse, cuando empieza a tener “buenos ingresos” le compra la casa en que vive y hasta la fecha se encarga de su manutención.

En los casos de las familias que operan con la lógica del grupo doméstico o UD (Corragio, 2002) el trabajo de los hijos como parte del mismo se sobreentiende: “mi papá heredó una panadería de mi abuela, los cuatro hermanos ayudábamos a hacer pan... fuimos formados con actitud solidaria”. Pareciera que sólo se liberan con la obtención de un título universitario, o la migración con ese fin, y asimismo esta obligación se extiende generacionalmente, recayendo en los hijos la obligación de atender a la madre, hasta su muerte, que en uno de los casos, fue prematura (a los 45 años).

Comparación de resultados

Los testimonios y las historias difieren en ciertos aspectos, y podrían clasificarse con criterios generacionales, o de acuerdo con el origen social. Sin embargo, a efectos de esta argumentación baste con señalar que, sin importar las diferencias sociales o generacionales, ninguno de los entrevistados manifestó resistencias o siquiera alguna molestia, por tener que desempeñar tareas domésticas o de cuidado de los hijos. El cambio no fue un producto exclusivo o forzado del desempleo. Como se observa en las entrevistas, surge sobre la base de la existencia previa de prácticas domésticas masculinas. Aparentemente el mandato en torno a la identidad masculina en Argentina, no excluye el cocinar, lavar trastes y cuidar niños. Uno de los varones explica la ambigüedad de los mandatos en estos términos:

“... la conformación de esta sociedad que es un telar bastante complicado, débil, sin raíces, sin nada firme y yo diría que hay distintas versiones del rol de jefe de familia, de acuerdo a la familia de la que uno viene. Para la familia de mi padre era un mensaje, para la familia de mi madre que era ricachona en el campo era otro mensaje. Mi papá para aquella época era el negro dominado, el *boludo* que le era fiel a la mujer, en mi familia pasa lo mismo, mis cuñados, mi hermano, cada uno viene con un mensaje distinto. En el grupo de amigos pasa lo mismo, hay roles totalmente diferentes, no hay un común denominador porque está todo roto en esta década, porque todo se trastocó en los '60, '70”.

La argumentación parte de una diversidad primordial, resultado de la mezcla étnica producto de la migración, del aluvión migratorio que entre 1880 y los años '30 repobló Argentina, con contingentes provenientes de toda Europa, pero también de los diversos países europeos del Este, del Medio Oriente y en fechas más recientes del Lejano Oriente. Flujo migratorio que incluye además a las poblaciones vecinas, varias de ellas con raíces aborígenes. Darcy Ribeiro (1968) califica a Argentina, Uruguay y Chile como pueblos trasplantados. Sin embargo no fue un traslado homogéneo, como pudo ser el de los ingleses a Sud Africa. En Argentina, al igual que en sus países vecinos, no se establecieron enclaves étnicos, con excepción a los ingleses, alemanes y algunos irlandeses -por decisión propia algo más cerrados y elitistas. Por el contrario, los inmigrantes se mezclaron, hasta los judíos se transformaron en gauchos⁵. Hubo muchos matrimonios interétnicos, que generaron una integración. Pero efectivamente en los matrimonios de orígenes diversos se mezclaron mandatos, estilos y costumbres que hasta hoy generan algunos problemas: “... como mi mujer es hija de gallegos y a las lentejas no les pone papas... por eso las hago yo, a la *tana*”⁶. La migración protagonizó la refundación de un país, que aún no ha concluido, que se encuentra todavía en formación (Collin, 2003). Podríamos metaforizar a la identidad nacional diciendo que aún se encuentra en la adolescencia; de allí su carácter provocador. Sobre esa *mélange* se superpuso el parteaguas de los setenta, al incorporar los paradigmas *liberacionistas*, *marxistas*, *feministas* y *psicologistas*, la época de los “ismos”⁷ que dividió una vez más a los argentinos -aún no reconciliados-, pero que impactó inclusive a los sectores que por sus posiciones ideológicas rechazaban y rechazan los “ismos”.

Aún admitiendo la explicación proporcionada por el informante, resulta significativo que al menos en todos los casos analizados aparezca sin conflicto el desempeño

⁵ Hago referencia al título de un libro.

⁶ El concepto “gallego” es un genérico que se usa para todos los españoles, “tano” se usa para los italianos.

⁷ Los “ismos” se refieren al socialismo, marxismo, maoísmo, feminismo, ecologismo, etcétera.

de tareas supuestamente femeninas, hecho que habla de la existencia de un patrón, más o menos generalizado, o al menos generalizado entre ciertos grupos, -entre los que se podría incluir al grupo sujeto de estudio, es decir entre 35 y 55 años, con escolaridad universitaria y de clase media y media alta-, que presentan un patrón de paternización.

En los casos de México se evidencia una tendencia inversa, con mayor presencia de la división exhaustiva de funciones en el grupo doméstico, y del mandato como proveedor, más que principal, casi exclusivo (aún en los casos en que la mujer trabaja). Esta obligación protectora se extiende a las otras mujeres de la familia, que podría calificarse como *matrifocal*, con menor permisibilidad a la participación masculina en el hogar y mayores problemas de pareja derivados de la pérdida del empleo. El mandato proveedor tiene su referencia central en el hecho de que el trabajo de la mujer no desvincula al hombre de la obligación de mantener a la familia, porque ser hombre es “ser muy cumplidor en su casa”, y por tanto el dinero de la mujer es para los gastos extras. Vinculado a la mayor presencia del mandato proveedor, se encuentra la necesidad de mostrar o recalcar su eficiencia previa al respecto. Si en los casos argentinos la única referencia al éxito económico fue remitida a los otros, “los que cambian de coche cada año”, en los casos mexicanos aparece de manera reiterativa la referencia al pasado: “Tenía un salario muy alto”, “...han tenido paseos... todos los años se han ido al extranjero”, “hemos ido cada año de paseo” “viajábamos una vez al año a EUA a visitar a un hermano de mi esposa”, “llegué a ocupar un puesto importante”. A esta auto reafirmación, se suma una actitud que podría ser considerada como negadora, en tanto en el primer momento del desempleo intentan mantener “el nivel de vida hasta donde pude”, en un caso mediante la deuda bancaria y posteriormente préstamos personales, a los que el entrevistado define como “juego financiero”, y en otro vendiendo el patrimonio acumulado. El segundo elemento diferencial remite a la dificultad para aceptar que los hombres se involucren en tareas del hogar, lo que implica la consideración del hogar y los hijos como espacio femenino exclusivo, tal como señala uno de los informantes: “porque el espacio natural es de ella”. Allí es donde se expresa el poder femenino y o las estrategias de resistencia femeninas (Calveiro, 2003).

De los siete casos mexicanos, en cuatro de ellos se presentaron problemas de pareja como resultado de la pérdida del empleo. En dos de ellos se produjo la separación matrimonial y en un tercero el enfriamiento de la relación y la postergación de la separación “hasta que pueda arreglar el problema económico”. En los casos de separación la decisión provino de la mujer, y la vinculación de este desenlace con el aspecto económico resulta evidente, y en cierto sentido dramático, por causa de la desvalorización de la masculinidad de su compañero: “tienes vocación de fracasado y ni para la cama sirves”, le dijo su compañera. En el otro caso el abandono fue igual-

mente hiriente en tanto la esposa regresó con su papá que le ofrecía mantenerla. En el caso del alejamiento, la formación católica de la esposa le impide plantear una separación o divorcio, por lo que opta, como muchas mujeres (*focus group*) por el enfriamiento y la abstinencia sexual. El entrevistado admite: “un enfriamiento en la relación... su hastío, su cansancio porque siente que todo lo está aportando”, y admite que “desde el punto de vista de pareja creo que mi relación está muerta, está tronada, muy resentida”. Sin embargo, difiere el enfrentar el problema “hasta que haya resuelto *mi* problema económico, en ese momento”, sostiene, “voy a abordar el asunto de mi pareja, de ver si se puede replantear. Si no, me voy a ir muy tranquilo porque ya le resolví el problema económico a ella y a mis hijos”, espectro en el que incluye a su mamá: “cuando tenga el primer ingreso fuerte le voy a arreglar la casa a mi mamá”. Resolver el “problema económico” supone para el entrevistado “... crear una pequeña fortuna para vivir cómodamente”. Justifica a su esposa “porque es hija de ricos, o porque cree que su problema es verse vieja y no tener un recurso para poder vivir”.

IV.- La paternización de los varones argentinos

La exhuberancia psicologista de los argentinos ha llegado a constituir motivo de hilaridad. Canta Joaquín Sabina: “... y un psicólogo argentino mostrándonos el camino”. Argentina es el país con mayor número de psicólogos *per cápita* y no bastando con ello, los ha exportado a otras latitudes. Una simple ley económica sostiene que si hay producción, existe consumo. Es cierto que la sociedad argentina urbana presenta un alto grado de personas analizadas; sin embargo también persisten sectores, sobre todo entre la población masculina, que se manifiestan refractarios a consultar con un psicoanalista. No obstante dichas resistencias, la incidencia de los psicólogos y psicoanalistas sobre la opinión pública no se limita al diván de consulta. Participan en foros, escriben en medios, platican en los cafés y lograron directa o indirectamente una psicologización de la sociedad. Con este término se hace referencia a la utilización, a nivel popular, de conceptos y explicaciones provenientes de esa disciplina, y en este caso se utiliza el termino popular en el sentido literal la palabra, es decir que aún en una *villa de emergencia* se puede escuchar a un *villero* hablando de *proyección*, *transferencia*, o de *psicópatas* como si fueran términos del *lunfardo* y no sólo un patrimonio de los sectores instruidos protagonistas de este estudio. El medio instruido, con mayor razón, se ha apropiado de los conceptos psicológicos, que hoy en día aparecen en Argentina como de uso generalizado tanto en la plática coloquial como en la académica.

Esta *psicologización* general de la sociedad, al menos en las grandes ciudades, abarcó campos como la formación de los afectos, las relaciones entre padres e hijos y particularmente lo relativo su forma de educación, temas entre los que destaca la necesidad de

una mayor proximidad afectiva y física del padre con los hijos. El magisterio argentino fue particularmente sensible a estos planteamientos de la psicología y los maestros se convirtieron en fervientes defensores de sus conceptos, al menos en lo relativo a los escolares y sus familias. Los maestros en Argentina tuvieron durante años un fuerte ascendiente sobre la población y formaron parte de los esfuerzos deliberados del estado por construir una identidad nacional (Cerrutti y Pita, 1998). De manera paralela, en Argentina se desarrolló una nueva rama de la disciplina, la psicología social de E. Pichon Rivière, rama especialmente protagónica en lo concerniente a la generación de nuevas construcciones sociales. Pichón Rivière comenzó a trabajar con grupos a medida que observaba la influencia del grupo familiar sobre sus pacientes. Su primera experiencia con grupos fue la *Experiencia Rosario* (1958), donde dirigió grupos heterogéneos a través de una didáctica interdisciplinaria. Siguiendo los conceptos de psicología social, afirmó que los seres humanos desde su nacimiento se encuentran insertos en grupos, el primero de los cuales y el más importante es la familia. Pichón desarrolla la técnica de los grupos operativos, ampliamente utilizada en el tratamiento de problemas familiares. Las propuestas de la psicología social fueron adoptadas en las escuelas y por los psicólogos y psicopedagogos infantiles, involucrando a ambos padres en los problemas de sus hijos. Sus ideas también influyeron sobre el magisterio, que asimiló la idea de que los problemas escolares involucraban a la familia del educando, entendiendo por familia tanto al padre como la madre.

Similar situación se presentó en el campo médico, donde, desde la Segunda Cátedra de Pediatría de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, Eva Giberti, avalada por Florencio Escardó, transmitió la importancia de involucrar a ambos padres en la crianza de los hijos, como extensamente describe Meler (2006: 310-311), enseñanzas en las que se incorporó el enfoque psicoanalítico. Giberti (1987, Meler 2006) señalaba sin embargo, la resistencia por parte de algunos médicos, que vivieron este abordaje interdisciplinario como un ataque a su autoridad profesional. Sin embargo inclusive en estos sectores reacios a incorporar el esquema psicoanalítico, la idea había influido en la práctica médica a través de la difusión, durante los años cincuenta, de los textos para padres del Doctor Spock⁸ que se convirtió en un manual que las familias se recomendaban entre sí, para la crianza de sus hijos⁹. Este texto, escrito por un médico alópata, con formación científica, resultó más aceptable para los sectores reactivos o desconfiados ante los planteamientos de la psicología, considerada demasiado “zurda”¹⁰ o revolucionaria, influenciando por tanto a los sectores

⁸ Véase la página de la Fundación Dr. Spock: <http://www.drspock.com>

⁹ La mención a la influencia del libro del Dr. Spock apareció al menos en dos de las entrevistas.

¹⁰ Zurda alude a las propuestas de la izquierda.

más conservadores. Estos tres elementos: la influencia de la psicología y en particular de la psicología social, la difusión de las escuelas de padres del doctor Spock¹¹ y el protagonismo de los docentes, incidieron en un estilo de relación del padre con los hijos diferente al imperante en México. Sin dejar de lado las diferencias relativas a los orígenes nacionales y que llevarían a profundizar sobre los modelos de parentesco “importados”, en cada país se ha generado un patrón diferencial en cuanto a la relación con los hijos. Cabe mencionar que tal patrón pareciera en vías de transformación en México, al menos entre las nuevas generaciones¹².

Más recientemente, y en el contexto de la tendencia preexistente al análisis de los problemas en diferentes contextos, sean o no psicoanalíticos, -característica que ya identifica a los argentinos¹³-, han surgido grupos de autoanálisis para varones, grupos que tienen como referencia el problema de la separación y en especial la reconstrucción de la relación con los hijos de los padres separados como ASPA (Asociación de padres), APADESHI (Asociación de padres separados de sus hijos) y ANUPA (Asociación de Nuevos Padres). Algunas de estas asociaciones presentan tendencias misóginas, mientras que otras tienden a integrar a las mujeres en la búsqueda de nuevas formas de relación (Meler, 1998) En Argentina, al igual que en México en casos de separación, los hijos tienden a permanecer con las madres, de allí que estos grupos prologan la necesidad de reelaborar la relación del padre con los hijos cuando no conviven permanentemente con ellos. Meler (1998: 255) sostiene que “la paternidad como institución y como práctica social se encuentra en crisis” y que “se perfila el surgimiento de una nueva noción de paternidad” (1998:258). Muchos de estos grupos tienen como marco analítico la búsqueda de una “nueva masculinidad”:

El fenómeno que va tiñendo el decenio presente -y que se acentúa lenta pero progresivamente en la Argentina a través de grupos, encuentros, discusiones, literatura, ensayos- tiene que ver con la evolución de los humanos hacia la posibilidad de encontrarse... en redes de solidaridad más estrechas con los otros hombres, en encuentros de más profunda complementación con las mujeres (Sinay, 2000).

¹¹ En 1946 se publicó por primera vez el libro *Baby and Child Care*, donde el Dr. Benjamin Spock “launched a philosophical approach to parenting that changed the way millions of mothers and fathers have raised their children”.

¹² Desde la primera presentación de avances de investigación en mi centro de trabajo, cada vez que un compañero llega con sus hijos, dice que está maternizado, adoptando la terminología que usé en su momento, pero sobre todo demostrando su cambio en relación con el modelo anterior.

¹³ La manía analítica de los argentinos es también objeto de bromas... el “esto tenemos que hablarlo”, aparece como definitorio. Cito bromas y canciones pues constituyen una parte importante de la construcción de los discursos de identidad.

El autor de la nota sostiene que estos hombres de hoy ya empezaron a cuestionar sus modelos de masculinidad, y sus hijos serán varones en recuperación de las más puras fuentes masculinas. El movimiento se nutre de fuentes internacionales, fundamentalmente del movimiento masculino de Estados Unidos, donde ya existen más de 160 grupos e instituciones sólo en el noreste, y dos revistas de alcance nacional, una de ellas con una tirada de 125 mil ejemplares, además de la producción de libros, talleres, conferencias, seminarios (Sinay, 2000). Este movimiento, entre otros tópicos, cuestiona el papel masculino como proveedor, que ha convertido a los hombres en máquinas de producir, así como su alejamiento del cuidado de los hijos, pues identifican: "... una ausencia del padre en la primera formación" (ídem). Proponen que mientras las mujeres iniciaron un cambio en su papel en la sociedad, "... apenas si empieza a revisarse la cuestión paterna, a considerar al padre en un espacio humano, accesible, tangible y no en un pedestal divino que lo hacia inalcanzable" (ídem). La posición frente a la paternidad no necesariamente implica un abandono de posiciones hegemónicas. El autor, cita reiteradamente a los varones del movimiento mitopoético, obsesionados con ser héroes.

Propongo el concepto de *paternización* para dar cuenta del involucramiento del padre en el cuidado y la atención de los hijos. La *paternización* comprende a la participación paterna en las tareas de alimentar, cambiar y bañar a los bebés, preparar y dar la comida a los hijos, llevarlos al médico, a la escuela y a actividades extraescolares, a fiestas infantiles y asistir a reuniones de padres en la escuela.

Si en el caso argentino propongo el concepto de *paternización* para dar cuenta del incremento de la relación del padre con respecto a los hijos, en el caso de México propongo, aunque parezca un juego de palabras, el de *paternalización*. Defino la paternalización, afín al paternalismo como la adopción del rol de padre, al que sustituye en relación con la madre, es decir que ante la ausencia o prescindencia del padre, el hijo varón se asume como "varoncito" y se responsabiliza de la madre emocional y económicamente, incorporándola a su vida, aun después de haberse casado. El "dueto patógeno conformado por la madre sobreprotectora y el padre ausente" según Meler (1998:269), se relacionaría con esta situación, mientras que con respecto a su propia mujer, asume un rol paterno al tratarla como hija, o como menor de edad, a la que se debe resolver y ocultar los problemas. Si la primera, la *paternización* facilita el tránsito por el desempleo, la *paternalización* la obstaculiza.

No pretendo generalizar los patrones y señalarlos como exclusivos de uno u otro país. En los casos de México donde se logró sortear el problema, también se evidencia la paternización y una mayor presencia del varón en la atención a los hijos, si bien limitada por la censura social y la resistencia femenina. En un caso, al menos,

la posibilidad de superar el trance parece depender de que la esposa asuma de modo vivencial la inversión de roles sobre la cual teoriza, mientras que en otro pareciera emerger un patrón inverso al de paternalización, el de maternalización, donde la esposa asume al marido como hijo. Las explicaciones desde la perspectiva cultural a tales tipos de conducta habrán de buscarse en las pautas de socialización infantil, en las que colaboran las madres, quienes socializan a sus hijos mediante un mensaje que desde la perspectiva psicológica podría ser denominada de doble vínculo. Por una parte, estimulan una conducta de des-responsabilización, al exigir que las mujeres de la familia, generalmente hermanas, atiendan al varón, por ser tal; por la otra, estimulan al hijo a asumir actitudes sustitutivas de las del esposo, muchas veces ausente. La relación al interior del grupo doméstico se transforma en una arena de conflicto, donde se disputan espacios de poder, y donde el control de los hijos se transforma en una estrategia de resistencia femenina, como demuestra Calveiro (2003). Al hijo varón, la madre, al menos en el patrón tradicional, le asigna el papel de hombrecito de la casa, e inclusive le demanda que intervenga en caso de pleito con el padre, al tiempo que exige a las hermanas que lo atiendan como si fuera el padre. Bajo este mandato el varón asume por una parte la necesidad de responsabilizarse por la protección y el sostén de las mujeres de la familia, pero por la otra una actitud de des-responsabilización con respecto a las tareas domésticas. La exigencia exhaustiva, en cuanto al sostenimiento económico de las mujeres, se complementa con la tradicional prohibición o limitación del trabajo femenino, y cuando recientemente ésta quedó en desuso, su sustitución por el modelo donde el ingreso femenino aparece, no ya como complementario, sino como accesorio, o exclusivo de la mujer. Situación que genera otro campo de disputa, en donde se presentan ocultamientos mutuos de los ingresos percibidos (Calveiro, 2003). Bajo tal modalidad la paternización, tal como se evidencia en Argentina, aparece vedada o limitada en México, y sólo comienza a aparecer en las nuevas generaciones, como producto de un acuerdo explícito en la pareja.

¿Supone la paternización una disminución del machismo característico de las sociedades latinoamericanas? En sus aspectos visibles, tal vez sí. A los mexicanos les sorprende observar a un hombre con mandil¹⁴ cocinando, al que automáticamente calificarían como *mandilón*. En los aspectos profundos, tal vez no. El grado de participación política de las mujeres en puestos sustantivos es menor en Argentina con respecto a México. Hasta la fecha ninguna mujer ha ocupado el cargo de Gobernadora (solamente una vice-gobernadora) y sólo dos ocuparon el cargo de Ministra -equivalente a Secretaria de Estado-; también el número de diputadas y senadoras fue menor, aunque ahora ha sido compensado por el establecimiento del sistema de cuotas.

¹⁴ El mandil es un delantal de cocina.

Los *machos* argentinos, resisten la participación femenina en posiciones decisivas, se manifiestan autoritarios en cuanto a sus opiniones, desvalorizan a la mujer en relación con los automóviles y con saberes técnicos. Un alto funcionario de educación envió, metafóricamente, a las investigadoras del CONICET a lavar trastes. Al igual que los varones mexicanos consideran al trabajo como referencia de identidad, pero igualmente tienen incorporado como parte de su rol o papel masculino cocinar y participar en el cuidado de los hijos. Los machos argentinos no consideran que estas tareas sean tareas femeninas.

En sentido contrario resulta notorio el juicio de un terapeuta mexicano, cuando al comentar sobre la paternización masculina en Argentina, la interpretó como que *se conectan con su parte femenina*. Esa expresión, por parte de un hombre que no manifiesta conductas machistas y que tiene experiencia terapéutica, demuestra que para un mexicano, desarrollar tales tareas es parte idiosincrásica del ser femenino.

La mayoría de los argentinos del grupo que estamos abordando, asan carne, y consideran que se trata de una función que las mujeres ni pueden ni deben desempeñar; se vanaglorian de cocinar mejor que las mujeres, pero tampoco evitan colaborar con las tareas de la casa o lavar trastes; asimismo consideran natural el colaborar en el cuidado de los hijos, ya que no hacerlo es vivido como pérdida. Contrariamente, cuidan y valoran su espacio de relación con los hijos, construido desde el nacimiento. Baste un ejemplo comparativo, la mayoría de los argentinos que conozco, saben cambiar pañales, mientras que entre los mexicanos muy pocos adquirieron esa habilidad. Los argentinos asumen dichas funciones como masculinas. Contrariamente, en México la vinculación con los hijos y las tareas domésticas aparece como un ámbito exclusivamente femenino, actitud que no puede atribuirse exclusivamente a los hombres. Generalmente son las mujeres quienes asumen a los hijos como patrimonio exclusivo, un mundo del cual excluyen a los hombres (Calveiro, 2003), estructurando un espacio doméstico que raya en el matricentrismo.

Las consideraciones precedentes pueden aplicarse casi generalizadamente al grupo sujeto a estudio (hombres de clase media e instruida). Sin embargo al interior de los conjuntos agregados nacionales existen subgrupos o estilos culturales, derivados de opciones personales. Los estilos de igual forma se construyen socialmente, pero la afiliación a uno de ellos no se produce de manera automática por pertenecer a una clase o a un nivel educativo. Los estilos tienen que ver con la ideología y las posiciones políticas o de opción personal. Douglas (1998) identifica cuatro estilos de pensar en un *continuum* que va del innovador al conservador o tradicional. Se puede hablar de un estilo ecologista, ya que suponen ciertas pautas asociadas a conductas de cuidado hacia el medio ambiente, el feminista, el de izquierda. Otros estilos se vinculan

con la pertenencia a instituciones totales que ejercen un control social exhaustivo como pueden ser algunas iglesias, los grupos antialcoholismo (Brandes, 2002), o las bandas en sus varias acepciones, bandas juveniles, bandas delictivas u otras. Los estilos introducen distorsiones en los patrones de conducta estudiados en el nivel nacional, pero es ley que la excepción confirma la norma. Dejando de lado los grupos minoritarios, con diferentes estilos de pensar, se puede afirmar que la idea del ser varón difiere a la de México, al menos en ciertos atributos.

V.- Paternización y crisis laboral

La pérdida del empleo, y por consecuencia del rol como proveedor principal en el hogar, constituye una situación traumática para el hombre, pero mucho más traumática cuando es la única referencia para la construcción de la identidad, pues, en sentido estricto, se quedan sin identidad. Cuando las referencias para la construcción de la masculinidad incluyen otros saberes y prácticas, los hombres pueden *sentirse útiles* (vid supra) aun cuando no tengan en ese momento un trabajo asalariado. Cuando la diversificación de saberes constituye una construcción social se posibilita al hombre el tránsito, de proveedor principal a secundario. En México, por el contrario, se encontraron también casos de reajuste de roles, pero el principal foco de tensión se debió a ser el único hombre entre mujeres, con el sentido de extrañeza consecuente. Mientras las mujeres llevamos al menos 50 años deconstruyendo y reconstruyendo nuestro papel social, los hombres se han retrasado al respecto, y en la actualidad se ven compelidos a realizarlo por factores externos, en parte ajenos a su voluntad, como la crisis laboral, o las separaciones matrimoniales. El avance, aún incipiente, de algunos hombres en la deconstrucción y reconstrucción de su masculinidad, comienza a manifestarse en grupos particulares influidos por alguna ideología y cuando aparece en niveles más amplios, le precede el posicionamiento de alguna teoría o marco conceptual. En este contexto, el análisis de los patrones diferenciales en la construcción de la masculinidad permite identificar vías alternativas que permitan mitigar los costos de los cambios sociales. La paternización implica en términos afectivos, más que prácticos, la satisfacción y el placer de participación en el cuidado de los hijos, y la *domesticación* masculina. Agregó este concepto, para referirme al gusto y la valoración, como forma de prestigio, de las tareas domésticas. Cuando se produce, además de significar una reformulación de roles al interior de las parejas, facilita, al mismo tiempo los tránsitos entre el empleo y el desempleo masculino.

En los cincuenta años de deconstrucción y reconstrucción de nuestra identidad femenina, muchas mujeres la pluralizamos, ya que no aceptamos ni toleramos que nos encasillen como mamás, o cocineras. Somos artistas, escritoras, investigadoras, intelectuales, políticas u obreras, sin dejar de ser mamás, cocineras o decoradoras -dejo

de lado a aquellas que en un movimiento reactivo rechazan las tareas *propias de su género*-. Por nuestro trabajo constructivo o de resemantización, tenemos, hoy en día, una identidad múltiple y la diversidad siempre enriquece. Así como las mujeres invadimos los espacios antes reservados sólo a los varones, es hora que los varones participen de los nuestros.

En tiempos de neoliberalismo, es preciso afrontar sus consecuencias sobre el empleo. Aun cuando estos condicionantes no existieran, los varones requieren de un proceso de deconstrucción y resignificación de su identidad de género que les permita acceder a relaciones más satisfactorias en lo personal y social. Finalmente como dice Godelier (1998) *los hombres crean la realidad para vivir en ella*, en consecuencia también pueden transformarla. Concluyo con un resultado colateral y no programado del proyecto de investigación. A partir de la exposición preliminar de resultados en mi centro de trabajo, cuando un compañero lleva a sus hijos al trabajo, o los va a buscar a la escuela, explica que él sí está paternizando.

Bibliografía

Arjona, Luis y Kurt, Unger (1996). “Competitividad Internacional y desarrollo tecnológico: la industria manufacturera mexicana frente a la apertura comercial”, en Economía Mexicana, N° 2, México, CIDE.

Arrospeide, M.; Barring, M.; Bedoya, S. (1998). *Empleo, programas para mujeres y Jóvenes*, Lima, DESCO.

Brandes, Stanley (2002). “Bebida, abstinencia e identidad masculina en la Ciudad de México” en *Alteridades*, Antropología de las Masculinidades, Año 12, N° 23 Enero-junio.

Berstein, J.; Boso, R. y Salvia, A. (2002) “Padecimientos Psicofísicos en un Contexto de Desempleo. Aproximaciones desde una perspectiva de género” en VII Jornadas de historia de las mujeres.

Burin, Mabel e Meler, Irene (1998). *Género Familia, poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*, Buenos Aires, Paidós.

----- (2000). *Varones. Género y subjetividad masculina*, Buenos Aires, Paidós.

Calveiro, Pilar (2003). *Redes familiares de sumisión y resistencia*, México, Universidad de la Ciudad de México.

Castells, Manuel; Gösta Esping-Andersen (1999). *La transformación del trabajo*. La factoría cultural. España.

Cerrutti, Marcela y Centeno, René (2000). “Cambios en el papel económico de las mujeres entre las parejas mexicanas”. *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 15, N° 1, pp. 65-69.

Cerrutti A. y Pita, C. (1998) “Los que bajaron de los barcos: migración ultramarina y prejuicio anti extranjero en la Argentina”, en *La Segregación negada, Cultura y Discriminación Social*, Mario Margulis y Marcelo Urresti, Buenos Aires, Biblos.

Colon Warren, Alice (2000). *Reestructuración Industrial, empleo y pobreza en Puerto Rico y el Atlántico medio de los Estados Unidos*, San Juan de Puerto Rico. CEP.

Collin, Laura (2002). “El milagro argentino: o de cómo alcanzar el subdesarrollo en módicos cincuenta años.” En *Diario de Campo* No. 43, mayo de 2002 Coordinación Nacional de Antropología México, INAH.

Ribeiro, Darcy (1968). *Las Américas y la Civilización*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Douglas, Mary (1998). *Estilos de pensar*, Barcelona, Anagrama.

Fox, Robin (1967). *Kinship and marriage*, Londres Harmonds Worth, Penguin Books.

Freyssenet, Michel (1997). *Máquinas Autoanalizantes*, Buenos Aires, Piette.

García Brígida y Pacheco, Edith (2000). “Esposas, hijas e hijos en el mercado de trabajo”. *Estudios Demográficos y Urbanos*, Vol. 15, no. 1, pp. 35-64.

Gómez Solórzano, Marco A. “Las transformaciones del proceso de trabajo en gran escala internacional” en: Morales, Josefina (Coord) *La reestructuración industrial en México. Cinco aspectos fundamentales*. IIE UNAM, 1992.

Godelier, Maurice (1998). *Lo ideal y lo material*. Madrid, Taurus Alfaguara.

Jiménez, L.; Collin, L.; Gómez, M.; y Tena, O. (2002) “Crisis Laboral. ¿Crisis de Masculinidad?”, Proyecto de investigación.

Maciel, Victoria (2004). “El cuerpo habla, también el hombre lo obliga a hablar” (inédito).

Mackinlay, Horacio (1999). “Nuevas tendencias en la agricultura de contrato. Los productores de tabaco después de la privatización” en: Gramont, *Empresas, reestructuración productiva y empleo en la agricultura mexicana*, Plaza y Valdez, 1999.

Meler, Irene (2000). “Los padres”, en Burin, Mabel e Meler, Irene, *Varones*, Buenos Aires, Paidós.

Sinay, Sergio (2002). “El varón contemporáneo ante el fin de siglo” en La Nación, on line, Argentina.

Tena Guerrero, Olivia (2001). “*Normas morales vinculadas a las prácticas reproductivas de mujeres y varones solteros: religión y trabajo asalariado como dimensiones.* “Los sin techo. Una mirada desde los actores” en *Regiones y Desarrollo Sustentable*, Año III: 4, El Colegio de Tlaxcala, <http://www.drspock.com/welcome/0,1791,,00.html>

TERCERA PARTE

LOS VARONES OBSERVADOS: NUEVAS INVESTIGACIONES, DIVERSOS ENFOQUES

DECISIONES REPRODUCTIVAS, PATERNIDAD Y TRABAJO DOMESTICO: EQUIDADES E INEQUIDADES ENTRE VARONES Y MUJERES JOVENES¹

ALEJANDRO MARCELO VILLA

Presentación

En este artículo ofreceré los hallazgos de un estudio de casos, donde realicé un análisis cualitativo en profundidad. He entrevistado a 60 jóvenes de ambos sexos, que residen en la Ciudad de Buenos Aires y el Conurbano bonaerense. Se utilizó la entrevista semi-estructurada como técnica de recolección de datos.

En el análisis de los resultados, se relativiza el rol de proveedor masculino como variable independiente en el análisis de las relaciones de género en la formación de familias, y en particular como explicación de la reproducción intergeneracional de la pobreza. Se discute que los significados sociales y personales que puede adquirir el rol de proveedor masculino (tanto para varones como para mujeres), dependen de trayectorias laborales con relación a y en tensión con tres dimensiones en las relaciones de género en las parejas: a) El proceso de toma de decisiones reproductivas, b) La distribución del trabajo parental, y c) La distribución del trabajo doméstico.

Introducción

En los foros internacionales de los últimos años se viene discutiendo la necesidad de estudiar y documentar el rol masculino en la explicación de las desigualdades socioeconómicas y culturales de género en la relación entre varones y mujeres -especialmente en el estudio de la relación salud y familia. Por ejemplo, en la Conferencia Internacional de Población y Desarrollo de El Cairo (1994) y en la IV Conferencia

¹ Este artículo forma parte de un estudio más amplio, denominado “La presencia masculina en las decisiones reproductivas: un estudio sobre las perspectivas relacionales de mujeres y varones jóvenes de sectores urbanos medios y pobres”. Dicho proyecto contó con el apoyo del Programa Especial de Reproducción Humana (HRP) de la Organización Mundial de la Salud, proyecto 97106 BSDA y se desarrolló con sede en el CEDES de Buenos Aires, entre 1998 y 2001.

de la Mujer de Beijing (1995) se han incluido propuestas para hacer efectiva una mayor igualdad de oportunidades para varones y mujeres en relación con la reproducción y la vida familiar, teniendo en cuenta las pautas socioculturales de cada país (Mundigo, 1995).

Algunos estudios sobre políticas sociales, realizados en los países en vía de desarrollo, han propuesto incorporar la reproducción de las unidades domésticas como un problema desestimado por los proyectos de desarrollo social. Estas perspectivas realizan una crítica del enfoque de “mujer y desarrollo”, ya que el mismo habría reforzado las responsabilidades de las mujeres en la vida familiar, e ignorado la participación y responsabilidades de los varones en el proceso reproductivo. Para superar estas dificultades proponen una orientación de “Género y Desarrollo” en las políticas sociales, procurando formas de participación social de las mujeres y de los varones que no reproduzcan las desigualdades personales, económicas, culturales y de poder vinculadas a las relaciones de género (Schmukler, 1996).

Revisando la literatura existente, se observa que la presencia de los varones en los procesos de salud reproductiva y sexualidad (SRS) ha comenzado a estudiarse en los años '80, teniendo en cuenta dos grandes problemas: el papel de los varones en el aumento de la epidemia del VIH/SIDA (Gogna et al, 1997), y en segundo término, el apoyo u obstáculo que ejercerían los varones en la regulación de la fecundidad de sus parejas ante el aumento de los riesgos reproductivos (Villa, 1998a). Los resultados de estos estudios han señalado de diversos modos la relevancia que posee el rechazo masculino al uso del condón como una causa de riesgo para el aumento de las enfermedades de transmisión sexual (ETS), en particular el SIDA; y además, se ha observado, según declaraciones de informantes mujeres y varones, el grado de acuerdo o desacuerdo del varón con respecto al uso de métodos masculinos y femeninos en las uniones de pareja. Muy pocos autores han profundizado sobre los sentidos y los significados socioculturales que adquiere el ejercicio de la sexualidad para los varones en cada cultura en particular, ni tampoco se ha discutido en profundidad la importancia social que adquiere el proceso reproductivo para la subjetividad masculina. En un escrito previo discutíamos que la mayoría de los estudios sobre los procesos reproductivos consideran a la mujer como agente exclusivo de la reproducción, partiendo explícita o implícitamente del supuesto que el papel de los varones sería un “complemento” que posibilita u obstruye decisiones reproductivas femeninas. Siguiendo una discusión iniciada por Leal & Boff, (1996), afirmábamos que existiría un obstáculo epistemológico que parte del supuesto, vigente en las concepciones de la modernidad sobre género y familia, según el cual los varones estarían ubicados como objetos de conocimiento e intervención social en una esfera de

intereses ligados al ejercicio de la sexualidad y a la actividad productiva en la esfera pública, y las mujeres estarían circunscriptas en una esfera de intereses vinculados a la reproducción y cuidado de los hijos en el ámbito doméstico (Villa, 1998b).

Asimismo, gran parte de los estudios sociales sobre familia y relaciones de género en América Latina destacan que en las últimas dos décadas en muchos países de la región se produjeron cambios y redefinición de los sistemas familiares, que coexisten con pautas “tradicionales”. Estos cambios estarían vinculados a variables de índole demográfica y socioeconómica, así como a valores y concepciones acerca de los roles, identidades y relaciones de género (Schmukler, 1998 y 1999). Entre estos cambios se destacan el aumento de las separaciones o divorcios, las estructuras familiares diferentes al modelo nuclear, en particular los hogares con jefaturas femeninas, la desocupación masculina, así como cambios en las concepciones de autoridad y relaciones de poder entre varones y mujeres en el ámbito doméstico. Gran parte de estas modificaciones estarían relacionadas con las políticas de ajuste económico implementadas en los países de la región. En la Argentina, estos cambios y redefiniciones de las formas de vivir en familia se han expresado en un descenso de los matrimonios legales y el aumento de la cohabitación conyugal, la disminución del tamaño de los hogares, el aumento de la ruptura de las uniones, el ascenso de los nacimientos extramatrimoniales, el incremento de los hogares monoparentales (preferentemente encabezados por mujeres) y el acceso más difundido a las prácticas anticonceptivas y un control más eficaz sobre la reproducción. Ello ha sido acompañado por un contexto social y demográfico caracterizado por un descenso sostenido de la fecundidad, una tendencia al envejecimiento de la población y un mejoramiento de la situación de las mujeres con respecto a aumentos de la escolaridad, de la participación en la actividad económica y del control de la reproducción (López et al, 2000; Wainerman & Geldstein, 1994).

En el contexto de los cambios mencionados, este artículo tiene como objetivo presentar y discutir algunos resultados sobre los significados sociales y el modo en que intervienen las concepciones de masculinidad de mujeres y varones jóvenes en el proceso de decisiones reproductivas y la formación de familias. Los interrogantes que procuramos responder aquí son los siguientes: ¿Cómo intervienen los varones y qué lugar le dan las mujeres a ellos en dicho proceso?, ¿Cuáles son las prácticas de regulación de la fecundidad utilizadas por varones convivientes en pareja, así como los resultados obtenidos con dichas prácticas?, ¿Cuál es el consenso/disenso sobre la participación de los varones en las expectativas relacionales de ambos miembros de la pareja con respecto al proceso de adopción de prácticas de regulación de la fecundidad?

Antecedentes teóricos

Revisión de Literatura

En los años '90 surgen en la región latinoamericana, particularmente en Brasil y México, algunas perspectivas de estudio en las ciencias humanas y sociales que incorporan en forma sistemática una problematización de la categoría género para pensar la presencia masculina en el campo de la reproducción humana y la sexualidad. Dos grandes líneas de investigación social plantean estas discusiones. En Porto Alegre, el Núcleo de Pesquisa em Antropologia do Corpo e da Saúde (NUPACS) del Departamento de Antropología de la Universidad Federal do Rio Grande do Sul (UFRGS) en un estudio reciente (Leal & Fachel, 1995) discute que en las relaciones de género, aun cuando serían las mujeres las que tendrían la decisión última sobre tener o no tener un hijo, el rol del varón es esencial, ya que las decisiones femeninas se apoyan en sus expectativas subjetivas en relación a la actitud masculina para “reconocer” o no el hijo como propio. Es decir, las mujeres decidirían sobre los embarazos según la percepción que tienen ellas sobre las posibles respuestas de los varones con respecto a la aceptación o no de los mismos. Los embarazos adquirirían sentido como una estrategia femenina para involucrar al varón en la conformación de una familia. Asimismo existiría un reconocimiento social de los embarazos según las representaciones subjetivas de los cuerpos y los significados que adquiere para los varones el hecho de “embarazar a las mujeres”. Este hecho se constituiría en signo de virilidad para sí mismo, para el grupo de pares y para formar parte de un ámbito doméstico, como indicador social de adultez masculina.

La segunda línea de investigación está constituida por los estudios que viene llevando adelante Juan Guillermo Figueroa Perea en el Programa de Salud Reproductiva del Centro de Estudios Demográficos y Desarrollo Urbano de El Colegio de México (Figueroa, 1998; Figueroa & Liendro, 1994; entre otros). A partir de diagnósticos de salud reproductiva y sexualidad nacionales e internacionales, estos estudios destacan que hasta años recientes la posición de los varones ha sido analizada exclusivamente tomando las informaciones proporcionadas por las mujeres, poniendo de manifiesto las dificultades que ello supondría en términos de “sexismos” al reducir el estudio de la fecundidad exclusivamente a los comportamientos femeninos. Uno de estos estudios (Figueroa & Liendro, 1994) discute comparativamente los marcos teórico-metodológicos y los resultados de dos encuestas sobre los determinantes y actitudes hacia las prácticas anticonceptivas, una de obreros varones y otra de mujeres, ambas realizadas en el Área Metropolitana de la Ciudad de México. En estos trabajos se plantea que existirían importantes coincidencias y diferencias entre las declaraciones de los varones y de las mujeres con respecto a la relación entre las desigualdades de género y los comportamientos reproductivos. Si bien destacan que

habría coincidencias en las expectativas de los varones y las mujeres en relación al desempeño de roles masculinos ligados a la figura del “hombre proveedor”, también existirían diferencias y declaraciones contradictorias entre varones y mujeres en diversos planos. La mayoría de los hombres declaran que las relaciones sexuales y las decisiones sobre esas prácticas son igualmente importantes para mujeres y varones, a diferencia de la mayoría de las mujeres que circunscriben la sexualidad a una esfera de intereses masculinos. Más de la mitad de los hombres reconocen que ambos miembros de la pareja tendrían la responsabilidad sobre cuándo tener hijos y sobre la regulación de la fecundidad. Sin embargo, la mayoría de ellos no estaba utilizando ningún método anticonceptivo masculino al momento de la encuesta. Asimismo, la mayoría de las mujeres refiere que ellos deberían decidir cuántos hijos tener y que ellas deberían responsabilizarse de hacer algo para regular la fecundidad. Es decir, según las declaraciones masculinas los varones aparecen participando en el ámbito de la reproducción de un modo diferente al que las mujeres esperan de ellos.

Hallazgos similares son discutidos por Leal & Boff (1996) en poblaciones de Porto Alegre al comparar las declaraciones masculinas y femeninas en términos de que existiría una prescripción sociocultural de valores de género tradicionales que jerarquiza los comportamientos masculinos y femeninos, pero en los varones se destacaría simultáneamente una lógica de valores individualistas e igualitarios modernos con respecto a la sexualidad y la reproducción.

En esta dirección, un estudio reciente sobre prácticas anticonceptivas de varones de estratos medios de San Pablo, entre sus resultados destaca que los varones de las generaciones más jóvenes se muestran preocupados junto con sus parejas por usar métodos anticonceptivos como parte de relaciones de género en transformación con respecto a generaciones más viejas, así como que tienden a practicar regularmente el uso del condón combinado con la cuenta de días fértiles femeninos, ante la valoración adversa de las pastillas por las posibles consecuencias en la salud femenina (Oliveira et al, 2000).

En lo que respecta a la literatura sobre adolescentes y jóvenes varones a nivel internacional, una revisión actual de estudios sobre la salud de este grupo etéreo (Organización Mundial de la Salud, 2000) destaca entre sus hallazgos que existen patrones sociales hegemónicos de masculinidad que intervienen clasificando a las mujeres según el tipo vínculo establecido con ellas, y que ello determina el tipo de asunción de responsabilidades del varón sobre la salud reproductiva en la pareja, en particular en el uso de métodos anticonceptivos (MAC). Así es como en muchos jóvenes existe una delegación en las mujeres de los temas de salud reproductiva y uso de MAC, pero otros comparten con las mujeres la responsabilidad y la toma de decisiones reproductivas.

En la Argentina son escasos los estudios realizados con población masculina unida en pareja que vinculen las concepciones acerca del género con la toma de decisiones reproductivas. Algunos destacan que el protagonismo del varón adolescente y joven en las decisiones anticonceptivas está relacionado con el tipo de vínculo entre varón y mujer, de modo que cuando existe mayor continuidad en las relaciones de pareja existe mayor posibilidad de intervención del varón en el uso de MAC (Infesta Domínguez, 1996; Zamberlin, 2000). En un estudio cualitativo sobre los comportamientos reproductivos masculinos, realizado con varones de 17 a 45 años unidos en pareja, de estratos pobres de Buenos Aires con necesidades básicas insatisfechas (Villa, 1997), se encontró que en la población de 17 a 25 años existiría una importante motivación por regular la fecundidad en el momento de la constitución y consolidación de las uniones de pareja. Pero esta motivación entra en contradicción con los mandatos sociales y culturales que prescriben ejercer una autonomía sexual masculina y “dar hijos a las mujeres” para ser considerado “hombre”, con la formación de una familia. Asimismo, se destaca que el control que ellos podrían ejercer sobre la regulación de la fecundidad también entra en contradicción con un supuesto saber y poder de las mujeres sobre la reproducción. Zamberlin (2000), por su parte, discute esta contradicción en la subjetividad masculina de varones de estratos pobres del Conurbano de Buenos Aires.

En lo que respecta al ejercicio de la paternidad, la literatura en las ciencias humanas y sociales fue producida mayoritariamente con población adulta (Engle, 1994; Johnson, 1998). Un paradigma de estudios que surge en los años '80 se propone discutir lo que se ha denominado el modelo del “nuevo padre” (Badinter, 1993; Lamb, 1986; Sullerot, 1993). El argumento que se sostiene es que en los varones de estratos sociales medios se habrían producido importantes cambios a partir de los años '60 en las concepciones de los modelos hegemónicos de masculinidad en el sentido de una revalorización del rol paterno. En las estructuras familiares cobrarían mayor importancia los intereses individuales de sus miembros. Las mujeres revalorizarían su participación en el mercado de trabajo, y los varones se vincularían de otro modo con la afectividad posibilitándose un valor diferente de la paternidad para las identidades masculinas. Ello supondría el surgimiento de valores igualitarios en cuanto a la distribución de responsabilidades mujer-varón. Dicho modelo de paternidad estaría opuesto a un “modelo de padre tradicional”. Siguiendo esta discusión, nos preguntamos: ¿hasta dónde es posible separar estos dos modelos de paternidad? Suponiendo que existan estos cambios de roles sociales de la paternidad, ¿cómo se estructuran estos cambios en las experiencias subjetivas masculinas con la paternidad?, y ¿cómo se vincula esta “nueva paternidad” con la distribución de roles en las relaciones de género con respecto al trabajo doméstico y las decisiones anticonceptivas? Wainerman (1998) en un estudio cualitativo con parejas de sectores medios de Buenos Aires donde ambos, varón y mujer, son proveedores económicos, encuentra que en la población

joven existen cambios en el ejercicio de la paternidad con respecto a la generación de sus padres. Mujeres y varones tienen percepciones diferentes sobre el tiempo de dedicado por los varones a sus hijos y ambos sexos tienden a desestimar el aporte del otro al trabajo parental. Además, las modificaciones en el ejercicio de la paternidad no irían acompañadas de igual modo de un cambio en las concepciones y roles masculinos con respecto a la distribución del trabajo doméstico.

Para Townsend (1998:275), más que preguntarse “que deberían hacer los hombres por sus hijos, habría que saber qué es lo que en realidad hacen”. El autor discute que existe un modelo de responsabilidad paterna occidental que restringe la figura paterna en el grupo doméstico al cuidado y el apoyo financiero del padre biológico a sus hijos. Esta visión excluye y no permite dar visibilidad a los múltiples nexos de relaciones sociales establecidas entre diferentes varones (hermanos, tíos, abuelos, etc.) y niños. Para ello el autor propone enfocar el análisis de los cursos de vida de los varones para aproximarse al sentido que adquiere para ellos la reproducción y la paternidad: ¿cuáles son los arreglos domésticos y relaciones de género que intervienen en el proceso de socialización de niños/as?

Aún existen escasos estudios sobre paternidad en población adolescente y joven, ya que el embarazo en estas edades ha sido prioritariamente enfocado como un tema que le acontece sólo a la mujer madre. En muchos contextos sociales los adolescentes varones son socializados para creer que no son responsables de los embarazos y los hijos que puedan resultar de sus actividades sexuales, y las instituciones sociales también comparten y pueden promover este supuesto (Barker, 1998). Siqueira (2001) en un estudio sobre paternidad en la adolescencia, realizado en servicios públicos de salud de Florianópolis (Brasil) discute que las concepciones de los profesionales y la organización de los servicios no tienen en cuenta la presencia de los varones durante el proceso de embarazo y el período de postparto. Algunos estudios en la región latinoamericana han encontrado que las modificaciones en el mercado de trabajo, la situación laboral de los jóvenes y el cuestionamiento del papel masculino de proveedor condicionan en gran medida el nivel de responsabilidad que el varón asume con respecto a sus hijos (Buvinic et al, 1998; Olavarría, 2000; entre otros). Pero, contrariamente, otros estudios en la misma región discuten que existiría una falta de reconocimiento y desautorización social del rol paterno de los jóvenes si el mismo no se sostiene en una provisión material de los/as hijos/as, y que ello dejaría en la invisibilidad otros aspectos de la biografía personal y experiencias de los varones que pueden caracterizar el vínculo paterno-filial (Lyra, 1998; Palma & Quilodrán, 1997; Villa, 1997). En esta dirección, algunos autores en la región acentúan que el acto de ser padre y la formación de una familia pueden constituirse en una importante fuente de identidad, maduración, y de organización de la vida del adolescente varón

(Barker, 1998; Villa, 1997). Ello podría explicarse en un contexto de socialización que no ofrece otras alternativas positivamente valoradas para el desarrollo de las identidades masculinas. Un estudio con madres y padres adolescentes en sectores pobres de Bogotá (Colombia) podría confirmar esta idea (Serrano, 2001). Aquí se discute que la posición paterna del joven puede organizarse en torno a una moral que destaca valores de “responsabilidad” y “respeto” en la relación de pareja.

De cualquier modo, a pesar de las diferencias en las discusiones la mayoría de los estudios coinciden en que el inicio de una trayectoria reproductiva supone para los varones una ruptura de la autonomía individual masculina, y la imposición de un mandato social de “responsabilizarse” moralmente por la constitución de una unión conyugal y la provisión económica correspondiente. Los/as hijos/as adquirirían sentido en un proceso de pasaje de la soltería a la vida familiar, en la que la masculinidad debería operar un cambio de posición social y subjetiva (Arihla, 1998; Palma & Quilodrán, 1997; Villa, 1997 y 1999). No obstante ello, se ha documentado que algunos padres adolescentes intentan mantener un vínculo paterno-filial y proveer materialmente al hijo, aunque el varón no resida con la madre y el hijo (Barret & Robinson, 1982, citado por Organización Mundial de la Salud, 2000). El hecho de que el joven pueda valorar la paternidad como una importante área de subjetivación masculina y como parte de la formación de una familia propia dependería de las posibilidades subjetivas y personales del joven para diferenciarse de una experiencia negativa con el padre biológico, de la socialización de la familia de origen y del grupo de pares, así también de cómo pueda insertarse en el mercado laboral (Barker, 1998 y 2000; Villa, 1997). Estudios recientes en Perú, Colombia y México con población de estratos medios, coinciden en destacar un alejamiento de la figura del padre “tradicional” y una demanda de diálogo horizontal y cercanía con los hijos en el ejercicio de la paternidad de los jóvenes (Fuller, 2000; Viveros, 2000). Agregan que ser padre está determinado por un contexto en el que interactúan la formación de una familia, el afecto por la pareja, la relación con el padre de origen, la convivencia con los hijos y la cuestión económica (Alatorre Rico & Luna, 2000).

Marco teórico

Al conceptualizar la categoría género incorporamos una perspectiva que está siendo utilizada en la región latinoamericana, la cual considera al sexo/género como un sistema que se estructura a partir de, y como resultado de un conflicto social. Dicho conflicto es una consecuencia de “relaciones de poder” que ejercerían los varones en torno al dominio de la capacidad reproductiva y del cuerpo de las mujeres en cada sociedad en particular. Son las sociedades las que atribuyen poder a dicha capacidad, y consideran a los cuerpos femeninos en las edades reproductivas como un bien

social, particularmente durante la adolescencia. En este contexto el ejercicio de la sexualidad es un medio utilizado para controlar dicho poder, y reglamentar el acceso a dichos cuerpos (De Barbieri, 1991).

Siguiendo esta perspectiva, establecemos una diferencia conceptual entre género, sexo y sexualidad. Por “género” entendemos un campo de construcción relacional, sociohistórica y psíquica de identidades, que se estructura a través de las relaciones de poder antes mencionadas. En este campo relacional que denominamos “relaciones de género”, articulamos dos niveles de análisis diferentes (Villa & Belloni, 1996): un proceso de prescripción social de “roles de género”, los que se actualizan en expectativas relacionales acerca de los comportamientos que esperan mujeres y varones con respecto a sí mismos y al otro género; y una construcción de “identidades psíquicas”, en la cual intervienen procesos identificatorios e ideales en la estructura yoica que conforman las cualidades que definen lo masculino y lo femenino.

Para la perspectiva histórica de Connell (1997), así como para muchas perspectivas antropológicas (Vale de Almeida, 1995), las masculinidades no son un objeto de estudio que se pueda aislar, sino que forman parte de un proceso y una estructura social que las constituye:

“El género es una forma de ordenamiento de la práctica social. En los procesos de género, la vida cotidiana está organizada en torno al escenario reproductivo, definido por las estructuras corporales y por los procesos de reproducción humana. Este escenario incluye el despertar sexual, el parto, el cuidado del niño, las diferencias y similitudes sexuales corporales” (Connell, 31-48, 1997).

Desde esta perspectiva, el género en tanto es una estructura que deriva de la práctica social, legitima ciertas concepciones de género masculino como “hegemónicas”, al mismo tiempo que subordina y margina otras diferentes.

Por “sexo” entendemos en primer término los complejos componentes biológicos de los cuerpos que comienzan a desarrollarse desde el momento de la concepción fisiológica (Stoller, 1968). Asimismo, definimos sexo en un sentido descriptivo para clasificar la población de nuestro estudio según las características biológicas de mujer y varón.

Al conceptualizar “sexualidad”, aludimos a diferentes dimensiones. Desde una dimensión descriptiva aludiremos a “comportamientos sexuales”, “actividad sexual”, “ejercicio de la sexualidad”, etcétera. Una segunda dimensión (que no será tratada en este trabajo), se refiere a la “elección y orientación de objetos sexuales”. En una tercera dimensión, que incorporamos a partir de algunas perspectivas antropológicas

(Strathern, 1995; Godelier, 1987), la sexualidad funciona como una “práctica simbólica”. En estos casos, la sexualidad se constituye en un recurso para materializar, hablar, y legitimar significados de relaciones y desigualdades sociales más amplias que los comportamientos sexuales mismos. En este sentido, la sexualidad como práctica simbólica puede materializar desigualdades sociales de género, entre otras. El resultado reproductivo de la sexualidad está supuesto como posibilidad procreativa que debería crear un vínculo duradero entre mujer y varón, relaciones conyugales de personas que ya son consideradas diferenciadas por el género, incluyendo además dicha diferenciación los significados atribuidos al propio acto sexual. Se supone que la pareja sexual se “junta” en una unión conyugal simbólicamente ya supuesta, donde los comportamientos individuales de las personas se subordinan al tipo de relación que crea dicha unión. Esta noción simbólica de “unión” de partes es la que legitimaría una continuidad “natural” y directa entre sexualidad, concepción fisiológica, parentalidad, conyugalidad y reproducción social: unión de sustancias corporales (fértils, hormonales, etcétera), unión de placeres sexuales, unión jurídica de partes, etc. La pareja sexual podría constituirse al mismo tiempo en una pareja biológica y social (Strathern, 1995).

Nuestra perspectiva de género procura dar cuenta del entrelazamiento de la vida personal con la estructura social, una historicidad del género en el nivel de la vida personal que pueda describir y explicar los modos diversos en que las estructuras sociales de género masculino pueden ser vivenciadas por las personas (Vale de Almeida, 1995). Para dar cuenta de dicho entrelazamiento de la vida personal con las determinaciones sociales analizamos los relatos de los sujetos con técnicas de la “teoría de la polifonía de la enunciación” (Ducrot, 1986). La teoría mencionada considera que los discursos poseen una estructura de “diálogo” entre diferentes personas que actúan como portadores de significados sociales. Dicho diálogo en los relatos produciría el sentido de los enunciados. La narrativa de los/as entrevistadas/os es considerada como una de las formas cotidianas de la organización del lenguaje, es un vehículo idóneo de expresión y conformación de la experiencia (Jerome Brunner, 1990, citado por Rivas, 1996). Este análisis de la narrativa nos permite explorar la elaboración singular que realizan los sujetos de los relatos dominantes de la cultura, y la posición subjetiva que adoptan frente a los discursos que enuncian los otros con los que interactúa la persona.

La formación de la familia es considerada como un espacio donde las relaciones domésticas constituyen parte intrínseca de las desigualdades sociales de género de la sociedad, y que por ello se actualizan o transforman en torno al control y distribución de responsabilidades del trabajo reproductivo entre varones y mujeres (Yanagisako, 1979, citado por Vale de Almeida, 1995).

Para caracterizar los procesos reproductivos, seguimos la definición amplia de “comportamientos reproductivos” de Figueroa y Liendro, quienes retoman la definición de salud reproductiva de la Organización Mundial de la Salud (OMS):

“Entendemos el comportamiento reproductivo como un proceso complejo de dimensiones biológicas, sociales, psicológicas y culturales interrelacionadas, que directa o indirectamente están ligadas con la procreación. En un sentido amplio e integral, comprende todas las conductas y hechos relacionados al cortejo, el apareamiento sexual, la unión en pareja, las expectativas ideales en cuanto a la familia y a los hijos, la planeación del número y el espaciamiento de los hijos, el uso o no de algún método anticonceptivo, la actitud y la relación con la pareja durante el embarazo, el parto y el puerperio, la participación y crianza de los hijos y el apoyo económico, educativo y emocional hacia ellos”. Figueroa y Liendro (1994: 26-27).

Por “decisiones reproductivas” hacemos referencia a las capacidades de las personas que conciente o inconcientemente están orientados a modificar el entorno en el que se produce y determina la reproducción: relaciones de la persona con su propio cuerpo, vínculos de pareja, así como relaciones familiares y sociales más amplias. (Figueroa y Liendro, 1994).

La paternidad es considerada un vínculo social, y como tal puede ser estudiado como un campo donde actúan y reproducen jerarquías de género, clase y raza. Para que dicho vínculo social se establezca es necesario que los varones transiten un complejo pasaje de una posición de genitores, caracterizada por la capacidad de engendrar hijos como signo social de hombría, a la construcción de un vínculo simbólico paterno-filial, asumiendo la posición de paternidad de un hijo, biológico o no biológico (Fuller, 2000; This, 1983).

Finalizando, en este estudio caracterizaremos a las experiencias reproductivas masculinas según cuatro registros²:

Capacidad reproductiva masculina: se trata de analizar en los varones y las mujeres la experiencia y los significados atribuidos a la fertilidad masculina. Aquí la capacidad de los varones de embarazar a las mujeres es considerada como un signo personal masculino sobre los cuerpos femeninos. Dicho signo adquiere valores en el contexto de la relación de pareja y el medio social más amplio. En este contexto

²En este trabajo solo profundizaremos en las nociones de “deseo de paternidad”, “posición de paternidad” y “roles paternos”.

surgen “deseos concientes o inconcientes de embarazo” en las parejas sexuales. La noción “deseo de embarazo” se refiere a un campo indeterminado de diferentes significados que coexisten y pueden pugnar entre sí por diferenciarse: las experiencias masculinas con el cuerpo y la sexualidad, ¿cómo la sexualidad masculina y el semen cobran significado reproductivo?; la posibilidad de un embarazo en el contexto de las relaciones familiares de origen; el embarazo vinculado a la posibilidad de tener un hijo como una expectativa personal de experimentar un rol paterno y/o materno; el embarazo en el contexto de la relación de pareja y las expectativas de tener hijos para formar una familia.

Deseo de paternidad: se trata de un deseo de transitar la experiencia de ser padre. Se caracteriza por una curiosidad y necesidad de un encuentro y un aprendizaje de un vínculo paterno-filial. Dicho deseo puede ser analizado en las expectativas relacionales de varones y mujeres.

Posición de paternidad: es el conjunto de referencias identificatorias en las estructuras yoicas, cualidades tomadas de otros (del padre, de la madre o de otras personas) y producidas a partir de las propias experiencias de hijos/as. Las cualidades de otros, definidas como masculinas, sirven como modelos paternos, desde las cuales se puede constituir un lugar que vehiculice un deseo de paternidad. Es una posición de género de la persona frente a las concepciones de género presentes en las relaciones sociales en la que está envuelta.

Roles paternos: corresponden a las actividades parentales que desempeñan los varones con y para sus hijos/as y las que esperan las mujeres que ellos desempeñen.

Metodología de la investigación

El diseño del estudio es de carácter exploratorio y descriptivo, con una aproximación metodológica cualitativa. El estudio se propuso realizar una investigación comparativa entre varones y mujeres pertenecientes a dos estratos socioeconómicos urbanos: uno pobre y otro medio. Las edades eran de 18 a 25 años, en el estrato pobre, y de 18 a 30, en el estrato medio. Otros requisitos fueron que al momento del estudio se encuentren unidos consensualmente o casados con alguien de la misma edad, y que tengan al menos un hijo con la pareja actual³. No se estudió a los miembros de una misma pareja.

³Originalmente la población de estratos medios considerada por el proyecto era de 18 a 25 años, pero con posterioridad se decidió aumentar la edad hasta los 30 años, a fin de incorporar población con estudios universitarios completos.

El proyecto contempló, en primer término, el estudio de las concepciones acerca de la masculinidad en las relaciones entre varones y mujeres en el ámbito doméstico. Estas concepciones se analizan según el estrato social. En segundo término se indagó sobre el modo en que dichas concepciones determinan el proceso de toma de decisiones reproductivas de la pareja.

Asimismo, se incorporó y analizó información sobre los siguientes aspectos: duración de la unión de la pareja, número de parejas convivientes anteriores, procedencia migratoria de la familia de origen, número de hermanos/as, y práctica religiosa.

Se seleccionó una muestra intencional de 60 jóvenes de ambos sexos, según criterios empíricos y teóricos: 15 mujeres de estratos socioeconómicos pobres, y 15 de estratos medios; 15 varones de estratos socioeconómicos pobres, y 15 de estratos medios. No se busca realizar ningún tipo de inferencia estadística, dado que no se trata de una muestra representativa.

Los criterios de selección de la muestra fueron los siguientes:

- a) La inclusión de varones y mujeres se fundamenta en la determinación de estudiar perspectivas de género desde la visión de ambos sexos.
- b) La edad y estado conyugal elegidos se basan en:
 - 1 Nuestro interés es estudiar una población joven, que se encuentre en los comienzos o en un proceso de consolidación de la relación de pareja y de organización familiar, en la cual varones y mujeres están iniciando las prácticas reproductivas y productivas. También nos interesa explorar un área con escasos estudios sobre las concepciones de masculinidad.
 - 2 Nuestros hallazgos previos con varones y mujeres de sectores urbanos pobres en edades jóvenes, que nos indican importantes motivaciones masculinas en lo que respecta a intervenir en las decisiones para regular la fecundidad en las parejas.
 - 3 Los cambios en la fecundidad y demográficos con respecto al proceso de formación de hogares en este grupo etáreo, descriptos anteriormente.
- c) En cuanto al criterio utilizado acerca de la descendencia de la pareja, se supuso que incorporar al estudio varones o mujeres sin hijos ampliaría la variación de los comportamientos a estudiar, ya que los sujetos no habrían pasado por la experiencia de la maternidad y la paternidad.

Los/as participantes fueron seleccionados/as en instituciones del Área Metropolitana de Buenos Aires (de la ciudad de Buenos Aires, y de municipios del conurbano)⁴.

Como instrumento de recolección de datos se utilizó la “entrevista semi-estructurada” (Russell Bernard, 1988). Se diseñó una guía de entrevista diferente por sexo, que incluyó las dimensiones de análisis citadas más arriba. La guía fue probada en una prueba piloto (constituida por la realización de un total de 8 entrevistas), y ajustada con posterioridad. Todas las entrevistas fueron realizadas en un encuentro, con una duración aproximada de una hora y media. Al iniciarse cada entrevista se le suministró a cada persona para su lectura un “Acuerdo de participación en el estudio”. Asimismo las entrevistas fueron grabadas con previo consentimiento de los/as participantes. También se tomaron notas de campo acerca del contexto de las entrevistas.

Se conformó un grupo de 8 entrevistadoras/es que fueron entrenadas/os para realizar las entrevistas en los servicios seleccionados⁵.

Se trabajó sobre un registro literal de las entrevistas. Las entrevistas fueron vertidas a un sistema de codificación cualitativa según las variables y ejes temáticos del estudio. En una primera etapa se desagregó información según 127 códigos diferentes, correspondientes a la totalidad de las respuestas a las preguntas de la guía de entrevistas; luego, en una segunda etapa, estos códigos fueron agrupados en 45 códigos temáticos. Las respuestas a las preguntas de las guías de entrevistas a varones y mujeres se reunieron en un único sistema de codificación. El proceso de análisis se realizó reuniendo los códigos en ejes temáticos y realizando un análisis de los sentidos en las narrativas de los sujetos. Finalmente se procedió a comparar los casos según similitudes y diferencias, de acuerdo al sexo del entrevistado y su estrato socioeconómico.

En el siguiente cuadro se presenta un resumen de las principales características de los/as entrevistados/as que integraron la muestra:

⁴El trabajo de campo y la selección de la población de estudio no hubieran sido posible sin la colaboración de la jefatura y personal del Servicio de Ginecología y Maternidad del Hospital General de Agudos Narciso López del Municipio de Lanús, de la dirección y profesionales de la Maternidad Santa Rosa del Municipio de Vicente López, del Servicio de Pediatría del Hospital Materno-Infantil del Municipio de San Isidro, todos servicios públicos de la Provincia de Buenos Aires; del Servicio de Cardiología del Hospital Argerich, la Residencia de Educación para la Salud del Hospital Tornú, jefaturas y personal de los Centros de Salud y Acción Comunitaria N° 8, 12, 15, del Servicio Social Zonal N° 13, así como de NATAL/Centro de Preparación Integral para la Mater-Paternidad, todos servicios de la Ciudad de Buenos Aires.

⁵El equipo de entrevistadoras/es estuvo conformado por Beatriz Belloni, Cecilia Cejas, Cecilia Fracinelli, Norberto Inda, Eugenia Longo, Patricia Orge, Eugenia Tarzibachi y Viviana Tobi.

	MUJERES		VARONES	
	POBRES	NO POBRES	POBRES	NO POBRES
Promedio de años en la escuela	8,1	15,3	8,25	15,1
Edad media actual	20,75	26	23	26
Edad media de pareja actual	23,5	27,9	21,7	26
Edad media a la primera relación sexual	15,7	18	15	16,9
Edad media a la unión	16,9	22,6	19,9	22,9
Tiempo medio de unión (años)	5,11	3,63	3,25	3,8
Edad media al primer embarazo	17	23	20,6	24,7
Al inicio del embarazo:				
- trabajaban	5	10	11	9
- no trabajaban	10	5	4	6
Ocupación actual:				
- trabajan	5	11	10	15
- desempleados	2	---	5	---
- amas de casa	8	4	---	---
Ocupación actual-pareja:				
- trabajan	9	13	5	10
- desempleados	4	2	3	---
- amas de casa	---	---	7	5

Resultados

Se realizó una caracterización del contexto subjetivo y social y los significados del surgimiento de un deseo de paternidad en la relación de pareja, así como de las experiencias de hijos de los jóvenes y las experiencias de otras paternidades que les sirven como referencia. Luego profundizamos en varios aspectos que configuran la presencia masculina efectiva con los/as hijos/as: las experiencias de los varones en el proceso de embarazo; las tareas paternas (valor atribuido por los varones al ejercicio

de la paternidad, qué tareas parentales realizan, qué vínculos establecen ellos con sus hijos/as, qué cosas esperan o les piden las mujeres a ellos con respecto a los roles paternos, y qué acuerdos/desacuerdos existen entre madre y padre con respecto a la atención, cuidado y criterios de crianza); el reparto del trabajo doméstico y roles en las relaciones de género; los acuerdos/desacuerdos en la relación de pareja.

Al comparar estos aspectos por sexo en cada tipo de estratos sociales y las diferencias y similitudes entre estos estratos, proponemos dos discusiones⁶.

A. Existe una trayectoria reproductiva en la cual el tipo de deseo de paternidad en la formación de pareja está vinculada a la presencia masculina en el proceso de embarazo y el desempeño de roles paternos luego del nacimiento de los/as hijos/as.

El proceso de pasaje de la capacidad reproductiva masculina a la construcción de una posición personal de paternidad y los vínculos sociales que pueden definir los roles paternos incluye un conjunto heterogéneo de contextos subjetivos y sociales. Este conjunto de contextos comprende fundamentalmente la relación que establece el varón con los roles de género en la socialización familiar y el tipo de vínculo de pareja, asuntos que ya hemos discutido en un trabajo previo (Villa, 2001). Otros contextos derivan de la experiencia subjetiva de cada varón como hijo y la relación con las figuras parentales, el grupo de pares, la valorización de figuras de paternidad que sirven como modelos en el medio social extrafamiliar, la institución social de la familia mediante la formación de una unidad doméstica y el desempeño del rol de proveedor. Son los significados que emergen de estos contextos los que hacen posible explicar el valor subjetivante que puede poseer la reproducción y la paternidad para la construcción de las identidades masculinas. Con respecto a estos significados varones y mujeres adoptan posiciones subjetivas que definen la paternidad. Es posible trazar una trayectoria de continuidad en la experiencia masculina con la reproducción que va desde el posible surgimiento de un deseo de paternidad en la relación de pareja, pasando por el proceso de embarazo, hasta el desempeño de roles paternos luego del nacimiento de hijos/as.

Al analizar dicha trayectoria en las experiencias subjetivas de varones y mujeres se destacan dos grandes concepciones de género con respecto a la construcción de la paternidad. Una concepción sitúa a los varones en primer lugar en posición de genitores, y luego su posición de paternidad es colocada privilegiando el rol de proveedor

⁶Recibí aportes valiosos a partir de comentarios y discusiones de hallazgos preliminares de Mónica Gogna, Silvina Ramos, Teresa Durand, Elsa López, Norberto Inda, Irene Costa, Beatriz Belloni, de Buenos Aires.

económico. Se considera a la mujer como la protagonista principal del proceso reproductivo según los eventos biológicos femeninos y como objeto de cuidado masculino. Esta concepción entra inmediatamente en evidentes contradicciones en las relaciones de género, ya que por un lado se valoriza la reproducción relacionada a un vínculo afectivo entre varón y mujer, y por otro lado la autonomía social masculina privilegia los intereses individuales y la realización profesional y/o laboral.

Una segunda concepción de varones y mujeres en las relaciones de género considera al embarazo como una experiencia que envuelve subjetivamente tanto al varón como a la mujer. Esta concepción posibilita que los varones tiendan a construir una posición de paternidad no sólo en relación al vínculo afectivo con la mujer y al desempeño laboral, sino en una experiencia directa con el/la hijo/a en formación en el vientre femenino. Estos varones tienden a compatibilizar el rol de cuidado de la mujer, la construcción de un vínculo paterno-filial, la autonomía social masculina y el desempeño del rol de proveedor.

En muchas parejas de los estratos pobres la trayectoria reproductiva mencionada está caracterizada por coincidencias entre las expectativas femeninas y masculinas con respecto a valorar la paternidad como condición de posibilidad de expresión de afectividad y prueba de amor en la relación de pareja. Ello va acompañado del surgimiento de un deseo masculino por transitar una experiencia de paternidad incorporando figuras de paternidad significativas del medio social que permitirían al varón diferenciarse de experiencias parentales negativas y rupturas en el grupo familiar de origen, y como parte de un proyecto de formación de una familia, abandonando la vida de soltería. El proceso de embarazo del primer hijo se presenta como una realización de estas expectativas, al inaugurar una transformación de las subjetividades masculinas a través de cambios en el propio cuerpo, así como a partir de un aprendizaje de vinculación corporal y afectiva con la mujer y el futuro hijo. Asimismo, el varón desempeña un rol de cuidado y protección de la mujer, simultáneamente con la asunción de sentirse responsable por la provisión material de la familia en formación. No obstante ello, algunos de estos varones experimentan este proceso en tensión con el abandono de la vida de soltería. En lo que respecta al desempeño de roles paternos, estos varones muestran una relativa capacidad y deseo de aprender diferentes tareas de atención, cuidado y crianza de los/as hijos/as.

Se observan dos posiciones en las expectativas femeninas. Algunas mujeres tienen una relativa apertura para demandarle al varón el desempeño de aquellas tareas y mayor tiempo paterno; mientras que otras se asignan a sí mismas el desempeño casi exclusivo de las tareas parentales y no posibilitan la participación masculina. Durante el primer año de vida no se destacan conflictos en la pareja vinculados a los/as

hijos/as. Pero pasada esa edad se destacan conflictos en las relaciones de género por la autoridad parental.

En la trayectoria reproductiva de un segundo grupo de parejas no existía un deseo de paternidad en los varones. Para ellos el surgimiento y el proceso de embarazo está en clara contradicción con la autonomía social masculina y la vida de soltería vinculada al grupo de pares. Es por ello que experimentan el embarazo como algo exclusivo de la mujer. Asimismo, ellas pueden adoptar dos posiciones en las expectativas relacionales con el varón: demandar una mayor presencia masculina en el proceso reproductivo, o rechazar dicha presencia, promoviendo un distanciamiento de los varones. Luego del nacimiento de los/as hijos/as se destaca una clara diferenciación de los roles de género en la relación de pareja: las mujeres son las que primordialmente asumen la responsabilidad del trabajo parental, aunque ellas tengan una ocupación laboral, y ellos conservan la autonomía extra doméstica y definen el ejercicio de la paternidad vinculándolo principalmente al rol de proveedor económico.

Con respecto a las trayectorias reproductivas en los estratos medios, como hemos discutido en un trabajo previo a partir de hallazgos de este mismo estudio (Villa, 2001), las expectativas femeninas y masculinas con respecto a la paternidad son relativamente coincidentes. A diferencia de lo que ocurre en los estratos pobres, en los varones provenientes de estratos medios, la posibilidad de la paternidad surge en un vínculo afectivo de pareja ya constituido, y se plantea una mayor tensión con la realización profesional y laboral masculina. Esta tensión se continúa manifestando luego del nacimiento de los/as hijos/as. Asimismo, de la misma manera que ocurre en los estratos pobres, surge un deseo de paternidad vinculado con una diferenciación y trascendencia de la propia experiencia de hijo en el grupo familiar de origen. No obstante esta similitud, no se destaca la importancia de tomar como modelos paternos otras experiencias de paternidad del medio social, como ocurre en los varones pobres. Si bien según las declaraciones femeninas y masculinas pocos varones no querían ser padres en el momento en el que surge el primer embarazo en la pareja, ellos tienden a aceptar la experiencia de paternidad que se inicia con el proceso de embarazo. Este proceso inaugura una profundización del vínculo afectivo ya existente en la relación de pareja. Este proceso adquiere dos modalidades. En una, los varones y las mujeres sitúan el papel masculino como acompañante “afectivo” del proceso de embarazo considerado como algo que le ocurre principalmente a la mujer; y en otro, varones y mujeres experimentan dicho proceso como una transformación corporal y afectiva propia de la masculinidad en comunidad con las experiencias corporales y afectivas femeninas. También existe una relativa continuidad de estas concepciones en el ejercicio de roles paternos luego del nacimiento, en la población de los estratos medios. Se destaca en las declaraciones de ambos sexos que

la mayoría de los varones construye un vínculo paterno-filial afectivo y muchos de ellos además tienen una relativa capacidad para aprender y desempeñar la mayoría de las tareas parentales. No obstante, dicha capacidad se encuentra en tensión con la concepción femenina y masculina acerca de que es la mujer la principal responsable de los roles parentales (principalmente durante el primer año de vida), así como con el desempeño laboral y/o la realización profesional masculinas.

Al vincular la construcción de paternidad con el rol de proveedor económico, se destacan diferentes significados. En los estratos pobres, dicha vinculación puede estar relacionada con por lo menos cuatro posiciones de género diferentes: parejas en que sólo el varón tiene un desempeño laboral permanente y que privilegian su rol paterno en esta función, delegando a la mujer el principal rol parental; parejas en que sólo el varón tiene desempeño laboral permanente, y en las que aquél intenta compatibilizar su rol de proveedor con el de crianza de sus hijos/as; parejas en que el varón sólo ha podido acceder a un rol de proveedor en forma temporaria u ocasional con ocupación laboral femenina, en las cuales se valoriza la función paterna de crianza; parejas en las cuales trabajan ambos cónyuges, donde se privilegia el rol de proveedor masculino y se invisibiliza el trabajo productivo y reproductivo femenino. En los estratos medios, las posiciones de género masculinas pueden adquirir tres significados: parejas en las que ambos cónyuges trabajan fuera del hogar, en las cuales existe una valorización masculina de la crianza y una tensión con las demandas parentales femeninas a los varones; parejas en las cuales solo el varón desempeña actividad laboral e intenta compatibilizar la misma con las tareas parentales; parejas en las cuales sólo el varón desempeña actividad laboral, delega las actividades parentales en la mujer y ésta demanda tareas parentales masculinas.

Los conflictos en las relaciones de género en torno de la autoridad parental podrían estar expresando una creciente presencia de la autoridad paterna y un cuestionamiento a la misma. Estos conflictos se destacan en los estratos pobres, ya sea que se trate de situaciones en las que la mujer critica al varón o este critica a aquella por las dificultades en la puesta de límites a los/as hijos/as. Si bien más atenuados, estos conflictos también están presentes en los estratos medios, en los cuales el varón puede delegar la autoridad parental en la mujer y esta reclamarle mayor presencia. O, contrariamente, la mujer puede descalificar la autoridad paterna.

En ambos estratos sociales es importante destacar que en todos los varones que tienen una relativa capacidad y disponibilidad para aprender tareas parentales se observa ambivalencia y tensión entre un deseo de realizar dichas tareas, y por otro lado la concepción masculina acerca de que estas tareas son de competencia materna. Además también es importante destacar que cuando los varones tienen oportunidad

de estar solos con sus hijos/as, ya sea en la casa o en otros espacios sociales, tienden a construir un rol parental autónomo de la relación conyugal. Cuando la mujer está en la casa o ella es la que principalmente participa de las actividades de los/as hijos/as en otros espacios sociales, los varones tienen cierta tendencia a delegar la atención y el cuidado en ella.

También en muchas mujeres de ambos estratos sociales se destaca tensión y contradicciones entre una idealización de la figura paterna, un interés y demandas para que el varón se ocupe de los/as hijos/as, y por otro lado una asunción femenina del control parental, con desconfianza hacia el varón que podría rivalizar y disputar el lugar de madre. Estas últimas actitudes parentales femeninas no posibilitan y más bien obstaculizan una modificación de las relaciones tradicionales entre los géneros.

B. Las posibles transformaciones de la masculinidad en la trayectoria reproductiva de las parejas no se manifiestan de igual modo con respecto a la participación de los varones en la distribución del trabajo doméstico luego del nacimiento de los/as hijos/as.

Hemos discutido en un escrito previo (Villa, 2001), a partir de hallazgos de este mismo estudio, que varones y mujeres intentan diferenciarse con respecto a las concepciones de género en las que fueron socializados en su grupo familiar de origen. No obstante ello, existe una concepción con consenso tanto en mujeres como en varones, si bien con diferencias en las relaciones de género según los estratos sociales, que asigna claramente una diferenciación de roles de género con respecto al trabajo doméstico: la mujer debería ocuparse de la casa y el varón del trabajo extra doméstico.

En aquellas parejas de estratos pobres en las que el varón puede sostener el rol de único proveedor de la familia, él rechaza la posibilidad de realizar tareas domésticas. Ante los reclamos femeninos, solo algunos varones deciden acceder a realizarlas ocasionalmente como una “ayuda” al rol doméstico de la mujer. No obstante ello, estos varones pueden valorizar el vínculo paterno filial mientras la mujer realiza tareas domésticas por propia iniciativa o porque las mujeres se lo demandan así.

Una situación similar ocurre cuando ambos cónyuges tienen un trabajo extra doméstico en forma permanente. En estos casos los varones consideran al desempeño laboral femenino como una “ayuda” al aporte masculino. En general los varones tienden a delegar las tareas domésticas en las mujeres, quienes además podrían naturalizar esta situación o demandar al varón “ayuda”. En esta última situación se generarían conflictos en la relación de pareja.

De modo diferente, en aquellas parejas en que el varón no ha podido acceder a un trabajo en forma permanente a lo largo de su trayectoria laboral, con períodos donde ambos cónyuges acceden a empleos informales y ocasionales, así como en situaciones de dependencia económica de la familia de origen, la rigidez de las concepciones de los roles domésticos se encuentra más cuestionada, y aun cuando se puedan producir conflictos en la relación de pareja en torno a la realización de tareas domésticas, estos varones tenderían a desempeñar estas últimas. Ello coincide con que en este tipo de parejas los varones también tienen mayor disposición que otros varones a valorizar el aprendizaje de tareas parentales, y dedicarle más tiempo a los hijos.

En los estratos medios también se destaca que si bien el varón puede considerarse a sí mismo y ser considerado por la mujer como parte activa de la búsqueda y proceso de embarazo así como en el ejercicio de roles paternos luego del nacimiento, no ocurre lo mismo con la participación masculina en la realización de las tareas domésticas. La mayoría de los varones desvalorizan estas tareas e implícita o explícitamente se las atribuyen a las mujeres. En las parejas donde ambos cónyuges tienen desempeño laboral extra doméstico, esta posición masculina genera importantes conflictos en la relación de pareja a partir de la demanda femenina de que ellos realicen tareas domésticas. Algunos varones acceden a realizarlas, y otros no modifican su posición. En los casos de parejas de mayor nivel de ingresos económicos, la contratación de personal doméstico atenuaría dichos conflictos.

En las parejas en que solo el varón provee económicamente al grupo familiar existe un relativo acuerdo en que la mujer realiza la mayoría de las tareas domésticas.

En aquellas parejas en las cuales las familias de origen hacen el mayor aporte económico para hijos/as y nietos, existe una mayor posibilidad de desempeño masculino de tareas domésticas por propia iniciativa del varón o porque la mujer se lo demanda.

La posición de varones y mujeres, así como los conflictos con respecto a los roles domésticos, también se destaca en los temas mencionados que generan acuerdos y desacuerdos en la vida de pareja en general.

En los estratos pobres los discursos de los varones son contradictorios. Por un lado la mayoría valora como un acuerdo de pareja el “compartir todo” entre varón y mujer, y por otro lado algunos reconocen que existen conflictos recurrentes porque ellos quieren continuar conservando una autonomía individual extra doméstica y las mujeres les reclaman mayor presencia en el hogar. También se destacan como desacuerdos en las declaraciones femeninas y masculinas los celos y control mutuo en la pareja. Algunas mujeres señalan lo que denominan el “machismo” de los

varones, principalmente caracterizado por no dejar salir a la mujer de la casa y que el varón realice salidas extra domésticas sin acuerdo con la mujer.

En los estratos medios se destacan importantes contradicciones en los discursos masculinos y femeninos. Por un lado ambos sexos insisten en valorar las autonomías individuales, el compañerismo y el apoyo mutuo en la pareja; pero por otro lado, tanto varones como mujeres mencionan la falta de participación masculina en las tareas domésticas y en menor medida el tiempo dedicado a los/as hijos/as, como uno de los principales temas de desacuerdos y conflictos en la relación de pareja. También algunas mujeres señalan el “machismo” de los varones, caracterizado fundamentalmente por la intención masculina de imponer sus criterios a la mujer.

Conclusiones y recomendaciones para la acción

Todas las propuestas de intervención que se expondrán requieren de una capacitación de técnicos y profesionales del sector salud, de educación y de servicios sociales en las temáticas de género, sexualidad y familia, especialmente de los servicios gineco -obstétricos y pediátricos⁷.

A. Dar visibilidad institucional y brindar oportunidades a varones jóvenes de acceso a los servicios obstétricos, discutiendo el protagonismo masculino en las parejas durante el proceso de embarazo.

El proceso de embarazo desencadena cambios corporales, subjetivos y sociales de las identidades masculinas. La posición del varón y la que le atribuye la mujer durante el embarazo puede adquirir distintas modalidades según el tipo de relaciones de género en la pareja y los estratos sociales considerados.

El protagonismo masculino es comúnmente desestimado por los servicios obstétricos.

En primer término se hace necesario promover espacios que permitan discutir las concepciones disciplinarias en el campo obstétrico, así como la organización de los

⁷Todas las propuestas de intervención de este estudio fueron ejecutadas y evaluadas como parte del Programa de Salud Reproductiva en la Ciudad de Buenos Aires y del Programa de Apoyo y Asistencia a Maternidad y Paternidad Juveniles (PROMAPÁ) en el Municipio de Vicente López (Villa, 2001; Villa et al, 2000; Villa & Belloni, 1999; WHO, 1999). También se han divulgado estas recomendaciones políticas en los servicios participantes de este estudio. Asimismo se han desarrollado actividades de capacitación con técnicos y profesionales de los sectores de educación y salud en municipios del conurbano de la Provincia de Buenos Aires, las que incorporan la discusión de estas recomendaciones políticas.

servicios que hacen de la mujer la única protagonista del proceso de embarazo y no contemplan en general la presencia masculina.

Ello puede ir acompañado de la creación de espacios de atención y orientación individual para varones o de grupos masculinos. Estos espacios podrían dar la oportunidad a varones jóvenes de poder hablar las dudas, temores y los posibles cambios de la masculinidad en ellos mismos y en la relación con las mujeres. También estos servicios para varones pueden constituirse en un ámbito privilegiado de aprendizaje y preparación de roles paternos, teniendo en cuenta el mismo proceso de embarazo y la futura situación de post parto.

B. Discutir e incorporar en los servicios de puericultura la especificidad y la importancia de los roles parentales masculinos en el crecimiento y desarrollo de los/as niños/as durante los primeros años de vida.

Dados la relación discutida previamente entre el tipo de deseo de paternidad en la toma de decisiones reproductivas y el tipo de tareas paternas desempeñadas en las relaciones de género, así como los conflictos en torno de la autoridad parental que surgen por la puesta de límites a los hijos/as, sería importante incorporar esta discusión en el campo pediátrico. También es importante incorporar aquí que la participación masculina en la toma de decisiones reproductivas y el deseo de paternidad del primer hijo pueden estar directamente relacionados con la expectativa masculina de diferenciarse y trascender la propia experiencia de hijo en el grupo familiar de origen.

Generalmente los servicios de puericultura hacen recaer solo en la figura materna la principal responsabilidad parental. La incorporación de estas discusiones podría promover la valorización de las tareas paternas que desempeñan los varones o aquellas que podrían aprender y desempeñar potencialmente.

Este trabajo es pertinente porque, en general, la atención programada en forma periódica de niños/as hasta los dos años permite construir un vínculo personalizado entre los profesionales de salud, los niños/as y la madre/padre. Ello sería posible a través del trabajo con los varones que ya concurren a estos servicios con sus hijos/as, convocándolos a través de la mujer-pareja o trabajando con esta última acerca de la importancia de la participación masculina en el desempeño de los roles parentales.

C. Discutir en servicios sociales y de salud diferentes tipos de desigualdades y conflictos en las relaciones de género vinculados a la presencia masculina en los procesos reproductivos.

Se destaca un proceso de transformación con tensiones y contradicciones en el cual algunos varones tienden a intervenir en la toma de decisiones anticonceptivas y en las tareas parentales con concepciones de masculinidad más equitativas con respecto a las de la socialización de su grupo familiar de origen. Ello también está posibilitado en las relaciones de género por demandas femeninas que promueven dicha transformación. Contrariamente, también se observan posiciones femeninas que obstaculizan dichas transformaciones. Estos procesos y relaciones de género adquieren diferentes significados según los estratos sociales considerados.

Discutimos que los procesos de transformaciones masculinas en las decisiones anticonceptivas y el trabajo parental, no se verifican de la misma manera en lo que respecta a la distribución del trabajo doméstico luego del nacimiento de los hijos. Aquí tienden a prevalecer las especializaciones genéricas, tanto en las concepciones de mujeres como de varones: la mujer es la que implícita o explícitamente debería organizar, desempeñar o controlar la mayor parte del trabajo doméstico. Esta desigualdad genera conflictos y demandas a los varones, pero las concepciones femeninas y masculinas no pueden terminar de realizar un análisis crítico del carácter dicotómico y esencial que se atribuye a los roles modernos de la “mujer de la casa” y el “hombre proveedor”. La mayoría de las mujeres y los varones no pueden renunciar totalmente a las ventajas y desventajas, en términos de poder social, que otorgarían estos roles. No obstante ello, se observan diferencias según los estratos sociales considerados.

El abordaje de estas desigualdades en las relaciones de género podría ser incluido en diferentes tipos de servicios sociales y de salud que trabajan con problemáticas vinculadas con familia.

Los servicios de consejería para parejas en salud reproductiva y sexualidad pueden incorporar una perspectiva de intervención que tienda a desnaturalizar y discutir las desigualdades de género en el trabajo con población femenina y /o masculina.

Sería oportuno, por ejemplo, capacitar a técnicos y profesionales discutiendo la naturalización de las desigualdades de género, para que estas puedan ser problematizadas en el trabajo de los servicios. Otra posibilidad sería diseñar estrategias comunicativas que pongan énfasis en los cambios de roles y valores que ha experimentado la institución familiar para la población joven, promoviendo la aceptación de diferentes formas de distribución de roles en la dinámica familiar.

También sería prioritario abordar estas desigualdades en los servicios de violencia familiar, ya sea en programas asistenciales o preventivos con población juvenil.

Bibliografía

Alatorre Rico, J & Luna, R. (2000): “Significados y prácticas de la paternidad en la ciudad de México”, en: Fuller, N. (Ed.). *Paternidades en América Latina*. Lima, Fondo Editorial de la Pontifica Universidad Católica del Perú.

Arilha, M. (1998). “Homens: entre a zoeira e a responsabilidade”. In: Arilha, M. et al (org.) *Homens e masculinidades. Outras Palabras*. Sao Paulo, ECOS/Editora 34.

Badinter, E. (1993). *XY, la identidad masculina*. Bogotá, Norma.

Banco Mundial (1999). *Las relaciones de género en la Argentina. Un panorama sectorial*. Buenos Aires, Banco Mundial.

Barker, G. (1998): “Boys in the hood, boys in the bairro: Exploratory research on masculinity, fatherhood and attitudes toward women among low income young men in Chicago, USA and Rio de Janeiro, Brazil”. Prepared for the “Seminar on Men, Family Formation and Reproduction”, organized by IUSSP and the Centro Nacional de Estudios de Población, Buenos Aires, 13-15 may.

------(2000): “Gender equitable boys in a gender inequitable world: Reflections from qualitative research and program development with young men in Rio de Janeiro, Brazil”, en *Sexual and Relationship Therapy*, Carfax Publishing, London.

Buvinic, M. et al. (1998): “La suerte de las madres adolescentes y sus hijos: la transmisión de la pobreza en Santiago de Chile”, en: Schmukler, B. (Coord). *Familias y relaciones de género en transformación*, México, EDAMEX/ Population Council.

Connell, R. W. (1997). “La organización social de la masculinidad”, en: Valdés, T. & Olavarría, J (eds.), *Masculinidades. Poder y crisis*, Santiago de Chile, Isis Internacional/Ediciones de las Mujeres, N° 24.

De Barbieri, T. (1991): “Sobre la categoría de género. Una introducción teórico metodológica”, en: Derechos Reproductivos/ PRODIR I. San Pablo, Fundação Carlos Chagas.

Ducrot, O. (1986): *El decir y lo dicho. Polifonía de la enunciación*, Barcelona, Paidós.

Engle, P. (1994): "Is there a father instinct? Fathers' responsibility for children". Presentado en Project: "Family Structure, Female Headship and Maintenance of Families and Poverty", Population Council/Ford Foundation.

Figuerola J. G. (1998): "La presencia de los varones en los procesos reproductivos: algunas reflexiones" en: Lerner, S. (Ed.) *Varones, sexualidad y reproducción*, México, El Colegio de México.

Figuerola, J. G. & Liendro, E. (1994). "Apuntes sobre la presencia del varón en la toma de decisiones reproductivas". Presentado en el Seminario sobre Masculinidad organizado por el Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG) de la Universidad Nacional de México (UNAM).

Fuller, N. (1997). Identidades masculinas. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú/Fondo Editorial.

------(2000). "Significados y prácticas de paternidad entre varones urbanos de Perú", en: Fuller, N. (Ed.), ob. cit.

Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, (2000). "Informe estadístico de nacidos vivos en la ciudad de Buenos Aires". Preparado por la Dirección General de Estadísticas de Salud para el Área Programática del Hospital J. M. Penna.

Godelier, M., (1990): *La producción de los grandes hombres: Poder y dominación masculina entre los baruya de Nueva Guinea*, Madrid, Akal.

Gogna, M. et al. (1997): Las enfermedades de transmisión sexual: género, salud y sexualidad, Buenos Aires, Centro de Estudios de Estado y Sociedad- Centro Nacional de Estudios de Población, Cuaderno del CENEP N° 52.

------(1998). "La salud reproductiva en la Argentina: Dimensiones epidemiológicas y sociodemográficas", en: Foro por los Derechos Reproductivos (Org.) *Nuestros cuerpos, nuestras vidas: propuestas para la Promoción de los Derechos Sexuales y Reproductivos*, Buenos Aires, Foro por los Derechos Reproductivos.

Infesta Domínguez, G. (1996): "Salud reproductiva y sexualidad: Una visión desde la perspectiva del varón adolescente". Presentado en el Segundo Taller de Investigaciones Sociales en Salud Reproductiva y Sexualidad, organizado por CENEP/CEDS/AEPA, Buenos Aires.

Johnson, D. (1998): "Father Presence Matters: A Review of the Literature Toward an Ecological Framework of Fathering and Child Outcomes". Preparado para: Web www.ncoff.gse.upenn.edu, National Center on Fathers and Families.

Lamb, M.E. (1986). "The changing role of fathers", en: M. E. Lamb (Ed.), *The Fathers Role: Applied Perspectives*, New York, Wiley.

Leal, O. F. & Boff, A. (1996): "Insultos, Queixas, Sedução e Sexualidade: Fragmentos de Identidade Masculina em uma perspectiva relacional", en: Parker, R. & Barbosa R. M. (org.) *Sexualidades Brasileiras*, Rio de Janeiro, Relume Dumará.

Leal, O. F. & Fachel, J. (1995): "Male reproductive culture and sexuality in South Brazil: combining ethnographic data and statistical analysis", presentado en el Seminar on Fertility and the cycle in the era of fertility decline, organizado por SOMED/ IUSSP, Zacatecas, México.

Lopez, E. (1997): "Anticoncepción, patrones reproductivos y salud de las mujeres en la Argentina: precisiones, contrastes y problemas", en: Cantón, D. et al (Comp.). *La investigación social hoy*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani/ Oficina de Publicaciones del CBC/UBA.

Lopez, E. et al. (2000): "¿Casarse o no casarse? Imágenes sobre la formación de familias". Presentado a UBACYT como parte del proyecto "Formación de Familia y Reproducción", bajo la dirección de Elsa Mabel López, en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales-UBA.

Lyra, J. (1998): "Paternidade adolescente: da investigação a intervenção", en Arilha, M. et al (Org.) Ob. Cit.

Mendes Diz, A. M. et al. (2000): "Prevención de VIH/SIDA y promoción de la salud sexual del adolescente". Informe final de Línea de Base en Buenos Aires, presentado a GTZ, Cooperación Alemana al Desarrollo.

Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, (2000): "La situación de los jóvenes en el Gran Buenos Aires". Informe presentado por el Sistema de Información, Monitoreo y Evaluación de Programas Sociales (SIEMPRO).

Ministerio de Salud de la Provincia de Buenos Aires, (2000). "Proyecto prevención VIH/SIDA y promoción de la salud integral de adolescentes". Documento de trabajo preparado para la Línea de Base, Cooperación argentino-alemana.

Mundigo, A. (1995): “Men’s Roles, Sexuality, and Reproductive Health”, International Lecture Series on Population Issues/The John D. and Catherine T. Mac. Arthur Foundation.

Olavarria, J., (2000): “Ser padre en Santiago de Chile” en: Fuller, N. (Ed.), ob. cit.

Oliveira, M. C. Et al. (2000): “Homens e Anticoncepção: um estudo sobre duas gerações masculinas das camadas medias paulistas”. Apresentado em GT Gênero e população, XII Encontro Nacional de estudos populacionais, Caxambú, 23 a 27 de outubro de 2000, organizado por ABEP.

Organización Mundial de la Salud, (2000): *¿Qué ocurre con los muchachos? Una revisión bibliográfica sobre la salud y el desarrollo de los muchachos adolescentes*, Ginebra, Organización Mundial de la Salud.

Palma, I. & Quilodran, C. (1997): “Opções masculinas: Jovens diante da gravidez”, en: De Oliveira Costa, A. (org.), Ob. cit.

Pantelides, E. A. (1995). *La maternidad precoz. La fecundidad adolescente en la Argentina*, Buenos Aires, UNICEF.

Pantelides, E. A. & Cerruti, M. (1992). Conducta Reproductiva y embarazo en la adolescencia. Buenos Aires, Cuaderno del CENEP Nro.47.

Pantelides, E. A., et al. (1995). Imágenes de género y conducta reproductiva en la adolescencia. Buenos Aires, Cuaderno del CENEP Nro. 51.

Rivas, M. (1996): “La entrevista en profundidad: un abordaje en el campo de la sexualidad” en: Szasz, I. & Lerner, S. (comp.). *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*, México, El Colegio de México.

Russell Bernard, H. (1988): *Research Methods in Anthropology*, California, Sage Publications.

Schmukler, B. (1996): “La perspectiva de género en los proyectos de desarrollo y su diferencia con la perspectiva de mujer y desarrollo”, en: Zicardi, A. Et al (Comp.) *Las políticas sociales en México en la década de los '90*, México, UNAM.

----- (Coord) (1998). *Familias y relaciones de género en transformación*, México, EDAMEX/Population Council.

------(1999): “Democratización familiar y políticas de género”, Co-
lección Políticas Sociales, N° 2, Instituto Mora, serie Perfiles.

Serrano, J. F. et al (2001). “Construcciones de lo paterno y lo materno en padres y madres adolescentes de Bogotá”. Informe final de investigación (Versión preliminar) presentado al PRODIR III, Fundación Carlos Chagas/Mac. Arthur, San Pablo.

Siqueira, M. J. (2001): “Paternidad adolescente: seu lugar nos programas públicos na área da saúde reprodutiva na regio da Grande Florianópolis”. Relatorio final de pesquisa presentado al PRODIR III, Fundación Carlos Chagas/Mac. Arthur, San Pablo.

Stoller, R., (1968): *Sex and gender*, Vol. I. New York, Jason Aronson.

Strathern, M. (1995): “Necessidade de pais, necessidade de maes”. Estudos Femi-
nistas, Vol. 3 N. 2/95.

Sullerot, E. (1993): *El Nuevo Padre. Un nuevo padre para un nuevo mundo*. Barcelona, Ediciones B.

This, B. (1982): *El padre: Acto de Nacimiento*, Barcelona, Paidós.

Townsend, N. W. (1998): “La fecundidad masculina: relaciones sociales en el transcurso de la vida. Contextualizando la reproducción biológica de los hombres en Botswana”, en: Lerner, S. (ed.) *Varones, sexualidad y reproducción*, México, El Colegio de México.

Vale De Almeida, M. (1995). *Senhores de si. Uma interpretação antropológica da masculinidade*, Lisboa, Fim de Século.

Villa, A. (1997): “Significados da reprodução na construção da identidade masculina em setores populares urbanos”, en: De Oliveira Costa, A. (org) *Dereitos Tardios: Saúde, sexualidade e reprodução na América Latina*. San Pablo, Fundação Carlos Chagas /Editora 34.

------(1998a). “Haciendo visible a los varones en las relaciones de género”. Sexualidade, gênero e sociedade, N° 7 y 8/Programa de estudos e pesquisas em Sexualidade, gênero e saúde /CEPESC/IMS/UERJ.

------(1998b). “El varón en las relaciones de género: reflexiones para la intervención en sexualidad y reproducción” en: AEP/CEDES/CENEP (orgs.)

Avances en la Investigación Social en Salud Reproductiva y Sexualidad, Buenos Aires, CEDES.

------(1999): “Sexualidad, reproducción y paternidad: una introducción a la demanda social en las relaciones de género”, en: Marques da Silva, D. (Org.) *Novos contornos no espaço social: Gênero, Geracao e Etnia*, Río de Janeiro, PEGGE/Faculdade de Serviço Social/ UERJ.

------(2001): “Interviniendo en sexualidad y reproducción con población juvenil: na perspectiva en las relaciones de género”, en: Marques da Silva, D. (Org.) Curso de Capacitacao em saúde reprodutiva para profissionais. Rio de Janeiro, PEGGE/Faculdade de Serviço Social/ UERJ (em prensa).

------(2001): “Presencias masculinas en las opciones reproductivas: significados en mujeres y varones jóvenes de sectores urbanos medios y pobres”. Presentado al Programa Especial de Reproducción Humana de la Organización Mundial de la Salud, Proyecto de investigación N° 97106.

Villa, A. & Belloni, B. (1996): “Pasantía de capacitación en servicios en Salud Reproductiva y Sexualidad”, Presentado en la Dirección de Capacitación Profesional y Técnica/Comité de Docencia e Investigación/Area Programática del Hospital J. M. Penna, Secretaria de Salud del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Curso dictado entre los meses de mayo y noviembre.

----- (1999): “Hacia una caracterización de las maternidades y paternidades juveniles”, en: Centro Municipal de Asistencia a la Niñez y la Adolescencia (Comp.) Cosechas (las cosas hechas). Florida, Secretaría de Salud/Municipalidad de Vicente López.

Villa, A. et al. (2000): “Sexualidad y reproducción en la adolescencia: una perspectiva de intervención en el primer nivel de atención de la salud”. Presentado en las XXXIV Jornadas Multidisciplinarias del Hospital Municipal General de Agudos Dr. J. M. Penna, Buenos Aires, 28/11 al 1/12.

Viveros Vigoya, M. (2000): “Paternidades y masculinidades en el contexto colombiano contemporáneo, perspectivas teóricas y analíticas”, en: Fuller, N. (Ed.), ob cit.

Wainerman, C. (1998): “Men and the family”. Prepared for the “Seminar on Men, Family Formation and Reproduction”, organized by IUSSP and the Centro Nacional de Estudios de Población, Buenos Aires, 13-15 de mayo.

Wainerman, C. & Geldstein, R. (1994): “Viviendo en familia: ayer y hoy”, en: Wainerman, C. (comp.) *Vivir en familia.*, Buenos Aires, Losada/UNICEF argentina.

Weller, S. (2000): “Salud Reproductiva de los/as adolescentes. Argentina, 1990-1998”, en: Coleta Oliveira, M. (org.) *Cultura, Adolescência e Saúde: Argentina, Brasil e México*, Campinas, Consórcio de Programas em Saúde reprodutiva e Sexualidade na América Latina CEDES/COLMEX/NEPO-UNICAMP

WORLD HEALTH ORGANIZATION, (1999): “WHO Survey on Programmes Working with adolescent boys and Young Men”. Prepared by Gary Barker, Instituto PROMUNDO, Brazil, Department of Child and Adolescent Health and Development, mayo.

Zamberlin, N. (2000): “La otra mitad. Un estudio sobre la participación masculina en el control de la fecundidad”, en: Gogna, M. (comp.) *Feminidades y masculinidades. Estudios sobre salud reproductiva y sexualidad en Argentina, Chile y Colombia*, Buenos Aires, CEDES.

EL TRABAJO DESDE LA PERSPECTIVA PSICOANALITICA

SEBASTIAN PLUT

El tema sobre el que se ha convocado este Seminario¹ resulta muy sugerente y permite reflexionar sobre problemas numerosos y diversos tales como la incidencia de los nuevos escenarios laborales, los efectos de los cambios y las crisis, las relaciones entre los géneros, los vínculos entre sufrimiento y trabajo, los nexos entre subjetividad, organización y contexto social, etc.

En lo que sigue presentaré, primero, el marco general de la concepción freudiana del trabajo. Luego, me referiré a algunas problemáticas específicas como el estrés, el *burn out* y el desempleo. En tercer lugar, me centraré en la investigación que realicé para mi tesis doctoral sobre los efectos del “corralito”² -entendido como un trauma social- en los empleados bancarios. Finalmente, a partir de lo expuesto, retomaré los elementos que permiten inferir parte de una *retórica del management*.

Concepción freudiana del trabajo

Si bien Freud definió la salud y las metas del análisis en función de recuperar la capacidad de amar y trabajar³, hemos hallado que los autores posteriores han puesto el acento en el primero de estos términos, el amor. Sin embargo, Freud aludió en numerosas ocasiones a los problemas inherentes a la vida laboral, ya sea en sus descripciones clínicas, en reflexiones metapsicológicas o, como la referencia citada, en

¹ Agradezco a Mabel Burin la invitación a participar del Seminario, con quien, además, tuve el placer de compartir el panel. Asimismo, quiero destacar los valiosos comentarios que Irene Meler realizó sobre mi trabajo. Este artículo es, pues, una reelaboración y ampliación de mi ponencia.

² Tal fue la denominación, informal pero instituida socialmente, del conjunto de medidas económicas implementadas en Argentina a partir del 3 de diciembre de 2001. Tales medidas impusieron a los ciudadanos la prohibición de extraer el dinero que tuvieran depositado en los bancos. Ello generó efectos devastadores no sólo en la economía, sino también en lo político (motivó la renuncia de quien era en ese momento Presidente de la Nación) y en la sociedad en general.

³ Dos citas de Freud aluden a ello: a) “No puede postularse para el tratamiento ninguna otra meta que una curación práctica del enfermo, el restablecimiento de su capacidad de rendimiento y de goce” (1904, pág. 241); b) “La diferencia entre salud nerviosa y neurosis se circunscribe, pues, a lo práctico, y se define por el resultado, a saber, si le ha quedado a la persona en medida suficiente la capacidad de gozar y de producir” (1916, pág. 416).

propuestas terapéuticas. En *El malestar en la cultura*, por ejemplo, al hablar de la importancia del trabajo en la economía psíquica, dice:

“Ninguna otra técnica de conducción de la vida liga al individuo tan firmemente a la realidad como la insistencia en el trabajo, que al menos lo inserta en forma segura en un fragmento de la realidad, a saber, la comunidad humana” (1930, pág. 80, n. 5)⁴.

Al examinar la oposición entre las exigencias pulsionales y las restricciones impuestas por la cultura, Freud (*op. cit.*) distingue una triple fuente de sufrimientos (el propio cuerpo, el hiperpoder de la naturaleza y los vínculos con los otros) así como una categorización de estilos (narcisista, de acción y erótico). La articulación de estas hipótesis conduce a diferenciar diversas fuentes de satisfacción en el trabajo (por el reconocimiento obtenido, por el producto alcanzado y/o de la cooperación). El siguiente cuadro resume estas ideas:

Dimensión	Orientación	Estilo	Pulsión	Satisfacción
Actividad	Naturaleza	Acción	Pulsión de dominio	Producto
Sujeto	Cuerpo	Narcisista	Libido narcisista y autoconservación	Reconocimiento
Organización	Vínculos	Erótico	Pulsión sexual	Cooperación

Es decir, pensar la actividad laboral desde el punto de vista psicoanalítico supone considerar: **el valor del trabajo en la economía psíquica, la importancia de la actividad transformadora de la naturaleza y su función en las relaciones intersubjetivas**. Con ello tenemos tres dimensiones interrelacionadas: el sujeto, su actividad y sus vínculos.

En un artículo de mi autoría (Plut, S., 2001) he apuntado el concepto de **pulsión laboral** con el objeto de precisar la constitución psíquica de la significatividad del

⁴ En otra ocasión (Plut, 2005a) he tomado esta referencia para pensar el problema de la inseguridad. En efecto, si el trabajo inserta al sujeto en forma “segura” en un fragmento de la realidad, el desempleo y la precariedad laboral no pueden menos que afectar los sentimientos de inclusión y las ligazones libidinales entre los miembros de un colectivo. La supresión de tales ligazones, como señaló Freud (1921), da lugar a la emergencia del pánico colectivo. En suma, entiendo que si bien la magnitud de los delitos puede promover una sensación de inseguridad, esta última también es efecto de la supresión de los nexos intersubjetivos.

trabajo. Recordemos que para Freud la pulsión constituye una exigencia de *trabajo* para lo psíquico, trabajo que consiste en que el yo establezca enlaces entre la pulsión y el mundo simbólico. De manera que si nos preguntamos qué es trabajo desde el punto de vista psíquico, la respuesta inicial aparece con la definición de pulsión. Asimismo, Freud también caracteriza a la pulsión como motor del desarrollo. En cuanto al atributo específico (laboral), entiendo que se trata de la conjugación de mociones libidinales, egoístas y agresivas que se plasman en la actividad productiva. En rigor, considero la pulsión laboral como un derivado de otra pulsión compuesta, la pulsión social (Freud, S., 1921), en tanto se despliega en el mundo del trabajo.

La noción de pulsión social resulta de gran valor para pensar tanto los problemas clínicos (sobre todo aquellos referidos a la intersubjetividad) como las vicisitudes institucionales y, en particular, lo relativo a la organización del trabajo. En distintos textos Freud (1911, 1921) se ha ocupado de la pulsión social para referirse a una inclinación descomponible en elementos egoístas (autoconservación), eróticos y agresivos. La actividad laboral sostenida en la pulsión social, entonces, es un método apto para orientar la hostilidad en el sentido de lo útil (Plut, S., 2000a).

En síntesis, para Freud la actividad laboral:

- 1) Permite procesar ciertas exigencias pulsionales: hostilidad fraterna, libido homosexual, libido narcisista, pulsión de apoderamiento o dominio
- 2) Constituye un escenario en que pueden desplegarse sentimientos de injusticia, celos, envidia, furia (por acatar una realidad contrapuesta al principio de placer)
- 3) Cuestiona los vínculos adhesivos (que se acompañan de una falta de inversión de atención dirigida hacia el mundo)
- 4) Permite desarrollar los sentimientos de pertenencia, los proyectos ambiciosos y las capacidades creativas
- 5) Es una forma de afirmarse en los vínculos exogámicos, buscar reconocimiento social y lograr una autonomía orgullosa respecto de la autoridad de los progenitores

Comentarios sobre el estrés y el *burn out*

Desarrollar extensamente el tema del estrés y el *burn out* excede los límites de este artículo, sobre todo si consideramos la enorme cantidad de variables que han sido estudiadas en torno de los mismos. Por ello, remito al lector a la profusa bibliografía

que aborda tales problemáticas, parte de la cual se encuentra citada en este trabajo⁵. Por mi parte, prefiero centrarme en algunos aspectos menos considerados.

Comencemos con un sencillo pero ilustrativo ejemplo. José Luis es un visitador médico⁶ que padece diversas afecciones psicósomáticas (colon irritable, por ejemplo) y más de una vez ha sufrido lesiones en los escafoides. En una ocasión relata que estaba muy enojado pues se le había roto la manija de su maletín como consecuencia de la excesiva cantidad de muestras gratuitas que llevaba⁷. Hago notar que el maletín -similar al que usan los médicos- es, por así decir, un componente significativo de la identidad del visitador médico, al punto que el apodo con que se denominan entre ellos mismos es el de “valija”. José Luis explica que recarga su valija pues no quiere dejar parte de las muestras en el baúl de su auto, por lo cual en cada visita que realiza lleva medicamentos que son innecesarios. La razón de no usar el baúl es que el laboratorio para el cual trabaja no le paga los gastos del auto (aunque, curiosamente, igual lo utiliza para trabajar). José Luis dice que no quiere “entregar el baúl, esa es mi venganza”. Resulta indudablemente llamativa la venganza que despliega pues sólo se consume a costa de sí mismo (ya que no sólo sigue utilizando su propio vehículo sino que, además, se lesiona los escafoides y no propicia ningún cambio en la realidad, ninguna modificación acorde a fines). Con este ejemplo deseo poner de manifiesto -sintéticamente- algunos puntos de interés: a) por un lado, la viñeta ilustra acerca del tipo de significación (anímica e intersubjetiva) que adquiere la vida laboral para los denominados sujetos psicósomáticos; b) dicha significatividad contiene un fragmento de sobreadaptación como modalidad intersubjetiva respecto de un supuesto déspota localizado en el mundo (por lo cual, la venganza culmina entregando una porción del propio cuerpo)⁸; c) finalmente, el ejemplo presenta problemáticas correspondientes a diversos ámbitos (así como está el componente subjetivo, uno puede preguntarse sobre el factor organizacional, por ejemplo respecto del incumplimiento de normativas).

Deseo agregar algo referido a este último punto, pues permite diferenciar lo que podríamos denominar **terrenos de pertinencia**. El ejemplo comentado da lugar a deslindar, cuanto menos, dos perspectivas posibles de abordaje: la clínica o psicopatológica

⁵ Véase Dejours (2006); Dupuy (2006); Kalimo (1988); Maldavsky (2000b); Plut (2000b, 2002, 2005b).

⁶ Actualmente se los denomina APM (agentes de propaganda médica).

⁷ Es importante destacar que existe una normativa respecto del peso máximo que se debe cargar en el maletín.

⁸ No puedo extenderme en este aspecto, pero cabe señalar que diversos autores (Maldavsky, Sami Ali, entre otros) han teorizado acerca de la combinación entre alteraciones somáticas y componentes paranoicos o persecutorios.

por un lado, y la psicosocial por otra⁹. Si tomamos a José Luis como un paciente, entiendo que una problemática central está dada por su negativa a “entregar el baúl”, con las consiguientes vivencias de abuso y cuyo desenlace, en este caso particular, se evidencia en las alteraciones somáticas. Sin embargo, considero inconveniente poner el acento en esa frase si se trata de una intervención psicosocial, y ello por dos razones: en primer lugar, pues remite a un fragmento de su intimidad subjetiva; por otro lado, pues dicha frase no refleja, necesariamente, una expresión que represente al conjunto de visitantes. En ese caso, entonces, propondría poner el acento en la rotura de la manija de la valija, dado que: a) la “valija”, como ya mencioné, simboliza e identifica al grupo; b) permite ahondar una problemática institucional frecuente tal como es la ligada con el poder (podríamos decir que el problema que se plantea es “quien tiene la manija”).

Retomemos ahora las nociones psicoanalíticas que nos permiten pensar problemas de estrés y *burn out*. Al respecto, la hipótesis del triple vasallaje del yo (cuyos amos son el ello, el superyó y la realidad) resulta rendidora. Si la trasladamos al plano institucional, podemos afirmar que en las instituciones existen tres fuentes de exigencias (incitaciones que deben ser resueltas): una proviene de las aspiraciones o deseos de grupos e individuos de la propia organización, otra, de las tradiciones (valores, historias y liderazgos previos) y la tercera, de la realidad intra y extrainstitucional (por ejemplo, los recursos con los que cuenta la organización). El modo en que una organización específica (y en especial el grupo conductor) dé cabida a estas tres fuentes de incitaciones contiene la clave para la generación y continuidad de proyectos. Cada una de estas exigencias posee sus propios representantes en el seno mismo de la institución, respecto de los cuales el líder debe hallar caminos para múltiples transacciones. Tales exigencias (las provenientes de las aspiraciones comunitarias, las tradiciones y la realidad) reúnen dentro de sí fragmentos heterogéneos, por lo que se advierte la complejidad de conflictos posibles. Así, pueden desarrollarse, por ejemplo, enfrentamientos entre representantes de las aspiraciones internas con representantes de las tradiciones (es decir, entre los representantes de distintas exigencias) o bien, entre los representantes de un mismo sector entre sí (por ejemplo, pugnas entre grupos que atribuyen diferentes significados a una misma realidad). Para dar un ejemplo sencillo podemos imaginar una reunión en la cual mientras algunos plantean lo que desean hacer, otros responden que nunca han hecho tal cosa y, finalmente, un tercero dice que no tienen presupuesto para ello¹⁰. Por

⁹ Dicho de otro modo, apunto a distinguir el trabajo inherente a la relación paciente-analista y aquel que puede desarrollar, por ejemplo, un analista institucional en un colectivo determinado.

¹⁰ Recuerdo una institución cuyo Director se caracterizaba por hacer anuncios impactantes, promesas grandilocuentes y elogios desmesurados. En cada reunión en que ello ocurría, el Administrador solía “aclara” (o acotar) lo que el primero decía con frases que comenzaban con “la realidad es que...”.

lo tanto, coexisten diversos factores (entre los que se producen alianzas, rivalidades, desconocimiento recíproco, etc.) frente a los cuales los decisores deben responder con una lógica cada vez más sofisticada. Los riesgos de fragmentación, entonces, también son numerosos.

Este conjunto de hipótesis nos permiten formular la siguiente proposición: **el grado de conflictividad de una organización es inversamente proporcional al grado de conciliación de las tres fuentes de exigencias.**

Procuramos aportar con ello una perspectiva que complemente el enfoque tradicional en los estudios sobre estrés, los cuales suelen considerar dos factores determinantes: la intensidad y la duración o frecuencia de los estímulos (estresores).

Por su parte, las investigaciones sobre *burn out* han acentuado la eficacia de deseos e ideales desmesurados así como los estados de desgaste emocional y despersonalización. Como prefiero no redundar en aspectos ya considerados por la literatura especializada, señalaré algunos puntos que creo conveniente tomar en cuenta:

1) En primer lugar, acuerdo con Bernardi y de León (1999) respecto de tomar en cuenta la contratransferencia, los ideales, el masoquismo y el narcisismo. De hecho, respecto de la contratransferencia, si bien resulta especialmente importante considerarla en el marco del trabajo psicoterapéutico, entiendo que dicho concepto podrá ser instrumentado a los efectos de comprender las vicisitudes anímicas en otros tipos de trabajo. Recordemos que Freud indicó que la transferencia no es privativa del vínculo entre paciente y analista, sino que está presente en todo intercambio intersubjetivo, por lo cual, también podremos espigar el efecto contratransferencial en otros tipos de vínculos laborales.

2) Por otro lado, así como los estudios sobre estrés tomaron en cuenta los conflictos derivados de la exigencia de obedecer, entiendo que las investigaciones sobre *burn out* refieren a los conflictos ligados con la exigencia de amar, claro que no estamos hablando del amor en la familia sino del papel que juega la lógica familiar del amor en el trabajo. Aubert y de Gaulejac (1993) señalaron que las estrategias del *management* consisten en un conjunto de procedimientos que tienden a favorecer y exacerbar el autocontrol, a través de lo cual la empresa lograría -sobre sus empleados- “hacer querer” más que “hacer hacer”¹¹. De este modo, la obligatoriedad del trabajo

¹¹ En su estudio sobre periodismo político, Maldavsky plantea que “*para generar adhesiones, fortalecer hostilidades, presionar o enmascarar conducen a destacar que estos escritos tienen una función pragmática: son actos que generan actos, es decir hacen hacer. Desde esta perspectiva, corresponden al lenguaje del erotismo sádico anal primario, pese a que ello no resulte evidente en el discurso manifiesto... Durante!!*”

(incluyendo el interés por el mismo) queda sustituida por el amor a la empresa. En una línea similar, Elliott (1997) plantea que el capitalismo produce individuos que “quieren” comportarse como “deben” comportarse y Dupuy (2006) diferencia la inversión de energía en el trabajo del apego a la empresa.

Pareciera que parte de los cambios organizacionales de las últimas décadas implicaron un corrimiento desde el “trabajo” hacia la “empresa”. Se nos podrá decir, por ejemplo, que el valor identitario de las empresas no es nuevo, más bien al contrario, es característico de la relación salarial¹². Sin embargo, creemos que a partir del énfasis en rasgos como la motivación, la innovación, ser el propio patrón, etc., algunos caracteres son novedosos¹³: a) el enmascaramiento del componente inductivo (claramente representado en la expresión “*nadie manda pero todo el mundo obedece*”¹⁴) genera una situación paradójica. De hecho, uno puede oponerse a lo que debe hacer, pero ¿cómo oponerse a lo que uno -presuntamente- desea hacer? Tal estado de situación interfiere en la expresión de los conflictos, los cuales pasan de desplegarse en el escenario social de la empresa a enquistarse como conflicto intrapsíquico; b) sin duda la relación entre identidad laboral y empresa no es nueva, aunque conviene advertir dos diferencias. Por un lado, previamente, el valor de formar parte de una empresa derivaba del rol que esta tenía en la sociedad, mientras que ahora el horizonte parece ser la empresa misma. Por otro lado, antes tenían vigencia valores ligados con el prestigio, la tradición, el estatus, etc.; en cambio actualmente parece tener mayor peso la expectativa de un reconocimiento amoroso. En suma, han variado la fuente y el tipo de reconocimiento simbólico; c) finalmente, creo que el “auge de la motivación” también requiere algún comentario. Si las empresas ofrecen trabajos modernos, con modos de gestión sofisticados, puestos y condiciones tan atractivos ¿por qué es tan necesario motivar “crónicamente” a los empleados? Para este interrogante hallamos tres respuestas no excluyentes: que el placer de tales puestos es sólo una suerte de glamour superficial y vacío; que el tipo e intensidad de exigencias de cada día calcinan cualquier deseo; que los cursos o programas más que “motivar”, apuntan a (y encubren) un deber ser¹⁵.

///años, por ejemplo, los afiches publicitarios dijeron ‘Tome Coca Cola bien helada’ (con una orden explícita); luego fueron sustituidos por otros que rezaban: ‘Todo va mejor con Coca Cola’ (en los cuales ya no advertimos orden alguna; en consecuencia, el carácter inductivo, correspondiente al hacer hacer, ha quedado enmascarado)” (2002, pág. 22).

¹²Podemos imaginar que en la década de 1930 para muchos obreros era un orgullo, por ejemplo, trabajar en la empresa Ford.

¹³Entre tales novedades diversos autores han resaltado el pasaje de la dimensión social del trabajo a una exacerbación del individualismo.

¹⁴Frase de M. Crozier, *Le Phénomène bureaucratique* (citado por Dupuy, 2006).

¹⁵Creo que muchos textos y frases apelan -manifiestamente- a la potencialidad del individuo, pero con ello queda disimulada una imposición. Cada vez que se lee “usted puede ser...”, más bien podrá decir “usted debe ser...”.

3) Sobre el tipo de problemas derivados de la identidad que proveen ciertas organizaciones, mi investigación sobre empleados bancarios ha mostrado la complejidad de los fenómenos inherentes a la identificación y/o fusión de los empleados con el banco. En particular, me llamó la atención la insistencia de expresiones tales como “yo soy el banco”. Ello nos permite comprender el *burn out* como una situación en que se produce la pérdida de una convicción¹⁶. Es decir, el sujeto ya no puede seguir creyendo en lo que creía, aunque probablemente debamos identificar el origen del problema en la construcción de la creencia previa. La convicción referida -plasmada en la expresión “yo soy el banco”- se construye en torno de la desmentida de un fragmento de la realidad. En este caso en particular, he analizado con detalle aquella afirmación: a) por un lado, pone de manifiesto un tipo de vínculo fusional entre el trabajador y la empresa en el cual se revela la presencia de una identificación primaria (más ligada con el “ser” que con el “tener”)¹⁷; b) por otro lado, he conjeturado que al decir “soy el banco” el sujeto está desmintiendo la diferencia entre “banquero” y “bancario”. Ahora bien, el desenlace del proceso que conduce al estado de *burn out*, cuando este ya resulta manifiesto, corresponde al momento en que el sujeto ya no puede seguir sosteniendo la convicción de “ser el banco”. El gerente de una sucursal, precisamente, en el contexto de la crisis bancaria del 2001-2002 afirmó: “yo antes decía que era el banco, ahora digo que soy el gerente de la sucursal”. Curiosamente, el criterio de realidad de esta frase va acompañado de un estado de tristeza y hostilidad por la identificación (convicción) perdida.

4) Finalmente, deseo considerar el significado del término *burn out*. Este se traduce como “estar quemado” (fundido) y, dado que suele destacarse el peso de ciertas ambiciones desmedidas, me parece pertinente proponer una revisión del mito de Prometeo analizado por Freud (1931). En diversos pasajes de su obra, Freud ha puesto en relación el erotismo uretral, el fuego y la ambición (1931, 1933)¹⁸. La interpretación que Freud propone del mito pone el acento en la renuncia pulsional como condición de las conquistas culturales, en este caso, la renuncia al placer homosexual de extinguir el fuego para entregarlo como conquista a la humanidad. También describe la saga en términos

¹⁶ La convicción a la cual hago referencia suele ir acompañada de una presentación inconsistente que sólo tiene por finalidad mostrar aquello que el interlocutor supuestamente espera (a costa de la propia subjetividad). Recuerdo una institución de asistencia a personas discapacitadas en la que los profesionales solían usar la expresión “jóvenes especiales” para referirse a los pacientes. El uso de dicha expresión iba invariablemente acompañado de una expresión facial de ternura la cual se revelaba, de manera inconfundible, como una sobreinversión defensiva.

¹⁷ Aubert y de Gaulejac (1993) dicen que el hombre *managerial* es un híbrido, mitad hombre mitad organización. Otra frase en la cual queda ilustrada esta situación es la que alude a “ponerse la camiseta”.

¹⁸ Dicho enlace también ha sido trabajado por Maldavsky (1980, 2000a) y por mí (Plut, 1991, 1997).

de una hazaña, un sacrilegio o fraude contra los dioses y, a la vez, como un sacrificio del propio Prometeo (“*Prometeo engaña a Zeus en beneficio de los hombres en la institución del sacrificio*”, 1931, pág. 174). Posteriormente, Freud interpreta la devoración del hígado como una expresión de las apetencias libidinales que, una vez satisfechas, vuelven a renovarse cada día. Así, considero que podemos entender el *burn out* como una versión exacerbada (por hipertrofia de la defensa) de la gesta prometeica y, también, propongo tomar la devoración del hígado como una figuración de la degradación de la erogeneidad oral secundaria hacia la alteración somática.

Duelo y trauma del desempleo

Sobre el desempleo también se ha escrito mucho y por ello sólo expondré algunas nociones que considero centrales. Sin duda uno de los problemas sobre el que pivotan muchas observaciones es el tipo de duelo que exige el desempleo. A quien ha perdido su trabajo se le impone la necesaria elaboración por aquello que tuvo, según la lógica que Freud advierte: examen de realidad, clausura, sobreinvertidura y desasimiento (Freud, 1914). El examen de realidad muestra la ausencia del objeto y exhorta a sustraer la libido de sus nexos con él. Este proceso se ejecuta no sin cierta repulsa y se va consumando pieza por pieza con un gran gasto de tiempo y energía:

“Cada uno de los **recuerdos** y cada una de las **expectativas** en que la libido se anudaba al objeto son clausurados, sobreinvertidos y en ellos se consuma el desasimiento” (op. cit., pág. 243) (la negrita es mía).

Creo que podemos subrayar no solo los cuatro pasos del proceso de duelo sino, además, rastrear el destino de los recuerdos, por un lado, y de las expectativas, por otro. Tengo la impresión de que la finalización relativa del proceso surge de la desinvertidura (parcial) de los recuerdos y el deslinde de estos últimos de la investidura de expectativas. Ello permitirá la búsqueda e investidura de objetos sustitutos.

Asimismo cabe preguntarse, en el marco de las dificultades del mundo laboral, acerca de la naturaleza de lo perdido. Puede ocurrir que uno pierda el trabajo, pero también puede suceder que lo perdido sea un compañero a quien han despedido, o bien un cierto clima o formas de trabajo (por cambios organizacionales, restricciones económicas, etc.). En el caso de las llamadas reestructuraciones, cuando muchos de los que trabajan “quedan en la calle” pero al menos por un tiempo no le ha tocado a uno, suelen entrar en pugna intensos sentimientos de culpa (e identificación con los que han quedado afuera) con las investiduras narcisistas y egoístas que permiten sustraerse del destino de lo perdido.

La magnitud en aumento del problema, en cuyo horizonte se lo visualiza como irreversible, impone un sesgo peculiar al duelo por el trabajo perdido. Se trata de un

duelo casi imposible, un duelo ya no por algo que hemos tenido, sino por lo que no vamos a tener. Un futuro cuyo problema no es la incertidumbre sino la desesperanza, la falta de metas, hacer el duelo de lo que no va a ser. Progresivamente se va desarrollando un proceso de descomplejización que va sustituyendo la dinámica de la esperanza por un apego desconectado y la resolución por vía del circuito según el modelo del arco reflejo.

También podemos considerar el valor funcional y/o negativo de la vergüenza. He observado, en pacientes que se encuentran sin trabajo, que el sentimiento de vergüenza puede aparecer ligado al estar desocupados o bien al hecho de tener que buscar un empleo. Aquellos en quienes la vergüenza deviene de estar desempleados tienen mayor posibilidad de invertir la nueva búsqueda. En cambio, quienes se avergüenzan de buscar manifiestan un sentimiento de injuria narcisista ante la posibilidad, por ejemplo, de ser vistos mientras leen avisos clasificados. Incluso, y llamativamente, les sucede aun estando solos en sus casas. Estos se van replegando en un estado de apatía y furia arrogante en el cual va desapareciendo el sentimiento de vergüenza. Cuando Freud diferencia el duelo y la melancolía, señala -como uno de los observables- la falta de vergüenza en la segunda. En algunos casos se evidencia la rabia por tener que acatar una realidad, en otros aparece más la tendencia a la autodenigración. Parafraseando a Freud podríamos decir que en ellos *la sombra del trabajo cayó sobre el yo*.

Una visión complementaria del desempleo permite considerarlo como una incitación exógena traumática. Con ello destaco el conjunto de hipótesis freudianas que permiten reconocer y comprender lo social y la realidad como una fuente de estimulaciones insoportables. En este marco delimitamos tres parámetros para pesquisar la dimensión y alcance traumático del estado social de desocupación: la posibilidad de desarrollo subjetivo (nexos con lo diverso), cómo y hasta dónde se ve trastornada nuestra cotidianeidad y la relación entre incitación exógena y coraza de protección antiestímulo. Este último punto conviene explicarlo brevemente. Freud distingue dos tipos de estímulos externos insoportables. Uno de ellos perfora la coraza de protección y promueve un estado de dolor que impone una redistribución energética para contornear la zona de intrusión, neutralizar su efecto y lograr el restablecimiento. También puede ocurrir que el estímulo arrase con la coraza de protección resultando imposible, al menos temporalmente, el esfuerzo de restablecimiento.

Estas hipótesis pueden armonizarse con aquellas que Freud expuso sobre los dos tipos de trauma y combinan el vector de la intensidad con el de la frecuencia. En efecto, Freud afirmó que existen traumas derivados del impacto de un solo golpe y aquellos que resultan de la sumación de incitaciones menores. Tal diferencia podría corresponder a los casos de despido y amenaza cotidiana respectivamente.

Hemos observado que la amenaza de perder el trabajo puede potenciar la disposición a la adicción al trabajo como forma de procesar los componentes persecutorios y celotípicos. También puede ocurrir que se despliegan tendencias inversas, tales como los vínculos adhesivos y una postura acreedora.

Sobre el “corralito”

La investigación que deseo comentar apuntó a estudiar parte de los efectos, expresados en el discurso de un conjunto de empleados bancarios, de la crisis ocurrida a partir del 3 de diciembre de 2001 con la implementación de un conjunto de medidas económicas por parte del gobierno argentino (lo que se dio en conocer como el “corralito”).

Este trabajo fue realizado con un método de investigación específico, el algoritmo David Liberman, desarrollado por David Maldavsky (2000a, 2004, 2005) y que estudia la significatividad del lenguaje basado en hipótesis psicoanalíticas, en particular las relativas a la teoría de la pulsión y las defensas. Si bien no me extenderé en explicar el método, cabe consignar que éste jerarquiza las pulsiones sexuales como base semántica para la categorización del discurso. Es decir, cada erogeneidad es una fuente de significatividad que aporta rasgos diferenciales a la vida simbólica y se manifiesta como cosmovisiones, como repertorio específico de desempeños motrices, de afectos, de formalizaciones de la materia sensible, como valores e ideales y modos particulares de establecer nexos intersubjetivos.

A partir del 3 de diciembre de 2001, con el llamado “corralito”, los empleados bancarios vivieron un drástico cambio en sus condiciones de trabajo. Tuvieron que afrontar una serie de problemas (exceso de clientes, confusión de normas, etc.), y como consecuencia de ello, se produjeron diversos efectos en la organización del trabajo (retrasos, errores, acumulación, exceso en la jornada, etc.). Al mismo tiempo, eran objeto de numerosas agresiones (gritos, insultos, golpes, amenazas, rotura de objetos, etc.). Los empleados manifestaban sentimientos de angustia, incertidumbre, impotencia, miedo, agotamiento, desamparo, estados de aceleración, etc. Por último, cabe señalar que ellos mismos enumeraban la siguiente sintomatología: desmayos, licencias psiquiátricas, internaciones, problemas estomacales, medicación, aumento de embarazos¹⁹, picos de presión, insomnio, conflictos matrimoniales y/o de pareja,

¹⁹ Tal vez llame la atención la inclusión del aumento de embarazos como parte de la sintomatología. Si bien no fue un aspecto central de la investigación, no pudo menos que llamarme la atención este hecho de la realidad. Al respecto, pueden ensayarse diversas explicaciones. Por un lado, en un contexto laboral crítico un embarazo puede constituir tanto una vía para pedir licencia como para evitar posibles despidos. No obstante, creo que también podemos echar mano de otras interpretaciones, tales como entender que en situaciones de desamparo psicosocial y de carácter traumático, la alteración somática es una vía de///

esguince, palpitations y taquicardias, maltrato entre compañeros. Todo ello generó un marco pleno de situaciones traumáticas. Algunas observaciones iniciales no sistemáticas, indicaron un considerable aumento de patologías de diversa índole en los empleados bancarios (afecciones somáticas, insomnio, etc.). Sin duda, el exceso de clientes, la fuga de depósitos, la falta de liquidez, los recursos de amparo, la confusión y cambios permanentes de normativas, etc., sumados a los gritos, insultos, amenazas y diversas formas violentas de manifestación, generaron un sinnúmero de efectos individuales y organizacionales.

Si deseamos tener una perspectiva inicial y genérica de la incidencia posible de un evento como el “corralito” podemos prestar atención a los soportes que hacen de fundamento a la cultura (Freud, S., 1930): por un lado, el saber y poder-hacer que los hombres han adquirido para gobernar la naturaleza y extraer los bienes que satisfagan sus necesidades; por otro lado, las normas necesarias para regular los vínculos recíprocos entre los seres humanos y la distribución de aquellos bienes. La crisis social, política y económica ocurrida en la Argentina entre fines de 2001 y el primer semestre de 2002, afectó ambos terrenos consignados por Freud. Centrándonos en los empleados bancarios **queda subrayado el impacto de aquellas medidas económicas sobre su saber-hacer, la regulación de los vínculos y la distribución de los bienes.**

El análisis realizado arrojó diversas conclusiones, entre ellas:

- Sustitución del amor y la confianza por la indiferencia.
- Pasaje de la individualización entendida como lucimiento para que otro -el Banco- lo observe y reconozca a la individualización como fragmentación y sentimiento de desamparo.
- Monotonía, estereotipia y pobreza expresiva de los empleados al tener que referir las propias necesidades y expectativas. El banco desaparece como objeto que puede satisfacer ciertos deseos y aspiraciones.

///procesamiento de los traumas. En este sentido, diversos autores han considerado que, en ocasiones, los embarazos son equivalentes de enfermedades orgánicas. Puedo agregar que durante la defensa de mi tesis doctoral, este punto fue tomado por algunas de las personas que se encontraban presentes. Eduardo Said, por ejemplo, señaló que para él el embarazo podría estar ligado con la completud fálica y el problema de la castración. Mabel Burin e Irene Meler, en cambio, aludieron a los embarazos desde la perspectiva del problema de roles de género. Así, el embarazo, como síntoma ante la amenaza de la pérdida del trabajo, puede considerarse una forma de refugio en uno de los roles femeninos tradicionales: la maternidad. Dicha función, que goza de gran aceptación social, permitiría restaurar la estima de sí, dañada por la posible pérdida del rol laboral. Probablemente las diversas hipótesis puedan articularse y complementarse (más que excluirse mutuamente). En todo caso, será conveniente detectar en cada caso si una u otra prevalece y, al mismo tiempo, si se trata de recursos transitorios o bien más insistentes y masivos.

- Negación u omisión de la realidad objetiva ligada con el fraude, la confiscación, la injusticia y la violencia padecida. Sólo se destacan las presiones y los ingentes esfuerzos que debían realizar.
- Empleados fusionados con el banco y, al mismo tiempo, colocados en el lugar de ayudantes del banco.
- Caos económico que arruina las posiciones ligadas con el saber-hacer.
- Estados afectivos disfóricos (de la gama de la desesperación, la astenia, la desesperanza y el pesimismo) resultantes del quiebre institucional.
- Pasaje de la sensación de formar parte de un universo diferenciado y valorizado a la indiferenciación y la desvalorización.
- Relación recurrente entre desorganización financiera y sentimiento de desamparo.
- Pérdida de un referente que ofrece una imagen valorada de sí mismo y respecto del cual modelarse. Vivencias de fragmentación.
- El banco no aparece como objeto de las críticas de los empleados sino que estos corren la misma suerte que la institución (son ellos mismos los que quedan desvalorizados).
- Énfasis de un universo cuantitativo, inicialmente orientado por el ideal de la ganancia y, posteriormente, acotado al esfuerzo personal, la cantidad de trabajo y el agotamiento físico.
- Pérdida del intercambio intersubjetivo entre clientes que preguntaban y empleados que funcionaban como brújulas orientadoras de las inversiones. Asimismo, el panorama de miseria y hemorragia económica introdujo un sentimiento de pesimismo que conducía al refugio en una rutina impotente. El futuro de rutina y pesimismo conducía a la única aspiración de una precaria continuidad laboral que permita ya no un camino para los propios proyectos sino un escaso sustento económico.
- La función institucional de sostén y la pérdida de este soporte, se presentaba o bien como requerimiento de grandes sacrificios o bien como sentimiento de desamparo. En rigor, a medida que desaparecía el respaldo institucional, se incrementaba la tendencia al sacrificio (por parte de los empleados) y con ello estos iban quedando invadidos por un sentimiento de desamparo. Tendencia de los empleados a sustituir con el propio esfuerzo (y a la espera de un respaldo afectivo) la falta de soporte institucional. Asimismo, la persistente falta de respuestas -hacia los clientes- resultaba un factor de incremento de

los reclamos de estos hacia los empleados y, presumiblemente, de un correlativo incremento del sentimiento de culpa y tormento moral de estos últimos.

- La pérdida de los criterios para el desarrollo de las propias ambiciones y la carrera profesional se traducían en una exigencia de mayor compromiso (sacrificio). Por otro lado, la perspectiva de un futuro cerrado se presentaba como magra opción de amparo afectivo. En suma, se daba una relación entre un futuro cerrado carente de proyectos y una oscilación entre el sacrificio y el sentimiento de desamparo.
- La ausencia de normas claras promovía un efecto de desorientación así como infructuosos intentos de salir de la incertidumbre. Todo ello, a su vez, resultaba un factor promotor del pesimismo.

De todo este conjunto de observaciones, deseo centrarme en uno de los problemas específicos, a saber, la **perturbación en la figurabilidad del sentimiento de injusticia**. Los efectos de una situación crítica como la que estamos analizando, entonces, debe comprenderse a partir del enlace entre la subjetividad, el contexto social y las condiciones organizacionales. Estas últimas derivaban de un modelo empresarial que se presentaba como una familia que exige sacrificios a cambio de amor y reconocimiento. Ello dejó expuesto a los implicados a la invisibilidad del sentimiento de injusticia (el cual quedaba sin posibilidad de ser expresado).

Nos preguntamos, pues, cuáles pudieron ser las razones que obstaculizaron la expresión de dicho sentimiento en los empleados bancarios durante el “corralito”. En primer lugar, la localización del “enemigo” o rival no era tan evidente, y ello en dos sentidos: por un lado, pues la “víctima” visible era más bien el público (enfurecido, estafado, etc.), por otro lado, si fueran los empleados los que hubieran procurado una venganza (o una forma más complejizada de la justicia) ¿respecto de quien hacerlo?, ¿de los clientes, del Banco o del Estado? La primera observación remite a quién estaba en posición de desplegar la venganza o el sentimiento de injusticia, mientras que el segundo punto refiere más bien al destinatario. En otras situaciones traumáticas, por ejemplo una guerra, el lugar del enemigo resulta una posición claramente identificable. En cambio, en el caso que nos ocupa, es como si hubiera un grupo de personas en una trincheras sin poder saber bien contra quien debían pelear. Puedo agregar entonces, que los empleados bancarios padecieron un múltiple entrapamiento traumático, entre los cuales en este momento deseo subrayar el pragmático: como dijera un empleado -en un pasillo- tenían que “defender lo indefendible”. Lo “indefendible” admite al menos dos comprensiones. Por un lado, como referencia a lo injusto (lo cual pudo ser expresado sólo en un pasillo). Pero a la vez, entiendo que también pone de manifiesto una pregunta acerca de quien defiende al indefenso.

En suma, pérdida del soporte institucional, supresión de los propios deseos narcisistas y egoístas y perturbación de la figurabilidad del sentimiento de injusticia²⁰. Esta hipótesis se sostiene, además, en la formulación de Freud (1914) cuando al hablar de las melancolías señaló que “*sus quejas son realmente querellas*”. Es decir, la pérdida del soporte institucional no devino en una argumentación vindicatoria, un reclamo de justicia o un despliegue de denuncias, sino en una hipertrofia de los sacrificios personales a la espera de unas migajas de amor y reconocimiento.

Finalmente, deseo comentar mi respuesta a una de las preguntas que me formuló uno de los jurados de mi tesis, la Dra. Manson, durante la defensa de la misma. Ella me preguntó si yo consideraba que en los empleados bancarios se presentaba una doble identificación, a saber, con el Banco por un lado y con los clientes por otro. Sobre ello respondí que, efectivamente, yo entendía que tal era la complejidad de la posición en la que los empleados se colocaban a sí mismos. En función de precisar mi respuesta, agregué: a) las conjeturas expresadas en torno de la expresión “soy el Banco”; b) la teoría de las posiciones psíquicas según las cuales podemos advertir que por momentos los empleados se colocaban como dobles y/o ayudantes del Banco o bien se igualaban con los clientes en tales posiciones; c) también señalé que la postura sacrificial expresaba esta doble identificación (ya que por un lado ponía de manifiesto el enlace amoroso con la institución y, por otro, la tendencia a entregar lo propio); d) señalé que al reflexionar sobre el problema del trauma tomé la distinción que hace Freud (1919) entre el yo-guerrero y el yo-paz y afirmé que en el caso de los empleados se daba un conflicto entre un yo-Banco y un yo-ciudadano; e) por último, también referí que esta doble identificación podría estar en la base del entrapamiento que dificultaba la expresión del sentimiento de injusticia.

A modo de síntesis: para una retórica del *management*

Mis propias investigaciones sobre la significatividad de la vida laboral y sobre la psicopatología del trabajo (parte de las cuales expuse en este artículo) así como los desarrollos de diversos autores, me han conducido a formular un tipo particular de retórica hegemónica en las empresas modernas y que, a riesgo de cierto reduccionismo, podría denominar **discurso inconsistente del *management***. El reduccionismo señalado remite a que la inconsistencia no es el único rasgo que hallamos presente, pero sí es el que deseo destacar.

²⁰ Dos textos publicados en Argentina con posterioridad a mi investigación arriban a conclusiones similares. Por un lado, al estudiar lo que dio en llamar la “banalización de la injusticia social”, Dejours (2006) hipotetiza un clivaje entre el sufrimiento y la injusticia. Por otro lado, Dupuy (2006) señala que en el mundo laboral actual el sufrimiento se ha impuesto a la recompensa.

Entre los aspectos que han trabajado quienes estudiaron este tipo de problemáticas en el contexto de las organizaciones, podemos sintetizar: el tipo de identidad y adhesión que promueven las organizaciones modernas, el discurso llano, opaco, adaptativo, construido sin fisuras, el sistema de creencias centrado en el servicio al cliente, la excelencia, en el conjunto de comportamientos esperables y en la realización personal²¹ (Aubert y de Gaulejac, V., 1993), un discurso organizacional que pretende una relación individuo-organización meramente complementaria carente de conflictividad (Schvarstein, L., 1998)²², la comprensión superficial del trabajo e identidad frágil del trabajador, trabajo en equipo como expresión de una superficialidad degradante (Sennett, P., 1998)²³, la presencia y función de las mentiras en las prácticas del management (Dessors y Molinier, 1994). Asimismo, también vienen en nuestro auxilio algunas hipótesis psicoanalíticas como la noción de alexitimia y pensamiento operatorio²⁴ (Marty y de M'Uzan, 1963), los trastornos esquizoafectivos y las personalidades *as if* (como si) (Deutsch, H., 1942), la sociabilidad sincrética (Bleger, J., 1970), etc.

El análisis del discurso inconsistente supone la articulación de las características de dicho discurso, un conjunto de rasgos anímicos y un tipo de organización que especialmente lo promueve.

El discurso inconsistente es un tipo de discurso vacío, que no representa a quien lo profiere (esto es, no expresa su vida pulsional) y carece de significatividad²⁵. Este

²¹ Recuerdo un paciente, gerente de marketing de una empresa multinacional, que reflexionando sobre un cuestionario de evaluación de desempeño, comentaba el ítem “¿Qué puedo hacer para ser cada día mejor?” y se decía a sí mismo: “Estoy cansado de tener que ser cada día mejor”.

²² Algunas frases que cita son: “*debemos mejorar nuestros procesos internos*”, “*lo urgente nos tapa lo importante*”, “*debemos pasar de una actitud reactiva a otra proactiva*”, etc.

²³ Sobre el uso frecuente de términos tales como *reengineering*, *downsizing*, etc., dice: [el primero es] “*un mero disfraz para despedir gente*”. Por otro lado, agrega que ciertos autores se defienden de esta acusación afirmando que “*reestructuración significa hacer menos con menos. En cambio, reingeniería significa hacer más con menos*” (*op. cit.*, pág. 50).

²⁴ Este tipo de pensamiento (consciente) se caracteriza por duplicar la acción y no tener un nexo orgánico con la actividad fantasmática. Es decir, se trata de un pensar sin valor simbólico. En esta línea el lenguaje solo tiene una función de descarga de tensión.

²⁵ Recuerdo la carta de un joven que pedía trabajo: “*Busco un trabajo que me permita un desarrollo profesional y la adquisición de nuevas responsabilidades y que signifique un desafío permanente. Un puesto en el que pueda aplicar mi capacidad de análisis así como mi creatividad, tenacidad, iniciativa y energía*”. Advertimos en esta carta un conjunto de términos (como “*creatividad*” o “*iniciativa*”) que suele escucharse y demandarse en las organizaciones y, desde esta perspectiva, no describen por lo tanto a la persona que los pronuncia sino que obedecen a lo que de ella se espera. Sobre la carta, agreguemos que el autor era un joven de 21 años que buscaba un trabajo de archivista.

tipo de discurso, que también se ha denominado discurso sobreadaptado, se caracteriza por una dócil adecuación y adaptación del sujeto a lo que considera los intereses o requerimientos del interlocutor del cual depende. Maleabilidad, ficción y falta de significatividad son rasgos sobresalientes de este tipo de discurso. También el discurso inconsistente (o insincero) puede revestirse de un carácter pasional, como estado de fascinación, deslumbramiento e intenso apego erótico²⁶. Sobre este tipo de discurso, Maldavsky refiere:

“Cabe destacar que el término insincero puede ser tergiversado en su uso, y adquirir un matiz valorativo, lo cual constituye un riesgo clínico que no aparece cuando se denomina a este discurso como inconsistente o sobreadaptado, es decir, acorde a lo que el paciente conjetura como los supuestos ajenos. Pero vale más la pena preguntarse...qué se entiende por discurso genuino. Este último permite acceder, a través de un conjunto de hipótesis mediadoras, a los núcleos inconcientes y eficaces de determinadas manifestaciones clínicas que tienen un valor simbólico... En cambio, un discurso inconsistente o sobreadaptado no permite inferir las determinaciones anímicas de ciertos problemas, como el insomnio, la alergia, la adicción al alcohol, que solo aparecen en las sesiones bajo la forma de relatos, a veces detallados, de penurias inevitables, carentes de todo enlace con los procesos psíquicos” (1994, págs. 43-4).

El discurso denominado inconsistente carece de respaldo identificatorio desde el inconciente, desde la vida pulsional, en relación con el sufrimiento anímico y orgánico. Esto es, la inconsistencia está dada por el grado de desconexión simbólica respecto de la realidad anímica doliente. Por lo tanto, en el discurso sobreadaptado, la copia o imitación reemplaza al sostén identificatorio. Es habitual hallar este tipo de discurso en copresencia con un discurso catártico y un discurso especulador²⁷.

Las características de esta retórica en las organizaciones quedan claramente representadas en dos frases que nos aporta Dupuy (2006): “nadie lo dice pero todo el mundo lo hace” y “nadie cree en ello, pero todo el mundo hace como si creyera”. En suma, por un lado, tenemos el componente pragmático encubierto, a menudo con el disfraz de una apelación al amor y a la entrega (a través de lo cual el sujeto va renunciando progresiva y silenciosamente a sus deseos y aspiraciones) y, por otro lado, un discurso inconsistente, no creíble (que puede presentarse bajo la fachada de expresiones ambiciosas y deslumbrantes)²⁸.

²⁶ Del hombre de los lobos Freud describía su “dócil apatía”, la cual sintoniza muy bien con el tipo de discurso que intentamos caracterizar: desconexión disfrazada de colaboración.

²⁷ Esta combinatoria entre sobreadaptación, catarsis y pensamiento especulador ha sido estudiada como característica de los pacientes psicósomáticos (Lieberman, Maldavsky).

²⁸ Queda para otra ocasión examinar el carácter cínico que puede adquirir este tipo de políticas discursivas. Véase Dupuy (*op. cit.*), Dejours (2006), Sennett (1998), Maldavsky (1994).

Bibliografía

- Aubert, N. y de Gaulejac, V.; (1993), *El coste de la excelencia*, Paidós.
- Bernardi, R. y de León, B.; (1999), “Masoquismo, narcisismo y el síndrome de *burn out* en el psicoanalista”, en *Actualidad Psicológica*, N° 265.
- Bleger, J.; (1970), “El grupo como institución y el grupo en las instituciones”, en Kaës, R. *et al.*; *La institución y las instituciones*, Paidós.
- Dejours, Ch.; (2006), *La banalización de la injusticia social*, Topía.
- Dessors, D. y Molinier, P.; (1994), *La psicodinámica del trabajo*, PIETTE/ CONICET.
- Deutsch, H.; (1942), “Algunas formas de trastorno emocional y su relación con la esquizofrenia”, *Revista de Psicoanálisis*, Vol. XXV, N° 2
- Dupuy, F.; (2006), *La fatiga de las élites*, Manantial.
- Kalimo, R. (Comp.); (1988), *Los factores psicosociales en el trabajo y su relación con la salud*, Organización Mundial de la Salud.
- Elliott, A.; (1997), *Sujetos a nuestro propio y múltiple ser*, Amorrortu Editores.
- Freud, S.; (1904), *El método psicoanalítico de Freud*, Amorrortu Editores, Vol. 7.
- _____ (1911), *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides), descrito autobiográficamente*, AE, Vol. 12.
- _____ (1914), *Duelo y melancolía*, AE, Vol. 14.
- _____ (1915), *Pulsiones y destinos de pulsiones*, AE, Vol. 14.
- _____ (1916), *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, AE, Vol. 16.
- _____ (1919), *Introducción a Zur Psychoanalyse der Kriegsneurosen*, AE, Vol. 17.
- _____ (1921), *Psicología de las masas y análisis del yo*, AE, Vol. 18.
- _____ (1930), *El malestar en la cultura*, AE, Vol. 21.

- _____ (1931), *Sobre la conquista del fuego*, AE, Vol. 22.
- _____ (1933), *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, AE, Vol. 22.
- Maldavsky, D.; (1980), *El complejo de Edipo positivo*, Amorrortu Editores.
- _____ (1991), *Procesos y estructuras vinculares*, Nueva Visión.
- _____ (1992), *Teoría y clínica de los procesos tóxicos*, Amorrortu Editores.
- _____ (1994), *Pesadillas en vigilia*, Amorrortu Editores.
- _____ (1996), *Linajes abúlicos*, Paidós.
- _____ (1998), *Lenguajes del erotismo*, Nueva Visión.
- _____ (2000a), *Lenguaje, pulsiones, defensas*, Nueva Visión.
- _____ (2000b), “Procesos subjetivos en la adicción al trabajo y al endeudamiento”, en *Actualidad Psicológica*, N° 280.
- _____ (2002), “Lenguajes del erotismo, cosmovisiones y periodismo político”, en *Actualidad Psicológica*, N° 296.
- _____ (2004), *La investigación psicoanalítica del lenguaje*, Lugar.
- Maldavsky, D. et al.; (2005), *Systematic research on psychoanalytic concepts and clinical practice: the David Liberman algorithm (DLA)*, UCES.
- Marty, P. y M’Uzan, M.; (1963), “El pensamiento operatorio”, en *Rev. de Psicoanálisis*, XL, 4.
- Plut, S.; (1991), “La fobia, las preguntas y sus destinos”, en *Todo el mundo psi*, N° 9.
- _____ (1997), “La histeria de angustia: sobre un tipo particular de erótica y lenguaje”, en *Actualidad Psicológica*, N° 249.
- _____ (2000a), “Pulsión social y trabajo”, en *Actualidad Psicológica*, N° 274.
- _____ (2000b), “Estrés laboral: revisión y propuestas”, en *Actualidad Psicológica*, N° 280.

_____ (2001), “La pulsión laboral y el desempleo”, en Actualidad Psicológica, N° 293.

_____ (2002), “Nuevas perspectivas en psicopatología del trabajo”, en Revista Científica de UCES, Vol. VI, N° 1.

_____ (2003), “El trabajo de la cultura y la vulnerabilidad psicosocial”, en Revista Subjetividad y Procesos Cognitivos, N° 4.

_____ (2004), “Sobre el sacrificio”, en Actualidad Psicológica, N° 322.

Plut, S.; (2005a), “Pulsión social y acciones colectivas”, en Revista Subjetividad y procesos cognitivos, N° 7.

_____ (2005b), *Estudio exploratorio del estrés laboral y trauma social en los empleados bancarios durante el “corralito”*, Tesis Doctoral, IAEPICIS-UCES.

_____ (2006), “Semántica del ocio”, en Actualidad Psicológica, N° 338.

_____ (2007), “Contribución del análisis del discurso a la psicología política”, en Revista Subjetividad y procesos cognitivos, N° 10, en prensa.

Schvarstein, L.; (1998), *Diseño de organizaciones*, Paidós.

Sennett, R.; (1998), *La corrosión del carácter*, Anagrama.

VARONES, SUBJETIVIDAD, TRABAJO Y ENFERMEDAD CORONARIA CONSTRUCCION DE LA VULNERABILIDAD EN VARONES ADULTOS MEDIOS¹

DEBORA TAJER

I. Introducción

En este capítulo se presentará información acerca de diversos aspectos de la vida laboral de varones de mediana edad de la ciudad de Buenos Aires que han tenido impacto en la construcción de la vulnerabilidad coronaria de dichos sujetos. Con tal motivo se han explorado diversos ángulos de la vida laboral tales como: *la trayectoria laboral previa, la situación laboral actual, las diferencias que encuentran en el mundo laboral entre mujeres y varones y la inserción laboral de sus parejas*, en el caso de los que se encuentran en esa situación. El espectro temático escogido para la indagación nos ha permitido adentrarnos en varios ejes de la relación entre construcciones de género y trayectoria laboral lo cual ha contribuido a explorar el impacto de la vida laboral, desde una perspectiva de análisis de género, en el proceso de construcción de la vulnerabilidad coronaria. Esta indagación implica una mirada novedosa acerca de una patología con alto impacto epidemiológico, fundamentalmente en los varones de la etapa etaria estudiada. Cabe destacar que la investigación de la cual se expone información ha sido realizada sobre la base de un diseño epidemiológico cualitativo de casos y controles, entrevistando un total de 84 varones entre 35 y 55 años con la siguiente distribución:

Grupo social	Coronarios	No coronarios	Total
Bajo / medio-bajo	21	21	42
Medio / medio-alto	21	21	42
Total	42	42	84

¹ La información que se presenta en este artículo corresponde a la indagación sobre el impacto y características del área laboral en la construcción de la vulnerabilidad coronaria en adultos medios en la Ciudad de Buenos Aires correspondiente a mi Tesis de Doctorado en Psicología de la Universidad de Buenos Aires “**Género y construcción del riesgo en enfermedad cardiovascular en adultos jóvenes**”. Dicha Tesis ha sido presentada en noviembre de 2006 y se encuentra en período de evaluación, motivo por el cual el material presentado constituye un avance de la misma.

II. Desarrollo

a. Los varones coronarios de sector más bajo

En lo relativo a la *trayectoria laboral previa*, se puede establecer a modo de reflexión general que el grupo de coronarios de sector social más bajo ha sido sumamente castigado en relación con el cambio en las condiciones de trabajo a partir de los años '90. Por tal motivo, resulta muy difícil identificar características personales previas que hayan colaborado en la construcción de la vulnerabilidad coronaria dada la masividad del impacto subjetivo debido a un panorama de malas condiciones de trabajo, la ausencia del mismo y/o el haberse "*venido abajo*".

Por razones de corte de edad, 35 a 55 años son sujetos en plena capacidad productiva, que, para esa etapa de la vida, tenían expectativas de estar insertos en el trabajo y haber desarrollado una trayectoria ascendente, dada su mayor madurez. No han podido prever que un fenómeno como la reconversión económica de los '90 arrasaría con la posibilidad de concretar dicha expectativa de estabilidad y maduración. En consecuencia, es en este ítem donde se evidencia con mayor crudeza el costo subjetivo de la reconversión económica de nuestro país para el colectivo más perjudicado por la misma: los varones subjetivados en el apogeo del estado de bienestar "a la argentina", y preparados tanto a nivel de las habilidades laborales como de las características subjetivas para ser: honestos, trabajadores y responsables. Todas estas características resultaron obsoletas en el escenario laboral neoliberal consolidado en los '90.

La mitad del grupo entrevistado refiere que hasta los '90 tenían empleos calificados, con remuneración adecuada, en el sector formal de la economía, y que "*no estaban preparados para la situación que vino*". Varios de ellos fueron indemnizados por los despidos o aceptaron los "retiros voluntarios", dinero que utilizaron para comprar un taxi o kiosco de diarios (Tajer, D; 1992). Posteriormente se generó un proceso donde varios de ellos se vieron obligados a venderlos, y en la actualidad se encuentran trabajando como chóferes en relación de dependencia y contrato informal con respecto de ex compañeros que pudieron permanecer como dueños de taxis o remises. Existen casos en los cuales alquilan por una cierta cantidad de dinero el uso del taxi por un día, lo cual los obliga a trabajar a destajo hasta alcanzar como mínimo la suma que deben entregar. Cabe destacar que en este grupo los que perdieron sus empleos en el sector formal lo hicieron en el campo de la industria y el comercio no observándose en la muestra ex empleados de las empresas públicas de servicios privatizadas (Tajer, D; 1992).

Con respecto a la *situación laboral actual*, al momento de ser entrevistados, casi la mitad refiere estar trabajando en el mercado informal en oficios o tareas que antes eran

realizados en el marco del empleo formal y protegido y en la actualidad, se realizan según la demanda, la necesidad estacional y/o por cuenta propia. En el último caso, con diferentes grados de formalización que incluye empresas familiares constituidas para realizar oficios según la demanda de trabajo existente. Solo dos integrantes del grupo de veintiún entrevistados son empleados calificados en el sector formal, hay cuatro empleados no calificados en “negro”², uno calificado en “negro” y 2 desocupados que hacen changas³.

Más de la mitad **refiere estar trabajando entre doce y quince horas diarias**, de los cuales un grupo importante está trabajando también por la noche, lo cual, según sus referencias, les hace daño. **Sólo dos trabajan ocho horas diarias y descansan los fines de semana**, de los cuales uno está empleado en el sector formal y el otro trabaja en una empresa familiar formalizada. Mientras, cinco trabajan según la demanda de su tarea, lo cual les implica tener muchas horas desocupadas por día, aunque **otros días tienen que trabajar sin descanso hasta veinticuatro horas seguidas**. Sólo uno participa de la toma de decisiones en su trabajo, situación compartida con el padre en el contexto de una empresa familiar. Tres de los entrevistados refieren que trabajan a destajo sin fines de semana, uno de los cuales tiene un día franco cada quince días o una vez por mes, desde que la crisis económica empeoró.

La mayoría refiere que el sentido que adquiere su trabajo para ellos mismos está dado fundamentalmente por el sostén económico y muy pocos refieren que además les permite un desarrollo personal. Uno señala que *“me encantaría poder hacer lo que me gusta pero no puedo porque no me queda otra posibilidad porque tengo que mantener a mi familia”*. Otro refiere que *“tuve ideas suicidas cuando no pude mantener a mi familia y por suerte no me animé a concretarlas”*. Información que refuerza lo planteado acerca del hecho que la estima de sí, se basa en el caso de muchos varones en la posibilidad de ser proveedores económicos de la unidad familiar.

Cuando se les pregunta acerca de cuales evalúan que son las características necesarias para triunfar en el trabajo aparece nuevamente una contradicción por haber sido socio subjetivados en los valores que la Modernidad ha desarrollado para los varones de clase trabajadora, tales como ser responsable, honesto, voluntarioso y trabajador. Los requerimientos posmodernos que les exige el mercado laboral al momento de la entrevista se corresponden con otra serie de valores que no poseen: *“vale todo”*, *“ser deshonesto”* y *“caerle bien al jefe aun cuando este sea un ‘inútil’”*.

²No declarados a fines impositivos.

³Tareas informales y esporádicas.

Frente a este conflicto de valores, este grupo de entrevistados se divide, según su respuesta, en dos sub grupos de igual cantidad de casos:

- 1) Los que mantienen su compromiso con los valores modernos en los cuales han sido socio subjetivados y dicen que, a modo de balance, *“no les ha ido bien”*. Algunos a los que no les va bien en este momento, siguen creyendo en esos valores.
- 2) Los que han sido arrasados por la reconversión laboral y sienten que han sido educados con valores que en la actualidad *“le juegan en contra”*. Con lo cual no adoptan los nuevos valores, sosteniendo los anteriores que caracterizan como vetustos, quedando de este modo a mitad de camino.

La mayoría prefiere que el trato en lo laboral sea cordial y bueno pero de orden formal. Uno señala que *“he llegado a ser jefe de sección de una fábrica y me iba muy bien haciéndome cargo del personal y era muy capaz de armonizarlos”*. Comunicación que transmite su necesidad de que se valore que ha adquirido habilidades laborales más complejas: aun cuando la situación actual no exija ponerlas en juego, él destaca que las posee como capital simbólico acumulado.

Sólo dos refieren que se han propuesto a sí mismos para tareas de mayor responsabilidad. Y cabe destacar que esos dos casos se corresponden con sujetos que han sido atendidos en el efector escogido por esta investigación para indagar población de sector más bajo (hospital público) por falta de cobertura. Se plantea en estos casos el interrogante acerca de como se ha constituido este despliegue de la ambición, más propio de una subjetivación de género masculino correspondiente a un escalón superior en la escala socioeconómica.

Los sujetos señalan que los vínculos en el trabajo en general son buenos, que tienden a enfrentar los conflictos y resolverlos y uno de ellos señala que *“en este momento estoy agarrando lo que venga aun cuando no sepa hacerlo, porque necesito trabajar”*.

El nivel de ingresos es bastante bajo y hay tres casos que estuvieron *“viviendo de ahorros”* al punto que uno de ellos llegó a endeudarse. Tienen dificultad para expresar su nivel de satisfacción en esta área. De los que responden, la mitad no puede evaluar su situación y la otra mitad hace referencia a que *“me siento muy viejo y me hubiera gustado estudiar”* y otro que *“solo tolero mi situación actual porque tengo cinco hijos que mantener y aunque no estoy contento con el trabajo valoro que me sale bien lo que hago”*.

En relación con si encuentran diferencias entre mujeres y varones en el trabajo refieren que, según su percepción, se encuentran con relación a las expectativas con

respecto a los varones de que sean “*responsables y que mantengan el hogar*”. Uno solo hace referencia a que “*si yo hubiera sido mujer no hubiera tenido la posibilidad de salir de mi casa y trabajar y hubiera tenido el mismo destino de mi mamá, lo cual no me hubiera gustado*”.

Esta reflexión resulta altamente significativa pues este grupo de varones, aun cuando han recibido un mandato para construir su masculinidad según patrones propios del género masculino tradicional, han tenido, por razones de crianza, una cercanía afectiva muy profunda con sus madres (Estacolchic, R.; Rodríguez, S.; 1995), (Chodorow, N.; 1984). Por este motivo, aun cuando agradecen la posibilidad que les otorga la masculinidad social para poder desarrollar sus habilidades en el mundo público, experimentan empatía con respecto de la situación de sus madres, que por razones de género, generación, y clase social no han podido realizar sus ambiciones. Han recibido como mandato por parte de las mismas, el ideal de desarrollar lo que ellas no pudieron hacer en el campo laboral.

En lo que se refiere a la inserción laboral de las compañeras, un tercio del grupo refiere que las mismas trabajan y aportan a la manutención del hogar, aun cuando la mayoría de los entrevistados siente que las expectativas sobre ellos, con su concomitante peso social y subjetivo, implican la obligación de ser el principal sostén económico de la unidad familiar. Un grupo menor refiere tener hijos convivientes que aportan económicamente, mientras que un grupo de igual número de integrantes señala que tanto las esposas como los hijos lo hacen. Entonces vemos que más de la mitad de los entrevistados tienen en la realidad esposas que colaboran en la manutención del hogar aún cuando sus expectativas sean las de poder ser el único o el principal proveedor económico del hogar. Es sobre esta posibilidad que basan su autoestima de género. En el grupo, existe un solo caso que complementa el dinero necesario para la manutención de la unidad familiar con la jubilación del padre, luego de ser despedido. Y otro caso único en el cual la mujer, que es profesional, en este momento es el principal sostén económico de la casa, ganando más que él aunque se apresura a aclarar que en otro momento “*era yo él que ganaba más y la mantenía*”.

II. Los varones coronarios de sector medio/medio-alto

No contamos con información significativa de este grupo acerca de la **trayectoria laboral previa** que pudiera tener impacto en el proceso de vulnerabilización, tal como se ha consignado para el grupo de menores ingresos.

En lo que respecta al **trabajo actual** la mayoría de los coronarios entrevistados en las clínicas privadas, elegidas para indagar sobre este sector social, **trabaja entre**

diez y catorce horas diarias, mientras que un grupo menor trabaja entre siete y nueve horas. Existen en los extremos dos casos excepcionales: un sujeto que trabaja hasta dieciséis horas diarias y otro, seis horas pero en condiciones de trabajo insalubres. Otro grupo señala que *“tengo horarios variables y nadie me controla. Me gusta trabajar sin tener horario y que nadie me controle”*.

La semana laboral, para el grupo más grande está compuesta de cinco días a la semana, para un grupo más chico de seis días a la semana y una minoría trabaja todos los días. Uno de los entrevistados tiene un ritmo de trabajo diferenciado a lo largo del mes *“una semana al mes estoy de guardia como médico en la policía. Y eso es lo que me provocó el infarto”*.

El grado de responsabilidad laboral en el grupo más grande es muy alto. Este hecho se relaciona con ser los únicos responsables de su trabajo, por el hecho de tener la mayor jerarquía o, en otros casos, compartirla con un/a socio/a. Mientras que otros grupos más chicos tienen una responsabilidad limitada, otros no participan en la toma de decisión y existen dos casos significativos, de los cuales uno dice que el momento más difícil de su trabajo es *“cuando los lunes se verifica si los clientes que levanté durante la semana tienen o no crédito”*. Esto es significativo porque esta verificación se constituye en un indicador de que no trabaja solo, lo que constituye su ilusión cuando está por su cuenta en la calle. Por el contrario, comprueba que hay una empresa detrás de él y que debe adaptarse a su lógica y a sus reglas. Otro caso revelador es el de un entrevistado que ganaba diez mil pesos y cambió por un trabajo de tres mil quinientos pesos, cambio en el cual perdió jerarquía pero ganó bienestar.

La mayoría prefiere trabajar solo; uno de ellos intentó trabajar en equipo *“pero no pudo”*. Mientras otros del mismo grupo expresan que *“debe trabajar en equipo aunque no le guste”*. **Los únicos que valoran trabajar en equipo lo hacen a condición de que sean ellos quienes lo dirijan.**

El grupo mayoritario refiere que la valoración que asignan al trabajo en su vida es en calidad de sostén económico y un segundo grupo adiciona a este valor el de ser fuente de desarrollo personal. Luego existen casos individuales con la siguiente diversidad: *“solo desarrollo personal”*, *“para ganarme la vida y entretenerme”*, *“el trabajo lo es todo”* y *“odio el trabajo de médico de la policía, lo demás me encanta”*.

Para triunfar en el mundo del trabajo destacan valores ligados al esfuerzo, la capacitación, el desempeño, el *“ser buena persona”* y la honestidad. Referencias de éxito ligadas a la clase trabajadora y pequeña burguesía de la modernidad, ligadas a

lo que se puede adquirir, valorizando la construcción de una trayectoria. Señalan la importancia de tener capacidad de liderazgo, “*tener visión y ser emprendedor*” lo cual presenta una significativa diferencia de expectativas en relación con el grupo de coronarios de sector más bajo, que está más preocupado por conservar una posición de “empleabilidad”, mientras los de este grupo aspiran a visualizarse como emprendedores, jefes, líderes, etc.

Un grupo minoritario señala que es muy importante tener simpatía, carisma y viveza, valores ligados a características personales “innatas”, no ligadas a lo que se puede adquirir, cuidar o desarrollar caracterizadas por algunos autores como rasgos constitutivos de la “viveza criolla” ligada al modo de subjetivación de género masculino de “las pampas” (Archetti, E.; 1995).

Sólo un entrevistado basa su éxito en el hecho de estar desarrollando algo que le gusta y otro sujeto, muy amargado, posiblemente abrumado por las circunstancias laborales, plantea la importancia de tener “padrinos” o estar “acomodado”⁴.

La mayoría manifiesta su preferencia por los vínculos de cercanía y familiaridad a nivel laboral. Con respecto al grado de responsabilidad que tienen en el trabajo y como se ubican frente a la misma, resultan elocuentes algunas contestaciones en tanto evidencian rasgos típicos de la subjetivación de los varones cardíacos y su relación con la responsabilidad que contribuye a construir la vulnerabilidad para este tipo de patología: “*Soy el filtro del gerente, pongo el pecho y le filtro las balas*”, “*Yo soy todo en el trabajo*”.

Con respecto a los ingresos, éstos son complementados en general con los de sus esposas, entre las cuales algunas pocas ganan más que ellos, mientras un entrevistado lo hace con los ingresos aportados por los hijos y otro sujeto recurre a sus ahorros.

En cuanto al nivel de satisfacción, este es muy variable dispersándose por toda la escala, siendo que **la media de la población se ubica entre 3 y 4**. Hay dos casos que se distinguen: a) uno que dice su nivel de satisfacción es “*de diez*” no ajustándose a la consigna que establece una escala de uno a cinco y b) otro que dice que “*tengo cinco de satisfacción en una parte del trabajo y dos en la otra que me infartó, pero que tengo que sostener hasta jubilarme*”. Estas últimas verbalizaciones generaron en la entrevistadora la temeraria conjetura de que, si este entrevistado continúa con ese trabajo, no llegará a jubilarse, pues se morirá antes.

⁴ Por “acomodo” se entiende el disfrute de prerrogativas en función de una amistad o relación personal con quienes detentan mayor poder en alguna organización.

La mayoría dice que no encuentra **diferencias** jerárquicas **entre mujeres y varones en el trabajo**, pero sí en el campo de las habilidades.

El resto manifiesta diversos tipos de diferencias:

“me gustaría que fuera como antes, ahora las mujeres están en todos lados”, “no hay diferencias... pero mi mujer no trabaja porque a mí no me gusta [aseveración realizada de modo simultáneo sin percibir ningún tipo de contradicción entre ambas afirmaciones]”, “antes había diferencias, pero ahora se superaron”, “las mujeres son peores que los varones en el trabajo, por eso prefiero trabajar con varones” y “cuando una mujer tiene poder y mayor nivel de educación es peor que los varones”.

En esta última reflexión puede evidenciarse la hostilidad que experimentan estos hombres, que han sido socializados en la idea de que las mujeres son peores y que están menos capacitadas que los varones para el mercado laboral en términos absolutos. Sin embargo, en la actualidad deben enfrentar una situación en la cual algunas mujeres presentan mayor nivel de capacitación que ellos, lo que contradice el imaginario en el cual habían sido subjetivados (Marqués, J.V.; 1997).

Sólo uno conceptualiza estas diferencias señalando que *“las mujeres en esta región [Cono Sur] ganan menos y tienen peor trato en el trabajo que los varones por ser países patriarcales. Y Argentina se encuentra en este sentido peor que mi país [Chile]”.*

La **mayoría de las esposas trabaja** y un número altamente significativo de las mismas tienen una jerarquía o tipo de trabajo en situación de paridad con sus maridos. Un número muy pequeño de las mismas, tiene más jerarquía o gana más que los entrevistados, mientras que otro grupo trabaja en la misma institución o en el mismo rubro que sus maridos pero en una jerarquía menor, característica que ha sido descrita como propia de los arreglos conyugales transicionales (Meler, I.; 1994)

Sólo un pequeño grupo de las mismas no trabaja, según referencia de los maridos, por diversas razones: *“porque tenemos hijos chicos”, “porque ella no quiere”, “porque es vaga” o “porque a mí no me gusta que trabaje”.* Argumentos que forman parte de los arreglos conyugales de tipo tradicional (Meler, I.; 1994).

Con respecto a las condiciones de trabajo de estas esposas, los entrevistados refieren que trabajan por lo general entre 7 y 9 horas diarias, le sigue un grupo pequeño que trabaja entre 10 y 12 horas y sólo una de ellas no tiene horario fijo. Con lo cual se evidencia que aun cuando existe un grupo muy grande que por el tipo de trabajo pudiera a primera vista remitir a mujeres que están en posición de paridad laboral con sus parejas, en realidad

estas trabajan entre 2 y 4 horas menos que sus maridos. Esto hace suponer que la **menor cantidad de horas debe verse reflejada en su rendimiento y en su nivel de ingresos** aun cuando no contemos con información al respecto.

En lo que respecta al nivel de responsabilidad, la mayoría se concentra en la máxima responsabilidad o en ser empleadas jerárquicas.

III. Conclusiones⁵

En lo relativo a la inserción laboral actual se observa comparativamente con respecto a sus controles que **los enfermos coronarios son los más integrados y exitosos de cada grupo social y trabajan diariamente más horas** que los sujetos no coronarios de su mismo sector social. Prefieren trabajar solos y si lo hacen en grupo es a condición de que lo lideren o coordinen. Esta situación difiere de la de los integrantes del grupo de control, quienes valoran la pertenencia a un grupo en tanto les posibilita compartir responsabilidades. Esto permite establecer una diferencia muy significativa en la **valorización del “otro”**, diferencia que forma parte de la construcción específica de la vulnerabilidad. **Mientras que para los coronarios “el otro” es alguien que molesta, que puede hacer perder el tiempo o sólo resulta alguien útil para ser dirigido; para los no coronarios el “otro” es alguien con quien se puede compartir, alguien para ayudar y ser ayudado** (García Reinoso, G.; 1998).

Con respecto al nivel de satisfacción en el campo del trabajo, **los coronarios de ambos sectores se declaran más insatisfechos que sus controles que realizan un tipo de trabajo similar. Valorización que refuerza la idea de que parte de la diferencia entre cardíacos y no cardíacos radica en las dificultades subjetivas ligadas a la brecha que presentan los coronarios entre sus expectativas (muy altas) y la realidad, y no solo en el impacto que la realidad tiene sobre ellos.**

Como reflexión final cabe consignar que se ha encontrado, tanto en los entrevistados, en los informantes clave entrevistados a modo de triangulación de la información así como en la bibliografía revisada sobre la temática, un alto grado de naturalización del complejo proceso de sociosubjetivación de género que ha permitido que los varones de la modernidad se inserten laboralmente de una manera específica que presenta dos caras: el ser muy valorados por eso y simultáneamente más vulnerabilizados para este tipo de patologías. Naturalización y valorización que complejiza a su vez el desmonte necesario para promover modos de vida más saludables para los mismos.

⁵ Cabe consignar que, para agilizar la lectura, se ha decidido no presentar en este capítulo la descripción de las características de los entrevistados con controles no coronarios, utilizando esta información solo de modo comparativo en las conclusiones.

IV. Bibliografía

Archetti E (1995), “Estilo y virtudes masculinas en *El Gráfico*: la creación del imaginario del fútbol argentino”. En Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales, oct-dic, Vol. 35, n° 139, p. 419-443, Buenos Aires.

Chodorow N, (1984), *El ejercicio de la maternidad*, Gedisa, Barcelona.

Estacolchic R, Rodriguez S. (1995), *Pollerudos. Destinos de la sexualidad masculina*, Odisea, Buenos Aires.

García Reinoso G. (1998), “Las relaciones del sujeto al poder”, Revista Posdata. El Duelo del Padre, N° 2, Buenos Aires.

Marqués J.V. (1997), “Varón y Patriarcado”. En *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Ediciones de las Mujeres, N° 24, junio, Isis Internacional, Santiago, Chile.

Meler I. (1984), “Parejas en Transición: Entre la Psicopatología y la Respuesta Creativa”, Rev. Actualidad Psicológica, Bs. As., octubre.

Tajer D. (1992), “El caso Victoria de V. o la ‘V’ de Victoria. Historia de Vida, Proyecto Social y Subjetividad”. En *Las Mujeres en la Imaginación Colectiva. Una Historia de Discriminación y Resistencias*, Fernández, A.M., compiladora, Paidós, Bs. As., ISBN 950-12-7022-X, pp. 301-313.

LOS VARONES EN UN CONTEXTO DE CRISIS DEL EMPLEO EN LA ARGENTINA. UN ESTUDIO EXPLORATORIO PSICOSOCIAL SOBRE VARONES PROFESIONALES CON CARGA FAMILIAR

ROXANA BOSO

Introducción

La Argentina de las últimas décadas se ha caracterizado por cambios socioeconómicos que tuvieron su expresión máxima en la crisis coyuntural de diciembre de 2001. Alteraron la vida cotidiana de las personas, sus proyectos, sus relaciones, su vida familiar, así como su pertenencia a diferentes grupos sociales. Este impacto en las subjetividades generó cambios en sus valores e ideales que se manifestaron en sus comportamientos sociales y por ende, en modificaciones en la dinámica interna de la sociedad. Estos sucesos motivaron nuestra investigación que ha pretendido explorar en forma particular las significaciones subjetivas atribuidas a esta crisis del empleo en nuestro país.

La investigación comenzó a fines del año 2001. Se desarrolló hasta el 2003, en el marco del Departamento de Investigación Institucional de la UCA, en un proyecto interdisciplinario sobre “El Trabajo y la Desocupación”.¹ A modo de hipótesis, consideramos que la crisis no afectaba de igual manera a todas las personas, por lo que se exploraron grupos sociales diferenciados según: el espacio socioeconómico residencial (profesionales, nuevos pobres y marginados), los atributos de género (varones/mujeres), y la situación ocupacional (con y sin empleo). Se utilizó una metodología de abordaje cuali-cuantitativa, con triangulación de los datos obtenidos.

Dado que la exploración del grupo de profesionales, sobre todo varones, había presentado sus vicisitudes, resultando arduo el trabajo para contactarlos (debido a la

¹ Para ampliar información sobre la investigación realizada, consultar el sitio web: www.uca.edu.ar/ Departamento de Investigación Institucional/ proyectos 2001/ 2002/ 2003/ Proyectos Trabajo y Desocupación y Crisis de Reproducción Social en la Argentina.

vergüenza y el desgano que los caracterizaba), se decidió continuar realizando entrevistas a referentes calificados considerados tales por haber transitado una experiencia significativa de desempleo.

A través de este artículo se darán a conocer algunos de los resultados a los que se arribó, focalizando en el grupo de los varones profesionales con responsabilidad familiar.

Consecuencias psicosociales del desempleo

A lo largo de la historia de las sociedades es posible reconocer la centralidad que fue adquiriendo el trabajo en la vida de las personas, particularmente desde el desarrollo de la industrialización. De ser un medio para la obtención de recursos materiales para la subsistencia, pasó también a ser concebido como una actividad que facilitaba la generación de lazos sociales por fuera del entorno familiar, que le permitía al individuo integrarse y participar de equipos de trabajo para el logro de objetivos que lo trascendían. A través del producto de su trabajo el hombre recibía un reconocimiento social que fortalecía su autoestima. Más tarde, el sujeto encontró en el trabajo la posibilidad de desarrollar sus potencialidades, comprendiéndolo como un medio para su realización personal (Aguilar, E., 1997; Meda, R., 1998; Rifkin, J., 1996; Castel, R., 1997).

De acuerdo a estos cambios fue variando la motivación de las personas hacia el trabajo, así como afianzándose la centralidad de éste en la vida privada. De la misma manera, la falta de un empleo comenzó a impactar en diferentes ámbitos de la vida personal, acorde a la importancia que había adquirido.

Si bien disponemos de amplia bibliografía sobre investigaciones internacionales acerca de las consecuencias psicosociales del desempleo, es preciso considerarlas temporo-espacialmente, evitando generalizaciones apresuradas sobre sus hallazgos. Las primeras surgen ante la recesión de los años '30 en Estados Unidos y Europa, luego en los '80 con la crisis laboral en Europa Occidental, y en los 90 debido a los desempleados de larga duración (Kessler, G., 1996).

En líneas generales, esos estudios permiten comprender la complejidad que reviste el problema del desempleo: no sólo altera la vida cotidiana de las personas, también interfiere en sus relaciones interpersonales y en su posicionamiento social, afectando muchas veces su status y prestigio. Impacta de este modo sobre su identidad social y a esto se agrega que con la pérdida de trabajo el sujeto se encuentra carente de la posibilidad de crecer y limitado para el despliegue de sus capacidades (Jahoda, M., 1986; Sen, A., 1997). Otros estudios realizados manifiestan el deterioro que produce

el desempleo en la salud psicofísica, expresándose en síntomas somáticos, adicciones, y repercusiones en la salud mental. Algunos autores refieren un aumento en los índices de suicidio; también se ha detectado una relación lineal entre los niveles de desempleo y los delitos que se cometen en una sociedad (Vinokur, A., 1989; Kessler, G., 1996). En los desempleados de larga duración, la pérdida de autoconfianza y los sentimientos de inutilidad inciden en su autoestima y promueven la disminución de su rendimiento intelectual, deteriorándose sus aptitudes profesionales no solo por falta de capacitación y perfeccionamiento, sino también por factores de índole emocional (Sen, A., 1997; en Gómez Solórzano, M., 2007).

Las consecuencias que la falta de un empleo tiene en la economía del hogar producen una cascada de acontecimientos que comprometen a la dinámica familiar. Jackson y Walsh (1987) refieren que los sujetos, cuando padecen la pérdida de un empleo, sufren: 1) complicaciones económicas, 2) transformación en las relaciones sociales y 3) cambio en el ejercicio del rol de autoridad. Todas estas son cuestiones que introducen alteraciones en los vínculos al interior de la familia y con el entorno, motivando un proceso de adaptación y de mutación en su dinámica interna mediante modificaciones en los roles familiares.

Sin embargo, cada familia tiene sus particularidades y el aumento de la tensión familiar provocado por el desempleo no es una consecuencia unívoca y directa del mismo. El desempleo es un factor de desestabilización en las relaciones familiares, pero actúa sobre tendencias preexistentes en la familia antes de la situación de desempleo. En estas circunstancias, hay familias que son facilitadoras de la tensión y resultan erosionadas por el peso de los conflictos cotidianos; otras, en cambio, se brindan apoyo mutuo para hacer frente a la adversidad y de ese modo la familia se fortalece (Kessler, G., 1996).

En líneas generales es posible afirmar que la crisis del empleo produce alteración en la distribución de los roles modificándose las relaciones de poder entre los géneros que configuraban a esa familia (Burin, M., 2007). Introduce una ruptura de aquel equilibrio que fue aprendido como natural: la asignación de una función productiva a los varones y reproductiva a las mujeres, quedando el rol de autoridad articulado sobre un poder masculino (Jiménez Guzmán, M. L., 2007).

Ahora bien, de acuerdo con los tradicionales modos de ser, socialmente institucionalizados para el varón y la mujer, se registra un impacto diferencial del desempleo sobre cada uno de ellos, así como respecto del comportamiento que asumirán los varones y las mujeres frente a la situación de desempleo. Se estima que los varones son un grupo más vulnerable que las mujeres para generar estrategias de afrontamiento

ante situaciones de desempleo (a partir de datos vertidos por estudios desarrollados por Kessler, G., 1996; Salvia y Chávez Molina, 2002; Salvia y Saavedra, 2001). Quizás se deba, como refiere Marco Gómez Solórzano (2007), a que los varones -hoy adultos- vivieron la época del trabajo seguro, que facilitaba el desempeño del rol que los identificaba como tales: ser proveedores principales del hogar; a diferencia de las mujeres y los jóvenes que al ingresar al mercado laboral -en la era de la flexibilización- ya conocieron al trabajo como inestable, precario e informal. Para estos se tornó necesario ser abierto y accesible a los cambios, así como creativo, innovador y activo.

Considerando las múltiples consecuencias que produce el desempleo en la vida de una persona, es de suponer la repercusión emocional que ocasiona el mismo. De acuerdo a la bibliografía consultada, las personas sin empleo son quienes manifiestan un mayor nivel de descontento en sus vidas; asimismo, luego de un largo período de desempleo se ha estudiado que suelen auto culparse de su situación (O'Brien y Kabanoff; 1979). Jahoda, (1986), entre otros investigadores, señala que los trabajadores con mayor motivación por el trabajo son los que más sufren los efectos del desempleo sobre su autoestima. Especula que la pérdida de status puede resultar más difícil de soportar en quienes ocupan puestos jerárquicos altos, dado que la pérdida de valoración personal en el desempleado está asociada al tipo de actividad que el sujeto desarrollaba mientras tenía trabajo; aunque también refiere que cuentan con algunos beneficios al disponer de recursos para cubrir sus necesidades más inmediatas.

Ahora bien, en la Argentina, ¿cuáles son las particularidades del impacto del desempleo en la vida de los varones y mujeres desempleados? Es singular el contexto social y las características de nuestro mercado laboral, así como los ideales individuales y sociales que subyacen al valor que los argentinos le otorgan al trabajo. A continuación se realizará un abordaje sobre este tema.

El mercado laboral en la Argentina: una puesta en contexto, necesaria para la comprensión de las significaciones subjetivas

Es alrededor de la década del '60, cuando los avances en la microelectrónica y la tecnología de las comunicaciones comenzaron a atravesar a las sociedades, ampliándose las redes y entrecruzamientos culturales, dando lugar al proceso de la globalización. Si bien permitieron superar las barreras del tiempo y el espacio favoreciendo las comunicaciones en las relaciones inter-institucionales e interpersonales y las transacciones comerciales, también provocaron modificaciones socio-económicas y culturales que impactaron en el mercado de trabajo. La generación de conocimiento surge como protagonista en el campo de los negocios, las empresas requieren personal calificado y se emplazan en distintos lugares del mundo, ya sea por razones

de costos, control social o bien para encontrar los recursos humanos que necesitan. También solicitan mano de obra calificada en otras localidades, o bien el mismo trabajador se traslada a otros países en busca de mejores oportunidades laborales y/o bienestar para su familia (Castells, M., 2004).

En la Argentina, esas modificaciones derivadas del paradigma tecnológico comenzaron a manifestarse alrededor de los años '70. De acuerdo a singularidades locales, en la década del '90, en un contexto de privatizaciones, apertura económica y adopción de un patrón de cambio fijo, se generó un clima de estabilidad y confianza favorable para un proceso de inversión productiva. A la vez, estas mismas condiciones socioeconómicas produjeron un incremento de los índices de desempleo y precarización laboral (Montero, C., 2001).

A fines del año 2001 y durante el 2002, nuestro país atravesó una crisis coyuntural que -en muchos aspectos- marcó un antes y un después en la historia del país. Según datos del INDEC, en el año 2002, el 21,5% de la población estaba desempleada y las posibilidades de trabajar en la Argentina se dividieron entre el sector formal e informal.

Entre otras medidas económicas asumidas por el gobierno de aquella época, que los ciudadanos suelen asociar con aquella situación de crisis, se encuentran el popular "corralito" -por la cual se confiscaron los depósitos y solo era posible retirar una suma fija, ya que se pretendía limitar el uso de dinero en efectivo- y la posterior pesificación de los mismos. Estas medidas dieron origen a los "cacerolazos", protesta de ese sector de la sociedad que sintió desvanecer sus sueños y desaparecer sus esfuerzos de años.

Actualmente estamos transitando un período de post crisis y recuperación. Según datos del INDEC (2007), los índices de desempleo en el último trimestre del año pasado cayeron a un dígito, 8,7%. Si bien es posible vislumbrar un contexto socioeconómico más favorable para el bienestar de las personas, no es posible eliminar las huellas mnémicas de aquellos años de crisis que caracterizaron a nuestro país y que participan de la trama de sentido en la que se construyen las actuales configuraciones subjetivas.

El trabajo y las implicancias subjetivas del desempleo en la Argentina

Se recuerda que el significado que las personas le atribuyen a la actividad laboral y a la carencia de ésta deriva del campo simbólico en el cual están inmersas. En el mismo, intervienen discursos socialmente instituidos que ofrecen modelos identificatorios ideales a partir de los cuales los sujetos se perciben a sí mismos y a su entorno, y así significan su situación de desempleo (Le Fur, 2001).

La Argentina se caracterizaba por el pleno empleo, y la capacitación y el trabajo eran considerados como medios legítimos para el ascenso social. La falta de trabajo o la precariedad laboral enfrentó a los sujetos con experiencias que les resultaron inéditas.

Al interior de la sociedad, el sujeto también participa de distintos grupos, según sea su sector social, origen étnico, edad, etc. Con ellos comparte creencias, valores y claves interpretativas que los identifican y diferencian de otros grupos; ideales según los cuales orientan sus acciones y configuran su identidad social.

De acuerdo con esta perspectiva de análisis es que la investigación contempló la estratificación de la muestra de estudio según sus espacios de pertenencia socio-económica, su género y su situación laboral.

Si enfocamos el análisis en los espacios de pertenencia socio-económica, es posible afirmar que el trabajo presenta particularidades propias de cada uno de ellos. En los sectores marginados, el trabajo estaba significado como una actividad informal, inestable y precaria: “changas” que permitían la subsistencia a la vez que les brindaba autoconfianza por lograr mantener económicamente a la familia a través de sus propias destrezas. Difería de los grupos empobrecidos, para quienes el trabajo estaba instaurado como formal, más estable y acorde a un oficio que les otorgaba una identidad y la posibilidad de un reconocimiento social, por lo cual muchos presentaban interés por entrenarse y perfeccionarse. En los grupos con formación profesional, que se capacitaban durante años para lograr un trabajo calificado, concebían a éste como un medio propicio para alcanzar sus proyectos personales y familiares (Salvia, Boso y colaboradores, 2003).

En lo que respecta al género, es sabido que el campo simbólico del cual participa el sujeto también otorga atribuciones simbólicas a la diferencia sexual (Comas D' Argemir, 1995), por lo que se configuran “modos de ser” esperables para el varón y la mujer que inciden en su significación acerca del trabajo. De acuerdo con el rol de proveedor material de la familia, asignado tradicionalmente al varón, este percibía al trabajo como un aspecto esencial para proyectarse a futuro, para planificar su vida personal y también familiar. Además, mediante la actividad laboral consideraban que se afianzaba la imagen que tenían de sí mismo. Mientras que para las mujeres, la maternidad continuaba siendo nuclear en su identidad de género, y al incorporarse al mercado laboral descubrieron capacidades y campos en los cuales podían desarrollarse significando al trabajo como un medio que principalmente fortalecía su autoestima (Salvia y Boso, 2007).

El impacto que esta crisis del empleo en la Argentina produjo en las subjetividades varía de acuerdo a las significaciones que el trabajo tenía para los distintos grupos sociales. Se evidenciaron cuestionamientos sobre la valoración que los sujetos le

habían otorgado a distintos ámbitos de su vida. Se estima que el lugar que el trabajo tenía en las subjetividades se encuentra atravesando un proceso de cambio².

Diseño metodológico del estudio

Para la investigación se utilizaron datos primarios generados a mediados del año 2002, luego de la crisis de diciembre del 2001. Se seleccionó una muestra no aleatoria, integrada por 144 casos, jefes de familia (de entre 25 y 40 años), que habitaban la zona de Barracas de la Ciudad de Buenos Aires, incluyendo la Villa 21/24 y alrededores. Estratificada según tres ejes: espacio socio-económico residencial (marginados, nuevos pobres y profesionales), género (varón/mujer) y condición laboral (con y sin empleo) (Salvia y Boso, 2006).

Se diseñó y aplicó un cuestionario, con formato Likert de cinco opciones, mediante el cual se relevó información personal y familiar del entrevistado y se incluyeron indicadores de bienestar psicosocial³. Se realizaron grupos focales (homogéneos según espacios de pertenencia social) en los que se utilizaron distintas técnicas con fines proyectivos: una comprendida por diez láminas con situaciones vinculadas al trabajo y la desocupación (algunas de ellas seleccionadas de la técnica Imágenes Ocupacionales del Lic. S. Rascován y el Lic. S. Gutman); la presentación de una “situación-problema” (que integra el Test de frustración de Saúl Rosenzweig) y una producción grupal mediante la técnica del Mural (en la que el grupo representó al trabajo en un tiempo pasado, presente y futuro). También se realizaron entrevistas en profundidad que permitieron ahondar sobre el conocimiento de las representaciones que los sujetos tenían sobre la crisis del empleo. Para el procesamiento de los datos del cuestionario se utilizó el SPSSWIN 10.0 y para el análisis cualitativo del discurso, el QSR NUD*IST. Se realizó un análisis estadístico-descriptivo e interpretativo de la información.

Para esta presentación se selecciona aquella información que resulta pertinente para comprender las significaciones subjetivas de los varones profesionales con carga familiar⁴; a tal efecto se incluye, de manera comparativa, la información sobre las

² De acuerdo con una investigación desarrollada sobre Valores y Centralidad del Trabajo, este no fue significado como prioritario dentro de las diferentes esferas de la vida que se exploraron: la familia fue el ámbito valorado en primer lugar, luego los amigos, y en un tercer lugar el trabajo. Para mayor información consultar: Lic. G. Filippi y Dra. E. Zubieta (2006) y Dra. Gómez Prieto, Fernández y Boso (2005).

³ Para su diseño se consultaron diversidad de técnicas psicosociales existentes, entre otras: la Escala de Bienestar Psicológico de Sánchez-Cánovas (1998) y la escala Bieps para la evaluación del bienestar psicológico, de la Dra. M. Casullo (2002).

⁴ Colaboró en el análisis e interpretación de los datos la Lic. Marisa Rodríguez, psicóloga, con quien se continúa desarrollando la investigación.

significaciones subjetivas de mujeres profesionales con carga familiar (48 profesionales, estratificada según género y situación laboral). Se complementa y articula con experiencias y expresiones de cuatro varones a los que se entrevistó con posterioridad con el propósito de profundizar los datos obtenidos en la primera etapa de la investigación. Lejos de realizar generalizaciones, tienen el propósito de promover y enriquecer nuestra posterior reflexión.

Los varones y mujeres profesionales que integraron la muestra de estudio poseían estudios terciarios y/o universitarios y pertenecían a sectores socio-económicos medios, ubicados en áreas residenciales no deterioradas. Los varones profesionales, con quienes realizamos posteriormente las entrevistas en profundidad, también pertenecían al mismo sector socio-económico; sus edades rondaban los 40 años, eran el sostén de su familia, y residían en la Ciudad de Buenos Aires.

Para el análisis de los datos se diferenciaron áreas vinculadas con el bienestar subjetivo. A continuación, se consideran las implicancias del desempleo en la dinámica familiar y la percepción de sí mismos.

Significaciones subjetivas acerca de su situación laboral

Se recuerda que el trabajo, en los grupos profesionales, estaba significado como un medio legítimo para crecer y desarrollarse personal y profesionalmente. La capacitación era concebida como un valor que posibilitaría lograr puestos de mayor jerarquía, reconocimiento y prestigio social. Ya sea desempeñándose en forma independiente o bien en el marco de una contratación formal, el trabajo era representado como facilitador para alcanzar proyectos e ideales tanto personales como familiares; les posibilitaba una planificación a futuro que los motivaba para trabajar (Salvia y Boso, 2007). Poseer una profesión, aunque no siempre estaba asociada con la actividad laboral que desempeñaban, también les otorgaba una identidad profesional que no se desvanecía con la pérdida de un empleo. Estas significaciones subjetivas acerca del trabajo influyen sobre el impacto que este grupo social refiere acerca del desempleo.

En líneas generales, y dado que el relevamiento de datos se realizó a los pocos meses de haberse producido la crisis coyuntural de diciembre de 2001, se registró -de manera generalizada- un bajo nivel de satisfacción respecto de su situación laboral. Los profesionales, si bien evidenciaron mayor bienestar en todas las áreas exploradas -en comparación con quienes participaban de otros espacios de pertenencia socio-económico-, refirieron que la vida laboral era, de modo significativo, la que les generaba mayor descontento e incertidumbre. Sin embargo, en las entrevistas

en profundidad realizadas posteriormente con varones profesionales, se detectó un aumento en el bienestar laboral, acorde a la disminución de los índices de desempleo que se estaban registrando en el país. Cabe señalar que algunos de los entrevistados comenzaban a tener mejores perspectivas de trabajo.

Explorando las diferencias según género, los varones profesionales refirieron un bajo nivel de satisfacción acerca de su situación laboral. Las mujeres expresaron mayor bienestar al respecto; asimismo se observó en ellas más iniciativa y flexibilidad para realizar otras actividades laborales alejadas de su formación profesional.

Tabla 1
Frecuencia acerca de niveles de satisfacción de la situación laboral,
según género

¿Cuán satisfecho o feliz se siente con su situación laboral?			
	Varón	Mujer	Total
Nada satisfecho	29,17% (7)	25% (6)	27,08% (13)
Poco satisfecho	37,50% (9)	20,83% (5)	29,17% (14)
Satisfecho	25% (6)	25% (6)	25% (12)
Bastante satisfecho	8,33% (2)	20,83% (5)	14,58% (7)
Muy satisfecho	0% (0)	8,33% (2)	4,17% (2)
Total	100% (24)	100% (24)	100% (48)

Fuente: propia

Como consecuencia del proceso de crisis del empleo, si bien algunos profesionales carecían completamente de trabajo y presentaban dificultades para generar nuevas estrategias para la subsistencia, la mayoría se encontraban en situación de sub-ocupación o sobre-ocupación. En algunos pocos casos, se observó que focalizaban sus energías en una búsqueda de empleo sistemática y planificada, que asimismo estructuraba su vida cotidiana como si estuviesen empleados. Se estima que este tipo de comportamiento no resultó frecuente dada la escasez de puestos de trabajo que estaban disponibles. Algunos de los entrevistados ya se encontraban desalentados respecto de la posibilidad de encontrar un trabajo en relación de dependencia, por lo que procuraron una salida laboral diferente. Ese es el caso de uno de los entrevistados, de 45 años, que después de 15 años de desempeñarse como gerente de sistemas en una organización multinacional, quedó desvinculado de la misma. Luego de un largo período de asimilación de su situación de desempleo, y de frustrados intentos de reinsertarse en el mercado laboral, decidió asociarse para la compra de un comercio del rubro alimenticio. El entusiasmo inicial fue cediendo frente a los sostenidos problemas con el personal, los desajustes en los criterios de dirección que compartía

con su socio, la baja rentabilidad del negocio, entre otros de los inconvenientes que se derivaban de esta nueva actividad laboral. Su salud psicofísica comenzó a deteriorarse, presentando sintomatología acorde a un ataque de pánico; también se debilitó su iniciativa y se truncaron nuevamente sus proyectos. Esta experiencia laboral reforzaba los sentimientos de impotencia e inutilidad que había experimentado con posterioridad a la desvinculación.

Otro entrevistado refirió una experiencia más exitosa en el emprendimiento de una actividad laboral propia. En general se observó que quienes referían haber desarrollado en algún momento de sus vidas algún trabajo en forma independiente, disponían de hábitos que les eran de utilidad para el autoempleo o bien para encontrar una salida alternativa a su encrucijada laboral.

Varones desempleados que durante años habían trabajado en relación de dependencia, encontraban obstáculos para incorporarse en el mercado laboral, ya sea por inseguridad y dificultad para desenvolverse con independencia en la búsqueda de otras oportunidades laborales, como por falta de capacitación e inadecuación respecto de los perfiles requeridos por las organizaciones. Aquellos que refirieron haber logrado incorporarse al mercado laboral, poseían en general una actualización profesional. Algunos lograron incluirse realizando tareas de menor calificación que aquellas que ejercían.

Uno de los entrevistados expresó sobre su situación laboral: *“sobreviviendo... ni lo que era... ni lo que fui... por así decirlo... no creo que pueda yo reposicionarme...”*

Prevalcieron las expresiones de desesperanza y frustración por proyectos que percibían inalcanzables.

Como consecuencia de la crisis y de la falta de oportunidades laborales, se observó que los profesionales tendían a desvalorizar la formación académica como un medio para lograr mejores puestos de trabajo. La experiencia les indicaba que poseer estudios no les garantizaba tener un empleo.

Asimismo, hacían referencia a la inutilidad de sus esfuerzos en el desempeño laboral; tendían a resignificar de forma negativa la dedicación que le habían dado al trabajo, que asimismo les había provocado no disfrutar de otros aspectos de la vida tales como su familia y el tiempo libre (del cual carecían en épocas de plena actividad laboral). Este grupo social evidenció poseer recursos cognitivos para asumir una postura evaluadora y crítica sobre la crisis socio-económica que los afectaba y sobre el valor que le habían otorgado al trabajo en su vida: *Señora, no se olvide que si estamos como estamos, no fue porque un día nos ocurrió, algo tuvimos que ver*

en esto que nos ocurrió como país. No digo para que nos paralicemos mirando y poniendo presos, pensemos en el futuro, construyamos todo lo que... pero si en algo nos equivocamos, no volvamos a cometer los mismos errores, ...” Su capacidad de abstracción les permitía realizar un análisis más exhaustivo de la situación, considerando factores socio-culturales, con posibilidad de involucrarse como protagonistas de la crisis; manifestaban como necesidad social la necesidad de un cambio de valores que orientara al país hacia una mayor igualdad social.

El rol de proveedor material de la familia

Todos los profesionales varones entrevistados tenían una familia constituida y vivían con su pareja e hijos. Concebían al trabajo remunerado no sólo como una opción para su desarrollo profesional; era parte constitutiva de su rol de varón como sostén económico del hogar. Se consideraban jefes de familia, a pesar de carecer de un empleo, y a pesar de que la pareja de muchos de ellos era profesional y trabajaba por fuera del espacio doméstico.

Dado que los profesionales depositaban en el trabajo la posibilidad de concretar sus sueños y proyectos personales y familiares, para el cual se habían formado durante años, la actividad laboral había adquirido para ellos un lugar central en sus vidas. Era el medio que les permitía sostener materialmente a su familia, además de progresar en la estructura social y alcanzar mejores condiciones de bienestar para la misma.

En el caso de las mujeres que eran jefas del hogar, si bien también se encontraban preocupadas por mantener la subsistencia de la familia, sobre todo la de sus hijos, el trabajo aún no tenía una centralidad en sus vidas semejante a lo que sucedía en el caso de los varones. El rol de madres era prioritario en lo que respecta a su identidad femenina y el trabajo era un “medio” para cubrir las necesidades básicas de su familia. Pero su desempeño laboral comenzó a adquirir una significación especial en su vida; el trabajo era representado por ellas como una actividad que les reportaba auto confianza; a través de él habían descubierto otros roles y capacidades personales, más allá del ser madres.

La falta de trabajo y la precariedad laboral alteró la vida cotidiana de los varones y las mujeres. Los varones, acostumbrados a la jornada de trabajo, se encontraban con tiempo libre que en un inicio no lograban aprovechar, horas en las que se reproducían los niveles de angustia y sentimientos de inutilidad e impotencia. Sólo después de meses, algunos varones comenzaron a disfrutar de su estadía en el hogar y descubrir ciertos beneficios. De acuerdo al decir de un entrevistado varón desocupado: “... *el saber que uno está le permite al otro, en el caso de mi esposa -concretamente-, generar posibilidad de empleo o el ir a visitar a fulanito o contactarse con menganito, que de*

pronto... mientras yo no estuve, aún cuando hubiera querido no hubiera podido,... tiene la tranquilidad de que yo estoy con ella”.

Al realizar un análisis comparativo con las mujeres, los varones resultaban algo más satisfechos en lo que se refería a la vida familiar, encontrando en ella contención afectiva y mayor posibilidad de relacionarse con sus hijos. Las mujeres representaron a la vida familiar como atravesada por tensiones, conflictos y mayor insatisfacción.

Tabla 2
Frecuencia acerca de niveles de satisfacción con su vida familiar, según género

¿Cuán feliz o satisfecho se siente con su vida familiar?			
	Varón	Mujer	Total
Poco satisfecho	4,17% (1)	4,17% (1)	4,17% (2)
Satisfecho	29,17% (7)	41,67% (10)	35,42% (17)
Bastante satisfecho	29,17% (7)	20,83% (5)	25% (12)
Muy satisfecho	37,50% (9)	33,33% (8)	35,42% (17)
Total	100% (24)	100% (24)	100% (48)

Fuente: propia

Sin embargo, esta realidad era concebida de manera ambivalente por los varones. Si bien por un lado podían compartir más tiempo con su familia, participar de actividades escolares de sus hijos que antes no hacían, disponer de tiempo para salidas al aire libre y asistir a eventos culturales, por otro lado referían sentirse frustrados e impotentes, alterando esto mismo el vínculo familiar:

“... no es fácil, trae problemas de todo tipo. Problemas desde lo personal, desde lo que uno siente por sí mismo, hasta problemas de pareja... te cuesta sobrellevarlo...”.

La falta de un empleo les despertaba disconformidad con ellos mismos y preocupación por el futuro de sus hijos, particularmente en lo que se refería a la posibilidad de enviarlos a una institución privada que les brindase una mejor educación. También temían no poder mantener la contratación de una cobertura médica prepaga que les diese seguridad respecto de la atención sanitaria en caso de necesidad, particularmente por el deterioro que percibían en los hospitales públicos. En general, ante la crisis del empleo, modificaron los hábitos de consumo y procuraron no introducir cambios en la contratación de los servicios de educación y salud.

En una de las entrevistas realizadas a un varón profesional de 46 años, padre de 3 hijos, médico y empresario, se puede ver plasmado con claridad el impacto de la crisis del empleo en sus negocios y en su vida personal y familiar. Cambios en las políticas gubernamentales ocasionaron una importante disminución en la rentabilidad del negocio, motivo por el cual decidieron, en conjunto con sus socios, cerrar la institución. Continuaba teniendo ingresos a través de los servicios profesionales que brindaba en un hospital público, pero éstos no alimentaban su autoestima y no eran suficientes para sostener el nivel de vida al que estaban acostumbrados. Importantes sentimientos de frustración ponían en riesgo su vida dado que se traducían en ideas suicidas. Sus hijos eran un anclaje a la vida, un motivo para superar los obstáculos. No existían problemas económicos, debido a que su esposa, por esa misma época, consiguió un ascenso en su trabajo que le permite casi duplicar su ingreso salarial. Incluso concretaron un ansiado proyecto familiar, mudarse a un departamento más amplio; sin embargo, esto no fue sentido como propio. Manifestó dificultad para disfrutar de los logros familiares al concebirlos como ajenos por no ser producto de sus ingresos. De la misma manera, señaló con convicción y de una manera generalizada, que la situación de crisis del empleo, y la inserción de la mujer en el mercado laboral, condujo a una lucha de poderes en el interior de la familia. Comentó sobre familias amigas en las que también percibía esta realidad: que la mujer tiende a conducirse en el hogar con la misma autoridad que tiene en su trabajo, desplazando al varón de ese rol tradicional. Esta situación, por un lado afectaba su autopercepción y estado anímico, situación favorecida por la falta de reconocimiento familiar que él percibía; por otro lado, lo motivaba a tratar de mantener su rol de jefe de familia aunque le implicara enfrentamientos y tensiones con su pareja. Dio cuenta de su participación en una lucha de poderes al interior del hogar y su conflictiva interna por mantenerse en un rol de autoridad a pesar del debilitamiento de su función como sostén económico de la familia.

La realidad percibida y planteada por este entrevistado tiene semejanzas con experiencias transmitidas por otros.

Desempleo y percepción de sí mismo

Pérdida de motivación, seguridad, desánimo, pesimismo, son algunos de los sentimientos expresados por los profesionales varones afectados por la crisis del empleo. Hacían referencia a la injusticia de estar atravesando por esa situación crítica en su vida laboral, e impotencia para revertirla. Su sentimiento dominante era la desilusión y sentían que estaban perdiendo el rol que los identificaba como varones: ser jefe de familia.

Es evidente que la autoestima de los varones estaba deteriorada; si bien las mujeres manifestaban sentir el impacto de la situación de la crisis del empleo, se representaban a sí mismas como satisfechas por sus logros personales.

Tabla 3
Frecuencia acerca de niveles de satisfacción acerca de sus logros personales, según género

¿Cuán satisfecho o feliz se siente con sus logros personales?			
	Varón	Mujer	Total
Nada satisfecho	4,17% (1)	0% (0)	2,08% (1)
Poco satisfecho	20,83% (5)	4,17% (1)	12,50% (6)
Satisfecho	29,17% (7)	29,17% (7)	29,17% (14)
Bastante satisfecho	25% (6)	45,83% (11)	35,42% (17)
Muy satisfecho	20,83% (5)	20,83% (5)	20,83% (10)
Total	100% (24)	100% (24)	100% (48)

Fuente: propia

Para las mujeres, más identificadas con su rol maternal, la falta de trabajo no alteraba aspectos nucleares de su subjetividad femenina. De acuerdo con este marco de sentido, es posible comprender por qué las mujeres se percibían a sí mismas más satisfechas que los varones, considerando el contexto de crisis del empleo que impactaba en las vidas tanto de las mujeres como de los varones.

Uno de los varones profesionales entrevistados expresó: *“Es como que uno se siente como en esos días de mucho calor, pesado, no tengo ganas de nada, no me quiero levantar, me quiero quedar en la cama porque sé que me levanto y empiezan todos los problemas...”*. Se sentía apabullado y vencido por los problemas; dominado por la angustia y el desánimo; prevalecía en él una actitud pasiva, de impotencia frente a los problemas.

Los entrevistados se manifestaban insatisfechos con sus logros personales y referían incertidumbre por su futuro laboral. Prevalecían sentimientos de frustración por percibir que estaban descendiendo en la estructura social: en algunos casos se enfrentaron a la necesidad de contratar servicios de salud y educación de menor calidad al no poder seguir solventando los contratados con anterioridad. Asimismo, se evidenció en los varones mayor dificultad para generarse nuevas estrategias para la subsistencia; en dicho aspecto, en general las mujeres se mostraron más flexibles, creativas y dispuestas.

Algunos varones referían estar participando de menos reuniones sociales, dando cuenta de no asistir, como habitualmente lo habían hecho, a clubes y/o reuniones de amigos. Algunos aducían no disponer de dinero; otros argumentaban desgano y malestar.

Si bien la mayoría de los profesionales disponían de recursos materiales para la subsistencia, se percibían “sobreviviendo”, término usual en las entrevistas realizadas sobre todo a los varones profesionales. Era un modo de dar cuenta de la renuncia a sus ideales de vida y a la resignación que les producían truncar sus proyectos. Uno de los entrevistados que estaba atravesando un período de desocupación desde hacía más de un año, expresó:

“Creo que el gran padecimiento que tenemos los argentinos es que nos robaron el futuro”.

Expresión que se asemeja a la enunciada por otro de los entrevistados que trabajaba en forma independiente y al que la situación de crisis del empleo le había ocasionado una disminución significativa del monto de trabajo: *“... es que la acumulación de fracasos te va desanimando, entonces cada vez menos proyectos, cada vez menos cosas, cada vez menos planes, el futuro pasa a ser una mancha negra que no sabés bien qué es”.*

La insatisfacción con ellos mismos y la incertidumbre respecto de un futuro los motivaba a resignificar decisiones asumidas en un pasado, que les habían implicado postergar situaciones placenteras en pos del crecimiento económico o simbólico. Vivir el presente adquiere importancia ante la lejanía de alcanzar los proyectos a futuro. Se cuestionaban los esfuerzos asumidos para tener un estudio; éste no les estaba permitiendo insertarse en el mercado laboral, de acuerdo con la creencia que habían tenido. Concebían que era posible lograr un mejor posicionamiento social, a través de contactos políticos y otros recursos ingeniosos respecto de los cuales muchos se percibían carentes.

Asociadas a la problemática del desempleo, surgieron como temas de preocupación entre los varones profesionales, cuestiones de inseguridad en el entorno social. Evidenciaban sensibilidad ante la carencia que percibían en otros, sobre todo en los niños que habían comenzado a deambular por las calles en busca de alimentos.

El “corralito” de 2001 también emergió como hecho social que despertó comportamientos de protesta en un sector de la sociedad no habituado a la participación; sentían que sus esfuerzos habían sido en vano. Los “cacerolazos” eran concebidos por los entrevistados como una expresión de su malestar y búsqueda de que se generen cambios que favorecieran su situación. Al corto tiempo esta protesta social cedió: en

ese momento algunos entrevistados manifestaron que la crisis se estaba naturalizando, mientras que otros percibían cierta reactivación económica.

Conclusión

A través de la investigación desarrollada, se confirmó la hipótesis acerca de que los efectos psicológicos del desempleo dependen de multiplicidad de factores, particularmente debido a que difieren las significaciones subjetivas que el empleo adquiere para diferentes grupos sociales. Se recuerda que en la investigación se consideraron como variables de estudio: la edad, el sexo, la situación laboral y el espacio socio-económico de pertenencia.

En lo que se refiere a los varones profesionales, el trabajo -representado como formal y también como actividad que puede ser desarrollada de manera independiente- fue significado como un medio legítimo para la subsistencia de la familia, que les posibilitaba alcanzar proyectos e ideales personales y familiares. Asimismo, lo percibían como un medio para el ascenso en la estructura social y para lograr un mejoramiento en la calidad de vida. Comprendían que, con trabajo, era posible planificar un futuro. Sobre todo cuando se trataba de un trabajo calificado, por lo cual la capacitación era entendida como un valor que les posibilitaría ser reconocidos y asumir roles de jerarquía y prestigio social. Disponer de una profesión les otorgaba una identidad más allá de la laboral y parecía asegurarles su posicionamiento como proveedores principales del hogar, aspecto nuclear en lo que se refiere a su identidad de género.

Los cambios en la estructura socio-económica del país, que se manifestaron en la crisis del empleo, ocasionó en los varones profesionales situaciones de sub-ocupación y sobre-ocupación, con cambios en los hábitos de consumo y alteración en los proyectos personales y familiares. La dificultad para sostenerse como proveedores materiales de la familia provocó sentimientos de inutilidad e impotencia, a la vez de frustración, vergüenza, angustia y desesperanza. Esta situación a veces se vio reforzada por su tendencia a paralizarse para la generación de nuevas estrategias laborales. Resultaron frecuentes expresiones de estar “sobreviviendo”, a pesar de que la satisfacción de las necesidades básicas solía estar asegurada. Generalmente se produjeron alteraciones en la dinámica familiar, modificándose la distribución de los roles. Al respecto se evidenciaron sentimientos ambivalentes: por un lado gratificación por estar presente en actividades vinculadas a sus hijos y compartir más tiempo con su familia, a la vez del malestar por sentirse desplazados de funciones que antes les eran exclusivas, como ser el principal proveedor del hogar y ser reconocido como autoridad en la dinámica familiar. La resignificación de decisiones que asumieron en el pasado emergieron como un modo de cuestionarse la valoración que le habían otorgado al trabajo y a la familia a lo largo de sus vidas.

A través de la investigación fue posible confirmar la relevancia que tienen otros factores en el sentido subjetivo que adquiere la falta de un empleo: el compromiso del trabajador con la actividad laboral que realizaba, los recursos económicos que posee para la subsistencia personal y familiar, y el apoyo social con el que cuenta. También intervienen rasgos de personalidad y los recursos psicológicos y el entrenamiento que poseen los individuos desempleados para la generación de estrategias de afrontamiento.

Además, de acuerdo a lo relevado en las entrevistas, es importante considerar la duración de la situación de desempleo. Si bien no es posible generalizar -de un modo rígido y lineal- que todo desempleado transita -desde que es desvinculado- por los estadios que Einsenberg diferenció (1938; en Kessler, 1996), estos dan cuenta de comportamientos y mecanismos defensivos inconscientes que suelen despertarse como consecuencia de una situación de desempleo. La muestra de estudio estuvo conformada por personas que hacía por lo menos un año que habían perdido su empleo. Previo a la definición de la muestra se habían efectuado un par de entrevistas en profundidad a profesionales que solo hacía meses que estaban desempleados. A ellos no se los incluyó en el estudio dado que aún se encontraban inmersos en la angustia inicial derivada del *shock* emocional producido por el despido.

Si bien se dispone de información sobre el impacto que la falta de trabajo produce en la salud psicofísica de las personas desempleadas, queda pendiente profundizar sobre ella. En líneas generales, nos permitió confirmar los resultados de investigaciones previas que exploraron ese tema (Salvia, Boso, Bernstein, 2003).

Hacia una reflexión sobre los cambios en las subjetividades masculinas.

Es evidente que los cambios en el mundo del trabajo, acordes con el mercado globalizado y las vicisitudes locales de la crisis del empleo en nuestro país, impactaron de múltiples formas en la dinámica de las relaciones sociales. Por un lado, se limitaron las oportunidades laborales, se modificaron los perfiles requeridos por las organizaciones y se alteraron las estrategias para la subsistencia. Por el otro, la situación tuvo consecuencias en las subjetividades y se rompió la tradicional distribución de roles de acuerdo con los modelos funcionales vigentes en las familias argentinas, afectando las relaciones de género.

El ingreso de las mujeres al mercado laboral, sea por necesidad económica de la familia o por deseos de un desarrollo personal y/o laboral, en un contexto donde históricamente tuvieron vedado su acceso a derechos de educación y participación en el espacio público, también colaboró en los cambios que se produjeron en las subjetividades masculinas y femeninas. En acuerdo con M. L. Jiménez Guzmán (2007),

la permanencia del tradicional rol del varón como productor le debe mucho al sostenimiento del modelo por parte de la mujer; encontrándose hoy las familias inmersas en un proceso dialéctico que transita entre la tradición y la innovación. Este proceso dialéctico se refleja en diversas cuestiones relacionales en el interior de la familia:

1) Las significaciones de los varones sobre la participación de la mujer en el mercado laboral son variadas, móviles y muchas veces ambivalentes, así como los sentimientos que desencadenan. Si bien se relevaron vivencias de menosprecio y temores sobre el deterioro del cuidado y la crianza de los hijos, también se detectó cierta valoración hacia las mujeres trabajadoras. En algunos de estos varones entrevistados que se mostraban más innovadores, sus madres habían trabajado por fuera del hogar y comentaban con orgullo dicha situación, destacando el esfuerzo y sacrificio realizado por ellas. Se puede inferir que inciden en dichas significaciones los mandatos familiares, muchas veces inconscientes, sobre los modos de ser varón y mujer en la dinámica familiar, es decir, en la distribución de los roles al interior de la familia.

2) La amenaza que los varones percibían hacia su rol de autoridad en la familia, debido a la independencia económica de la mujer y su dificultad para hacerse cargo de la satisfacción de las necesidades materiales de la familia, motivó que muchos varones se sintiesen disminuidos y desvalorizados. Algunos de ellos ya habían comenzado a participar en las actividades domésticas del hogar. De acuerdo a sus expresiones, parece confirmarse que los recursos económicos que el varón y la mujer de la pareja aportan al hogar contribuyen a un juego de poder en el interior de la familia, por lo que la disminución del aporte masculino impacta en su identificación con su función como autoridad y “jefe de familia”. Algunos de los varones que evidenciaron un comportamiento más innovador rescataban como valiosa su participación en las actividades domésticas; sin embargo, no se descarta que sean expresiones compensatorias de sentimientos adversos sobre su situación. Es de ligar la angustia que desencadena la pérdida de trabajo -y por ende, una hipótesis a considerar- que esta actitud podría derivarse de la necesidad de roles que eran constitutivos de su identidad. Como refiere I. Meler (2007), el sujeto “en situaciones de impotencia recurre a la coexcitación erótica como expediente defensivo ante los traumas”.

3) Sobre el sentido diferencial que el trabajo tiene en la vida de los varones y las mujeres, aún parecen seguir vigentes las significaciones tradiciones, por lo que el impacto del desempleo es diferente en los varones que en las mujeres. Estamos de acuerdo con los aportes de Potuck (1997) sobre el significado de “obligación” que el trabajo tiene para el varón, por ser el medio a través del cual siente poder posicionarse como “proveedor familiar”, mientras que la mujer aún se resiste a ser considerada proveedora, predominando su función reproductora.

Resulta evidente que el malestar que muchos expresaban iba más allá de las condiciones para la subsistencia. No había riesgo de insatisfacción de necesidades medianamente básicas; todos disponían de recursos para dar cuenta de las mismas. La falta del empleo ocasionó en este grupo de profesionales varones un fuerte impacto en los tradicionales modos de ser “masculinos”. Se están produciendo fracturas en los modelos funcionales familiares que estaban institucionalizados como válidos, sobre todo en quienes se encuentran en la mediana edad. El cuestionamiento y la resignificación de decisiones asumidas en el pasado, así como una actitud autocrítica de los varones profesionales, motiva a reflexionar sobre los cambios que se están produciendo en su posicionamiento social.

Al parecer, la crisis del empleo produjo un corrimiento de la centralidad asignada al trabajo en la vida de los hombres, así como la movilidad de los roles en el seno del núcleo familiar, alterando las construcciones de sentido de género a partir de las diferencias biológicas. Si bien las significaciones subjetivas se modifican a lo largo de toda la vida de un sujeto, sus alteraciones son más profundas en situaciones de crisis como la explorada.

En este contexto de cambios macro y microsociales, las tradicionales subjetividades -masculinas y femeninas- se encuentran en proceso de transformación. Como en toda crisis, aún no es posible definir unívocamente cuáles serán las reestructuraciones sociales (Attali, J.; 1979); todavía no es posible identificar las significaciones que se irán legitimando y transmitiendo a través de las futuras generaciones.

El comportamiento mismo de los sujetos está colaborando en la institucionalización de nuevos valores y costumbres sociales. Los roles combinados, flexibles e intercambiables entre varones y mujeres comienzan a multiplicarse de acuerdo a dinámicas familiares que inevitablemente se van suscitando en ese contexto de globalización y crisis del empleo. No solo se avizora un mercado laboral que requiere y estimula subjetividades más plásticas y menos estereotipadas en cuanto al género (Meler, I.; 2004), sino que, como refiere María Lucero Jiménez Guzmán (2003) -frente a los cambios que se están produciendo en la dinámica de las familias-, “lo que se postula es la construcción de una nueva moral, en la que las relaciones entre los seres humanos y la paternidad sean más igualitarias, solidarias y equitativas”.

Bibliografía

Aguiar, E. (1997): “La desocupación: algunas reflexiones sobre sus repercusiones psicosociales”. En Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo, 20, (1) Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo, Buenos Aires.

Attali, Jacques (1979): *El concepto de crisis*, Asociación Ediciones La Aurora, Buenos Aires.

Boso, R. y Salvia, A. (2007): “Representaciones, estratificación social y diferencias de género bajo condiciones de crisis y desempleo”. En *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias. Universidad Nacional Autónoma de México.

Burin, M. (2007): “Trabajo y parejas: impacto del desempleo y de la globalización en las relaciones entre los géneros”. En *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias. Universidad Nacional Autónoma de México.

Castells, Manuel (2004): *La era de la información*. Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires.

Castel, R. (1997): *Las metamorfosis de la cuestión social*. Una crónica del salariado, Paidós, Buenos Aires.

Casullo, M. y otros (2002): *Evaluación del bienestar psicológico en Iberoamérica*. Paidós, Buenos Aires-Barcelona-México.

Comas D'Argemir, D. (1995): *Trabajo, género y cultura. La construcción de desigualdades entre hombres y mujeres*. Icaria/Institut Català d'Antropologia, Barcelona.

Filippi, G. y Zubieta E. (2006): *Valores y Centralidad del Trabajo. Comparación entre grupo de estudiantes y población adulta ocupada y desocupada*. Cátedra Psicología del Trabajo, Universidad de Buenos Aires, UBACyT.

Gómez Prieto, Fernández y Boso, R., (2005): *El Valor subjetivo del trabajo*, Programa de Investigación de Técnicas Psicológicas y Psicopedagógicas de la Universidad Católica Argentina.

Gómez Solórzano, M. A. (2007): “Masculinidad en la sociedad de riesgo”. En *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias. Universidad Nacional Autónoma de México.

INDEC (2007): información disponible en <http://www.indec.mecon.gov.ar>

Jahoda, M. (1986): *Empleo y desempleo: un análisis socio-psicológico*. Editorial Morata, Madrid.

Jackson, P. R. & Walsh, S. (1987): “Unemployment and the family”. In D. Fryer & P. Ullah (Eds), *Unemployed People: Social and Psychological Perspectives*. Milton Keynes: Open University Press.

Jiménez Guzmán, M. L. (2003): *Dando voz a los varones. Sexualidad, reproducción y paternidad de algunos mexicanos*. Universidad Autónoma de México.

Jiménez Guzmán, M. L. (2007): “Algunas ideas acerca de la construcción social de las masculinidades y las feminidades, el mundo público y el mundo privado”. En *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias. Universidad Nacional Autónoma de México.

Kessler, G. (1996): “El impacto social del desempleo. Aportes de la experiencia internacional”, en Beccaria L. y López N. (comp.): *Sin trabajo*, UNICEF/Losada, Buenos Aires.

Le Fur, A. (2002): *Del malestar en la cultura al malestar en el mercado*. Documento de investigación, Departamento de Investigación Institucional, UCA. Buenos Aires.

Meda, D. (1998): *El trabajo*. Gedisa, España.

Meler, I. (2004): “Género, trabajo y familia: varones trabajando”, en *Subjetividad y procesos cognitivos. Género, trabajo y familia*. UCES.

Meler, I. (2007): “Subjetividad y Trabajo en la crisis de la modernidad”, en *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias. Universidad Nacional Autónoma de México.

Montero, C. y Morris, P. (2002): *El impacto de la globalización en los mercados laborales y en las políticas de empleo en los países del Mercosur y Chile*. Fundación Friedrich Ebert, serie Procur, Santiago de Chile.

O'Brien y Kabanoff (1979): “Comparison of unemployed and employed works on values, locus of control and health variables”. *Australian Psychologist* 14, 143-154.

Potuchek, Jean L. (1997): *Who supports the family? Gender and breadwinning in Dual Earner Marriages*, Stanford University Press, Stanford, California.

Rifkin, J. (1996): *El fin del trabajo*, Paidós, Buenos Aires.

Salvia, A. y Boso, R. (2003): “Condicionantes sociales del malestar subjetivo en un entorno de crisis y desempleo masivo”, en *Revista de Psicología de la Universidad Católica Argentina*.

Salvia, A. y Chávez Molina, E. (2002): *Trayectorias laborales masculinas. Estudios diacrónicos de varones beneficiarios del Seguro de Desempleo. Documento de Trabajo, Instituto Gino Germani, FCS-UBA, Buenos Aires.*

Salvia, A. y Saavedra, L. (2001): *Obreras y empleadas en tiempos de desempleo. Cambio en los amarres socio-laborales. Documento de Trabajo, Instituto Gino Germani, FCS-UBA, Buenos Aires.*

Salvia, A.; Boso, R. y Bernstein (2003): *Padecimientos psico-físicos en un contexto de desempleo. Aproximaciones desde una perspectiva de género, Documento de investigación, Departamento de Investigación Institucional, UCA, Buenos Aires.*

Sánchez-Canovas (1998): *Escala de Bienestar Psicológico.* TEA Ediciones, Madrid, España.

Sen, A. (1997): *Desigualdad y Desempleo en la Europa Contemporánea. Revista Internacional del Trabajo, 116, (2) Organización Internacional del Trabajo, Ginebra.*

Vinokur, A. (1989): "El Desempleo". En *Enciclopedia de Salud y Seguridad en el Trabajo.* OIT.

DESEMPLEO: UNA MIRADA CLÍNICA

VICTORIA BARRUTIA

Introducción: los nuevos desempleados

“Una de las más hermosas páginas de la filosofía occidental es la Fenomenología del Espíritu, donde Hegel, hablando de la formación de la conciencia de sí mismo en el conflicto entre el amo y el siervo, atribuye justamente al trabajo la función de formar la conciencia del siervo para hacerle capaz, -y más aún, digno- de derribar su propia condición de esclavo y afirmarse como sujeto libre y como interlocutor de pleno derecho del amo.”

GIANNI VATTIMO

Actualmente, el desempleo es uno de los temas de mayor relevancia a nivel mundial; por lo tanto, los debates sobre esta problemática han tomado una gran intensidad y se encuentran profundamente instalados la sociedad. En los últimos tiempos, un alto porcentaje de la población activa ha perdido su empleo. Afirmación que no aportaría ninguna información nueva si no agregáramos que el desempleo ha alcanzado a sectores que, tradicionalmente, eran considerados con un alto nivel de estabilidad.

Si se recorren las investigaciones referentes a alguna de las formas del desempleo, se puede observar que, hasta no hace muchos años, el objeto de investigación estaba constituido por las clases marginales, obreras o pauperizadas, que, en ese momento, eran las más afectadas por el desempleo o por la precarización del trabajo. Hoy día, la mayor parte de los estudios se destinan también a los nuevos grupos afectados por esta situación. Según cifras del INDEC, la población desempleada se distribuye, fundamentalmente, entre los sectores medio-bajos y medios; sin embargo, los datos también registran que el desempleo es un fenómeno que se extiende hacia otros sectores: “La significación cuantitativa de las tasas de desempleo de los no pobres aumenta cualitativamente si se compara con el cuadro de unos pocos años atrás, cuando era un fenómeno casi desconocido -y mayormente friccional- en esos hogares. Esto explica que el 43% de los que tienen trabajo se declaran muy preocupados por la posibilidad de perderlo, y, que un 32% adicional sienta alguna preocupación por esta eventualidad”¹.

¹ Consejo Empresario Argentino. *Un trabajo para todos. Empleo y Desempleo en la Argentina. El gran desafío*, pág. 131 (1998).

Es precisamente este sector, denominado por algunos autores como “los nuevos pobres” o reconocidos como representantes del fenómeno de la “desestabilización de los estables, que constituye el objeto de esta investigación. En este sector se incluyen profesionales, empleados calificados, comerciantes, hombres y mujeres con nivel socio-cultural y de instrucción medio. La característica definitoria de este grupo no es la pobreza, sino el desamparo (Castel, R.; 1990)².

Nuevos tiempos: sujetos impensables

Antes de continuar desarrollando la exposición, haremos una breve referencia a ciertos cambios en la concepción acerca del empleo. Esta mención es insoslayable, ya que hace al marco en el que se ha desarrollado la investigación y proporciona importantes claves de interpretación.

Desde los tiempos modernos, el trabajo y la familia han sido considerados los dos articuladores sociales por excelencia y, como tales, determinantes de la particular inclusión del sujeto en la trama social. Se constituyen así en los soportes identificatorios privilegiados para el sujeto. Actualmente vemos, con la entrada en la posmodernidad, el debilitamiento de ambos lazos y, por tanto, un movimiento y posterior reacomodación de las relaciones societarias. Esta situación genera un contexto distinto de producción de subjetividad.

Si, como algunos autores señalan, se marcha “de un trabajo sin futuro a un futuro sin trabajo”³, se torna indispensable plantear ciertos interrogantes: ¿cuáles son los efectos de la pérdida del empleo estable en el sujeto? ¿Cuáles son las posibilidades de reacomodación por parte de los sujetos a la nueva lógica del mercado y contratación laboral? ¿Qué efectos está produciendo el desempleo en la producción de subjetividad? ¿Cómo se plasma esta situación en la génesis de nuevos aspectos de “el malestar en la cultura”? ¿Qué nuevos articuladores permitirán la constitución del lazo social en estas nuevas formas societarias? ¿Qué podría sustituir al trabajo como base de la construcción de la personalidad? ¿Qué tipo de sujeto psíquico subyace a estas nuevas lógicas de mercado?

² Cabe recordar que el contexto de este estudio tiene lugar en un momento previo a la crisis política y social del 2001, donde el grupo social descrito se hallaba en un aumento casi vertiginoso. Luego, la crisis económico-política y los despidos generalizados fueron modificando alternativamente el panorama social de la Argentina. De todos modos, los resultados de esta investigación se consideran vigentes, ya que este grupo social sigue siendo aún muy considerable en cifras estadísticas. La proporción de hogares con jefes desempleados ha aumentado sensiblemente.

³ Paz, Juan Gervasio: “Trabajo: dignidad o maldición”, Revista Realidad Económica N° 136, pág.16 (1996).

Si, como se afirmaba anteriormente, el trabajo ha sido a partir de la modernidad el productor privilegiado de lazos sociales, la idea de una sociedad que no se base en el trabajo resulta aún impensable para nosotros.

Estas preguntas permiten pensar la temática del desempleo, en primer término, como un problema estructural que atañe a un momento particular en la historia de los procesos socioeconómicos mundiales y que produce determinados efectos en el área de la subjetividad. En segundo término, los efectos causados por la pérdida de trabajo han sido, en esta investigación, una vía de entrada privilegiada para investigar el lugar del trabajo en los procesos identificatorios⁴ que construyen la identidad de los sujetos; y, en tanto el trabajo es productor de subjetividad, los movimientos y cambios producto del efecto traumático que significa esta pérdida y que obliga al sujeto a nuevas recomposiciones fantasmáticas. Es decir, cambios en su posicionamiento subjetivo. En tercer término, comienza a abrirse otra línea que ubica los lugares del sujeto en el malestar en la cultura y que empieza a prefigurar lo que serán las nuevas lógicas y las particularidades del lazo social, donde el desapego, la flexibilidad y la cooperación superficial (Sennett, 1998) parecen ser los atributos dominantes.

La investigación

El objetivo principal de esta investigación, que se llevó a cabo entre los años 1998/99⁵, consistió en indagar los efectos psíquicos que la pérdida de un empleo genera en un sujeto. Y de este modo abordar esta problemática, que generalmente se estudia en su dimensión social, desde una perspectiva psicológica y clínica. Perspectiva que pretende abonar el trabajo terapéutico al otorgar herramientas conceptuales.

Para la construcción y redacción de los resultados de esta investigación, se empleó la técnica de cotejo: contrastación y reformulación entre los modelos teóricos adoptados como marco de este estudio y las evidencias empíricas que surgieron de las entrevistas.

La característica exploratoria de este trabajo generó un movimiento de contraste en ambos sentidos: desde la formulación de nuevas hipótesis de trabajo, surgidas de los primeros contactos con la empiria, hacia su conceptualización y validación con los modelos teóricos, y nuevamente la confrontación con los hechos para su contrastación.

⁴ Tomo aquí particularmente el modo en que Piera Aulagnier conceptualiza a la identificación, el proceso identificatorio y el proyecto identificatorio.

⁵ Este estudio fue realizado en el contexto de una beca de investigación de UBACyT de categoría Iniciación y de duración anual.

El trabajo no apunta a proveer una descripción de sintomatologías y afecciones ligadas al desempleo, sino a explicar cómo se inscriben estos efectos en los campos de significación de los sujetos.

Nuevos pobres, nuevas realidades

“Aparte de dejar de pagar la cobertura de salud, dejé de lado todo lo que consideraba superfluo, como el cable. Cambié algunos hábitos de consumo, empecé a cocinar más yo, o sea empecé a sacar guita⁶ de donde no la había... la compra de ropa quedó fuera del objetivo, salvo lo estrictamente indispensable, todo lo que uno puede considerar superfluo... la prepaga no era superfluo pero qué sé yo, era un poco jugarse a conseguir un trabajo con obra social...” (Mariano).

El análisis de las entrevistas indica que, a pesar de las pérdidas materiales ocasionadas por la pérdida del empleo, esta población ha podido, aún con serias dificultades, cubrir las necesidades básicas familiares. Esto se debe, en parte, a que en la mayoría de los casos los sujetos eran propietarios y, a pesar de la situación que enfrentaban, pudieron mantener las viviendas, generalmente localizadas en Capital Federal, en barrios pertenecientes a los sectores medio y medio-alto.

Las pérdidas que esta población considera significativas corresponden a un orden de necesidades secundarias, por ejemplo, esparcimiento y bienes de consumo en general. Sin embargo, este fenómeno generalizado de pérdida del poder adquisitivo tiene graves consecuencias tanto a nivel individual como a nivel social.

En nuestro país, fueron históricamente los sectores medios los que absorbían los mayores niveles de consumo, así se generaba un importante movimiento en la economía. El consumo debe ser reconocido como parte integral del sistema social que explica el impulso para trabajar, que forma parte de la necesidad social de relacionarse con otras personas y de disponer de objetos de mediación para conseguirlo (Douglas e Isherwood, 1990). Es esta trama social compleja, que implica el trabajo como articulador clave, la que comienza de resquebrajarse.

Gastar sin placer: pérdida forzada del consumo

“Chau vacaciones, ropa, zapatillas de marca, comilonas, cumpleaños, hay que tratar de no gastar mucho en comida. Antes en casa por ahí sobraban tres milanetas y se tiraban. Ahora se guarda media milanesa” (César).

⁶Expresión del lunfardo que alude al dinero.

El énfasis con que los sujetos refieren la imposibilidad de realizar cualquier gasto extra que no esté específicamente relacionado con la necesidad, sino con el placer jalona las entrevistas. En todos los casos, se nota un gran esfuerzo por sostener el lugar social conseguido, un ejemplo es la necesidad de conservar la casa y el barrio.

Este esfuerzo por intentar mantener el nivel de vida está asociado, por un lado, a no perder la pertenencia social y de clase, como lugar de referencia identificatoria que otorga seguridad y estabilidad al sujeto y, por otro, al temor a quedarse sin la red social de contención que implica la pertenencia a un grupo. Este temor está presente tanto en el sujeto, como en su familia. La sensación dominante es que si se “sale” del grupo, se encuentra el vacío, la caída social, la soledad y el desamparo. No hay que olvidar que la esperanza de conseguir un nuevo trabajo y del poder pasar la crisis económica está muy ligada al apoyo que pueda dar el entorno. Y este entorno para los entrevistados está estrechamente vinculado al barrio, al colegio de los hijos, al club, al grupo de amigos y a los espacios sociales compartidos.

“La nena de trece cambió de colegio, ahora va a uno estatal. El nene sigue en el privado porque le dieron media beca, igual estoy atrasado pero no se quiere cambiar” (César).

“... no podía disponer de la misma forma, en realidad, si me hablaban de encontrarnos en algún lugar para comer algo yo decía no, puedo tomar un café y nada más, y eso, digamos que ahora no me afecta, hace un tiempo que no me afecta, pero en ese momento me afectaba mucho, me sentía como limitada...” (Helena).

El valor de las pérdidas

Las entrevistas muestran que determinadas pérdidas tienen un alto contenido significativo desde el punto de vista subjetivo y que los sujetos, en muchos casos, equiparan beneficios de índole muy diferente. El intento desesperado por no resignar ciertos baluartes de la clase media se ve claramente en los esfuerzos que realizan estas familias por no abandonar, por ejemplo, la medicina privada y el acceso a la vestimenta deseada.

La medicina privada

“El tema me está preocupando, yo muchas veces he dicho en casa, pero escuchame, vamos al hospital y listo... porque para estar pagando esto que nos cuesta tanto sacrificio, que tenemos que dejar de... y a veces no lo usamos, yo soy una persona que no voy nunca al médico. Yo seguí pagándole a la bancaria. Y bueno, pero ahora ya este mes con el asunto del IVA, que aumentó al 21%, se nos fue el aporte, que antes como adherente era de 100, a 130 para todo el grupo

familiar, que comparado con cualquier otra es la mitad, pero de todos modos para nosotros es mucho porque nos atrasamos sistemáticamente, y no sabemos qué hacer ahora que aumentó tanto...” (Jorge).

La resignación de este servicio trae aparejado un importante monto de angustia que pareciera estar asociado a sentimientos de desprotección y abandono más que a una desconfianza respecto de la salud pública.

La ropa

J: “Lo que yo lamento, por ejemplo, es no tener la presencia o las posibilidades económicas que me permiten vestir como vestía antes, peinarme como me peinaba antes, o vivir como vivía antes, pero eso tiene una respuesta, pesos, nada más, pero nada más es superficial...”

Entrevistadora: Pero, o sea, su forma de ser no cambió. Digamos...

J: “Claro, claro, mi hija me dice: ‘Yo no te puedo ver siempre con...’ pero yo no tengo otro saco, antes sí todos los días estaba con un traje distinto, pero, bueno y eso qué tiene que ver, yo soy el mismo...” (Jorge).

Algunos entrevistados manifiestan grandes dificultades a la hora de reponer tanto bienes de uso cotidiano como indumentaria personal o elementos del hogar. Sin embargo, la mayoría de los entrevistados remarca el tema de la ropa y el aspecto personal. Los hombres hacen referencia al uso del traje y las mujeres a la presencia, y su importancia tanto por ellas mismas, como la importancia del aspecto en relación con la búsqueda de empleo. Es muy gráfico en este sentido el recorte presentado en el que un entrevistado, al preguntársele en distintos momentos de la entrevista por cambios en su estado anímico, en su personalidad o, más en particular, posibles afecciones psíquicas o trastornos somáticos se refería sistemáticamente a la indumentaria.

Es lícito conjeturar que el valor que los entrevistados atribuyen al vestir, y el significado de esta pérdida está ligada a la importancia de la imagen como imagen exterior e imagen de sí, y su consecuente deterioro a partir de la pérdida del empleo.

Ser desempleado o estar sin trabajo

Los sujetos entrevistados señalan un momento particular en el que empiezan a denominarse o considerarse a sí mismos desempleados. Este momento en el que se asume una cierta identidad de pertenencia social a la “clase de los desempleados” no coincide, en ninguno de los casos trabajados, con el momento de la pérdida efectiva del empleo ni con el cobro del seguro de desempleo.

La mayoría de los autores coincide en la existencia de momentos diferenciados en el “estar desempleado”, aun en los mismos individuos se van produciendo efectos distintos a lo largo del tiempo. Sus respuestas varían porque su modo de posicionarse y enfrentar esta situación también varía.

No tener trabajo, estar por fuera, ser carente, estar caído, ser un desempleado son algunos de los distintos modos de nombrar esta problemática. Sin embargo, la equivalencia semántica entre estos epítetos es simplemente referencial, ya que tiene un valor de significado agregado que revela posiciones de diversa índole: ser y estar parecen ofrecer alternativas diferentes.

El “ser desempleado” estigmatiza al sujeto, pero a su vez, le otorga cierta consistencia imaginaria y un lugar en la trama social, en la que la desocupación como problema colectivo amortiza la creencia de la exclusión individual. Uno de los entrevistados, por ejemplo, sostiene que, como se trata de un problema generalizado, se toma el problema en solfa, o filosóficamente, o uno se resigna. Esta posición “calma” al sujeto y le permite cierta recomposición fantasmática luego del impacto y la desestructuración que generó la pérdida. Aunque, si persiste como “lugar” de anclaje identitario, fija al sujeto a una situación que se “naturaliza” y se esencializa.

El “estar desempleado” parece brindar la posibilidad de una cierta recomposición o estabílización simbólica, ligada a un “estado” que, por definición, es reversible, transitorio.

Las intervenciones terapéuticas, en estos momentos del proceso, deben hacer jugar estas posiciones alternantes entre responsabilidad individual y responsabilidad social⁷, permitiendo cierto alivio al sujeto pero interviniendo a la vez en la posibilidad de pasaje del ser al estar.

Por otro lado, el cruce entre las variables: “movimientos y cambios en las vivencias del estar desempleado”, “estrategias en la búsqueda de trabajo”⁸ y “Trayectoria

⁷ Existe una fuerte polémica entre corrientes como la americana -que plantea el concepto de “desempleo voluntario”, describiéndolo como un fenómeno de responsabilidad estrictamente individual- y corrientes sociologistas, que plantean que el desempleado es víctima de fuerzas políticas, sociales y/o económicas que escapan a su control, por lo cual no es responsable de su situación.

⁸ “Estrategias en la búsqueda de trabajo: esta variable refiere al modo en que el sujeto busca empleo. Se intenta establecer no sólo si el sujeto busca empleo o no, sino también cómo busca y si esta modalidad ha variado en el transcurso del tiempo. Esta información nos indica también cierta actitud del desempleado en el modo de procesar su situación. Se considera relevante el momento en que comenzó a buscar un nuevo trabajo, si fue inmediatamente después de perder su trabajo anterior, si el tiempo que transcurrió fue breve o prolongado, o si nunca intentó. Resulta pertinente el momento que dejó de buscar empleo y los motivos por los que este hecho se produjo (si cree que la edad es un impedimento por ejemplo o el nivel de instrucción, si cree que de todos modos no conseguirá, está desesperanzado, etc.”.

laboral”⁹ generaron información relevante que indicaba un grado de asociación interesante entre las mismas. Esta asociación develaba que el modo en que un sujeto construía su modalidad de posicionarse en el trabajo, la manera en que vivía la experiencia de pérdida y la posibilidad de salida de la situación estaban intrínsecamente vinculadas. Así, este cruce de información permitió evaluar cierto posicionamiento subjetivo de los entrevistados que abonó en la construcción de “tipologías” o “perfiles” de desempleados.

No todo trabajo es trabajo

“Sí, sí, en el año, yo creo que en el 96, 96 fue un año muy duro, estuve ocupada pero no con cosas que me dieran dinero, ocupada por ejemplo, armé un centro de arbitraje y mediación para la Asociación de Dirigentes de Empresas, tuve un grupo de abogados mediadores y psicólogos (...) y después alguna que otra mediación, empecé a hacer mediaciones, pero muy lentamente, y eso en realidad me daba muy poco dinero, era prácticamente mínima la entrada que tenía económica, prácticamente era casi incontable” (María).

“Sí, sí, esa fue la última empresa en la que pude trabajar, como trabajo efectivo con aporte jubilatorio, después la empresa se fundió, de ahí en más fui haciendo lo que viniese, lo que saliese... changas” (Omar).

Para esta población, la desocupación total no existe, o se produce en períodos muy breves. En el momento de las entrevistas, todos los sujetos manifestaron “estar haciendo algo”. Hay una búsqueda permanente de pequeñas ocupaciones o trabajos temporarios precarios (que están siempre por debajo de la calificación para la que la persona se ha preparado). Sin embargo, la totalidad de los entrevistados no consideraba la actividad que estaban desarrollando como trabajo. Todo empleo que no establezca una relación de dependencia y “en blanco” no es considerado trabajo, sino “changa”¹⁰.

Este aspecto que se remarca aquí guarda relación con la dificultad de encontrar un nuevo trabajo. Como se desarrollará en el apartado siguiente, en el contexto actual, el mercado laboral exige otro tipo de concepción de las nociones de trabajo y empleo, por lo tanto, del modo de búsqueda y logro del desarrollo laboral.

⁹“Trayectoria laboral”: esta variable fue dimensionada de manera compleja y evaluaba los distintos tipos de empleo que el sujeto había tenido, el tiempo en cada uno de ellos y el motivo de cese, la jerarquía obtenida, su valoración, las movimientos de cambio ejercidos y la relación entre el tipo de trabajo y los atributos personales.

¹⁰Ocupación esporádica.

Resignación del modelo de empleo público

“Cuando yo terminé [la escuela secundaria] era terminar y trabajar, y había trabajo, salías de un trabajo y conseguías, tenías una idea más o menos, yo me acuerdo que iba buscar trabajo y recortaba en el diario XX, no en un diario especial, y recortaba 5 o 6 entrevistas para ir en la semana (...) y los iba viendo (...) hacía 10 12 entrevistas por semana, así que al cabo de 15 días me llamaban de dos o tres lugares, una cosa inaudita, y uno después tenía que elegir (...) y aparte del trabajo, si uno tenía medio día libre, tenía una hora extra, así que el trabajo era abundante, era forma de ganar la plata, bueno, eso es lo que uno extraña, te cortan todo eso y te quedás ahí...” (Rafael).

La pérdida de la estabilidad, del trabajo estable como “algo natural”, de la seguridad que conlleva, es imposible de representar. En un primer momento, el sujeto no está preparado para asumir la realidad de una estructura laboral distinta a la acostumbrada. El modelo de lo que los sujetos consideran trabajar no existe cuando se confronta con la realidad, y no han podido aún construir una nueva representación. El contexto social significativo ha variado, y han variado las reglas contractuales del juego y sus códigos.

El sujeto en situación de desempleo se encuentra frente a la imposibilidad de recuperar aquello que perdió y es, en este sentido, que algunos autores comparan esta experiencia a la del duelo. Esta pérdida es irreducible en ambas direcciones: por un lado, porque el trabajo (con la “carga identitaria que conllevaba) es en sí mismo irrecuperable y, por otro, porque es también el contexto mismo y sus modelos de contractualidad laboral los que se encuentran en un proceso de cambio en la actualidad. El ser humano, los “tipos subjetivos,” varían en su constitución junto con las variaciones del tipo de relaciones sociales en las que el sujeto se socializa.

Si el contexto social es pensado como productor de subjetividad, puede verse un claro desfase entre aquello que los entrevistados consideran trabajo, el modo en que emprenden la búsqueda y el tipo de relación contractual que intentan generar¹¹.

¹¹ Un interesante ejemplo que ilustra estas afirmaciones es la experiencia organizada por un Centro de Gestión y Participación de la Ciudad de Buenos Aires (que permitió acceso al grupo para la toma de entrevistas). Este programa presentaba una alternativa innovadora respecto del cobro directo de un seguro de desempleo. La propuesta consistía en brindar capacitación y prácticas de terreno, de modo que los sujetos generaran grupalmente espacios de trabajo a partir de algunas sugerencias de los coordinadores, pero sobre todo, a partir de ideas propias. Este plan piloto como abordaje innovador de la problemática del desempleo estaba pensado y efectivizado con una alta calidad de trabajo por parte del coordinador. Los primeros resultados, sin embargo, no fueron satisfactorios. Más que un escalón para generar un trabajo, //

Impacto psíquico y efectos en el área de la subjetividad

Estado del arte. Antecedentes de la investigación

Al abordar los efectos psíquicos producto de la pérdida del empleo en el área de la subjetividad, se encuentra en la bibliografía existente dos modalidades muy distintas de hacerlo. La modalidad más frecuente de delimitar este objeto de estudio es la descripción sintomática de los efectos que produce la pérdida del trabajo y sus consecuentes derivaciones, a partir de una correlación lineal entre la pérdida y una determinada manifestación sintomática o patología¹². Estas investigaciones arrojan resultados tales como el 80% de los desempleados sufren de depresión o el 70% sufren trastornos del sueño o alcoholismo. Pero nos preguntamos aquí:

¿Qué tipo de información aportan estas investigaciones? ¿Qué efectos trae aparejado el desempleo? ¿Cómo se ordena, clasifica esta información? ¿Qué líneas de trabajo abre? ¿Cuál es su potencia explicativa?

A pesar de la pertinencia y los aportes de nivel descriptivo y epidemiológico de estos estudios, los mismos no generan hipótesis explicativas acerca del mecanismo subjetivo en que se sostienen dichos efectos ni las variables a las que se encuentran asociados. Es decir, las condiciones en que la pérdida de trabajo produce los efectos descriptos.

Una segunda modalidad aparece representada por el Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales¹³. Es este un intento de ligar los síntomas que encuentran en la población sin trabajo bajo una categoría de mayor nivel explicativo.

La descripción de síntomas que se realiza aquí es exhaustiva y ha servido como guía para pesquisar algunas de las manifestaciones sintomáticas a contemplar. Sin embargo,

///el grupo generó una relación de dependencia con el centro, y establecieron una relación similar a la relación laboral que hubieran tenido si hubieran sido empleados del Centro. Incluso, en una oportunidad se organizaron para realizar un “paro” frente al atraso en un pago, pero no pudieron generar proyectos que prosperaran ni apoyarse en esta nueva red de vínculos para producir proyectos.

¹² M. Fagin por un lado y P. Crepet y F. Florenzano por otro, estudian la relación entre suicidio y pérdida de trabajo; Bunday Vidal hace lo propio con la depresión; J. S. Sepúlveda con los cambios en hábitos y costumbres y con los trastornos somáticos; y M. Jahoda con los trastornos psiquiátricos.

¹³ El DSM-IV incluye al desempleo dentro del eje IV, es decir, el correspondiente a los problemas psicosociales y ambientales que pueden afectar el diagnóstico, tratamiento y pronóstico de los trastornos mentales (Ejes I y II). Son problemas relacionados con el contexto que pueden desempeñar un papel importante en el inicio o en la exacerbación de un trastorno mental. Como contrapartida de la anterior pueden también, en la dirección opuesta, no ser causa sino consecuencia de la psicopatología. Se considera al desempleo como desencadenante del Trastorno por Estrés Postraumático.

es clara la inespecificidad que plantea este síndrome para pensar el fenómeno del desempleo. Como contrapartida de lo mismo, las investigaciones nombradas anteriormente, con su visión parcial, tampoco aportan especificidad debido al particular recorte que hacen del objeto de estudio.

Al hablar de especificidad no se está planteando de ninguna manera que existan síntomas, afecciones o trastornos como modalidades de padecimiento exclusivas de la situación de desempleo. Christophe Dejours señala que, contrariamente a lo que se podría esperar, la explotación del sufrimiento por la organización del trabajo no fabrica enfermedades mentales específicas. Las psicosis de trabajo no existen como así tampoco las neurosis de trabajo. En coherencia con sus estudios, lo encontrado en esta investigación confirma que tampoco existen patologías propias del desempleo.

A partir de poner en cuestión los discursos y posiciones existentes en este campo, y, en la vía de refinar las respuestas al problema, se abre la hipótesis traumática como una línea heurística. Ésta permite no sólo trabajar sobre en la línea descriptiva del efecto sintomático del desempleo, sino también una línea explicativa subyacente.

El objetivo de este estudio consistió en poder determinar las condiciones en que este hecho de la realidad se hace presente como traumático, específicamente cuáles son las condiciones de posibilidad, las variables que intervienen para que el desempleo produzca el efecto mencionado, donde el sujeto queda reducido a manifestaciones de orden sintomáticas u otras manifestaciones y alteraciones psíquicas sin posibilidad de otro tipo de respuesta. Se trabajó también, como se enunció anteriormente, en la construcción de perfiles respecto al modo de padecimiento subjetivo en los desempleados.

Cuando la pérdida del empleo desestabiliza al sujeto

“X (nombre de la empresa) fue mi vida... porque yo toda mi carrera laboral la hice ahí... empecé desde abajo (...) yo me acuerdo de que cuando recién entré a trabajar, la consigna era ponerse la camiseta de la empresa (...) te ensalzaba tanto que vos eras el que estaba sosteniendo la empresa (...) hoy la empresa no tiene identidad, no tiene identidad, no le importa... todo eso se perdió, se perdió totalmente, ahora la gente no tiene identidad, lo que tiene es temor y bueno, agacha la cabeza a cualquier cosa” Mujer, 45 años.

Uno de los ejes centrales para la evaluación de los efectos de la pérdida de empleo en el psiquismo es el modo en que la subjetividad está comprometida en el trabajo, en cada individuo singular. Cuándo el trabajo es para él una mera práctica y cuándo está comprometido en ésta “algo de su ser”.

En el recorte presentado se observa una indiferenciación tal entre el uno (sujeto) y el otro (trabajo), que si la empresa no tiene identidad la gente tampoco la tiene. No es extraño encontrar que la pérdida del trabajo desestabilice en estos casos.

Si el trabajo ocupa este lugar, en el que la identidad se apuntala, es de esperar que el desempleo produzca un movimiento desequilibrante en el aparato psíquico del sujeto.

“Ninguna otra técnica de conducción de la vida liga al individuo tan firmemente a la realidad como la insistencia en el trabajo, que al menos lo inserta en forma segura en un fragmento de la realidad, a saber la comunidad humana (...) La realización satisfactoria de trabajo satisfactorio es sustancial para el desarrollo y estructuración del psiquismo”¹⁴.

Se producen entonces tres privaciones: medios de subsistencia, ocupación y privación del lazo social.

El compromiso puesto en el trabajo, el modo en que el “ser” del sujeto se halla comprometido en él, puede expresarse de distinta manera: en tanto identidad profesional, por el status que otorga o por el dinero que genera, por ejemplo. También puede pesquisarse la existencia de ciertas diferencias entre el hecho de estar identificado con un empleo como base simbólica referencial (lugar de este empleo, o tipo de empleo particular, implicación en el trabajo) y la identificación a una profesión, identidad que puede perdurar aun frente a la pérdida del empleo, aunque no necesariamente (“ser” arquitecto, médico, abogado).

En la muestra con la que se trabajó, encontramos un compromiso tan intenso con el lugar de empleo -Clarín, Austral, Banco Nación, etc.- que la pérdida del puesto generó cuestionamientos en la identidad profesional o en las capacidades laborales. Una entrevistada señaló que le molestaba ser abogada; otros, que lo aprendido no tenía ningún valor como experiencia fuera de la empresa. Hubo un único caso en el que lo que arraigaba al sujeto al trabajo estaba dado por lo económico y el lugar social o status que esto le permitía.

“... en realidad nos acostumbramos mal, porque antes, desde que era jovencito, yo trabajaba en YY y fui subiendo, subiendo y subiendo y empecé a ganar un montón de plata. En realidad, toda la familia trabajaba ahí. Ahí conocí a mi señora, pero cuando quedo, embarazada dejó de trabajar, y le gustó (...) La verdad es que nunca me preocupé demasiado porque no me faltó nunca nada. Mi viejo era sindicalista

¹⁴Schlemenson, Aldo. “Hombres no trabajando. La crisis a escala humana”. *Revista Encrucijadas*. UBA, pág. 73, Dic. 2000.

y estábamos bien. Pero uno no sabe cuidarlo (...) cuando me pongo a hablar en serio, me dan ganas de volver para atrás y ser previsor (...) Era un señor, me traían café, tenía secretaria y todo, era jefe pero si te digo que fue por mérito propio es mentira. Tenía un tío político que nos hizo entrar a todos ahí. Y me fui acomodando. En realidad cada vez hacía menos, mandaba hacer. Pero YY es uno de esos lugares donde aprendés ciertos trabajos que después no te sirven para nada...” (Pedro).

Los vínculos

“... Pero te digo que lo importante de eso era la camaradería que se vivía, que vos lo sentías... el tipo estaba haciendo sus negocios, pero vos no lo sentías” (Susana).

Otro aspecto a tomar en cuenta es el lugar de sostén identificadorio que ocupa el trabajo, como productor de subjetividad, por los lazos sociales que crea. “... La privación socioeconómica veremos que no sólo implica un fuerte impacto en las conductas individuales, sino también vulnera los lazos de continencia que los individuos tienen en la sociedad a través del trabajo. La pérdida de esta contención social conduce a la desestructuración de los límites y conlleva la aparición de importantes montos de ansiedad”¹⁵.

La mayoría de los entrevistados relata el dolor por la pérdida de vínculos sociales estimulantes y de sostén, y la dificultad de contacto actual.

Los vínculos laborales implican un reconocimiento por parte de los otros. Este vínculo será dador de identidad, ya que inserta al sujeto un una trama simbólica significativa que otorga cierta categorización social. La pérdida de este lugar social, en el que el sujeto se reconoce, tiene una eficacia desestructurante ya que implica la pérdida de un anclaje identificadorio. Este es el motivo por el que, tanto la inclusión en instituciones sociales como en grupos terapéuticos, habitualmente permite cierta recomposición identitaria.

El sujeto avasallado

“Yo sentía que se me venía todo abajo, mi casa, el alquiler, recibirme y básicamente lo que empecé a tener al poco tiempo fueron ataques de pánico. Me medicaron, tenía tembladera de piernas, no podía dormir, diarreas, ataque de

¹⁵ Bialakowsky, A. y Rosendo, E.: “Salud Mental y Flexibilización Laboral. Una perspectiva antropológica”. *Revista Argentina de Psiquiatría Vertex*, (1987), pág. 12.

angustia, llanto, fobia de no poder salir a la calle, impotencia sexual, miedo, estaba paralizado”, Martín, 35 años.

“Por primera vez me desperté un día en la cama sobresaltado, sobresaltado, loco, digamos. Mi señora no quería que supiera nadie, tenía que quedarse ahí conmigo y lo único que me aliviaba era caminar, caminar y tenía una cosa acá (en el pecho) que era impresionante, es algo, mirá, que no se puede explicar, es una angustia, es una cosa acá que no se va tan fácilmente y eso se me iba cada tanto, y me vino 3, 4 veces y me vino unos cuantos días, tomaba Alplax... yo necesitaba caminar, tenía una angustia terrible, una cosa acá que no te lo digo, si vos con esto durás 10 días, podés llegar a suicidarte...”, Ricardo, 52 años.

Como muestran las entrevistas, para esta población y en este contexto, la pérdida del empleo reviste una intensidad tal que deja al sujeto avasallado y sin posibilidad de respuesta.

Nos preguntamos entonces, ¿perder el trabajo puede constituir un trauma psíquico?

El desempleo, en su vertiente traumática, produce un efecto masivo de arrasamiento de la barrera de protección antiestímulo, que impide que el aparato psíquico pueda ligar la experiencia. El “yo” no puede realizar el trabajo de ligadura, se queda “sin palabras” en tanto función simbólica protectora que transforme ese *quantum* de energía traumática en energía ligada.

Una de las sensaciones más frecuentes descriptas por los sujetos es la falta de respuesta con la que se encuentran. Se produce una ruptura en la base de sostén, en el sujeto que es sostén (sostén de familia): aquel que tiene la función de textualizar el futuro. Esta situación lo deja “impotente” frente al mundo y frente a los otros.

Algunos autores, como G. Ferchstut (2000), conciben a la experiencia del desempleo como un duelo en la que la pérdida del trabajo produce una desorganización de la capacidad de encontrar sentido a la experiencia, y el duelo representa la lucha por recuperar este sentido.

A partir de este corte abrupto, con los cambios que conlleva, es necesario un momento posterior de significación de lo sucedido, para luego, si es posible para el sujeto, poder realizar los trabajos de desinversiones e inversiones libidinales propios del trabajo de duelo (Freud, 1917). La hipótesis del duelo es coherente con la hipótesis traumática ya que se trata, en términos psicoanalíticos, de procesos de ligadura y desligadura que debe realizar el aparato psíquico luego de la pérdida.

Los recortes empíricos son representativos de esta “sensación de quiebre y caída” y hacen alusión a este primer momento de choque que representa el trauma y que deja al sujeto “sin palabras”, sin poder “ligar” lo sucedido. Ilustran la ruptura de redes identificatorias de sostén y los efectos de la misma.

El lugar perdido

“Perdí tantas cosas, perdí tantas cosas en la vida que últimamente no pierdo más nada (...) te cambia, por más que no quisiera... generalmente sentirte mal ante tus hijos que vengan, te ayuden. Que vos estés en tu casa como un parásito, prácticamente es difícil estar, no poder darles algo y estar en tu casa. No trabajar y hacer prácticamente changas es como que estás mucho tiempo fuera de tu casa pero no traés lo que tenés que traer para vivir, viste. Fijate el carácter, yo tengo una forma de ser que trato de no echarle tanto la culpa a los otros, pero te cambia el carácter, tenés más discusiones con tu pareja, tenés más problemas de sexo con tu pareja...” (Hombre, 49).

“Me ponía triste, me angustiaba, pero físico no, mental sí, lo físico no llegó a repercutirme, pero a veces me sentía mal porque veía que no podía poner los límites dentro de mi casa, como que a veces le daba cosas a ellos y después me veía que yo no tenía ningún lugarcito de mi momento, no tenía un momento, o sea me costaba encontrar mi lugar, mi momento de mi día, quizá el trabajo era eso para mí...” (Mujer, 45 años). Esta entrevistada refiere que incluso sentía que molestaba en la cocina al marido, ocupando el lugar.

“Yo antes de esto me veía como una persona... pensaba que podía todo (Mujer, 42 años).

Las imágenes o descripciones aportadas por los actores mismos describen la pérdida de un lugar: lugar social, de “padre”, de autoridad, del “ser”, de “ser persona”. Una entrevistada refiere que antes de perder el trabajo se veía a sí misma como una persona lo que evidentemente devela que sin trabajo pierde esta condición. Ser alguien, tener identidad, un nombre, un lugar en el que la palabra propia tenga valor, son algunos de los modos en que los sujetos nombran esta pérdida.

Caída de la imagen

“Fue terrible. Te sentís muy mal. Sentís que no servís para nada, que no sabés nada, tenés que saber de todo” (César).

“Antes me llevaba el mundo por delante (...) era el rey, siempre invitaba yo. Ahora soy un negro de mierda. Antes me llevaba el mundo por delante y de a

poquito te van aplastando...” (Alberto).

“El tener una ocupación, el tener algo que hacer, sentirme que no me valía por mí misma, empezaba a cuestionarme toda mi vida, digamos flagelándome, diciéndome que en realidad siempre había dependido de algo o de alguien y en mi vida eso... eso puedo pensar ahora que fue cierto o no, por ahí en unos momentos sí y en otros no, en esa temporada veía todo mal, me molestaba por momentos ser abogada pero no sabía que otra cosa podía ser...” Mujer, 57 años.

La mayoría de los autores señalan la pérdida de trabajo como un cambio brusco en la vida de un individuo -y de su entorno-, que trae una crisis en su autoestima y en su sentimiento de identidad.

La pregunta sería cómo y por qué se produce esta caída de la estima de sí que el sujeto posee y qué significaciones pueden atribuírsele. Seguir siendo uno mismo, conservar la mismidad a través de las circunstancias forma la base del sentido de la identidad, es responsable por la integración del yo e indirectamente mide la fuerza del yo (Ferchstut, 2000).

Esta es una de las grandes pérdidas que produce el desempleo, ya que el sujeto no se reconoce a sí mismo en el tiempo, se produce tanto un borramiento de su historia (personal y laboral) como de la posibilidad de pensarse a sí mismo en el futuro, fundamentalmente porque no se reconoce tampoco en el presente. Una parte del sí mismo se ha perdido con la pérdida del trabajo.

La autoestima, pensada de esta manera y no simplemente como valoración del sujeto de sí mismo, depende de la posibilidad de reconocer al yo actual, aquellas potencialidades que cumplen o cumplirán las exigencias del ideal. La satisfacción de la libido de objeto, el amor correspondido incrementa la autoestima, no así el desdichado. (Hornstein, L.; 1996).

“Creo que me daba vergüenza mostrar lo que yo necesitaba y en qué condiciones estaba, era como que intentaba a toda costa mantener una imagen de que si bien no tenía trabajo y tenía muy poco dinero, yo podía, de alguna forma iba a salir. Me lo decía a mí misma y podía mantener una imagen, de qué sé yo, de prolijita, de pulcra como siempre, como toda la vida, en esa línea me parece que estaba la cosa” (Helena).

“Salía a la calle todos los días a la mañana a la misma hora, me vestía como para ir a trabajar, daba vueltas, me daba vergüenza quedarme en casa, mis hijos, los vecinos” (Verónica).

Sentimientos de desamparo, inseguridad e incertidumbre por el futuro en general:

“Ahora siento que todo el mundo te lleva por delante... me siento menos independiente, más limitada” (Susana).

“Tengo sentimientos de desesperanza, tristeza y desamparo (...) hubo un cambio anímico mío y de toda mi familia, vivimos peleando” (Verónica).

“Uno se queda sin jubilación, sin obra social, se queda en medio de la calle en una edad en que no te puedes jubilar y no te dejan trabajar” (Pamela).

Depresión y estados depresivos:

“Tuve una época en que ya me parecía que todo era inútil, entonces no me podía despegar de la cama, estuve varios meses así, diciéndome a mí mismo, tengo que salir, buscar formas de encauzarme, de poder salir de la depresión” (Mariano).

“Me había dado una depresión, no tenía ganas de levantarme de la cama, 15 o 20 días duró. No tenía ganas de levantarme de la cama (...) lo mío fue una depresión disimulada que todavía no pasa. Me cuesta hablar” (Susana).

“Hubo una época en la que me quedaba en la cama, le decía a mi señora: vos dejame que estoy pensando, y por ahí pasaba días y días y no quería salir de casa” (Rafael).

La depresión se presenta, en los entrevistados, como estado anímico más o menos pronunciado o, en algunos casos, como cuadro clínico diagnosticado e incluso medicado. Se trata en su generalidad de depresiones ansiosas. Los entrevistados describen sus dos caras: quedarse en la cama y salir a caminar compulsivamente. Se pasa del estado depresivo a la necesidad de descarga.

“Muy acelerada al principio (...) luego tuve un estado de depresión de 20 a 30 días. Intentaba no encontrarme con nadie” (Verónica).

“Yo a veces tendía a quedarme ratos largos en la cama, días enteros sin levantarme, no me pasó, pero sí ratos largos en la cama mirando el techo, pensando aparentemente en todo y no pensando en nada, como con la mente en blanco y como con las mismas cosas dando vueltas. También, a veces, lo que hacía era en realidad lo opuesto, salir sin ningún sentido de ir a ningún lugar. Salir, salir, salir, caminar, caminar, caminar rápido como si fuera a algo importante, algo con horario, pero no había nada. Estaba como pasada de vueltas de necesitar moverme, el tema era moverme físicamente pero no ir a ningún lugar ni hacer

nada determinado, ese tipo de reacciones las tuve durante bastante tiempo” (Helena).

“Me deprimó a veces, estoy ansioso” (César).

Otros pares contrapuestos:

“Más comprensiva, más bajoneada¹⁶ que antes, más retraída” (Susana).

“Estoy más dura, más fría pero también más vulnerable, uno se mortifica y piensa que molesta, trato de no tocar el tema con una amiga para no cansar...” (Mariana).

“Antes tenía más optimismo, era quizás más alegre, un poco introvertida” (Pamela).

“El estar desocupada significa que tenés más tiempo y tenés por lo tanto mayores posibilidades de observar cosas y sacar conclusiones, yo me siento como si mi personalidad cambió, estoy más comprensiva incluso con la gente”.

En otro momento de la entrevista: “siento inhibición ante la gente, me cuesta darme con la gente” (Susana).

“Yo me noto menos acelerada, más cuidadosa y creo que comprendo mucho más a la gente. Mi personalidad cambió... estoy mucho más sensible con todo, mucho más propensa a acusar cualquier cambio, cualquier palabra, cualquier gesto” (Susana).

Utilización de psicofármacos

La referencia a la utilización de psicofármacos es muy frecuente en las entrevistas (solo dos entrevistados manifestaron no haber tomado). Estos comenzaron a utilizarse luego de una gran crisis de angustia, o diagnóstico de ataque de pánico, como en el testimonio de Martín antes mencionado. También son utilizados por trastornos en el dormir, síntoma que, junto con el de tensión muscular y contracturas, se encontró sin exclusión en la totalidad de la población. El tercer motivo de ingesta de medicación está referido a situaciones o etapas en el estado de desempleo en las que se vivenció un monto elevado de ansiedad. El único tipo de medicación que se refiere haber ingerido es ansiolíticos.

Desempleo y cuerpo: ¿qué trastornos somáticos trae aparejada la pérdida del empleo?

“... Me agarré un asma, tuve que dejar de fumar. Antes también, pero ahora cada vez más seguido, fui al médico y estoy con remedios. Ahora no fumo... me agarra

¹⁶Deprimida.

cada ataque (...) Me sobra panza, no me puedo ni mover. Engordé muchísimo en el último tiempo, me hace doler la cintura, lumbago (...) El médico me dijo que es nervioso, me da taquicardia y se me acelera el corazón, son nervios... de golpe estoy lo más bien y de pronto es como que falta el aire” (César).

“Me afectaba la mente y me afectaba corporalmente, corporalmente tenía muchos problemas de dolores musculares, mucha tensión en el cuello, en la espalda, me dolía muchísimo el brazo, este brazo, izquierdo, había hecho yo un pequeño esfuerzo y sin embargo parecía como que me hubiese pasado un camión por encima, que era impresionante el dolor en todo el brazo, y bueno, estaba muy desanimada y fundamentalmente lo que me pasaba era que no veía ningún camino, eso es lo que me pasaba, tuve problemas en los ovarios, tenía problemas en el aparato digestivo, tenía problemas en la dentadura, no se me iban los resfríos, me agarraban gripes con fiebre que eso normalmente a mí no me pasa, tenía muchos frentes, de desastres, digamos, frentes de batalla, me costaba hablar de estos temas con mis amigas, yo tengo muy buenas amigas...” (Carmen).

Respecto de las condiciones somáticas de los entrevistados, parece interesante señalar, a modo descriptivo y retomando la parcialidad explicativa de estos datos a la que se aludió anteriormente, que se han encontrado marcadas recurrencias. Los trastornos del dormir, por ejemplo, aparecen en todas las entrevistas sin excepción. También los trastornos en la alimentación (suba y baja pronunciada del peso) y los trastornos gastrointestinales son muy frecuentes. Se observa una marcada pronunciación de los trastornos físicos ya presentes en los sujetos antes de la pérdida del empleo, pero en un grado leve. También aparecen trastornos cardíacos (taquicardia, arritmia), contracturas por estados nerviosos, tensión y dolores musculares en general, y problemas respiratorios. Los trastornos corporales se presentaban en los momentos de mayor crisis afectiva, y en general en los momentos de “encierro”. Los síntomas parecen atenuarse en los momentos de inclusión en grupos terapéuticos o de mayor “contacto” con el exterior.

Nunca se está preparado

“A mí no me va a tocar (...) No me negaba la realidad pero tampoco me di cuenta de qué me estaba pasando” (Verónica).

“... imprevisto para mí, cuando uno trata de negar la realidad... el ambiente comenzó a ponerse raro (...) fue para mí de improviso, porque a lo mejor yo quería negarme la realidad. En realidad lo veía en otras personas (el hecho de que iban a perder el empleo), veía lo que estaba sucediendo, y lo que le sucedía sobre todo a las personas de mayor antigüedad. Porque esa era la política,

terrible, para mí fue espantoso...” (Susana).

“... me redujeron el horario a la mitad. Yo pedía precisiones sobre lo que iba a pasar, si me iban a echar. No me daban ningún tipo de precisión. A mí eso fue lo que me puso muy loco... eso se mantuvo durante tres meses. A fines del 96 me dicen: ‘no vengas más’” (Matías).

“Descubrimos así que el apronte angustiado, con su sobreinversión de los sistemas recipientes, constituye la última trinchera de la protección antiestímulo. En toda una serie de traumas, el factor decisivo para el desenlace quizá sea la diferencia entre los sistemas no preparados y los preparados por sobreinversión; claro que a partir de una cierta intensidad del trauma, esa diferencia dejará de pesar”¹⁷.

Parece importante resaltar que en la significación de un suceso como traumático, el factor cuantitativo se torna fundamental para Freud. Este factor solo es posible de ser amortiguado si se ha producido una cierta preparación en el sistema.

En un primer momento, esta particularidad del trauma llevó a pensar que la primera reacción ante la pérdida de trabajo y sus posteriores efectos podrían verse atenuados en los sujetos en los cuales había existido un tiempo entre la posibilidad de la pérdida y su efectivización. Es decir que el estar preparado dependería del anoticiarse y tomar contacto con la posibilidad de la pérdida de trabajo de manera progresiva. Así, se incluyeron indicadores que pudieran pesquisar estas diferencias.

Contrariamente a lo supuesto, se encuentra en el material que el efecto de la pérdida del empleo tiene la misma eficacia de “lo inesperado” aun en los entrevistados en los que el cese del trabajo o el momento de su efectivización fue decisión propia (retiro voluntario o renuncia). También, en aquellos que pudieron ir percibiendo que los despidos eran masivos, o en situaciones en las que se acercaba el cierre de la fuente laboral y que la resolución era inminente. Los sujetos “ven” acercarse la situación, pero no pueden representarse que esta va a ocurrir.

La pérdida del empleo y los indicadores de que esta situación se avecinaba se significan retroactivamente. En los relatos de los entrevistados se refleja la inminente pérdida, por desmembramientos de la empresa, por reducción de horarios o por despidos masivos. Sin embargo, en el momento en que el sujeto está por perder el trabajo, no puede imaginarse sin trabajo. No hay representaciones que amorticen la caída.

¹⁷ Freud, S., “Más allá del principio del placer”, *Obras Completas*, Amorrortu, 1920, pág. 30.

Impacto de una realidad desbordante. Activación fantasmática

“Tenía fantasías, la plata, el trabajo, la desocupación, el hambre, fantasías de miseria, una película de que me hundía, que me iba a vivir a una villa, que me quedaba en la calle... yo lo vivía como que era el fin del mundo, llegué a fantasear el suicidio” (Martín).

“Tenía una sensación de miedo que me paralizaba, tengo miedo de caer, mi familia, qué vamos a hacer, a dónde vamos a parar, nunca voy a poder salir adelante...” (Verónica).

Algo llamativo en los relatos de la población es que la sintomatología no aparece en concreto en los relatos relacionada con las carencias reales (como, por ejemplo, cada vez que llegaba el vencimiento de algún pago importante). Por el contrario, aparecen angustias mucho más indiferenciadas, angustia indiferenciada frente a algo que irrumpe sin tramitación simbólica, angustia más por la fantasía que desencadena que por la carencia real.

En *Estudios sobre la histeria*, S. Freud sostiene una concepción de traumatismo psíquico que deja de ser copia del traumatismo físico. Señala que el acontecimiento, para devenir traumático, debe despertar una excitación de origen endógeno. En este sentido, esta concepción freudiana prepara el camino hacia la concepción de que la eficacia de los acontecimientos externos proviene de las fantasías que activan y del flujo de excitación que desencadenan. La fantasía no posee el límite y el poder de acotar que tiene la realidad (Laplanche y Pontalis, 1971).

Consecuentemente con el impacto de la pérdida, tiene lugar una vacilación en la fantasmática en el sujeto. El modo fantasmático de percibir el mundo flaquea ante la imposibilidad de dar una significación simbólica a lo sucedido. Acorde con esta situación, surgen fantasías más primarias ligadas a posiciones infantiles, consecuencia de la caída de la identificación al lugar paterno y de un proceso regresivo concomitante.

Las fantasías que priman son de vacío, desprotección, imposibilidad radical, inexistencia de futuro.

Para la teoría psicoanalítica, el hecho de que la fantasía pueda tener mayor eficacia que la realidad no es una novedad, pero que esto pueda visualizarse en las entrevistas abona la confirmación de las hipótesis acerca de que lo que se trata en este caso es de un efecto traumático cuyos efectos guardan mayor relación con esta imposibilidad simbólica que con las carencias materiales objetivas.

Perdurabilidad de los efectos

“... hay una parte de uno que no se va a poder olvidar de esta etapa, de la inseguridad, de todo...” (Mariana).

“Es como que a uno siempre le queda una herida por dentro. Saber que no iba encontrar más lo que yo tenía” (Pamela).

El efecto devastador que produce la pérdida del empleo deja al sujeto sin recursos subjetivos para abordar la situación. Genera un desequilibrio y una vacilación en la constelación de identificaciones que sostienen al sujeto y que regulaban hasta ese momento su relación con el mundo.

El yo sufre transformaciones profundas producto de estos movimientos identificatorios; hay un corte en lo imaginario y es necesario que se produzca un posterior reordenamiento identificatorio que regule la relación del sujeto con el mundo, que lo saque de este primer momento de perplejidad.

Es de esperar, entonces, que los efectos producto del desempleo, cuando éste tiene un impacto traumático, no cesen con la recuperación del empleo. Esto no quiere decir necesariamente que las manifestaciones sintomáticas perduren, sino que cierto posicionamiento fantasmático con el que el sujeto respondía frente al mundo pierde su eficacia. El sujeto queda atravesado por la experiencia del desempleo, la recuperación de un trabajo, aun cuando cumpla las condiciones de aquel que se había perdido no restablece las condiciones iniciales.

El sujeto no pasa por esta experiencia inalterado, ya que la experiencia del desempleo, en su vertiente traumática, determinaría modificaciones a nivel del yo del sujeto y de su sostén identificatorio.

S. Freud, en *Análisis terminable e interminable* (1937), habla de unas alteraciones notables del yo, cuya etiología era sin duda una situación traumática para el sujeto. Dice:

“Es que la etiología de todas las perturbaciones neuróticas es mixta; o se trata de pulsiones hiperintensas, refractarias a su domeñamiento por el yo, o del efecto de unos traumas tempranos, prematuros, de los que un yo inmaduro no pudo enseñorearse. Por regla general hay una acción conjugada de ambos factores, el constitucional y el accidental. Mientras más intenso sea el primero, tanto más un trauma llevará a la fijación y dejará como secuela una perturbación del desarrollo; y cuanto más intenso el trauma, tanto más intensamente exteriorizará su perjuicio, aún bajo constelaciones pulsionales normales”¹⁸.

¹⁸ Freud, S., “Análisis terminable e interminable”, *Obras Completas*, Amorrortu, Tomo XXIII, pág. 225.

Freud ejemplifica con casos clínicos situaciones en las que el estallido de la neurosis no se hubiera producido si no se hubiera presentado el nuevo trauma.

Frente a esta situación novedosa, la pérdida del empleo, el sujeto responde acorde a su modalidad defensiva, a sus mecanismos de defensa tradicionales. Sin embargo, también es plausible suponer que ciertos efectos no se hubieran presentado en condiciones “normales”.

Las alteraciones del yo para Freud están en relación directa con el factor cuantitativo. Estas alteraciones al interior del yo son producto de las acciones defensivas que se emprenden para domeñar los estímulos provenientes de la situación traumática.

La presente investigación no realizó un trabajo de seguimiento de casos con el tiempo requerido para la confirmación de esta hipótesis. Sin embargo, los propios actores refieren ciertas “marcas” que ha dejado esta experiencia que parecen ser “imborrables” que reafirman la hipótesis teórica de las transformaciones profundas producto de los movimientos identificatorios.

Quiebres y trastornos en la dimensión de la temporalidad

“Te voy a explicar, yo ayer tenía 43 años, hoy tengo 48, te lo resumo de esa manera, dejo pasar los días” (Rolando).

“... uno antes tenía un panorama de su forma de vivir, cómo se iba preparando para cuando tuviese más años, cuando llegara a la edad de jubilarse, de tener más o menos un capital, de tener una estabilidad, y ahora bueno, al quedarme sin trabajo, y la edad que tengo el porvenir se me hace sombrío, no sé que va a pasar de acá a 5 años (...) (respecto de lo que le sugiere el desempleo) Inseguridad, le cierra el camino a hacer proyectos, a querer, no sé, a hacer cambios, a progresar en cuanto económica y culturalmente, si uno tiene un empleo puede abordar otras cosas” (Omar).

Parece haber dos cambios distintos en la estructuración de la temporalidad. Uno tiene que ver con la organización de la actividad diaria y la dificultad para enfrentar la cotidianeidad, y el otro tiene que ver con los proyectos y las sensaciones del transcurso del tiempo. Ambos son, por supuesto, absolutamente solidarios.

Redes simbólicas de contención

La familia

“Y después se cambia, mi hijo tiene ahora 26 años, digamos como que él quiere ocupar el rol, como me ve decaído quiere ocupar el rol de jefe de familia y a

veces tenemos algunos encontronazos en ese sentido” (Omar).

“... mi depresión un poco se llegó a contagiar, o se contagia en mi familia; entonces, tenemos épocas de altibajos, que está uno bien y uno mal...” (Carlos).

“... discutí más con mi mujer. Ponés más nervioso a los tuyos, tu impaciencia hace que tus hijos también estén intranquilos, estén nerviosos y por ahí llega el momento que por ahí te sentás a hablar y estás bárbaro, pero por ahí te molestan pequeñas cosas...” (Mariano).

En la bibliografía referente a esta temática aparece con reiterada frecuencia las referencias a la repercusión en la familia que produce la falta de trabajo del “jefe de familia”.

Estos efectos se sitúan como dificultades en los vínculos, en gran parte de los casos como consecuencia de la caída del sujeto de cierto lugar de autoridad. Pérdida de la función paterna consecuente con la pérdida del lugar de sostén que ocupaba desde lo económico (cuando se nombra esta función como paterna no se hace una división de género a priori). Estos problemas que llevan a desdibujar la función paterna, desembocan en importantes cambios en los roles familiares.

Se hipotetiza que, en estas situaciones, queda afectado el contrato narcisista (Anzieu, D., 1987) al no poder encontrar el sujeto su libidinización por parte del grupo social, en este caso su propia familia. Este queda atrapado en el conflicto entre su pertenencia a una cultura de la cual no recibe reconocimiento y la imposibilidad de dejar de pertenecer a la misma.

Sin embargo, en algunas ocasiones se hace difícil discernir cuánto de estos sentimientos de desvalorización por parte de la familia, que tiene el desempleado, tienen que ver con las respuestas reales de los miembros de su familia. Estas imágenes parecen activarse en retroalimentación con otras imágenes que el sujeto tiene de sí:

“... es muy difícil que en la vida uno tenga la familia ideal, trabajo, plata, es como que serías una cosa fuera de lugar. Por eso es que trato de no quejarme tanto, es como que mi familia me ayuda mucho, me hace sentir dentro de todo bien” (Mariano).

Como contrapartida, la familia puede también ocupar un lugar importante en el mantenimiento y sostén de la identidad del sujeto y de su rol. Según Buendía Vidal (1989), la familia es la fuente más importante de apoyo social, la que tiene mayor valor significativo como sostén frente a la depresión.

Esta es la variable en la que se encontró una mayor polarización en las respuestas. La población se agrupó en los dos grupos mencionados. Por un lado, los que se sienten desvalorizados por el grupo familiar, y por otro, los que sienten que han tenido un gran apoyo.

De todas maneras, ambos grupos refieren movimientos en el tipo de relaciones familiares, dinámica de los vínculos, conflictos y trastornos como consecuencia de la pérdida de trabajo del sostén familiar.

Los amigos

“... si me hablaban de encontrarnos en algún lugar para comer algo yo decía no, puedo tomar un café y nada más, y eso, digamos que ahora no me afecta, hace un tiempo que no me afecta, pero en ese momento me afectaba mucho, me sentía como limitada y me costaba aceptar, si por ahí me querían invitar, me sentía mal, preferiría no ir o salir sola a caminar, y si podía pagarme un café, me lo pagaba, y si no, nada, caminaba, caminaba y no tomaba absolutamente nada, hasta que no volvía a mi casa no probaba ni agua, digamos muy difícil de convertir, al resultarme tan difícil conversarlo me limitaba y me hacía sentir mal, más mal, digamos, peor (...) Tendía a aislarme... nunca dejé de hablar con mis amigas, pero tendía a aislarme” (Helena).

Se infiere, a partir de los datos recogidos en las entrevistas, que existen distintas etapas y movimientos de cambio en los vínculos con los amigos, familiares y las redes sociales de contención en general. En un primer momento aparece una etapa de aislamiento con mucha dificultad en establecer contacto con los otros y específicamente para pedir ayuda. Esta etapa está caracterizada por fuertes sentimientos de vergüenza y dificultad para mostrar la realidad que aqueja al sujeto. Luego aparecen en los entrevistados dos tipos de reacciones: o se acrecienta el aislamiento con un repliegue sobre sí mismo, o comienza de a poco a recontactarse con el mundo exterior.

Mujeres y hombres ante el problema

¿Posee la categoría género carácter explicativo?

“... yo en aquel tiempo estaba anímicamente muy mal, a mí me costó mucho quedarme en mi casa no solamente por el tema económico, sino el tema de reencontrarme con mi casa, de nuevo. Yo me organizaba mucho porque preparaba la cena, al mediodía mis hijos venían con mi marido yo llegaba y estaba todo organizado (...) después cuando dejé de trabajar era como que el tiempo se me iba de las manos (...) falta de organización con el tiempo, porque yo soy

un poco estructurada, entonces el no tener horarios me desestructuró, y... me desestructuró mi organización diaria, entonces, si yo tenía que ir a algún lado, llegaba tarde porque perdía tiempo en otras cosas...” (Pamela).

Trabajando específicamente en los efectos que el desempleo acarrea en los sujetos, la bibliografía existente afirma que puede comprobarse y fundamentarse teóricamente la presencia de una clara diferencia cualitativa en el impacto de esta situación en hombres y en mujeres.

Algunos autores como Galli y Malfé (ver Beccaria, 1996), por ejemplo, señalan que a pesar de que se tiende a relativizar la importancia de las diferencias entre los sexos en la distribución de roles laborales: “no parece muy arriesgado aventurar que es mucho mayor el grado de involucración personal (compromiso narcisista) con el trabajo y el ganar dinero que está marcado para el hombre -el varón- que lo que se espera en ese aspecto de la mujer. A tal punto que el hombre suele sentir jugada su ‘identidad’ (en el sentido muchas veces no solo de ser ‘hombre’, sino también en el más amplio de ser alguien con existencia social) en eso de poder mantener con su trabajo a su mujer y a su familia”.

Los estudios de Marie Jahoda (1987), por su parte, arrojan conclusiones en la misma dirección, en tanto las mujeres entrevistadas en su estudio no se veían tan afectadas psicológicamente como los hombres. Según esta autora, esto se debía a que las mismas dispondrían de una alternativa siempre presente, que es el regreso al rol tradicional de ama de casa. Esta actividad reemplaza a la actividad laboral externa, y por lo tanto les proporcionaría cierta estructuración temporal, sentimiento de que se tienen objetivos y actividades a realizar, y también un cierto status social.

L. Fagin (1998) sostiene que si bien no existen estudios sobre la condición de la mujer desempleada, su hipótesis es que la adaptabilidad de la mujer puede hacerla más capaz de soportar la presión para recobrar el empleo.

Según esta autora, las pérdidas más relevantes en la mujer están constituidas por el lazo social, la amplitud en las relaciones sociales que brinda el empleo y el miedo al aislamiento.

Señala también que la tendencia a la autoculpabilización estaría mucho menos extendida entre las mujeres que entre los hombres. Esto se debería a que las mujeres, generalmente, no consideran los problemas familiares como producto de su situación laboral, y pueden hablar y compartir su situación con “los otros” más que los hombres, lo cual permite otro procesamiento simbólico del problema en cuestión.

La presente investigación, en concordancia con lo expuesto pero enfatizando su propia perspectiva, suponía que los efectos traumáticos del desempleo se verían más acentuados en la población masculina que en la femenina, producto de las representaciones simbólicas relativas a la función paterna.

Refutación de las hipótesis secundarias

La hipótesis presentada no se confirmó. Los resultados de esta investigación apuntaron en otra dirección. En la población estudiada, las diferencias existentes entre los entrevistados no se juegan en relación al género, sino en todo caso en una doble vertiente o dos caras de una misma moneda: por un lado el “lugar” que el trabajo tenía para cada uno de esos sujetos, y por otro, al compromiso (subjetivo) de cada uno de ellos puesto en juego en su situación laboral.

El procesamiento de los datos muestra que no se registran diferencias ni en cuanto al nivel de la intensidad ni en el tipo de efectos o reacción por la pérdida del empleo. Sentimientos asociados a la vergüenza y a la autoinculpación, por ejemplo, aparecen en hombres y en mujeres con igual intensidad.

Asimismo, cabe agregar que el retorno a las tareas domésticas no proporciona una estructuración del tiempo, ni organización de la vida cotidiana en las entrevistadas, como aparece en los resultados de la investigación antes mencionada. Por el contrario, esta desorganización está presente de la misma manera que en los entrevistados de sexo masculino.

Estos resultados generan dos tipos de reflexiones distintas. Por un lado, cabe preguntarse por la validez de la información obtenida y de su posibilidad de generalización al universo (mujeres sostén de familia) y por otro, pero enlazado también a lo anterior, los posibles motivos a los que podría atribuirse esta diferencia respecto de lo encontrado por otros autores en la bibliografía existente y de lo supuesto aquí.

Aun cuando este estudio no apunta a la generalización de los resultados en términos de generalización de atributos, necesariamente se espera que haya algo del comportamiento de esta población de lo cual se pueda predicar en términos estructurales, representativos de este anudamiento particular (Saltalamacchia, H., 1992).

De este modo, se piensa que esta información puede predicarse de este grupo diferenciado, constituido por mujeres sostén de familia, es decir mujeres para las cuales el trabajo ocupaba un lugar central en su vida. Y, por consiguiente, es esperable que los efectos descritos producto del desempleo en esta población sean distintos que los que puedan hallarse en mujeres pertenecientes a otro sector sociocultural.

Se enfatiza así la necesidad de poder trabajar a la categoría género en su complejidad, ya que no parece agrupar en modo homogéneo a sus unidades de análisis. No es posible pensar la diferencia sexual en abstracto, aislada de otras variables fundamentales y estructurantes de la vida social. La pertenencia de clase, el nivel de formación educativa y la etnicidad, y deben incluirse como otras fuentes de identidad (Rosenberg, M., 1995).

A diferencia de otros sectores socioculturales¹⁹, el análisis de estas entrevistas muestra que en esta población el trabajo aparece constituyendo una importante fuente de identidad positiva, e incluso aquellos rasgos que se mencionaban respecto del hombre como involucración y compromiso narcisista puesto en el trabajo no serían por lo tanto privativos de los mismos. El material permite ver claramente los modos en que en las mujeres entrevistadas estaba en juego su identidad y su “existencia social” puesta en el trabajo y la correlativa pérdida de este lugar con el desempleo.

Se retoma así el segundo interrogante, no ya de la validación sino de la fundamentación de los resultados obtenidos, que se contraponen con investigaciones y desarrollos teóricos previos.

Rediscutiendo acerca de las hipótesis planteadas y los resultados hallados se plantea: ¿a qué estábamos denominando femenino y masculino? ¿En las entrevistas, se ha preguntado por masculinidad y feminidad o por actividad-pasividad? ¿Cómo se pensaba encontrar rasgos diferenciales en hombres y en mujeres cuando lo que se intentaba indagar eran aspectos masculinos, viriles o activos (según denominación de distintos autores) en las mujeres entrevistadas?

Joan Rivière (1966) da por sentado -aunque se asombre de que esto no limite su capacidad de responder a las demandas de su rol femenino- que una mujer que se dedica a la actividad intelectual o profesional y la desarrolla con algún grado de eficacia social, queda inscrita -ilegítimamente- del lado de la masculinidad.

El universo de unidades de análisis del que se extrajo la muestra exigía como condición que las mujeres fuesen sostén de familia. Es decir, mujeres de las que se podía inferir cierta identificación de tipo “viril” en el trabajo, identificación a una posición tradicionalmente masculina como es la de ser “sostén de familia”. Así, los resultados obtenidos parecen ser absolutamente coherentes con esta situación.

¹⁹ Como ejemplo se puede citar a Andrea Rodó en su investigación sobre mujeres chilenas de sectores populares, donde el modelo imperante es el del “hombre proveedor” y la mujer “dueña de casa”. Rodó señala que el trabajo, tanto doméstico como remunerado, pocas veces constituye fuente de identidad positiva para las mujeres, y no hace más que reforzar el estereotipo femenino.

Por otro lado, si retomamos las hipótesis y sustentos teóricos de la investigación (teoría del trauma, lugar del trabajo en la constitución de la identidad, etc.), se puede reafirmar que lo encontrado en el trabajo de campo apunta en esta dirección y reafirma la coherencia de los mismos -ya que, si se trata de posiciones subjetivas, estas nada tienen que ver con el sexo del sujeto. Lo que parece definir el efecto traumático y sus efectos y trastornos es la posición del sujeto frente al trabajo, la cual se independiza de la pertenencia sexual o de género.

Retomando los ejes centrales

Retomando los puntos desarrollados hasta aquí y a modo de síntesis del presente artículo, se pueden sostener las siguientes conclusiones:

- El momento en que el sujeto “se ve a sí mismo” como desempleado no coincide con el momento mismo de la pérdida de trabajo.
- El valor que tiene esta pérdida se significa retroactivamente. Su dimensión no es registrada en un primer momento. El sujeto no puede significar lo sucedido. No hay representaciones que amorticen la caída, incluso en los casos de pérdida de trabajo por acogerse al retiro voluntario, o despidos con preaviso o por cierre de la fuente laboral, situaciones en las que había registro de la inminente pérdida.
- Los momentos de máxima crisis emocional no coinciden necesariamente con los momentos más graves de crisis económica, sino que están en relación con los distintos tiempos de la vivencia subjetiva del desempleo. Este dato abona en favor de la hipótesis traumática y el significado eminentemente simbólico de lo perdido.
- La vivencia subjetiva del desempleo y las etapas en la búsqueda de trabajo están intrínsecamente relacionadas. Y en coherencia con las características de la trayectoria laboral previa del sujeto.
- Existe una mayor dificultad en conseguir un empleo por la imposibilidad de tramitar la pérdida, y visualizar y aceptar los cambios de las condiciones de empleo.
- Como se dijo anteriormente, el sujeto en situación de desempleo se encuentra ante la imposibilidad de recuperar aquello que perdió, motivo por el cual esta experiencia puede ser asemejada a la del duelo. Esta pérdida es irreducible en ambas direcciones: por un lado, porque toda pérdida es en sí misma irrecuperable, y por otro, porque es también el contexto mismo y los modelos de contractualidad laboral los que se encuentran en un proceso de cambio en la actualidad.

- En relación con la hipótesis auxiliar que pronosticaba la diferencia que se presentaría en los efectos en hombres y mujeres, parece interesante agregar una distinción. Retomando las hipótesis sustantivas y los sustentos teóricos de la investigación (teoría del trauma, lugar del trabajo en la constitución de la identidad, etc.), se puede reafirmar que la información surgida en el trabajo corrobora y reafirma la coherencia de las hipótesis y los objetivos. Si se trata de posiciones subjetivas, éstas nada tienen que ver con el sexo del sujeto. El hecho que parece definir el efecto traumático y sus efectos y trastornos es la posición del sujeto frente al trabajo, la que se independiza de la pertenencia sexual o de género.

Bibliografía

Battistini, O. y Dinerstein, A.C (1995). “Desocupados, precarizados y estables: alienación y subjetividad en el trabajo”. Revista Realidad Económica N° 134, Buenos Aires, Instituto Argentino de Desarrollo Económico.

Beccaria, L., López, N. (comps.). (1996) “Sin Trabajo. Las características del empleo y sus efectos en la sociedad argentina”. Unicef/Losada, Buenos Aires.

Berlinguer, Giovanni, *Conflictos y orientaciones éticas en la relación entre salud y trabajo*. Cuadernos Médicos Sociales N° 69.

Bermann, Silvia, “Trabajo Precario y Salud Mental”. Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. Trabajo N°12, Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo.

Bialakowsky, A. y Rosendo, E. (1987). *Salud Mental y flexibilización laboral. Una perspectiva antropológica*. Revista Argentina de Psiquiatría. Vertex. Vol IX:10-15.

Buendía, J./Riquelme y Sánchez, “Efectos del apoyo social como factor moderador de los trastornos afectivos en los jóvenes desempleados”. Revista Psiquis 106/91. Vol. 12/91.

Buendía Vidal, J. (1989) “Aspectos psicológicos y psicopatológicos del desempleo: depresión y apoyo social”. Revista Psiquis 68/89. Vol XI/.

Casanovas, L.; Roca, E.; Rosas, M. (1996) “Un análisis comparativo de los mercados de trabajo del Gran Buenos Aires, Rosario y Santa Fe entre mayo de 1992 y mayo de 1993”. Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. Trabajo N° 50. Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo.

Castel, Robert (1990) “Los Desafiliados: Precariedad del trabajo y vulnerabilidad”. Rev. La Nueva Cuestión Social. Septiembre.

Crepep, P. y Florenzano, F. (1992) “Suicidio y Desempleo en Italia”. Revista Psiquis. Italia, 13(1): 36-42.

Dejours, C. (1990) *Trabajo y Desgaste Mental. Una contribución a la psicopatología del trabajo*, Bs.As. Humanitas.

Douglas, M. e Isherwood, B., (1990) *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*, México, Grijalbo, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Echeverría, M., (1984) Trabajo de Investigación “Enfermedades de los trabajadores y crisis económica” PISPAL Santiago de Chile.

Edelman, L., Kordon, Diana, (1987) “Subjetividad y vínculos con relación al contexto social actual”, Malestar en los vínculos, Psicoanálisis de las figuraciones vinculares.

Fagin L., (1998) “Desempleo”. Enciclopedia de Salud y Seguridad en el trabajo. Vol.1 A-E OIT. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

Feijoó, María del Carmen, (1997) *Gasoleros: estrategia de consumo de los NUPO*, encuesta, UNICEF, Losada.

Forrester, Viviane, (1997) *El horror económico*. Fondo de Cultura Económica.

Freud, Sigmund, (1982) *Análisis terminable e interminable*. 1937 Amorrortu editores. Buenos Aires. Tomo XXIII.

_____ (1982) *El Malestar en la cultura*. 1930 Amorrortu editores. Buenos Aires. Tomo XXI.

_____ (1982) *Más allá del principio del placer*. 1920 Amorrortu editores. Buenos Aires. Tomo XVIII.

Galende E., (1997) *De un horizonte Incierto*. Psicoanálisis y Salud Mental en la sociedad actual. Paidós. Psicología Profunda. Buenos Aires.

Gavilán, Mirta, “Desempleo Juvenil”, Evaluación de estrategias, Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina.

Gershanik/Mercer, H. (1997) “El dolor de la marginación. Impactos sobre la salud”. Revista Encrucijadas UBA.

Herbert Weiner M. D., *The concept of stress in the light of studies on disasters, unemployment and loss: A critical analysis*. Ed. Brunner-Mazel.

Hirata, Helena, Kergoat, D. con colab. Zylberberg-Hocquard (1997) *La división sexual del trabajo: permanencia y cambio*. Asociación Trabajo y Sociedad, Buenos Aires.

Jahoda, M. (1987) *Empleo y Desempleo: Un análisis socio-psicológico*. Ediciones Morata S.A., Madrid.

Pelento, Ma. Lucila, “La labor analítica en época de crisis”. Revista de Psicoanálisis, tomo XL N° 2.

Laplanche y Pontalis (1971) *Diccionario de Psicoanálisis*. Editorial Labor. Buenos Aires.

Lee Hamilton V., Hoffman W., Broman C. and Ravna D., (1993) *Unemployment, distress and Coping: A panel study of autoworkers*. Journal of Personality and Social Psychology. Vol 65. No 2., 234-247.

Liem, R. “El costo psicológico del desempleo: estudio comparativo de hallazgos y comparaciones”. Revista de Psicología, El Salvador VII, 29:213.241, San Salvador, UCA.

Maida Goedon y Farberow. “Crisis Comunitaria: respuesta individual y colectiva ante la pérdida del empleo, en la crisis de la competencia”.

Manual de Psiquiatría (1995) DSM IV. Editorial Masson. Buenos Aires.

Mateu, Cristina (comp.) (2000) *Trabajo e Identidad ante la invasión globalizadora* Ediciones 5 / La Marea.

Matrajt, Miguel, (1994) *Estudios en Salud Mental Ocupacional*. Ediciones Taller Abierto. México, Noviembre.

Minujin, A.; Beccaria, L. y otros. (1997) *Cuesta Abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*. Unicef/Losada.

Muchnik, D.; Neffa, J.; Vasiladis de Gialdino, I., Disertaciones “Hay solución al problema de la desocupación?”. Mesa redonda organizada por Comisión de Familia y Minoridad del Consejo Deliberante.

OIT. Empleo Mundial “El trabajo en el mundo 1995”. Informe de la Organización Internacional del Trabajo.

Paz, Juan Gervasio. “El trabajo: ¿dignidad o maldición?”. Revista Realidad Económica N° 136.

Platt S., (1986) *Clinical and Social characteristics of male parasuicides: variation by employment status and duration of unemployment*. Acta psychiatr. Scand ,74: 24-31.

Platt S., Dyer J. A. T. (1987) “Psychological Correlates of unemployment among male parasuicides in Edinburgh”. British Journal of Psychiatry, 151: 27-32.

Realidad Económica, Revista N° 134.

Rilova Salazar, “Los efectos psicosomáticos de la desocupación. El derrumbe en cadena de los circuitos simbólicos”.

Rivière, Joan (1966) “La feminidad como máscara”, en *La sexualidad femenina*, Buenos Aires, Caudex.

Saltalamacchia, Homero R. (1992) *Historia de Vida*, Ediciones CIJUP, Puerto Rico.

Samaja , Juan. (1993) *Epistemología y Metodología*. Eudeba. Buenos Aires.

Schlemenson, Aldo, (2000) “Hombres no trabajando. La crisis a escala humana”. Revista Encrucijadas, UBA.

Sennet, Richard, (2000) *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Anagrama, Barcelona.

Sepúlveda, J. S. (1997) “Crisis y Salud de los trabajadores en América Latina”. Cuadernos Médicos Sociales N° 40. Junio.

Sosa, Daniel V., “Hacia una producción sin trabajo”. Revista EL Arca, N° 27.

Vattimo, Gianni. Educación y Trabajo, “Una traba a la formación de conciencia”.
Diario El País, Madrid. En Revista EL Arca, N° 27.

RESUMEN CURRICULAR DE LAS/LOS AUTORAS/ES

Victoria Barrutia

Licenciada en Psicología, Universidad de Buenos Aires (UBA). Jefa de trabajos prácticos de la cátedra de Metodología de la Investigación Psicológica II, Facultad de Psicología (UBA). Investigadora ex becaria UBACyT. Autora de numerosas publicaciones referidas a las temáticas del empleo y la subjetividad. Miembro Pleno de SPS (Sociedad Psicoanalítica del Sur).

Roxana Boso

Licenciada en Psicología. Especialista en Psicología Laboral y del Trabajo con Orientación Organización y Administración de Servicios de Salud. Docente Adjunta de la cátedra Psicología Laboral, en la Universidad Católica Argentina (UCA) y en la Universidad de Flores (UFLO). Investigadora sobre temas de trabajo, desempleo y subjetividad (UCA). Investigación en Técnicas de Evaluación Psicológicas y Psicopedagógicas. Autora de artículos sobre el tema. Cotitular de Psicogestión -Servicios de Psicología Organizacional- desde 1991.

Mabel Burin

Licenciada en Psicología, Universidad de Buenos Aires (UBA). Doctora en Psicología Clínica, Universidad de Belgrano (UB). Especialista en Género y Salud Mental. Directora del Programa de Estudios de Género y Subjetividad en la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES). Directora del Diplomado Interdisciplinario en Estudios de Género (UCES). Docente universitaria en centros académicos de Argentina, Brasil, México, Costa Rica y España. Directora de varias investigaciones, y tutora de tesis de maestría y de doctorado. Autora de libros y publicaciones acerca de la temática de Género y Salud Mental. Miembro de la World Federation for Mental Health. Miembro del Comité Asesor del Foro de Psicoanálisis y Género de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA).

Laura Collin Harguindeguy

Doctora en Antropología, Escuela Nacional de Antropología e Historia de México (ENAH). Profesora investigadora de El Colegio de Tlaxcala A.C. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, México. Autora de diversas publicaciones. Investigadora participante en el proyecto de investigación internacional "Crisis de Masculinidad y crisis de empleo. Los casos de México y Argentina".

Marco Augusto Gómez Solorzano

Licenciado en Antropología Social, Maestría en Sociología y Doctorante en la Universidad de Uppsala, Suecia. Fue, investigador en el Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, D.F. Ha sido profesor en diversas materias en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, D.F. Es profesor/investigador de tiempo completo definitivo del Departamento de Relaciones Sociales, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México. Participación en numerosos seminarios, congresos y encuentros nacionales e internacionales dedicados a los estudios laborales. Publicación de varios libros y numerosos artículos dedicados a los estudios laborales. Investigador participante en el proyecto de investigación internacional “Crisis de masculinidad y crisis de empleo. Los casos de México y Argentina”.

Gabriela Iglesias

Licenciada en Sociología y profesora de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial en Sociología, Universidad de Buenos Aires (UBA). Egresada del Posgrado en la Maestría en Demografía Social, Universidad Nacional de Luján. Profesora titular de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES). Docente de Metodología de la Investigación Social en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Coordinadora del Departamento de Investigaciones de UCES. Ha realizado diversas investigaciones y publicaciones vinculadas con la problemática del mercado de trabajo. Es coautora del libro *Universidad-Empresa. Cómo hacer crecer habas en Lilliput*, editorial del Zorzal, y coeditora de *Tesis, tesina y trabajo final. Sus alcances, estructura metodológica-discursiva y evaluación* (en prensa).

María Lucero Jiménez Guzmán

Licenciada y doctora en Sociología, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Investigadora titular de tiempo completo definitiva del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM) y docente en el Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales, y tutora de maestría y doctorado de la UNAM. Ha coordinado el Programa de Género del CRIM de la UNAM. Coordinadora general del proyecto de investigación “Crisis de masculinidad y crisis laboral. Los casos de México y Argentina”. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores de CONACYT, México. Autora de diversas publicaciones respecto de género, equidad, desarrollo, políticas sociales. Coordinadora del libro *Reflexiones sobre masculinidad y empleo*, editado por CRIM-UNAM, en 2007, y autora del libro *Dando voz a los varones: sexualidad, reproducción y paternidad de varones mexicanos*, editado por CRIM-UNAM, en 2003.

Mercedes López

Licenciada en Psicología, Universidad de Belgrano. Magíster en Ciencias Sociales, Facultad Latinoamericana en Ciencias Sociales (FLACSO). Doctora en Psicología,

Universidad de Buenos Aires (UBA). Egresada del Posdoctorado en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba. Premio a la Producción Científica, UBACyT, 1993, 1994, 1995. Incentivo a la investigación y la docencia UBACyT. Premio Nacional Bemberg 1997. Profesora e Investigadora de Grado y Posgrado en la UBA. Publicaciones nacionales e internacionales, con y sin referato. Investigación, capacitación y asesoramiento en grupos, instituciones y organizaciones.

Irene Meler

Licenciada en Psicología, Universidad de Buenos Aires (UBA). Doctoranda en Psicología (UCES). Coordinadora docente del Diplomado Interdisciplinario en Estudios de Género, UCES. Directora del Curso de Actualización en Psicoanálisis y Género, Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA). Coordinadora del Foro de Psicoanálisis y Género (APBA). Autora de libros y publicaciones acerca de la temática de género y subjetividad. Investigadora principal en el estudio “Género, trabajo y familia” de UCES. Investigadora principal en el estudio “Masculinidades y precarización del empleo” de UCES.

Sebastián Plut

Doctor en Psicología, Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES). Profesor de la Maestría en Problemas y Patologías del Desvalimiento y del Doctorado en Psicología, IAEPICIS-UCES. Miembro del Comité Editor de la Revista *Subjetividad y Procesos Cognitivos*. Miembro adherente de la Escuela de Psicoterapia para Graduados. Coordinador del Foro de Trabajo y Psicoanálisis de Psicomundo. Miembro del Comité de Arbitraje del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Autor de diversos artículos de la especialidad. Director y tutor de tesis de maestría y doctorado.

Débora Tajer

Licenciada en Psicología, Universidad de Buenos Aires (UBA). Máster en Ciencias Sociales y Salud, Facultad Latinoamericana en Ciencias Sociales (FLACSO). Doctoranda en Psicología de la UBA. Profesora adjunta de la cátedra Introducción a los Estudios de Género, de la UBA. Directora de Investigación de Proyectos UBACyT en el campo de Género, Subjetividad y Salud. Profesora titular en las Maestrías en Ciencias de la Familia, Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), y en Género, Sociedad y Políticas (PRIGEPP/FLACSO). Representante de la Sociedad Civil en la Red de Conocimiento en Género y Salud de la Comisión de Determinantes Sociales en Salud de la Organización Mundial de la Salud (OMS). Ex coordinadora general de la Asociación Latinoamericana de Medicina Social (ALAMES). Fue cofundadora del Foro de Psicoanálisis y Género de APBA. Autora de numerosos artículos y publicaciones nacionales e internacionales en los campos de la subjetividad, la salud colectiva y la perspectiva de género.

Olivia Tena Guerrero

Licenciada y maestra en Psicología, y Doctora en Sociología, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Investigadora en el Programa de Investigación Feminista, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH), UNAM. Investigadora y docente en la Facultad de Estudios Superiores, Iztacala, México. Autora de los libros *¿Y ahora qué? Cómo enfrentar un embarazo no planeado* y *Cuando los hijos se quedan*, de Mondadori Grijalbo. Autora de capítulos en libros y artículos en revistas sobre cuestiones referidas a los temas “Moral, género y salud” y “Trabajo y género”. Investigadora participante en el proyecto de investigación internacional “Crisis de masculinidad y crisis de empleo. Los casos de México y Argentina”.

Alejandro Villa

Licenciado en Psicología y Doctorando en Psicología, Universidad de Buenos Aires (UBA). Investigador Asociado del Consejo de Investigación en Salud, Ministerio de Salud del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Becario del PRODIR II/Fundación Carlos Chagas. Fue investigador principal de Programa de Reproducción Humana de la Organización Mundial de la Salud (OMS). Autor de investigaciones respecto de sexualidad, relaciones de género y de generación en el sistema de educación de la Ciudad de Buenos Aires. Autor de numerosas publicaciones sobre las temáticas anteriores y de dos libros actualmente en prensa.